

ISABELLA MARÍN

*Nada
que
perder*



Nada que perder
Isabella Marín

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Nada que perder

© Isabella Marín

Edición publicada en junio del 2019

Diseño de portada: Alexia Jorques

Corrección: Correctivia

Índice

[Escalar el cielo](#)
[El hombre de ojos azules](#)
[La chica que odiaba a Jay Sallow](#)
[Cualquier sitio es válido para morir](#)
[Un largo viaje](#)
[El castillo de la Bestia](#)
[Nosotros en la noche](#)
[Conociendo a Jack](#)
[Muere, pajarillo, muere](#)
[Malditos neones fucsia...](#)
[Y cayeron llamas en el desierto](#)
[Eros y Psique](#)
[Nunca me dejes marchar](#)
[Estoy muy dentro de ti y pienso quedarme](#)
[El mundo a través de sus ojos](#)
[Bonnie & Clyde](#)
[*La vie en rose*](#)
[Nada que perder](#)
[Despídete. Si te atreves.](#)
[Tanpa penyesalan](#)
[Forajidos](#)
[Más libros de la autora](#)

Escalar el cielo

Pista 1: *Way Down We Go*
(Kaleo)

Y el mundo giró un poco más despacio, quizá para alargar eternamente esos últimos momentos a su lado.

Los latidos de mi corazón se ralentizaron hasta detenerse por completo y, durante unos treinta segundos o más, no fui capaz de ver nada. Todo a mi alrededor quedó paralizado, atrapado en una especie de silencio profundo, inanimado. El silencio de un copo de nieve que muere segundos antes de rozar el suelo.

Me noté extraña, otra.

Hasta que cruzamos una mirada y las pulsaciones regresaron, con tanta violencia que la sangre me empezó a rugir en los oídos.

Estaba viva, y por fin pertenecía a algo.

Lo miré en silencio y me sentí mareada, abrumada por una euforia difícil de explicar o comprender. Mi corazón latía como jamás lo había hecho, acallando todo lo demás: la voz de la razón, la crueldad de un tiempo que se nos estaba agotando, el miedo a dar un paso en falso y perder lo que, en realidad, creo que nunca tuvimos.

No me preocupaba nada en absoluto porque ese hombre, ese hombre increíblemente apuesto, magnético, carismático, oscuro y único en su género, era lo que siempre había deseado.

Su visión de *nosotros* era lo que siempre había deseado.

«Míralo, Katie. Eres tú quien ha creado esta locura. ¿La estás disfrutando?»

Una parte de mí, sí. Lo hacía. La idea de pertenecer a alguien y que ese alguien me perteneciera a mí me resultaba muy estimulante. Novedosa.

Tremendamente obsesiva.

La Bella y la Bestia. Eros y Psique. Sid y Nancy. Los cuentos más terribles,

concentrados en uno solo.

Aunque nuestro *remake* era un tanto diferente. Demente, si me paraba a catalogarlo. Éramos más bien como el Joker y Harley Quinn, esa clase de parejas que nunca se deberían haber conocido, pero lo habían hecho y ahora ya no había vuelta atrás.

Colgábamos, literalmente, por encima de un maldito precipicio. Estábamos cada vez más cerca de hundirnos y, aun así, no había miedo latiendo en nuestras entrañas, solo un deseo desenfrenado al que no encontraba justificación alguna. ¿Importaba, siquiera? La pasión que consumía las pupilas de aquel hombre era tan febril que sobrepasaba cualquier grado de locura.

Nadie me había mirado nunca así.

Nadie volvería a mirarme nunca así.

Al menos eso lo sabía con absoluta certeza.

Él me tendió la mano y me sonrió para infundirme valor. Ahí estaba otra vez, esa sonrisa suya que habría enloquecido a cualquier mujer entre los trece y los noventa y nueve; ese gesto tan perturbador que, cuando asomaba, agitaba desde los cimientos el deseo irracional que florecía dentro de mí, y, cuando desaparecía, me dejaba a merced de una inexplicable y abrumadora sensación de pérdida que no había modo de vencer.

Sin él, no tendría más que vacío y oscuridad. Por eso, quizá, me aferraba con las dos manos y me negaba a dejarlo marchar.

Enamorarse es la cosa más fácil que he hecho nunca. El amor llegó como un flash, atravesando mi cuerpo con la velocidad de un rayo y causando exactamente la misma destrucción a su paso.

Una sonrisa, una mirada, y al instante supe que estaba perdida, que acabaría asfixiándome bajo las olas de ese profundo azul que jamás dejaría de arrastrarme hacia el abismo.

En algunos momentos de lucidez, bastante raros en mí, acabé preguntándome si importaba hundirme. ¿De verdad *él* valía la pena?

Nunca tuve que cuestionármelo demasiado. Sabía la respuesta. O, al menos, la intuía, muy en el fondo de mi dañado corazón. El amor es una enfermedad, él mismo me lo había dicho. Ojalá me hubiese advertido de que podía contagiarme sin querer. O de que la cura aún no la había descubierto nadie.

—Dame la mano, peque —me pidió, con esa suavidad que derrumbaba todas mis defensas—. Todo va a salir bien. Lo prometo. No es más que una escalera. No mires el abismo. Aquí solo estamos tú y yo. Y el Cielo.

Titubeé un segundo y luego alargué el brazo y me aferré a su muñeca. Con

fuerza, incluso teniendo la convicción de que estaba a salvo con él.

«Él no te dejará caer. Incluso si el mundo entero se quebrantara ahora mismo, esto es para siempre».

Esa idea actuó como un bálsamo en mí. Conseguir mi propio *para siempre* era algo que me había obsesionado durante toda la vida. Había llevado una existencia volátil. Efímera e insignificante antes de conocerle. Él era lo único real que había tenido nunca. No estaba dispuesta a dejarlo marchar tan fácilmente, con lo que mis dedos se clavaron en su carne con renovada fuerza y lo retuvieron junto a mí.

Se dispuso a decirme algo, quizá a reconfortarme de algún modo, pero el silencio lo fue venciendo poco a poco y, en lugar de palabras, recibí una mirada larga y cargada de sentimiento. En sus labios se insinuó una sonrisa tan afligida que algo se rompió en mi interior. No hacía falta que dijera nada. Los dos lo sabíamos: el tiempo corría demasiado deprisa y *nosotros*, en realidad, no era para siempre.

De pronto, me entró tal ansiedad que quise parar el maldito reloj, retrocederlo, estrellarlo contra el suelo hasta hacerlo añicos. Ojalá hubiera podido volver al principio y reescribir nuestra historia, salvar a ese hombre, de mí, de sí mismo, del mundo entero; consolarlo, abrazarlo, perderme en él. Ojalá hubiese sido posible olvidarlo todo, besar sus labios, entrecortados por el viento, y sentir la electricidad de su abrazo; empaparme con el olor de su piel; quizá desvanecerme, como decenas de veces había hecho en el pasado.

Pero una parte de mí sabía que era demasiado tarde, que no había forma de eludir el acuciante final de nuestra historia, esa oscuridad que llevaba semanas enteras flotando encima de nosotros, tapando el sol y poblando nuestro mundo de sombras.

El final estaba cerca, y los dos lo sentíamos. Por muchas montañas que escalásemos, por mucha adrenalina que hubiera en nuestras vidas, el final iba a alcanzarnos y no lo podíamos detener.

Lo único que podíamos hacer era mirar, mirar, mirar, y esperar a que ese mundo de engaños empezara a derrumbarse por debajo de la suela de nuestros zapatos.

El hombre de ojos azules

Pista 2: *The Sound Of Silence*
(Novela)

Que esté escribiendo esto ahora no implica que haya sobrevivido, después de todo. A veces la vida cambia en un solo instante. Un giro erróneo. Un semáforo en rojo. Una bala que alcanza la diana, ¡*bang!*, gélido metal que traspasa tu carne y la desgarrar como los colmillos de un animal. Gotas de sangre arrojadas hacia el cielo. Un grito que penetra tus tímpanos.

Y las luces.

Siempre, siempre, las malditas luces, regocijándose porque te lo han arrebatado todo. Ambulancia, policía, bomberos, círculos azules o rojos en un continuo movimiento, siniestros reflejos en el techo de una mugrienta habitación, sombras danzantes de una macabra obra de ballet que nadie excepto tú sabe interpretar. Se ríen de ti a carcajadas, mientras tus párpados bajan despacio y esa falta de sensibilidad se dispara por tus venas.

Te hundes en la oscuridad. Tu última bocanada de aire. Y otra vez ese profundo y aborrecible silencio impregnándolo todo.

Nunca sabes cómo va a acabar. ¿Cómo vas a morir? ¿Cuándo? ¿Por qué?

¿Illinois? ¿Nevada? ¿California?

¿Serás devuelta al estado que te vio nacer?

Nadie lo sabe, pero si tuviera que pensar en los detalles, supongo que, aferrada a su mano, con sus ojos azules, sus inocentes y etéreos ojos azules clavados en los míos, me parecería una buena forma de decir adiós.

Cuando salí de casa esa mañana, estaba lejos de imaginar lo mucho que se iba a trastocar mi mundo. Después de todo, solo iba a ver a mi padre al trabajo. ¿Qué podía salir mal? Aparte del mismo sermón de siempre y un par de reprimendas, bastante merecidas, por haberme gastado miles de dólares en trapos que ni siquiera me hacían falta, no esperaba otro desenlace. Qué ingenua.

Claro que apenas eran las 11:05 a.m. Aún quedaba media vida para que el

reloj marcara las 11:35.

Fuera, un sol deslumbrante me obligó a ponerme las gafas *Gucci* de lentes doradas de las que nunca me separaba. Tiene gracia. Siempre que uno piensa en cosas malas, se imagina oscuridad. Y niebla. Quizá un mundo entristecido por el llanto de la llovizna. O incluso nieve. ¿Por qué no un océano blanco y álgido de dolor y crueldad?

La luz del sol el mal no la puede atravesar. ¿Cómo iba a poder? Bajo la cúpula dorada de la mañana solo puede haber felicidad y alegría, apuestos padres jugando al voleibol con sus perfectos hijos y saludables cachorritos saltando por el césped para atrapar la pelota que les acaba de ser lanzada; clichés de la familia perfecta americana.

A todos nos gustan los tópicos. Nos aportan seguridad. No hay nada peligroso dentro de una cosa que ya conoces.

Así que ahí estaba yo, a salvo y protegida por esa nívea luz que nutría mis poros.

Como había hecho decenas de veces antes de aquel día, y como pensaba volver a hacer decenas de otras veces después, monté deprisa en la parte de atrás del coche que mi padre había tenido la cortesía de enviar para recogerme, y me acoplé de inmediato el cinturón de seguridad para que Jules pudiera poner el vehículo en marcha antes de que los conductores que venían por detrás protestaran a pitidos. Yo jamás conducía. Me daba pánico el tráfico de la ciudad.

Y pillar un taxi a esas horas era casi tan imposible como mantenerse en la talla treinta y seis después de haber cumplido los veintidós.

—¿Cómo estás hoy, Lexi?

Enfoqué el espejo con la mirada y compuse una sonrisa para Jules. Me estaba sonriendo y, por primera vez en años, caí en la cuenta de lo mucho que había cambiado desde mi infancia. Ahora su barba estaba salpicada de canas, sus ojos marrones hinchados por culpa de las bolsas que parecían sostener sus párpados inferiores.

Tan solo la expresión bonachona que tanto caracterizaba su rostro se había mantenido intacta. Por lo visto, la lealtad es lo único que el tiempo no puede matar.

Teníamos mucha suerte de contar con Jules en nuestras vidas. Yo, sobre todo.

—Nunca he estado mejor. ¿Qué tal tú?

Mentí. Como siempre.

Y cambié de tema deprisa. Como siempre hacía.

—No puedo quejarme. Aunque la columna sigue dándome guerra. El médico dice que paso demasiado tiempo sentado.

—Tienes que levantarte y dar un paseo cada dos horas, Jules —lo regañé con aire indulgente—. Lo oí en un reportaje en la tele. Dicen que es bueno para el cuerpo y la mente. Te despeja o no sé qué historias. Seguro que el médico ya te lo ha dicho.

—Sí, claro. Y también que hay que beber dos litros de agua y comer no sé cuántas piezas de fruta a diario —repuso él con hastío—. ¿Quién tiene tiempo para tantas cosas?

—Supongo que nadie —admití con una sonrisa triste.

Jules me devolvió el gesto a través del espejo.

—Vivimos demasiado deprisa. Es como si estuviésemos impacientes por irnos. Creo que se nos ha olvidado que al otro lado solo nos espera la muerte.

—Hmmm. Supongo... —aseveré abstraída al tiempo que mi mirada se estaba desprendiendo de la suya y se alejaba hacia el marco de la puerta.

Jules lo mantenía impecable. No había ni rastro de polvo. No sé por qué me fijé en eso, en lo aséptico que era el mundo a mi alrededor.

Conocía a ese hombre desde que tenía tres años. Para mí, era más familia mía que mi propio padre. En todos mis recuerdos le veía a él. Mi primer día de colegio, mis audiciones de danza...

Mis progenitores estaban demasiado ocupados con su fascinante vida como para andar preocupándose por mis rendimientos escolares. O mis conciertos de piano. O los recitales de poesía en los que me empeñaba en participar a pesar de no poseer el más mínimo talento para la interpretación.

O aquella vez que me operaron de apendicitis.

Cuando se enteraron mis padres y volaron desde Grecia, ya me habían dado el alta. El que había estado a mi lado en el hospital había sido Jules. Yo solo tenía siete años y no comprendía nada de lo que estaba pasando, todos esos médicos rodeándome, estar tumbada en una camilla, la luz cegadora del quirófano, el anestesista con el rostro tapado, inclinado sobre mí para susurrarme que todo iba a salir bien...

¿Bien? ¡Ya nada volvería a estar nunca bien! Quería a mi madre y ella no estaba ahí.

Fue bastante traumático, aunque me curtió lo suficiente porque, después de eso, nunca más eché de menos a Amber. Ni una sola vez. Lo que no te mata te vuelve más insensible, supongo. O puede que solo un poco más oscuro.

—¿Y qué tal la familia? —susurré al cabo de unos momentos de silencio.

A Jules le encantaba hablar de la familia. No eran como nosotros. Ellos estaban unidos.

Mi familia, como la mayoría de las familias adineradas, estaba desperdigada por el mundo. Mi madre, Amber, republicana, católica y adúltera, se había fugado con el contable de mi padre y ahora vivía felizmente en las Bahamas, gastándose gran parte de mi herencia en masajes en la playa y estancias en hoteles de lujo. Mi hermano, Erik, estaba perdido en alguna parte de Europa, haciendo solo Dios sabía qué.

En cuanto a mi padre y a mí, aunque vivíamos bajo la asquerosa cúpula de la misma ciudad, apenas nos veíamos salvo algunos momentos puntuales: Navidad, mi cumpleaños, los días en los que me cancelaba todas las tarjetas solo para que fuera a verle...

Atrapados en medio de un atasco, justificable en una isla de más de un millón y medio de habitantes, Jules me contó todas las novedades respecto a los suyos. Su hijo había sacado un diez en Ciencias.

—No sé a quién habrá salido —afirmó mientras avanzábamos despacio por la Sexta en dirección a Central Park—. Yo era un palurdo a su edad. Menos mal que no se me parece en nada. Ese muchacho es más listo que el hambre.

Mi boca se movió en una sonrisa mortecina. Jules era el padre que me hubiese encantado tener.

—Me alegro de oírlo. Quizá tengamos delante al nuevo Premio Nobel. ¿Y qué tal papá? ¿Algo nuevo en su vida? ¿Alguna novia de la que deba estar al tanto?

Así éramos los Van Bon, siempre comunicándonos a través de terceras personas. O del *Instagram*. A mi madre le habían diagnosticado una fuerte adicción a las redes.

De hecho, tan grave era lo suyo que era así como nos habíamos enterado de su aventura. Colgó una foto en uno de sus perfiles y escribió: *En las Bahamas, con el amor de mi vida*.

Que resultó no ser mi padre.

¿Qué puedo decir? Éramos gente muy extraña. Porque, desde luego, a la gente normal no le sucede nada de eso.

—¿Tu padre? Como siempre. Sigue trabajando como si no hubiera un mañana.

—Muy típico de él.

—Desde que tu madre ya no está...

—Desde que mi madre *se largó*. No actuemos como si Amber estuviera muerta.

—Él lo hace.

—Pues debería dejar de hacerlo. Mamá está vivita y coleando, creyéndose la Kardashian de las Bahamas. Papá tiene que superarlo de una vez. Todo este rollo empieza a hastiarme.

—Si al menos Erik estuviera aquí... El señor Van Bon siempre se lamenta de que se haya ido tan lejos.

Claro. El hijo pródigo. Una historia que iba camino de provocar nauseas.

Papá aún no había aceptado el hecho de que Erik era un alma rebelde que nunca iba a trabajar en el negocio familiar. A mi hermano le gustaba más la vida nómada. Una mochila. Un kilo de maría. Una *nena* en cada nuevo país...

No veía yo a Erik con traje y corbata, dando conferencias sobre afianzamiento mercantil, los bonos de alta rentabilidad o la expansión de la banca electrónica. Sencillamente, ese rollo no iba con él.

—Todos lamentamos que Erik se haya marchado tan lejos, pero papá tiene que dejar de hacer un drama de todo. Seguro que lo de Erik es solo una fase. Europa tampoco es tan alucinante como para quedarse a vivir ahí.

Lo dije confiada, aun cuando sabía que no se trataba de nada pasajero. Conocía a mi hermano. Adoraba viajar a través del mundo, y contaba con suficiente soporte económico como para hacerlo. Incluso si Vincent le cortaba el grifo en uno de sus habituales ataques de ira, nuestros abuelos paternos le habían dejado una herencia millonaria, dinero que Erik había empleado para poner en marcha un próspero negocio de distribución de droga, que había aumentado sus ingresos de forma considerable, a la par que ilegal.

Según los entendidos, mi dulce hermanito fabricaba y exportaba la mejor hierba de toda la costa Este. Había que joderse, ¿verdad?

Lo único malo que tenía su trabajo era que no se podían usar esas ganancias para comprarse un piso en pleno Park Avenue, porque ni siquiera un Van Bon era capaz de justificar ante el IRS^[1] tanta inyección de capitales. Por lo demás, a Erik se le veía encantado con su papel de empresario desenfadado y hippie.

Supongo que todo ese dinero en efectivo y las naves industriales llenas de marihuana me convertían en la hermana de un narco. Como acabo de decir, éramos una familia peculiar. Cuando la noche caía y las persianas estaban a punto de ser bajadas, cuando todo el mundo se sumergía en la apacibilidad de sus hogares, los Van Bon nos dedicábamos a hacer cosas malas.

Mi madre, la adúltera, a retozar con el señor Jones. (*Ugh*).

Mi padre, el futuro candidato a Lobo de Wall Street, a planificar los próximos créditos de dudoso cobro que iba a aprobar su banco, el Van Bon Financial Group. (Doble *ugh*).

Mi hermano, el químico, a mejorar los niveles de THC de su Amnesia Haze^[2]. (No voy a escandalizarme. Podría haber sido peor. ¡Podría haber sido banquero!)

En cuando a mí, la pequeña de la familia, yo me sentía tan vacía que ni siquiera hacer cosas malas me animaba ya. La mayoría de las noches me quedaba delante de mi ventana panorámica, con los ojos perdidos en la cúpula del Empire State, la única estrella que brillaba últimamente en el cielo de Nueva York, y pensaba en lo asombroso que sería si pudiera despertarme al día siguiente y ser alguien nuevo.

Mis ojos se movían de un edificio al otro y mi mente trazaba planes: salir de esa ciudad, coger la carretera y seguirla sin preocuparme por mi destino, elegir un lugar remoto, en los confines del mundo, asentarme ahí e intentar descubrir lo que era la felicidad. Sueños de reinventarme, de empezar de cero. Odiaba mi vida. Tenía la impresión de vivir el día a día atrapada en el decorado de una película de Hollywood. Nada de lo que me rodeaba parecía real. Era todo demasiado áureo. Demasiado perfecto. Daban ganas de desgarrarlo con las dos manos, despedazar ese papel dorado que recubría los muros de nuestra sociedad como una corteza indestructible e infranqueable. Lo habría arrancado a cachos, si hubiese sabido que detrás había algo más.

Pero no lo había. No había nada. Nunca lo había habido.

Hiciese lo que hiciese, el escenario a mi alrededor se mantenía inalterable. Nunca pasaba nada nuevo. Nada excitante. Y a mí ya nada me afectaba, nada me emocionaba, porque era todo falso, estaba atrapada en medio de una grandiosa mentira.

A veces soñaba con que daba un paseo por el lado salvaje de la vida. Y que era libre. Libre de verdad. No eran más que los sueños estúpidos de una niña que pasaba demasiado tiempo con los ojos cerrados.

—Alexia, no te alejes demasiado —solían advertirme mis padres—. No te vayas al Bronx. Podría pasarte algo malo.

Mi vida era así, estaba atrapada en una maldita burbuja aurea y era tan ingenua que me moría por salir de ella. No tomaba en cuenta el hecho de que las burbujas te mantienen a salvo. No me importaba estar a salvo. Me decía a mí misma que lo que quería era ver el mundo tal y como era. Con sus miserias

y su suciedad. Con su crudeza y, a la vez, esa sencilla belleza que la gente como yo no conocemos: la belleza de una flor silvestre que asoma en medio de las rocas, la de la lluvia que humedece el desierto, la de un anciano que lleva flores a la tumba de su esposa, porque, aunque hayan pasado cincuenta años desde que la perdió, ella sigue siendo el amor de su vida, y eso nadie, ni siquiera la muerte, se lo puede arrebatar.

En mi vida no había ninguna clase de belleza. Tan solo estaban las riquezas materiales y los prejuicios sociales. Todo apagado. Todo lineal.

Estaba harta.

Y cansada.

Me sentía como un muerto en vida.

Quería aprender a vivir como Jim Morrison, sin normas, sin dictámenes, sin convencionalismos. ¡A la mierda con todo el mundo! A la mierda mi madre, reina del universo bipolar y egocéntrica. A la mierda mi padre, gélido y controlador como un sociópata. A la mierda mi hermano, que se había largado cuando más falta me hacía su consejo.

Joder, no los necesitaba. Tenía a Jim.

«Si mi poesía intenta algo es liberar a la gente de sus límites para ver y sentir».

Cielo, ese hombre me inspiraba. Era un puñetero dios de la insubordinación.

Quizá sus letras me hubieran lavado el cerebro porque durante años escuché sus canciones en bucle, miré la única luz que brillaba en la negrura de la ciudad, me fumé algún que otro canuto y fantaseé con largarme muy lejos de ahí; recorrer el mundo de punta en punta, buscar *algo*, nunca supe el qué, pero tenía que ser lo suficientemente sólido como para que consiguiera hacer latir mi marchito corazón. Porque cuando lo tienes todo, ya nada te ilusiona y eso es terrible.

Para sentirme viva me hacía falta algo auténtico. Alto voltaje. Un chute fuerte de adrenalina. No la maría de Erik ni los zapatos de marca que me costaba con la fortuna de mi padre, sino algo al cien por cien real, uno de esos amores que consumen, dolor que te desgarras las venas, emociones que nacen titilando como la llama de una vela hasta que se descontrolan, arden por dentro y se alzan en un incendio que derrite y arrasa con todo. Las cenizas caen del cielo, y ahí estás tú, disfrutando del tango de las llamas y esa dulce agonía que tan solo una persona consumida por sus pasiones conoce.

Un amigo me dijo una vez que para no perder tus sueños es preciso seguir

durmiendo. Ojalá. Por desgracia, yo me despertaba todas las mañanas con la certeza de que todo cuanto quería y necesitaba estaba fuera de mi alcance. Porque se necesita valor para abandonar una jaula dorada, y de eso yo tenía poco o casi nada.

En el fondo, era una soñadora, no una guerrera. Y los sueños nadie te los concede. Hay que arrebatárselos a la vida. Y yo no era capaz de arrebatar una mierda.

Ser consciente de mi propia debilidad me hacía aceptarlo, y de esa forma me iba a la cama noche tras noche, cerraba los ojos y me pasaba horas enteras soñando con cosas que nunca iban a suceder.

Nunca fue mi intención extrapolar esos sueños a la vida real, porque, una parte de mí, la parte sensata, siempre supo que daba igual lo que yo quisiera. Acabaría teniendo una existencia tan banal como la de los demás.

Primavera, verano, otoño, invierno, y yo siempre en el mismo lugar, contemplando desde el suelo de mi salón la maldita cúpula del edificio más alucinante del mundo.

En nuestra familia eran Erik y mi madre los que habían heredado el gen de la rebeldía, y solo ellos estaban predestinados a hacer cosas extraordinarias. Los demás nos conformábamos con lo que nos había tocado.

De todos modos, morir sin que nadie sepa que has existido tampoco es tan malo, ¿no? ¿Por qué esa obsesión de la gente por dejar huella?

Las pirámides, el Cristo Redentor, el Taj Mahal, The Rolling Stone, el mundo entero está repleto de indicios de que el ser humano quiere ser inmortal; ser recordado incluso cuando ya no esté.

¿Acaso nuestra vida se resume a la frenética búsqueda de esa inmortalidad?

¿Tenemos fe solo porque odiaríamos que la muerte se saliese con la suya? ¿Tallamos nuestro nombre en un árbol para que alguien sepa que hemos existido? ¿Escribimos libros porque creemos que es posible seguir viviendo a través de ellos? ¿Es que necesitamos una voz que retumbé incluso desde el reino de los muertos?, ¿un grito con el que seguir hablándole al mundo, palabras, palabras y más palabras, vacías y sin ningún significado, hasta que la tinta esté corrida y el papel amarillento por el paso de los siglos?

Creo que sí. Creo que, en el fondo, queremos ser eternos, como Dante, porque nos da auténtico pavor saber que todo esto se acabará, tarde o temprano.

Mira a tu alrededor, cielo. Todo tiene fecha de caducidad.

Tú serás polvo y cenizas, pero ese edificio de ahí, esa imponente torre que

se alza en medio de los demás edificios, firme, altiva, indiferente al castigo de los años, es imperecedera. El umbral de la mismísima eternidad. Y tú te sientes tan pequeño e insignificante comparada con ella...

Admítelo. ¿Cuántas veces no lo has pensado? ¿Cuántas veces no has sentido que tu vida no es más que un efímero soplo de aire que termina antes de que te dé tiempo a respirarlo?

Yo no dejo de pensar en ello. Hace años que me obsesiona la idea de morir.

La idea de morir en silencio.

La idea de morir, en líneas generales.

Es mi única obsesión en el mundo. Es triste, de algún modo, saber que la única pasión que te consume se resume a... dejar de existir.

—Al final no ha sido para tanto el tráfico, ¿no? Cuando salí de casa esta mañana parecía que la ciudad se estaba preparando para recibir el fin del mundo.

Mis ojos llenos de ansiedad buscaron a Jules. Mis labios hicieron un último esfuerzo, compusieron una sonrisa, el mortecino esbozo de una alegría que no sentía.

Puede que hubiera una vida más allá. O puede que no. Quizá algún día lo averiguara. Mientras tanto, tocaba vivir la vida que me había sido concedida, por muy fastidiosa que me resultase.

—Ya. Gracias por traerme —dije, al tiempo que soltaba el cinturón y cogía mi bolso.

Jules me sujetó la puerta. Estaba sonriendo.

—Ha sido un placer.

—Dales un beso a Maggie y al pequeño Arthur de mi padre.

—Lo haré.

—Bien. Adiós.

—Hasta pronto, Lexi.

Me despedí con un gesto y eché a andar por la acera. Conforme me alejaba de él, noté una sensación de desagrado apoderándose de mí. Esa inquietud tenía mucho que ver con el motivo de mi visita de aquella mañana.

Aunque mi padre no lo había mencionado aún, sospechaba que se trataba de lo de siempre.

A fin de cuentas, llevaba más de medio año insistiéndome en el tema. Vincent se había propuesto verme casada antes de mi próximo cumpleaños, y ya había elegido a su futuro yerno.

En un mundo como el mío, conceptos como el amor o incluso la

compatibilidad están obsoletos. Lo que importa es la riqueza. La reputación. La actitud de cara al público. Si vives en el decorado de una película, es fundamental saber actuar.

Mi padre quería un yerno con pedigrí, y ya lo había encontrado.

Se llamaba Jay, como las aves paseriformes, esas pequeñas criaturas, medio exóticas, que arman barullo en los bosques californianos. *Jay Sallow*^[3]. Una combinación horrible, si alguien quiere saber mi opinión.

No tenía el más mínimos interés en contraer matrimonio con el señorito Sallow, y no solo por llevarle la contraria a mi padre —que también—, sino porque despreciaba a los ricos herederos como él, los que lo reciben todo en una bandeja de plata, la selecta educación, la ropa de marca, los coches veloces, el respeto de los demás...

No me hacía ninguna falta conocerle, estaba convencida de que ese hombre *no era* mi tipo. Cada vez que pensaba en Jay Sallow —que no era mucho—, me imaginaba a Chuck Bass.

Y a mí nada me irritaba más que el personaje de Chuck en *GossipGirl*. Le hubiera dado de hostias a diario.

Preparándome mentalmente para una conversación que en absoluto me apetecía afrontar, volví la esquina de un edificio de piedra arenisca y atravesé a paso rápido una pequeña plaza llena de gente. Decenas de palomas salieron volando a mi alrededor y, al verlas, mi mente me llevó de vuelta a las vacaciones de verano que Erik y yo habíamos pasado en Roma. Qué buenos tiempos.

Estaba perdida en mis pensamientos, evocando los *gelatos* y los *ragazzos*, cuando escuché esa voz, atrayéndome como el canto de una sirena.

—Disculpe.

De algún modo, sentí que era a mí a quien se estaba dirigiendo, y en medio de la turba de personas apresuradas, me volví y arqueé las cejas.

Cuestión de unos cinco o seis segundos, lo miré sin saber cómo reaccionar, desencajada y casi sin aire en los pulmones.

Él...

...era...

...indiscutiblemente...

...¡alucinante!

Están los hombres guapos, los hombres sexys, los hombres follables, los hombres a los que no te acercarías ni loca...

Y luego Dios le había creado a él.

Muy por encima de todo lo demás. El puñetero sùmmum de la masculinidad. La obra maestra de la divinidad.

Perfil recto. Aristocrático. Absoluta simetría.

Piel morena. Ojos de un azul casi turquesa(o, al menos, lo parecían a la luz del sol, que moteaba puntitos de color zafiro en la hondura de sus pupilas).

Me sorprendí a mí misma bajándome las gafas por la nariz y observándolo por encima de la montura con un interés rayano en la obscenidad. ¿Qué demonios pasaba conmigo? Esa no podía ser yo. Yo nunca me comportaba así.

Y, sin embargo...

—¿Me está hablando a mí? —coqueteé sin el más mínimo descaro.

Él sonrió, y su sonrisa de lado, masculina, irresistible, me hizo sonreír como una agilipollada.

—Sí. ¿Podría indicarme cómo llegar a Grand Central Terminal? No soy de por aquí.

Desde luego que no. Ese hombre *no era* de nuestro mundo.

«*Mira y aprende, pajarraco malhumorado. Mira y aprende*».

—Claro —no tardé en responder.

Sin embargo, un nuevo y extraño silencio precedió a mis palabras. Debía de ser por la forma en la que él me observaba, esa concentración que te congela el aliento. Había algo perturbador en su mirada. Algo hipnótico. Y yo no podía dejar de hundirme en esas profundidades azules que tanto me atraían. Sentía que le conocía de algo, de otra vida. A lo mejor le había visto decenas de veces dentro de mis sueños. A lo mejor mi corazón sabía que él era esa media naranja que había estado buscando durante toda mi vida y por eso le había reconocido.

—¿Y va a hacerlo? —preguntó él, con creciente diversión.

Su sonrisa guasona y ese gesto apremiante de sus cejas me hicieron reaccionar por fin.

—¿Qué? Ah. Sí. Claro. La estación. Hmmm... no está muy lejos de aquí —conseguí decirle por encima del estruendo de mi corazón.

—¿Se puede ir andando?

—Creo que sí. Tiene que bajar esta calle hasta casi el final y luego girar a la derecha. Hay flechas indicándolo. Solo tiene que seguirlas.

Aunque intenté mirar lo que le estaba señalando, los ojos me traicionaron volviendo hacia los suyos. Su mirada era fascinante, y perderse en ella fue como sumergirse en ese apacible mar que baña las playas del Caribe. Me sentí a salvo, feliz y con ganas de contemplar los distintos matices de azul durante

toda mi vida. Era demencial. Era como una droga para mí, una sustancia desconocida que necesitaba probar a cualquier precio y por encima de todas las demás cosas.

—Entonces, bajo y giro a la derecha, ¿no? —se cercioró con los ojos ejerciendo un enorme control sobre los míos. Conseguí asentir—. Estupendo. Gracias. Me ha salvado la vida.

Si bien su voz sonó baja y suave, detecté algo más en ella. Una chispa de desafío.

—No hay de qué. ¿Puedo ayudar en algo más? *¿Cualquier cosa?*

Nos seguimos mirando a los ojos. Sus pupilas tenían algo que te arrastraba hacia ellas, como un enorme imán cuya fuerza no se podía eludir. Nunca había tenido esa conexión visual con nadie. Sencillamente, era incapaz de apartar la mirada.

Esperé un momento, ahí clavada en la acera, por si él añadía algo. Algo del tipo: *«Ahora que lo mencionas... ¿quieres ser la madre de mis hijos?»*.

Pero no hubo suerte. Me sonrió, negó con un gesto y se alejó en la dirección que yo le acababa de indicar. Una auténtica pena, porque, con su marcha, el mundo volvió a girar. Regresaron los ruidos y el tráfico, el sol y la suave brisa que acariciaba mi rostro.

Todo volvió a ser como antes. Todo, excepto yo.

La gente me rodeaba por todas partes, un asfixiante círculo que se cerraba a mi alrededor. En cambio, yo permanecí en el mismo lugar, embobada, mirándole a él. No podía ver nada más. Era como si el universo hubiese bajado el telón y el director de la película lo enfocara en exclusividad, la figura del actor solitario que se marcha al final del último acto.

«Gírate.

Gírate y dime que no estoy loca.

Que tú también lo has sentido.

Ese magnetismo que hacía imposible dejar de mirarse; dejar de sonreír como imbéciles...

Gírate y dime que podemos cabalgar juntos por las olas salvajes de la vida y que...»

Él dobló la esquina sin girarse y yo me desinflé como un globo.

Por supuesto. Me había hecho el lío yo solita. Él solo pretendía llegar a la maldita estación. Maldita sea, ¿por qué había tenido la impresión de que entre nosotros habían saltado chispas?

«Porque eres ridícula, por eso».

Desencantada y cabreada conmigo misma por permitirme tales fantasías, expulsé un suspiro airado, me puse las gafas con brusquedad y apresuré el paso hacia la torre en cuya cúspide me había convocado mi querido señor padre.

Qué manera más estúpida de acabar algo que podía haber sido maravilloso. Fuegos artificiales. Mariposas en el estómago. Empujarse el uno al otro más allá de los límites...

Qué manera más estúpida de *no* conocer al hombre de ojos azules.

La chica que odiaba a Jay Sallow

Pista 3: *Everybody Wants
To Rule The World*
(Lorde)

A la velocidad de un terremoto, pasé por delante de la mesa de Olivia y, aprovechando que ella no estaba ahí, entré en el despacho de papá sin ser anunciada.

Mi padre estaba reunido con el abogado, los dos en mangas de camisa, inclinados sobre una mesa llena de papeles. Algo malo estarían tramando. Los banqueros siempre traman alguna cosa execrable, ¿verdad?

Vincent levantó la cabeza al oír la puerta cerrándose y el fastidio se le transparentó en el rostro. Me dispensó una sonrisa rápida y casi inexpresiva, esa clase de sonrisas típicas de la gente que trabaja en la banca privada, y me señaló el sofá. No me hacía falta ser adivina para saber que no le había sentado bien la intromisión. Sospeché que la pobre Olivia estaba a punto de llevarse una buena reprimenda.

—Alexia, danos unos momentos. Ahora mismo estoy contigo.

—Como quieras.

Disgustado por mi tosquedad, Vincent se volvió hacia su asesor legal y retomó el hilo de la conversación que yo acababa de interrumpir.

—Entonces, ¿crees que es viable la propuesta de Sirio?

—Según nuestro estudio de mercado, sí. Pero habría que estudiar mejor la rentabilidad. Me preocupa que los activos de los Talbot no estén a la altura y que luego tengamos que invertir una auténtica fortuna en infraestructuras y demás. Ten en cuenta que estamos hablando de un país aún en vías de desarrollo.

Su miedo era ridículo. ¿Temían que solo se fuerana hacer ricos en vez de *asquerosamente* ricos?

Ignorando la invitación de mi padre, me hundí en una butaca cerca de ellos y

me examiné la manicura. Papá odiaba todo lo que se salía de lo convencional y sabía que mis uñas de color turquesa le harían hervir la sangre en las venas. Por eso me las había pintado, a toda prisa y de mala manera, antes de abandonar mi coqueto apartamento de soltera.

Cuyo alquiler pagaba mi padre.

Al igual que mi desorbitado vestidor y mi debilidad por los zapatos de marca.

«Papá estaría horrorizado si le dijera el precio de estos Manolos», pensé mientras me miraba los tobillos desnudos y la forma en la que los zapatos estilizaban mis piernas.

De pronto, fui consciente de que incluso mis peores conjuntos estaban muy por encima del sueldo medio americano, y me aterró descubrir que yo era tan superficial y me sentía tan sumamente vacía que gastaba y gastaba y gastaba, como si fuera ese el único propósito de mi vida.

Lana del Rey había nacido para morir. Yo había nacido para comprar gilipolleces.

Ser consciente de mis defectos me hizo contemplar las cosas desde una nueva perspectiva. Acusaba a Sallow de recibirlo todo en una bandeja de plata. ¿En qué era yo mejor? ¿No hacía lo mismo? ¿No dejaba que mi padre asumiera mis gastos? ¿No me aprovechaba yo de la privilegiada posición de mi familia?

Entonces, ¿por qué me sacaba tanto de quicio que Vincent intentara emparejarme con alguien que era exactamente como yo?

«Porque tú algún día cambiarás, Lexi. Te irás de Nueva York. Madurarás. Harás cosas inimaginables. Sallow se limitará a gastar el dinero de su familia. Chuck Bass, ¿recuerdas? Es tan gilipollas como Chuck Bass. No quieres eso para ti».

Sí, exacto. Ahí estaba el quid de la cuestión: yo iba a cambiar. Por eso no podía casarme con él.

Resolver ese problema me reconfortó. Un poco.

Porque luego comprobé que no tenía ni idea de cómo conseguir eso.

Vale, sí, iba a madurar y todo ese rollo, pero ¿cómo? ¿Haciéndome budista? ¿Vegana? ¿Hippie? ¿Por dónde empezar? ¿Por dónde empieza la gente? ¿Un préstamo? ¿Una hipoteca? ¿Un trabajo a media jornada en el Burger King?

No tenía ni idea de cuál era el camino que conducía a la madurez, y convertirme en adulto me pareció de repente muy cansado. Una cuesta arriba casi imposible de trepar.

Y mucho menos con unos *Manolos*...

Trascurridos unos minutos, mi padre y el abogado debieron de llegar a alguna especie de consenso, ya que este último se despidió de mí y, con algunas carpetas bajo el brazo, desapareció detrás de la puerta, dejándome ahí seria y pensativa, en medio del análisis sobre cómo iba a conseguir enderezar mi vida.

Había acabado la universidad cinco meses atrás y me lo estaba tomando muy a la ligera, tan a la ligera que aún no había decidido lo que quería hacer a continuación.

No quería trabajar en marketing, no quería trabajar en la banca...

Y, por encima de todas las demás cosas, *no quería* casarme con el gilipollas ese con nombre de pajarraco deprimido, solo para que nuestros padres pudiesen juntar dos de las mayores fortunas del país. Por encima de mi cadáver iba a celebrarse tal boda.

Ya me había hecho una imagen de nuestra futura vida conyugal: yo sola y amargada, cada vez más decrepita, bebiendo ocho copas diarias de Martini y asistiendo a todas las malditas fiestas benéficas de la ciudad, y él, joven, rico y estupendo, un auténtico heredero, correteando detrás de las modelos de Nueva York.

En las mismas fiestas benéficas en las que yo empinaba el codo sin clase ni gracia.

Qué horror.

—Disculpa que te haya hecho esperar —se excusó mi padre al tiempo que se acomodaba en una butaca y juntaba las manos por encima de la mesa.

—No pasa nada, papá. Ni que tuviera mejores cosas que hacer hoy.

—Sé de buena tinta que no las tenías. Te pasas la vida holgazaneando.

—Ayer fui a cinco boutiques diferentes solo para localizar un par de medias. ¿Te parece eso holgazanear?

—No. Eso es tener demasiadas tarjetas de crédito. Y bien, ¿cómo estás? ¿Cómo va esa búsqueda de la felicidad?

—Probablemente me vaya a África a seguir buscando. En Nueva York parece ser que soy incapaz de encontrarla. La felicidad, me temo, no se puede conseguir con una *Mastercard*. Quién lo habría dicho.

—Alexia, cariño, sé razonable. No aguantarías ni cinco minutos en África. Los mosquitos te devorarían viva.

—O quizá me marche a Europa, como Erik... —lo dejé caer como quien no quiere la cosa, con la boca torcida en un gesto de desdén.

Mi padre no mordió el anzuelo.

—¿A hacer el qué? —repuso, para nada impresionado.

—¿Yo qué sé? Cualquier cosa.

—Claro. Supongo que cualquier cosa vale para disgustar a tu padre.

—Si no te lo tomaras todo tan a pecho...

—Si dejaras de comportarte como una niña rebelde...

—¿Rebelde?! ¡¿Yo?! —exclamé atónita—. Papá, tú llamas, yo vengo. Eso no es rebeldía.

—Es falta de recursos, Alexia.

—Me llamo Lexi —gruñí entre dientes, lanzándole una mirada malhumorada a través del flequillo.

—Te llamas Alexia. Coño, lo sabré yo, que fui quien rellenó tu partida de nacimiento.

Mi boca se frunció en un gesto disgustado. Esa conversación no iba a llevar a ninguna parte. Habíamos intercambiado las cortesías y las pullas de rigor. Ahora ya podíamos ir al grano. Mi tiempo era limitado. El suyo, aún más.

—¿Qué quieres, padre? No es mi cumpleaños, no es Navidad, no te vas a casar... Así que... ¿quieres decirme por qué estoy aquí?

—¿Cómo sabes que no me voy a casar?

—Porque me intereso por tu vida, obviamente.

—Porque odiarías tener una madrastra —me corrigió él con los párpados entornados.

Tuve que darle la razón.

—Vale. Tú ganas. Las madrastras son odiosas.

—Puedes estar tranquila, Alexia. Con casarme una vez he tenido suficiente.

—Tú y todos.

—Hmmm. Te he llamado porque quería hablar contigo de... Jay.

—¿Cómo no! —me sulfuré, y mis ojos se encendieron al instante como las brasas del Infierno—. Parece ser que se ha convertido en el único tema de conversación en esta puñetera familia. Si miro mi cuenta de Twitter, seguro que el *trending topic* de hoy es *hashtag* conozcamos al gilipollas de Jay Sallow.

—Al menos espera a conocerle, antes de emitir veredicto. Y no me pongas los ojos en blanco, jovencita. Sabes que lo detesto.

—Papá, no voy a conocer al estúpido Jay Sallow. ¡Y no me voy a casar con él! Ya no estamos en pleno siglo XVI, joder. La gente hoy en día ya no se casa para complacer a sus anticuados padres.

—No te he pedido que te cases con él. Te he pedido que le conozcas. Si luego resulta que te enamoras perdidamente...

—Lo cual, lamento interrumpir tus fantasías surrealistas, nunca va a pasar.

—...Y decides unir tu vida a la suya, mejor. Si no, nada. El único sacrificio que te pido es que asistas a la cena de este sábado. Y teniendo en cuenta lo mucho que te gusta holgazanear, diría que no es un sacrificio demasiado grande.

—¿Cómo te lo diría amablemente? Hmmm... ¿ni de puta coña?

—Alexia...

—Lexi.

—Está bien, *Lexi*, si tan importante es para ti. Solo es una cena.

—No pienso dar mi brazo a torcer, papá. Esta vez, no. ¡No pienso casarme con el jodido Chuck Bass!

—¿Con quién?

—¡Me merezco a un hombre como Clyde Barrow! —proclamé, aún más acalorada.

—¿Cuántas veces he de decírtelo? ¡Ese ya está muerto!

Los ánimos estaban ya muy caldeados.

—Pues quiero a un hombre así —resolví mientras golpeaba la mesa con aire tajante—. De los antiguos. ¡Un hombre de verdad! ¡Un buscavidas! Un Sid Vicious con chupa de cuero y problemas de comportamiento. ¡Quiero a Jim Morrison!

—¡Ese también está muerto! Hija mía, ¿te importaría buscar a un pretendiente con pulso y aire en los pulmones? ¿O ya no sabes cómo sacarme de quicio y ahora te ha dado por la necrofilia? ¿Es la nueva moda de esta temporada? El año pasado eran los leotardos de colores. Hay que ver cómo cambia el mundo.

—¿No lo pillas? Intento decirte que lo que quiero es a un hombre que haga latir mi corazón rápido y lento al mismo tiempo. Un hombre que me inspire. ¡Quiero poder respetarle, papá! ¡Y admirarle! ¿Cómo pretendes que ame un tío que no me infunde respeto alguno?

—¿Quién ha dicho nada de amar? Con que no os asesinéis, me vale.

—¡Pero yo quiero sentir escalofríos cada vez que escuche su nombre! ¡Y fuegos artificiales cada vez que me bese!

—Está bien. Tú te lo has buscado. Voy a darte de baja *Netflix*. Te está llenando la cabeza de tonterías, jovencita. Y el *Kindle Unlimited* de Amazon, ya puedes ir olvidándote de él. No lees más que basura romántica. ¡Fuegos

artificiales y escalofríos! ¡Eso ni siquiera es real! ¡*Nadie* siente eso, Alexia! ¡Aterrizas de una puñetera vez!

—¡Yo, sí! *Yo siento* —grité, arrastrando los sonidos para darles más énfasis—. Y tú pretendes quitarme la oportunidad de hacerlo. Papá, quiero vivir la aventura de mi vida. Quiero peligro. Y misterio. ¡Y un amor con el que tú ni siquiera sueñas! —seguí enumerando, cada vez más pasional y más cabreada con él por ser tan obtuso.

—¿Y cómo sabes que Jay no puede darte todo eso? —replicó Vincent con un aplomo que recalcó que estaba lejos de dejarse contagiar por mi desmesurado apasionamiento.

«*Eso, Lexi. ¿Cómo lo sabes?*».

—Porque se llama Jay-el-jodido-Sallow —no tardé en reaccionar—. No, ¿sabes qué? Ya he tenido suficiente de esta conversación. Me voy. No cuentes conmigo para el sábado. Odio las citas a ciegas. ¡Y odio a la gente que se llama Jay Sallow!

Me levanté enfurecida, agarré mi bolso y casi arranqué la puerta del quicio, con tanta fuerza la abrí. Necesitaba salir de ahí cuanto antes.

Mi padre me alcanzó al final del vestíbulo.

—Alexia, quiero que recapacites. No me dejes en ridículo delante de los invitados. Ya les he confirmado tu presencia.

—Puedo conducirme a mí misma a la salida, así que no te molestes en acompañarme.

Mi padre hizo caso omiso de mi sarcasmo y entró conmigo en el ascensor. Maravilloso. Otros dos minutos de pelea. Miré el reloj. Eran las 11:33. ¿Por qué corría tan despacio el tiempo?

—No entiendo cómo puedes ser tan testaruda.

—No soy testaruda —refuté, con los ojos clavados en los dígitos que indicaban el piso en el que estábamos—. Me mantengo firme en mis principios.

—Jay Sallow es el hombre perfecto para ti.

—Nunca lo sabremos. Porque me niego a conocerle.

—Lo conocerás, aunque tenga que llevarle personalmente a tu casa.

—Pues no pienso abrirte la puerta.

—Pues no pienso seguir pagándote el alquiler. ¿Qué te parece eso?

La cosa se estaba desmadrando. Mi padre y yo enzarzados en una pelea. No podía acabar bien para ninguno de los dos.

—¡Pues no pienso seguir viviendo en Nueva York! —voceé, mirándolo con

el rostro azotado por la ira.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer? —replicó él, tan burlón que decidí atacar donde más le dolía.

—Irme con mi madre y el señor Jones. Al menos ellos no pretenden venderme como a una yegua.

Eso le sentó fatal a mi padre. No lo de la yegua, sino lo de mencionar a mamá y su infame amante. Le acababa de echar sal en la herida.

—Te prohíbo que la nombres siquiera.

—Tú la nombraste antes que yo, cuando aludiste a tu primer y único matrimonio.

—¡No la nombré!

—Lo insinuaste.

—Alexia, ¿me estás sacando de quicio!

—Padre, me aburres.

Las puertas se abrieron por fin y yo salí como alma que lleva el Diablo.

Mi padre, por supuesto, apretó el paso detrás de mí. No estaba dispuesto a darse por vencido tan pronto.

—Alexia, para un momento. No he acabado contigo.

—Yo, sí. No tengo nada más que decirte, ni ahora ni nunca. ¡Y olvídate de que me case con tu estúpido Jay Sallow!

Mi padre me gritó algo. Ahora ya ni recuerdo el qué. Es curioso las cosas que se nos quedan grabadas en la mente después de un hecho así. Casi nunca son palabras, sino olores, el silencio de un momento, el aspecto de un reloj. Las palabras raras veces adquieren importancia.

A no ser que sean las seis palabras que rompieron tu vida en añicos.

—¡todo el mundo al suelo! ¡A-ho-ra!

Como dentro de un sueño —sucede tan deprisa que ni siquiera tienes tiempo de reaccionar—, me volví hacia la puerta y vi a dos hombres con pasamontañas, empuñando unas metralletas que me apuntaban justo a mí, ya que era la que más cerca de la salida estaba en ese momento.

Se me congeló el aliento. Miré a mi padre con ojos aturullados y vi que estaba igual de pálido que yo.

—Alexia, ¡ven aquí!

Mis piernas se dispusieron a obedecer de forma mecánica, pero no me dio tiempo de ponerme a salvo. Fui agarrada del brazo e inmovilizada en el mismo lugar, a un par de metros de distancia de la salida.

—¡Que *nadie* se mueva! —bramó el atracador con tanta agresividad que mi

tez se convirtió en una máscara pálida y tirante. Busqué en su mirada algún gesto de compasión. No lo había.

—Por favor, no le hagáis daño —suplicó Vincent con acento desesperado.

Paralizada en medio de esa pesadilla, no reaccioné de ningún modo. El mundo quedó en pausa, y yo, impávida, suspendida en el tiempo, busqué a mi padre con la mirada, con la esperanza de que él fuera a arreglarlo todo.

Verle tan aterrorizado hizo que algo se rompiera dentro de mí. Fue como si esa expresión de pavor que desfiguraba su rostro hubiese atravesado un muro de hielo detrás del cual se ocultaba el miedo más genuino, implacable y devastador que había sentido nunca.

Él, que siempre lo tenía todo bajo control, estaba perdido ahora, y eso era más de lo que yo podía soportar.

Papá no podía ayudarme. No podía ayudarse ni a sí mismo y, cuando uno de los pilares de tu mundo se derrumba, es solo cuestión de tiempo hasta que todo lo demás se venga abajo.

A mi alrededor *todo* estaba tambaleándose, el caos era inminente, y yo no sabía a qué aferrarme primero. Solo quería cerrar los ojos y que todo acabara, como cuando era niña y me refugiaba en la cama de Erik para huir de los monstruos de mis pesadillas. Él, el hermano mayor al que le hubiese confiado mi vida, me abrazaba y mi miedo se desvanecía.

«Ya no podemos volver a ese momento. No podemos. No podemos... Ya no...».

Me sentí estúpida, incapaz de dejar de repetir ese mantra, incapaz de asimilar lo que estaba pasando a mi alrededor, lo rápido que estaba cambiando mi mundo, la velocidad con la que los añicos caían al suelo. ¿Podíamos volver a construirlo? No parecía posible.

—Por favor, no hay necesidad de violencia —escuché la voz de mi padre como dentro de un recuerdo. ¿Por qué sonaba tan distorsionada, tan lejana?

Levanté la mirada, parpadeé para ahuyentar el sopor y, poco a poco, la realidad empezó a asomar, como una niebla asfixiante y oscura de la que no se podía huir.

Uno de los atacadores pasó junto a mí y, sin miramientos, cogió a Vincent por el cuello y le propinó un rodillazo en el estómago.

—Cállate, viejo.

—No... —La crudeza del momento impactó de golpe contra mí y, sin cuestionarme las consecuencias, me abalancé sobre él—. ¡Déjale en paz!

—¡AL SUELO, JODER! ¿Es que estás sorda?

El arma se volvió hacia mí y yo frené en seco, centímetros antes de estrellarme contra su cañón. De repente, fui consciente de *todo* lo que estaba pasando, del peligro que corríamos todos, del poco control que tenía sobre la situación. No podía cometer más gilipollices. Tenía que encontrar el modo de conservar la sangre fría.

«*Puedes hacerlo. Sabes que sí*».

Tragué saliva, levanté las manos en actitud pacífica y fui descendiendo poco a poco, hasta que acabé con las rodillas apoyadas contra las baldosas.

El corazón me iba a mil por hora y mis pensamientos se habían convertido en una vorágine de la que no podía sacar nada en claro. Intenté calmarme y racionalizar. Eso es lo que siempre te dicen en los momentos tensos, ¿no?

«*Cálmate, Lexi. Solo quieren el dinero. Nadie tiene por qué morir por unos billetes infectos*».

En mi mente sonaba bien. En la práctica...

Joder, ¡eso era un puto atraco!

Y no tenía nada de romántico. ¿Cómo tranquilizarse en unas circunstancias así?

—¿Has visto qué bombón? —le dijo el hombre que me apuntaba al otro—. Se parece a Katie Holmes.

—Yo diría que es más bien como Megan Fox.

—Porque no le estás viendo la cara, tío. Es Katie Holmes clavadita. Juraría que tiene incluso sus hoyuelos.

Que se fijaran tanto en mí no podía suponer nada bueno. Bajé la mirada y empecé a rezar hacia mis adentros, no porque fuera creyente, sino para evitar pensar en esa metralleta que aún estaba encañonándome. O en lo mucho que me temblaban las manos. O en ese gélido hilito de sudor que descendía por mi espalda.

—¿Quién está al cargo de este lugar? —preguntó el atracador, a nadie en concreto.

Clientes y empleados del banco estaban tumbados en el suelo, con las manos bien a la vista. Con una rápida mirada tuve bien claro que nadie iba a hacer nada estúpido.

—He preguntado que *quién* está al cargo de este lugar.

No, ellos no iban a hacer nada estúpido. Pero el atracador, quizá, sí. Detecté una sombra de nerviosismo en su voz y comprendí que, si nadie le contestaba en breve, las cosas iban a ponerse realmente feas.

—¿Nadie? Muy bien. Entonces, os iré eliminando uno a uno, hasta que

cantéis. Empezaré por el viejo.

—Yo. Yo estoy al cargo —acerté a decir, un murmullo ronco que atrajo todas las miradas hacia mí.

—Hmmm. Katie Holmes. Menuda sorpresa. Mi día acaba de mejorar, tío.

—Alexia, ¿qué estás haciendo?! —me gritó mi padre histérico.

—Papá, tranquilo. Todo va a salir bien —mentí, aunque con tanta sinceridad que incluso yo empecé a creérmelo. Hay momentos en la vida en los que necesitas oír que todo va a salir bien, incluso si sabes que solo es otra mentira más.

—Oh, cariño, no... Por favor, no le hagáis daño. Cogedme a mí. Ella ni siquiera...

—He dicho que te calles —gruñó el atracador, propinándole una patada entre las costillas—. La cogeré a ella, que me cae mejor que tú.

Dicho eso, se volvió hacia mí y me miró a los ojos.

Rehuí su mirada y no perdí de vista a mi padre, que estaba ahí encogido, gimoteando de dolor. Pena y terror se debatían dentro de mí, pero ni mis ojos ni mi rostro me traicionaron esta vez. Si no había conseguido conservar la sangre fría, al menos convencería a todo el mundo de lo contrario.

—Papá, escúchame. Lo tengo todo bajo control —asegué con una templanza y una entereza que no tenía ni idea de dónde provenían—. Haz lo que te dice. No hables.

El atracador me estudió en silencio. Me pareció detectar una chispa de admiración en su mirada. Ahora estaba por completo en su punto de mira. Ni siquiera sabía por qué lo había hecho. ¿De dónde había salido tanto coraje?

Supongo que vi el reguero de sangre que se escurría de la nariz de mi padre y comprendí que, en realidad, detrás de sus capas de ropa de sastre y su corteza de puro hielo, no se ocultaba más que un anciano indefenso.

Y que, si yo no le protegía, nadie iba a hacerlo.

O puede que, sencillamente, no tuviera tiempo para sopesar bien las consecuencias. A veces la adrenalina nos hace cometer actos estúpidos.

Y estaba claro que mi padre, el hombre al cargo de ese lugar, no les caía nada bien a los atracadores. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Levanta, tesoro.

Lo miré, sin comprender por qué me hablaba con tanta delicadeza. Era sorprendente dadas las circunstancias.

—Te vienes conmigo —añadió un segundo después—. ¡Eh, tío! Asegúrate de que nadie se mueva.

Su compañero hizo un leve gesto de consentimiento. Encañonó su arma hacia nosotros y la sostuvo con la firmeza y la impasibilidad de un soldado acostumbrado al combate.

Yo fui agarrada del brazo y arrastrada hacia el ascensor. No tuve demasiado tiempo para asimilarlo. La acción trascurría demasiado deprisa.

—¿Sótano? —me preguntó el atracador, una vez dentro del lujoso habitáculo envuelto en espejos. Todo parecía dorado bajo el reflejo áureo de las puertas; una nueva jaula de oro en la que me habían encerrado—. ¿Cielo, me oyes?

Asentí como un autómatas. No podía abrir la boca. Me horrorizaba la idea de estar juntos en un espacio tan reducido. ¿A qué clase de bestia me estaba enfrentando?

¿Cómo saberlo, si no podía verle el rostro? ¡Tenía la cara completamente tapada!

Tan solo pude verle los ojos y, desde luego, no parecían los ojos de un monstruo. Eran azules. Muy intensos. Esa clase de ojos capaces de abrir un hueco candente en tu pecho.

Aunque eso suponía un escaso detalle para la policía. Ni tatuajes a la vista ni cicatrices. Llevaba guantes e iba envuelto en negro. Pude apreciar que era alto. Más de metro ochenta. Por lo demás, no podía especificar ningún otro detalle.

Un hombre alto de ojos azules. Por desgracia, eso abarcaba la mitad de la población.

—Eh, guapita. He dicho que si vamos al sótano.

Me obligué a recomponerme y a actuar como la chica que solía ser. Necesité unos momentos para meterme en la piel de mi personaje.

—Si es lo que deseas... —dije con lo que yo quería que fuera desdén.

Tuve la impresión de que su boca se había movido en una sonrisa por debajo del pasamontañas, pero debía de ser solo mi impresión. ¿Por qué iba a sonreír en un momento tan tenso como ese?

—Veo que no me estás entendiendo o no te da la gana hacerlo. Así que te lo diré más claro. ¿Dónde coño está la cámara?

—Lo más lógico sería que estuviera en el sótano. O en el ático, quizá.

Esta vez, mi fingida indiferencia sonó mejor. Más convincente.

El atracador apoyó el brazo por encima de mi cabeza e inclinó el rostro sobre el mío.

—¿No lo sabes? —susurró bastante divertido.

Aunque estaba aprisionada entre su cuerpo y la pared, decidí no acobardarme, y seguí adelante con mi falsa despreocupación.

—No pierdo el tiempo con nimiedades.

—Pues nada. Iremos al sótano. Y si no encuentro ahí lo que estoy buscando, puedes despedirte de alguno de tus preciosos deditos. Tú elijas cuál. Me siento generoso hoy.

Me entró el mareo. ¿Qué iba a hacerme ese sádico hijo de puta?

Se alejó un momento para pulsar el botón del ascensor y luego volvió a acercármeme. Retrocedí hasta que me golpeé contra el espejo. Él sonrió y se quedó muy cerca de mí. Quieto. Esta vez, su sonrisa fue clara por debajo de la tela que le cubría los labios.

—¿Me tienes miedo?

—El que empuña un arma eres tú —le recordé, rehuyendo la intensidad azul de su mirada.

—Chica lista. Pero no temas, cariño. No les hago daño a las chicas.

Mis ojos volvieron de golpe hacia los suyos. ¿Un ladrón con ética?

—¿Ah, no? —dije esperanzada.

—No, si puedo evitarlo.

—¿Y cómo lo evitamos? —me atreví a preguntar, felicitándome mentalmente por mi osadía. Tuve la impresión de que él admiraba eso de mí.

—Colabora —me respondió con llaneza—. No soy un monstruo. Dame lo que quiero y te dejaré en paz.

Colaborar. Justo lo que a mí más me costaba.

Nuestros ojos se encontraron y yo me dije a mí misma que podía hacerlo.

Pero ¿podía? ¿Cómo, si ni siquiera sabía dónde estaba la maldita cámara?

El ascensor llegó al sótano y el hombre me arrastró fuera, lejos de la engañosa seguridad que confería ese lugar.

Cruzamos el vestíbulo, yo agarrada por el brazo y arrastrada como un perro con correa, y él con paso firme.

Resoplé aliviada al constatar que mi padre había empleado la lógica. La cámara estaba ahí. Solo había un diminuto problema. Estaba cerrada. Evidentemente.

—Dame el móvil.

—¿Qué? —pregunté aturullada.

—Tu móvil. Dámelo.

Me llevé la mano al bolso, saqué el móvil y se lo alargué. Él lo cogió y se lo guardó en el bolsillo del pantalón.

—Gracias. Ahora teclea la combinación.

Cojonudo.

Temblando, me acerqué a la enorme puerta metálica y me quedé ahí unos momentos, contemplando los dígitos y apretando los puños a ambos lados del cuerpo.

—A-HO-RA. No tengo todo el día, tesoro. Por si no te has dado cuenta, estoy atracando un puto banco en pleno Manhattan. O tecleas o te vuelvo una rodilla. Tú elijes.

«*Vamos, Lexi, cálmate. Piensa. Piensa, joder. Si fueras papá, ¿qué combinación elegirías?*».

«*La de siempre. Papá es un hombre de costumbres. Lleva veinte años tomando la misma marca de café*».

Me armé de valor, levanté el brazo y marqué deprisa la fecha de nacimiento de Erik, el hijo predilecto. La puerta soltó un pitido que parecía burlarse de mí.

«*¿Código erróneo? ¿Qué? Mierda*».

Cerré los ojos ante el fracaso. Estaba casi segura de saberme el código. En casa era el que usaba. Llevaba años usándolo.

—¿Me estás tomando el pelo, cielo?

Noté la gélida presión del cañón contra las costillas y se me detuvo el corazón durante unos momentos. Sentí literalmente cómo la sangre abandonaba mi rostro, dejándolo lívido y desfigurado de miedo.

—No. Me he equivocado. Lo siento.

—¿Lo sientes?! Debería volarte la puta sesera. Pero me da pena. Eres tan guapa, Katie...

Me rozó un mechón de forma casi cariñosa y yo me eché a un lado para que no siguiera tocándome.

—Me llamo Lexi —dije, suplicándole con la mirada un poco de compasión.

«*Eso es. Haz que te vea como a una persona*».

—Me la suda. Teclea.

Solté el aire que me asfixiaba los pulmones y tecleé la fecha de nacimiento de papá.

Otro pitido.

¿Código erróneo?

«*Mierda, mierda, mierda*».

—Empiezo a perder la paciencia.

—Lo siento, no me sé el código —me rendí, con labios trémulos—. Ni

siquiera trabajo aquí.

Me volví y supliqué con la mirada. A lo mejor conseguía darle pena.

—¿Que no te sabes el código? ¡¿Y por qué coño has dicho que sí?! —me gritó y sus ojos destellaron una especie de furia demoniaca que me hizo retroceder hasta golpearme contra la puerta metálica de la cámara de seguridad—. ¿Estás mal de la cabeza?

—Estaba asustada. ¡Tú me estabas apuntando con un arma! —acusé con voz chillona.

—Y lo más inteligente que se te ocurrió fue hacerte la heroína.

—Eh, tú lo has dicho. Soy guapa, no lista.

—Hablas demasiado. No me gustan las chicas que intentan ir de graciosas. Te-cle-a.

—¡No me sé el código!

—Pues teclea hasta que te lo sepas, tesoro —resolvió con una mezcla de exasperación y falsa dulzura.

—A la tercera, se bloquea —le recordé, desesperada.

Estaba al borde de un ataque de histeria y el cañón de su metralleta, aún apuntando hacia mí, no hacía más que aumentar mi pánico.

—Recemos para que eso no pase —se burló con sonrisa socarrona—. Sería una pena destrozarse esta cara bonita.

«*Joder, joder, joder*».

—No me sé el código... —rogué con los ojos ahogados en lágrimas.

No sé si le conmovió la forma en la que temblaba mi cuerpo, porque se me acercó despacio y, con suavidad, me cogió por los hombros y me volvió de cara a la caja fuerte.

—Concéntrate, Katie —me pidió. Esta vez, en un susurro, muy cerca de mi oído. Tan cerca que me estremecí—. Deja volar tu mente.

Cerré los ojos y pensé en todo lo que se me ocurrió, así, a priori. Mascotas. Mi madre. La graduación de mi padre...

No tenía ni idea de cuál era el código y solo me quedaba un intento.

«*A la mierda*».

Levanté el brazo, marqué mi fecha de nacimiento y cerré los ojos.

«*Por favor, que sea rápido*», recé, dejando de ser partícipe de lo que sucedía a mi alrededor.

—Jo-der.

Con las manos temblándome de pánico, esperé un disparo que nunca llegó a producirse.

Pasados unos diez —aunque interminables— segundos, me atreví a abrir los ojos y vi que la puerta se había entornado. El alivio me golpeó tan fuerte que caí de rodillas y rompí a llorar. Mi padre, mi querido padre, había elegido mi fecha de nacimiento. ¡Él me quería! Y yo había sido tan cruel...

Con una devoción casi febril, me prometí a mí misma que haría todo cuanto él quisiese. Me casaría con Jay Sallow. Nunca más me pelearía con él.

«Por favor, haz que todo salga bien. Haz que pueda recuperar a mi padre y mi vida. Mi aburrida y segura vida».

Es extraño cómo cambia todo en un solo momento. Te das cuenta de qué es lo que realmente importa. Ya no se trata de ti mismo o de tu ridículo deseo de sentirte vivo. Se trata de la familia. Eso está por encima de todo lo demás y tú ni siquiera eras consciente.

El atracador metió una mano bajo mi axila y me levantó como a un perro muerto.

—De pie, cielo. Aún no he acabado contigo. Coge esta bolsa y mete dentro todo el dinero que puedas. ¡Eh! Sin nada de tonterías. Recuerda que te tengo a tiro.

«Genial».

El nerviosismo me entorpecía, pero conseguí dominarme y concentrarme en lo que tenía que hacer. Llené la primera bolsa en tiempo récord, y él me ofreció otras tres. Cuando hube acabado, la cámara estaba casi vacía.

Intenté no mirarle a los ojos mientras le ofrecía las bolsas y él iba colgándoselas del hombro.

—Vamos —me instó, agarrándome de nuevo del brazo.

Respiré hondo y me dejé llevar hasta el ascensor, obediente y sumisa como nunca, evitando su mirada en todo momento. Me consolé a mí misma con la idea de que, si no había sucedido nada malo en la planta de arriba, todo acabaría en menos de cinco minutos.

Callados, nos metimos en el ascensor y él pulsó el botón. Estaba tan impaciente por salir de ahí que empecé a contar los segundos.

Uno.

Dos.

Tres.

«Eso es. Céntrate en contar. Nada de esto está pasando. No es real, ¿recuerdas? Vives en el decorado de una película. Dentro de una película no puedes morir.»

No puedes morir.

No vas *a morir*».

—Bueno, guapita, al final sí que trabajabas aquí, ¿eh? Solo te hacías la dura conmigo.

Invadió mi espacio personal y yo volví la cara hacia la derecha. Me enfermaba tenerle tan cerca.

—¿Qué? ¿Me evitas? ¿Te parezco feo?

Se me disparó el aliento. Las rodillas me temblaban tan fuerte que me dio miedo que se fueran a doblar.

—No me toques, por favor.

Él se quedó quieto un segundo, y luego sonrió y usó el arma para dibujar una pequeña línea por mi clavícula. Me estremecí hasta la médula. Un roce. Muerte. Había tanta gelidez a mi alrededor que se me erizó la piel.

—¿No te gusta que te toquen?

—No —respondí escueta, eludiendo a propósito su mirada.

—Una pena. A mí sí me gustaría tocarte. Eres exactamente mi tipo. Si nos hubiésemos conocido en otras circunstancias...

Se me revolvió el estómago solo de pensarlo.

El ascensor se detuvo con un silbido. «*Menos de cinco minutos y esta pesadilla habrá acabado. Solo tienes que aguantar cinco minutos más, Lexi. No hagas nada estúpido*».

Él me ofreció la mano. Dudé.

—Vamos, tesoro. Por muy tentadora que sea la idea de quedarme aquí contigo, nos están esperando. Sería descortés retrasarnos por más tiempo, ¿no estás de acuerdo? Aunque, si insistes, podemos quedarnos un rato más —concedió como quien no quiere la cosa.

Tragué saliva, cogí su mano y me dejé arrastrar hacia el vestíbulo. Lo que menos quería era pasar a su lado más tiempo del necesario.

—¿Lo tienes todo? —preguntó el otro en cuanto nos vio asomar.

—Sí. Nos vamos. ¡Que nadie se mueva o dispararé, joder! Adiós, cielo —me susurró a mí en particular, acercando la nariz a mi oído como si pretendiera olerme y guardarse eso dentro de su retorcida cabeza—. Ha sido todo un placer.

Sus ojos atravesaron a los míos y esta vez sostuve su mirada.

—*Que te jodan* —siseé entre dientes, sin poder controlarme más.

Su risa fue suave. ¡Se rio!

Y, después de eso, me soltó el brazo y me guiñó el ojo con socarronería.

Dejé caer los párpados y exhalé hondo. Se había acabado. Todo había

acabado. *Él* se estaba alejando de mí. Me dejaba marchar. Así. Sin más.

Me entraron ganas de llorar, pero no quería desplomarme aún. Ya lloraría después. Cuando estuviera a salvo y muy lejos de ese horror.

A través de la turbia cortina que empañaba mis ojos, miré con alivio las dos siluetas que se apresuraban hacia la salida. Miré a mi padre. Estaba en el suelo y aún le sangraba la nariz, pero, en líneas generales, parecía estar ileso.

Peiné el vestíbulo con la mirada y comprobé que todos estaban bien. No había sido más que un susto. Un susto estúpido. No tenía trascendencia. ¿Y qué si éramos un poco más pobres? Estábamos vivos, eso era lo único que importaba.

Entonces, percibí otra cosa. De reojo. Casi a cámara lenta. Vi que el vigilante aprovechaba el despiste de los atracadores y se llevaba la mano a la pistola.

«No, no, no. No hagas nada estúpido. ¡Baja la puta mano!».

Le grité con la mirada. *Él* no lo comprendió. Retiró el arma muy despacio, apuntó e hizo lo más estúpido que alguien puede hacer en unas circunstancias así: disparar a los atracadores.

El estruendo fue tan fuerte que me tapé las orejas con las dos manos para dejar de oírlo. La bala salió disparada, erró la espalda de uno de los atracadores e impactó en el enorme cristal de la puerta, que se hizo añicos en el acto.

El vigilante cayó en vano. Porque el atracador sí le rozó a él. Varias balas se estrellaron contra su pecho, con tanta fuerza que el hombre salió impulsado hacia atrás y se golpeó contra su mesa de trabajo.

Chillé, y lo demás se volvió muy opaco.

El atracador pasándome el brazo por el cuello. Mi padre gritando que me soltara. El horror de verme arrastrada hacia el aparcamiento y empujada dentro de un Sedan negro. La velocidad y el chirrido de ruedas con el que me alejaban de todo cuanto me era familiar. Nueva York volando a ambos lados del coche, hasta que todo se convirtió en campo, pavor y oscuridad.

Cenizas. Tristes cenizas arrastradas por la crueldad del viento.

Una vida que se trueca en menos de un segundo. Una bala que no alcanza su diana. Cristal que se quebranta y cae al suelo.

Y en su lugar no queda nada. ¡Nada! Porque está todo muerto. Todo perdido. Todo lejano y frío, en medio de esta profunda negrura que no hay forma de dejar atrás.

Cualquier sitio es válido para morir

Pista 4: *Knocking At
Heaven's Door
(Raign)*

Un tardío atardecer teñía el cielo de carmesí y púrpura cuando cruzamos la frontera de Illinois. Destartalados y grisáceos edificios de tres plantas emergían de entre las sombras y se esfumaban un segundo después con una rapidez tan extraordinaria que apenas alcanzaba a distinguir una imagen borrosa. Fantasmales siluetas de una hilera de construcciones que parecían estar abandonadas, si uno tenía en cuenta el estado ruinoso en el que se encontraban.

Nos detuvimos ante un semáforo en rojo y pude apreciar mejor la zona, los cristales rotos, la maleza que devoraba cada rincón de tierra, las mugrientas ventanas detrás de las cuales imaginé decenas y decenas de ojos malignos, siguiéndome con regocijo desde la oscuridad.

En el templado crepúsculo flotaba algo tan tétrico que me estremecí, presa de un horrible frío que no había modo de vencer. No puedes vencer algo que nace dentro de ti y se propaga por tus venas como una horrible e imparable enfermedad. Sencillamente, no puedes. Por mucho que te abrases a ti misma y te repitas que todo va a salir bien, sabes que no es más que una mentira piadosa.

El semáforo cambió a verde, el coche se puso en marcha, y eso fue todo cuanto pude ver. Los ojos vacíos se quedaron atrás, mirándome casi con pena, lamentándose por mi destino.

¿Qué más daba todo?

Ya no sentía nada remotamente parecido al miedo. Estaba tan agotada que solo quería que esa pesadilla acabara, de una forma u otra. Llevábamos en la carretera demasiado tiempo, horas y horas sin sentido, ahí, los dos solos, atrapados en un abismal silencio que tan solo la música de la radio osaba interrumpir, viejas canciones rock o country que empecé a aborrecer. Las

posibilidades de salir ilesa disminuían por momentos, y solo podía culparme a mí misma. Con un cuerpo laxo y una mente tan aturdida que no era capaz de trazar ningún plan de huida, no podía llegar demasiado lejos.

Creo que, en el fondo, muy dentro de mí, sabía que no tenía escapatoria y lo estaba aceptando. Ni siquiera intenté resistirme. No me quedaban fuerzas para estar desesperada. Ya no suplicaba. No lloraba. No me dejaba llevar por la ira o la evidente pregunta *¿por qué a mí?*

Tanto silencio había ahuyentado el terror y en su lugar languidecía un profundo sentimiento de quietud, la desesperante tranquilidad de alguien que contempla su fatídico destino y no hace nada por cambiarlo. Lo acepta, sin más, porque lo único que quiere es poner fin a todo. ¿De qué me habría servido estar asustada? ¿Habría hecho eso que las cosas fueran más fáciles?

Miré de reojo al hombre que tenía al lado, su perfil recto y sublime bañado por la semioscuridad del coche, sus distantes ojos azules perdidos en la lejanía, y supe que no, que estar aterrada no habría mejorado una mierda la situación en la que me hallaba.

Me consolé diciéndome que, de haber querido matarme, se habría deshecho de mí a esas alturas del viaje. ¿Por qué arrastrarme hasta Illinois? Cualquier sitio es válido para morir. ¿Qué había en ese estado que lo hacía tan especial? Podía haberme pegado dos tiros en Pensilvania. O en Ohio. Quizá en Indiana, en cualquiera de esos campos cenicientos y solitarios en los que nadie merece morir y, sin embargo, mucha gente lo hace.

No, no quería matarme. Tan solo me estaba atormentando, castigándome con un silencio que era lo que más me asqueaba en ese momento.

Diecinueve horas en la carretera, y las únicas tres veces que me había hablado había sido para preguntarme si quería hacer pis. No había parado en gasolineras ni en tiendas. Siempre en el campo y en polígonos industriales. Se deshacía de los coches antes de que se vaciara el depósito. Se le daba bien hacer puentes, y tuve la impresión de que sabía de antemano en qué polígonos era fácil sustraer un vehículo.

No se dejaba nada al azar. Era un hombre que lo tenía todo previamente estudiado. Al más mínimo detalle. Con retorcida precisión, incluso. Tanta, que me pareció que había algo enfermizamente pasional en todo aquello, en la forma en la que él se volcaba, sin reservas, sin cuestionarse nada.

Era metódico, diabólico y *muy* inteligente, y una parte de mí, de algún modo, admiraba todas esas cualidades, a la vez que las aborrecía.

Su ritual era sencillo, casi una rutina. Abandonaba el coche, conseguía uno

nuevo y trasladaba al maletero una bolsa con barritas de cereales y agua, dos bidones de gasolina —supongo que por si no encontraba a tiempo un vehículo para sustraer— y su parte del botín.

Su compañero se había despedido de nosotros en Pensilvania.

Mi tensión nerviosa disminuyó en cuanto lo dejamos atrás. Miré por el retrovisor la borrosa figura que se alejaba cada vez más deprisa y me atreví a creer que quizá yo sería la siguiente en ser abandonada en alguna parte de la carretera.

Aunque sabía que era una locura albergar esperanzas, me permití a mí misma el lujo de fantasear con que me iba a soltar en algún descampado solitario; que me iba a dejar volver a casa.

Habían pasado horas desde entonces y él seguía conduciendo y conduciendo, perdido en ese ominoso silencio.

A lo mejor sabía quién era yo y había planeado pedir un rescate. Ahora ya estaba convencida de que nada había sido casual. Lo supe en cuanto le quité el pasamontañas.

Acabábamos de salir del banco, él estaba conduciendo como un demente por las calles de Nueva York, y yo aproveché su distracción para arrancarle esa aborrecible máscara que le cubría el rostro. Mi osadía excitó su cólera. Me miró furioso y yo me quedé paralizada, con las pupilas dilatadas de horror y el pasamontañas aún en la mano. Ver su rostro, sus iracundos ojos azules clavados en los míos, fulminándome con la mirada, fue tan insoportable que me vine abajo.

Con la cara torcida en un gesto de repugnancia, me eché a llorar, abrumada por toda la presión, el pánico y la repulsión; mi rechazo y la certeza de saber que a lo mejor todo eso había pasado por culpa mía. Si yo no me hubiese detenido, si no hubiese coqueteado con él, si no le hubiese sugerido que haría cualquier cosa...

—Tú... Eres tú... No, no, no... ¿Por qué?

Me miró y no dijo nada. Consideró que yo no me merecía ni una mísera respuesta. Tensó la mandíbula en un silencio obstinado y siguió conduciendo de forma frenética por uno de los puentes que conducían fuera de la ciudad.

Y así, mientras él me llevaba lejos de todo cuanto importaba, sollocé y contemplé su rostro, su hermoso, cruel e inhumano rostro, que no era la primera vez que estaba viendo.

Y los recuerdos me abrumaron, se convirtieron en una oscura enredadera que creció y creció cada vez más deprisa, cubriendo mis piernas y mis

caderas, mi torso y mis brazos, mi boca y mis ojos, hasta engullirme por completo.

«¿Podría indicarme cómo llegar a Grand Central Terminal? No soy de por aquí».

«No, no, no... ¿Serás estúpida?»

Él tenía un Camaro. De los clásicos. Quizá del 67. Erik era un fanático de los coches antiguos. Varias veces me había arrastrado a ferias estatales donde habíamos pujado por alguno.

Sabía que ese era su coche porque era el único que había abierto con una llave. Lo tenía guardado en un garaje de Illinois, en otro polígono industrial, como todos los demás, abandonado a primera vista.

Era un coche bonito. Adecuado para alguien como él.

Ese pensamiento me hizo sonreír amargamente. ¿Por qué daba por hecho que yo sabía cómo era ese hombre? No sabía *nada* sobre él. Ni siquiera su maldito nombre.

En medio de esa quietud, mis ansiosos ojos se giraron para devorar su expresión. Él conducía distante, imperturbable, su perfil de medalla recordando al rostro de un dios pagano esculpido en una antigua moneda de oro. Un hermoso, cruel, temible dios pagano.

En la radio sonaba *Knocking at Heaven's Door*, una versión extraña y... oscura.

—¿No vas a parar nunca? Llevamos casi veinticuatro horas en la carretera. ¿No necesitas dormir?

Él se movió en su asiento en busca de una nueva postura y siguió conduciendo desdeñoso.

—¿Contéstame, maldito seas! —estallé, lacerando su rostro con la mirada—. ¿Por qué coño no dices nada?

—¿Tienes hambre? —preguntó sin mirarme.

Sentí ganas de arrancarle los ojos, esos ilegibles ojos azules que se negaban a mirarme a la cara. El aplomo con el que me hablaba me enfermaba.

—¿Eso es todo? ¿Que si tengo hambre? ¡Eh! ¡Te estoy hablando, hijo de puta! CONTESTA.

Con tranquilidad, abrió otro bote de Red Bull, se lo bebió casi de tres tragos y lo arrojó por la ventanilla. Vencida, cerré los ojos y apoyé el lateral

de la cara contra la frialdad del cristal. No iba a hablarme... No iba a decirme nada... Moriría en silencio, un monstruoso e insignificante silencio... Nadie lo sabría nunca... Ni siquiera encontrarían mi cuerpo...

Me sorprendió que en ese momento fuera eso lo que más doliera. No me atormentaba la idea de morir. No decía: «*Dios, por favor, no permitas que me mate*». Decía: «*Dios, por favor, haz que encuentren mi cuerpo. Para que mi familia pueda descansar. Erik, papá, incluso mi madre. Tienen que poder velarme y superarlo. Olvidarse de mí*».

No podía suplicar por mi vida cuando la muerte era el desenlace más probable a esas alturas. Yo le había visto el rostro. Nunca me iba a dejar marchar. Los dos lo sabíamos.

—Deberías dormir —susurró él de pronto—. Pareces cansada.

Sin querer, solté un quejido. Aguantarme el llanto se estaba volviendo cada vez más difícil. Mi valentía se estaba resquebrajando porque, en el fondo, nunca había sido más que la proyección de un engaño.

—Quiero irme a casa —susurré con lágrimas rodando por las mejillas—. Quiero... que me sueltes. Por favor...

—¿Me tienes miedo?

Volví a soltar ese sonido lastimoso que no podía evitar. Esa fue la única respuesta que la di, ese hipo que decía más que mil palabras. Parecía un perro lloriqueando.

—Te dije que no hago daño a las chicas si puedo evitarlo —me apaciguó él con voz suave.

—Y, sin embargo, aquí estoy —conseguí decirle conforme me quebrantaba cada vez un poco más.

—No te he hecho daño.

—Aún...

El perfil de su rostro se contrajo hasta volverse de piedra. Mis ojos se perdieron en el tic de su mandíbula.

—Duerme. Cuando despiertes... todo será diferente —prometió en un susurro.

—Cuando despierte, estaré muerta. O peor.

Me dolió que él no intentara rebatir eso.

Cuando desperté, el mundo estaba sumido en una inquebrantable

oscuridad. *Él* seguía conduciendo.

—¿Cuánto queda? —musité con voz ronca al tiempo que me incorporaba en mi asiento.

Silencio. Nada, salvo el maldito sonido de un silencio que ya no podía soportar.

—¿Adónde vamos?

Siguió comportándose como si no me hubiese escuchado y una helada desesperación empezó a apoderarse de mí.

—Por favor, di algo... No aguanto más este silencio.

—Al oeste.

Me vine arriba. Quizá fuera esa su táctica. No darme nada durante mucho tiempo, y luego arrojarme una piltrafa para hacerme sentir muy agradecida. Era retorcido y enfermizo. Un retorcido y enfermizo hijo de puta al que le gustaban los juegucitos mentales.

—Al oeste. ¿Los Ángeles? ¿Oregón? ¿Seattle? ¿Qué parte del oeste?

Mis ojos persiguieron a los suyos, buscando desesperadamente algo que no encontré.

—Al oeste.

—¿Eres un robot? ¿O sufres alguna especie de trastorno verbal? ¿No hablas el inglés? ¿Qué coño te pasa?

Su boca se movió unos milímetros, la insinuación de una pequeña sonrisa. Lo miré, lo miré, lo miré...

Sin embargo, sus ojos no se giraron ni un ápice.

—Tengo hambre —me obligué a decir—. Y necesito usar el baño. Me hace falta una ducha. Por favor, ¿podemos parar en alguna parte? Me comportaré. Te lo juro. Solo quiero... solo quiero un baño. Por favor.

Él contestó con un silencio sepulcral. Claro que sí.

Como si me hubiesen abandonado de repente todas las fuerzas, apoyé la mejilla contra la ventanilla y mis ojos vacíos se perdieron en la oscuridad del campo. No tenía ni idea de dónde demonios estábamos. Solo sabía una cosa: íbamos hacia el oeste. ¿Para morir? Él no se había tomado la molestia de mencionarlo.

—Me gustabas —murmuré de pronto, cuando ya llevábamos algún tiempo moviéndonos en silencio.

No dijo nada, pero me miró. Sus ojos se giraron y sostuvieron a los míos durante unos segundos. Interrogantes. Curiosos. Tenía toda su atención, así que más valía aprovecharla antes de que acabase.

—En la calle —aclaré con una sonrisa triste y lejana. Me mordí el labio y esboqué un gesto de incrédulo dolor —. Te vi y pensé que eras guapo. Desearía no haberlo pensado.

—Por desgracia, no podemos borrar las cosas que ya hemos hecho, cariño.

—Guau. Debe de ser la frase más larga que has dicho en toda tu puta vida.

Una sonrisa bien clara se materializó en las esquinas de su boca.

—Probablemente —coincidió y, sin previo aviso, torció el volante con brusquedad.

—¿Qué haces?

Me incorporé, asustada de ver que estábamos dejando atrás la carretera estatal y nos adentrábamos en un bosque.

—Has dicho que quieres descansar —respondió al cabo de unos intensos momentos de inquietud.

—Con descanso, no me refería a descanso eterno, ¿sabes? —intenté bromear, solo porque estaba muy asustada.

Él rio entre dientes y dobló por un caminito bordeado de malezas.

—Eres graciosa, Katie.

—Me llamo Alexia.

—Te llamas Katie. ¿Queda claro?

Asentí, con el corazón frenético. ¿Ya lo había decidido? ¿Habíamos conducido durante horas solo para que él pudiera enterrarme ahí?

A lo mejor íbamos a otra parte. No tenía por qué matarme. Puede que solo quisiera cambiar de coche.

Así me consolé mientras él avanzaba por un sendero desnivelado.

El coche se detuvo y yo empecé a marearme. Ahí no había nada. Estábamos en mitad de la nada. Iba a matarme. Se había acabado. Qué gracia. Podía haber hecho un millón de cosas. Haber escrito un libro. Haberme enamorado. Haber tenido un hijo. Haber aprendido a tocar la jodida flauta travesera...

Pero no iba a hacer nada de todo eso. Porque estaría muerta antes de cumplir los veinticinco.

No me sentía nada preparada. Dios, me quedaba tanto por hacer... Supongo que nunca es un buen día para morir. Ojalá hubiese sabido cómo ser valiente. Como Ana Bolena, mirar a la muerte a los ojos y reírme en su puta cara.

Pero yo no era una reina. No era más que una estúpida niña aterrada, que durante toda su vida había fantaseado con conocer a un hombre como él. Supongo que lo que me estaba pasando era lo justo. La vida me daba precisamente lo que me merecía: un castigo por mi descomunal estupidez.

Él apagó el motor y se volvió de cara a mí. ¿Iba a hacerlo a oscuras? ¿Para no tener que verme el rostro?

«¡Cobarde hijo de puta!», quise gritarle, para expulsar esa furia que me consumía por dentro.

Pero me callé, porque sabía que el miedo que me cerraba la garganta haría que la voz me sonara estrangulada.

—Escúchame, Katie. A medio kilómetro de aquí hay un motel, y es ahí adónde vamos. Cogeré una habitación para que puedas hacer todas esas cosas, pero no quiero juegucitos ni estupideces. Si haces algo mínimamente sospechoso, *lo que sea*, morirás. Si abres la boca, morirás. Si intentas escapar, morirás. Si pides ayuda...

—¿Moriré?

—No. Morirán los demás, y me da igual quienes sean. Tú quedarás ilesa, para que puedas vivir con la culpa. ¿Has comprendido las normas?

Asentí con rapidez.

—Excelente —celebró él, y me dirigió una sonrisa amable mientras giraba la llave dentro del contacto.

Escurté su rostro en busca de indicios de que me estaba diciendo la verdad. Me sentía inerme. ¿Podía confiar en él? No había forma de saberlo. Su expresión era indescifrable, y una nube oscura velaba su mirada.

¿Y cómo sabía que había un motel ahí? Yo no había visto ningún cartel en la carretera anunciándolo. Estaba jugando conmigo, ¿verdad? Sí, me estaba engañando, para que confiara en él, y luego *zas*.

Empecé a moverme inquieta en la silla. Dios, me dolía todo el cuerpo. ¿Por qué él no parecía dolorido? ¿Qué contenía ese Red Bull?, ¿cocaína?

—Dijiste medio kilómetro —musité al cabo de un rato, pues la espera se me estaba haciendo inaguantable, aún más cuando tenía esos inquietantes pensamientos corroyéndome por dentro.

—No estamos en una autopista. Tengo que ir despacio. ¿No ves la cantidad de piedras que hay? No me apetece romper el coche. Le tengo cariño.

No dije nada. Tragué saliva y seguí mirando por la ventanilla. No había nada salvo oscuridad. No íbamos a ningún motel. Se estaba burlando de mí con una crueldad inimaginable.

Si íbamos a alguna parte, era directo a los brazos de la muerte.

Cuando vi asomarse el letrero luminoso entre los árboles, casi me quebranté. ¿No me había engañado? ¿De verdad íbamos a un motel? ¿No iba a morir?

Sentí tanto alivio que empecé a llorar. Él detuvo el coche en el pequeño aparcamiento, se volvió de cara a mí y apoyó la mano contra mi hombro.

—Eh, Katie. ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? Te estoy dando lo que querías.

—No pensé que tú... No creí... Dios... Pensé que ibas a...

No era capaz de acabar una frase, y eso lo debió de conmover, ya que alargó la mano hacia mi mejilla. Di un respingo, aunque me tranquilicé en cuanto vi que solo pretendía secarme las lágrimas.

—Eh, tranquila —me susurró con ternura, como si estuviera dirigiéndose a un cervatillo asustado—. No llores. No voy a hacerte daño. A no ser que me traiciones, claro. —Negué, y él me cogió la cabeza entre las manos, me acercó a él y me miró con mucha, mucha intensidad. Tanta, que se me congeló el aliento—. Escucha, Katie. La verdad es que odiaría tener que hacerte daño. Así que no hagas estupideces. *Por favor.*

Asentí con ojos llenos de gratitud. Sus malditos juegos mentales funcionaban conmigo. Yo era el perro al que maltrataban. Cuando acababan las palizas, iba y lamía la mano de su agresor. No se acordaba de que era él quien le había hecho daño. Solo se acordaba de que *él* lo había parado. Le había quitado todo ese dolor y ahora lo único que sentía era gratitud.

—No voy a decepcionarte —declaré con férrea convicción.

—Eso espero. Sería una lástima. Me han decepcionado ya demasiadas veces.

Se me contrajo el corazón. Sí, yo era el maldito perro maltratado, porque aparte de gratitud, también sentí una pizca de compasión.

Y eso era muy retorcido. ¿Puede una víctima apiadarse de su verdugo?

Tras algunos minutos ahí solos, en la templada oscuridad del coche, tan cerca el uno del otro que percibía el aroma mentolado del chicle que se estaba comiendo, conseguí dejar de llorar. En contra de todo pronóstico, él fue bastante tierno conmigo. Compasivo, incluso. Me estuvo secando las lágrimas y me pidió que me atusara un poco el pelo y me tranquilizara. Me dijo que todo iba a salir bien, como si hubiese sabido que era eso lo que yo necesitaba oír en ese momento de mi existencia.

—Eres mi novia. Katie. Y vamos de camino a casa de tu madre. Vive en el norte de Kansas, en una pequeña granja, si alguien te lo pregunta. Igual que Dorothy. ¿Lo has entendido?

Me di prisa por afirmar con la cabeza.

—Recuerda que voy armado. No hagas estupideces. ¿Vale, cielo? Venga, vamos. No te alejes de mí.

Me cogió del brazo y anduvimos de esa forma hasta la puerta, que él abrió y sostuvo para que yo entrara primero. Dentro, me volvió a coger del brazo. Lo sentí como un gesto de lo más posesivo, pero el recepcionista no pareció percatarse. Lo debió de confundir con cariño.

—Buenas noches —fue él el que habló. Yo me mantuve callada, con la cara helada y rígida—. ¿Le queda alguna habitación disponible? Mi novia Katie no se encuentra demasiado bien. Vamos de camino a Kansas a ver a su madre y creo que la carretera no le está sentando nada bien, ¿verdad, nena? Necesita descansar al menos esta noche.

El recepcionista nos lanzó una mirada cruzada.

—¿Fumadores o no fumadores? —preguntó fastidiado. A lo mejor le habíamos interrumpido la sesión de porno nocturno.

—Fumadores, a ser posible.

—¿Tarjeta o efectivo?

Por el hastío con el que nos hablaba, interpreté que se trataba de porno del bueno.

—Efectivo. Odio las tarjetas. No son más que otra forma que tiene el gobierno de mantenernos controlados.

Por primera vez desde que habíamos entrado, el hombre levantó la mirada de la pantalla del ordenador y un aire de aprobación se reflejó en su paliducho rostro. Con esa ropa oscura y holgada y esas ojeras de tío enganchado a los videojuegos online, parecía un porrero, un apasionado de la anarquía, alguien que albergaba en su interior un gran desprecio hacia la autoridad y las leyes. Alguien como Kaczynski^[4].

Y él lo había adivinado de inmediato. Era la clase de persona que siempre decía lo que los demás querían escuchar, un tío embaucador de un carisma casi escalofriante. Estaba convencida de que, en realidad, no tenía nada en contra de las tarjetas o de los bancos. No debía de creerse ni una palabra de esa patraña que nos había soltado. Simplemente, intentaba encajar. Su empeño por caer bien me recordó a los esfuerzos de Mr. Ripley^[5].

—Ya te digo, tío. —El recepcionista parecía encantado de hacer amigos fuera del mundo de los videojuegos—. Ahora te obligan a tener una cuenta bancaria para poder quedarse con todo tu dinero.

—Es *exactamente* por lo que lo hacen. Menudos hijos de puta. Están en

todas partes, ¿verdad? —comentó Mr. Ripley con una risa un tanto vacía.

Me quedé mirándolo ojiplática. En menos de un minuto había sufrido una completa metamorfosis. Increíble.

«*También te había engatusado a ti, ¿no? Ya te veías pariendo a sus hijos*».

Tuve que admitir que era digno de admiración. Un genio maligno digno de admiración. La forma en la que manipulaba a las personas era alucinante. ¿Por qué no se ganaba la vida dando seminarios y conferencias sobre cómo persuadir a los demás? Se le habría dado mucho mejor que robar bancos.

Nos quedamos ahí unos minutos, ellos dos conversando sobre la conspiración bancaria y yo fingiendo que me importaba algo de todo eso, y luego nos fue entregada la tarjeta de nuestra habitación y dos juegos de toallas.

—Recodad que el desayuno se sirve a las ocho. Está incluido en el precio.

—De acuerdo. Buenas noches. Vamos, nena, despídete. Nos vamos.

—Buenas noches —balbucí con los ojos suplicando ayuda.

Por desgracia, el recepcionista no debió comprenderlo. Me dedicó una sonrisa escueta y bajó la mirada hacia su ordenador.

Él me cogió del brazo y me llevó a la habitación, que era minúscula, estaba sucia y olía fatal. La mugre lo cubría todo.

No hizo falta que yo dijera nada. Mis pensamientos se debían de leer fácilmente en mi mirada.

—Lo siento. Es lo que hay —rezongó malhumorado.

Echó el pestillo de la puerta y vino hacia mí. Advertí que estaba a la defensiva y resolví no decirle nada que pudiera irritarle aún más.

Así pues, tragué saliva y me limité a sostener su mirada mientras, de manera inconsciente, apretaba y relajaba los puños a ambos lados del cuerpo.

A pesar del aire de naturalidad que había adoptado mi rostro, me puso los ojos en blanco —probablemente porque todavía había un resquicio de acusación en mi mirada— y se alejó hacia la ventana. Lo seguí con la mirada, y él movió la cortina con dos dedos y dedicó unos momentos a estudiar los alrededores. Estábamos en la segunda planta, por petición suya, para que yo no pudiera escaparme, supongo.

—Vamos —me instó unos segundos más tarde, y su pétreo rostro se volvió hacia el mío.

—¿Adónde? —me sorprendí.

—Querías bañarte, ¿no?

Expulsé el aire, hice un gesto afirmativo y entré en el baño, consciente de que él iba detrás de mí como una sombra de la que no había modo de

deshacerse.

El baño no tenía ventana. No había forma de escapar. Cuando lo único que te queda es la esperanza, y esa esperanza muere tan de repente, el vacío que se abre dentro de ti se vuelve abisal.

Se acercó a la bañera y abrió el grifo.

—Te sugiero una ducha. Si te sientas ahí, podrías coger gonorrea. Y, la verdad, no tengo tiempo para ir a por antibióticos.

Asentí y esperé a que se marchara. Retuvo mi mirada unos segundos más de la cuenta y luego salió y cerró la puerta detrás de sí.

En cuanto me quedé a solas, me abalancé sobre el lavabo en busca de alguna especie de objeto punzante o algo que pudiera usar para librarme de él. Solo encontré jabón y champú.

—¡Maldita sea! —me enfurecí, golpeando la ajada porcelana con las dos palmas.

En medio de esa pequeña crisis de nervios, giré sobre los talones y mi mirada registró frenéticamente el minúsculo habitáculo en el que me hallaba.

Los azulejos más horteras que había visto en toda mi vida, una toalla, un gorro de ducha, papel higiénico... ¿Nada?

Ahí estaba la escobilla del baño, pero...

Uno: Me daba asco tocarla.

Y dos: No creía que fuera a serme de gran ayuda. ¿Cómo iba a dejarlo inconsciente con la escobilla del váter? Era ridículo.

No había nada que pudiera valerme, así que me rendí, me quité la ropa y me refugié bajo el chorro de agua caliente. Si no podía cargarme al psicópata, lo mínimo que podía hacer era gozar de un buen baño. Podía ser el último.

Cuando salí, probablemente a la media hora o más tarde, me envolví con la toalla y lavé mi ropa en el lavabo. Nunca había llevado las mismas prendas durante tantas horas seguidas y me daba asco seguir haciéndolo.

Intenté estrujarla todo lo que pude, para que se secara cuanto antes, la sacudí un par de veces, y luego la colgué de la ducha. Con pasos vacilantes, me acerqué al espejo y me incliné sobre el lavabo para poder verme mejor.

Bajo la escasa luz de la bombilla, mi rostro mostraba un aspecto miserable. Tenía las ojeras de un enfermo crónico y la piel apagada y amarillenta. Me sentía fatal, desmoralizada y agotada, y eso había dejado huellas en mi

expresión. Después de estudiarme ambos perfiles, llegué a la conclusión de que parecía mucho más delgada y no tan joven como dos días antes. ¿Y si nadie iba a reconocerme? Esa mujer que me contemplaba desde un espejo lleno de manchas oscuras no tenía nada que ver con Alexia Van Bon, la chica a la que habían secuestrado en Nueva York.

Ese pensamiento me produjo tal avalancha de desaliento que no pude recomponerme y me abandoné a esa infinita angustia que latía dentro de mí.

Nadie iba a reconocerme, porque yo ya no era Alexia Van Bon. Era Katie. De Kansas.

Sentí náuseas, y vomité ahí mismo, inclinada sobre el asqueroso lavabo.

Sin apenas energías, me peiné el pelo con los dedos, me lavé la cara con un poco de jabón y, tras enjuagarme la boca varias veces, decidí que ya era hora de regresar a la habitación.

Con sigilo, entorné la puerta y salí. Él estaba hundido en la butaca, con los pies extendidos hacia el centro de la habitación. Me estaba esperando. Encima de la mesa había dos bolsas de patatas fritas y dos latas de Coca Cola. Se había ido a comprar.

Enrojecí de ira. ¿Había estado perdiendo el tiempo en la ducha, compadeciéndome de mí misma, cuando podía haberme escapado? Dios mío. Gracias a mi estupidez, había perdido quizá mi última oportunidad de salir ilesa.

Rechiné los dientes y me juré a mí misma que nunca, jamás, volvería a compadecerme. *Nunca.*

«*Sobrevivirás, Lexi. A cualquier precio. Él no podrá contigo. Promételo. Lo prometo.*»

—Es la única cena que he encontrado —me dijo en tono de disculpa.

Me obligué a aparentar normalidad. No tenía por qué conocer mis pensamientos ni los planes que mi mente estaba empezando a trazar con rapidez.

Porque si él había sido capaz de salir sin que yo le escuchara desde la ducha...

Entonces...

Quizá...

—No importa —aseguré, puede que demasiado animada dadas las circunstancias—. Bastará. Gracias.

Intercambiamos una sonrisa, yo muy tensa y él bastante confundido por mi jovialidad, y sobrevino un silencio cargado de incomodidad.

Aunque solo llevaba una toalla que me llegaba hasta la mitad de los muslos, me acerqué, cogí una bolsa de patatas y la abrí. Si quería ejecutar mi plan, me iban a hacer falta muchas fuerzas. Estábamos en mitad de la nada. A lo mejor tenía que caminar durante horas hasta dar con alguna casa o establecimiento. Aunque tenía el estómago revuelto, tenía que comer algo para no desmayarme por el camino.

«*Y beber algo que te mantenga despierta*», me dije mientras abría una de las dos latas de Coca Cola y le daba un buen trago, con la esperanza de que las burbujas frías fueran a asentarme el estómago.

Yo estaba en mejores condiciones físicas que él. Al menos yo había dormido un poco. Él llevaba veinticuatro horas conduciendo, sobreviviendo a base de Red Bull, barritas de cereales y cigarrillos. Esa era mi mejor baza. Tenía que aprovecharla. En cuanto se quedara dormido, iba a escaparme. Así de fácil.

Empecé a comer más y más patatas, mientras él me estudiaba callado y pensativo, con la fijeza de un cazador que tiene a su presa en el punto de mira.

—Nunca pretendí que las cosas se descontrolasen tanto —aseveró de pronto, mirándome con las cejas fruncidas en un gesto de arrepentimiento.

Dejé de comer durante unos segundos y lo evalué en silencio.

—Ya me lo figuro —dije por fin.

El crujido de la patata que se estaba deshaciendo entre mis dientes fue el único sonido que se escuchó durante un rato.

—Solo quería el dinero.

Eso me cabreó tanto que dejé de lado las patatas y me enfrenté a su mirada.

—Mataste a un hombre por conseguirlo y secuestraste a una mujer. ¿Tanta falta te hacía ese dinero?

Se quedó unos momentos descolocado por mi aspereza y luego sacudió la cabeza y hundió el rostro entre las manos.

—Joder. Tú no lo comprendes.

—Es evidente que no.

—¡No planeé hacer ninguna de las dos cosas! —exclamó, sus ojos echando chispas cuando levantó la mirada hacia la mía—. Se suponía que iba a ser fácil.

Tuve ganas de reírme en su puta cara.

—¿Robar un banco en pleno Manhattan a punta de metralleta? Si pensaste que iba a ser fácil, es que eres gilipollas. Aún no sé cómo has conseguido llegar tan lejos.

—Apenas había seguridad.

—Ya. Supongo que nadie tomó en cuenta la posibilidad de que el banco pudiera ser saqueado. Los atracos a mano armada son tan... *vintage*. Casi como los vinilos —añadí para mí, aunque él me escuchó y tuvo que morderse el labio para frenar la sonrisa.

Me miró directamente a los ojos, y yo sostuve su mirada, impasible, templada y con un desafío del que me sentí bastante orgullosa. ¿Qué era lo peor que podía hacerme? ¿Matarme? Hacía horas que había aceptado esa posibilidad.

—Siento que todo esto te haya pillado en el medio —susurró tras unos segundos de silencio.

La sombra de una sonrisa incrédula se insinuó en las comisuras de mis labios. ¿Que lo sentía? Menudo hijo de puta. Ese tío era de una desfachatez alucinante.

—Como has dicho, no podemos borrar las cosas que hemos hecho —me obligué a decirle con un acento helado que hizo que hundiera los hombros aún más.

—Hmmm. Supongo que no.

En un acto de bondad para nada desinteresado —quería ganarme su confianza—, le ofrecí la bolsa de patatas. Él rehusó con un gesto y una sonrisa triste.

—Tengo el estómago revuelto. Prometo parar mañana para que comamos algo en condiciones.

«*Mañana no estaré aquí*».

—Ya. ¿Por qué no te das un baño y te metes en la cama? —le sugerí, intentando no poner demasiado interés en el asunto—. Debes de estar hecho polvo. No quiero que mañana nos mates en un accidente de tráfico.

—Estoy esperando a que acabes de cenar para poder meterme en la ducha.

—¿Para qué? No pretenderás que te acompañe al baño, espero.

Una sonrisa lenta empezó a mover la comisura derecha de su boca. Ahí recostado en la silla, me pareció de repente despreocupado, divertido y diez años más joven de lo que me había parecido tres horas antes. Cuando sonreía, no tenía nada de aterrador. Al contrario. Daban ganas de compartir su alegría.

—Katie, Katie, Katie. Sé que verme desnudo es una tentación, pero te pido por favor que te controles un poco.

No pude evitar sonreír. Era mono, a su madera retorcida y enfermiza.

—Qué gracia. Mira. Ya he acabado de cenar. Puedes irte en paz.

Pensé que a lo mejor podía escaparme incluso antes de lo planeado. Ya había comprobado que desde la ducha no se escuchaba la puerta de la entrada. Podía irme sin que se enterara.

¿Sería capaz de huir en toalla, descalza y con el pelo mojado?

Podía intentarlo, al menos. Quizá encontrara un sitio dentro del motel donde poder ocultarme o llamar a alguna puerta y pedir ayuda.

—¿Quieres usar el baño antes de que vaya yo? —preguntó el muy educado hijo de puta.

Y ahí se me presentó la oportunidad que llevaba esperando.

Noté un dolor sordo golpeándome en la boca del estómago y una emoción anticipada hormigueando por mis piernas. Aun así, mi voz no flaqueó al hablar.

—Si no te importa, me gustaría coger mi ropa —respondí, con perfecta entereza—. La colgaré de la puerta del armario. No quiero que mañana huela a humedad.

—De acuerdo. Adelante.

Entré deprisa en el baño y recogí todas mis cosas, el vestido blanco, la ropa interior y los zapatos de tacón alto que había tenido la mala suerte de calzar el día del atraco. No me iban a servir para correr por el bosque. Había que romperles el tacón. Esperaba que el señor Blahnik me perdonase. Era por una buena causa.

Cada vez más ansiosa por largarme, regresé a la habitación con todas mis prendas bajo el brazo. Él estaba sentado en la esquina de la mesa y hacía girar por el dedo índice un par de esposas de color rojo. Lo miré demudada, consciente de que me la había jugado, el muy hijo de perra. Justo cuando estás a punto de volar, alguien va y te arranca las alas. Es previsible. ¿Por qué demonios no lo has visto venir?

—¿Qué coño es eso?

Resultaba bastante evidente en mi tono de voz que estaba apretando los dientes con rabia.

Una expresión burlona suavizó la masculinidad de sus rasgos.

—¿Piensas que soy estúpido? ¿Crees que no sé que, en cuanto te dé la espalda, vas a intentar largarte de aquí?

Mis ojos adquirieron una expresión fiera, pero como no quería darle la satisfacción de pensar que me había ganado, compuse una sonrisa dulce y luché con todas mis fuerzas por controlar el temblor nervioso que temía que quebrara mi voz.

—¿De dónde las has sacado? Se suponía que no habías planeado secuestrar a nadie.

—Y así es.

—Entonces... ¿intentas decir que te paseas por ahí con un par de esposas en el bolsillo?

—Eso sería de psicópatas.

—Escucha, don Críptico, estoy empezando a perder la paciencia contigo, y me da igual que vayas armado.

Me miró y torció los labios en una sonrisa de chico malo. Creo que disfrutaba poniéndome de los nervios.

—Las acabo de comprar. No podíamos dejar este cuchitril sin llevarnos un recuerdo, ¿no crees? Me pierden los suvenires. Los colecciono y todo. Algún día te mostraré mi colección de recuerdos. Es impresionante. ¡Tengo incluso un poster firmado por los *Backstreet Boys!* Ah, los 90... Una época nada favorecedora. No creo que te acuerdes de mucho.

—¿Las has comprado? ¿Dónde? ¿Dónde demonios venden esposas a estas horas de la noche? ¡Estamos en mitad de la nada!

—Mi amigo Ben, el anarquista de recepción, seguro que te has fijado en él, me ha mostrado el *sex shop* —me ilustró Mr. Ripley con su media sonrisa de regocijo.

—¿Qué *sex shop*? —pregunté impaciente.

—El que regenta junto al motel. ¿Cuál, sino? Ya te imaginarás la clientela que pasa por aquí, prostitutas de la carretera y sus clientes, hombres casados y sus amantes, adolescentes descerebrados.... Es un sitio realmente apartado. Al que se le ocurrió montar un *sex shop* junto al motel se le daban bien los negocios. ¿Quién no necesita un poco de lubricante de vez en cuando?

Dejé caer los párpados muy despacio. Intuía que mi rostro transparentaba el mismo hastío que se estaba apoderando de mi interior.

—No me lo puedo creer —bisbiseé.

—Pues créetelo, cielo, porque gracias al ingenio de ese hombre vas a dormir esposada esta noche. Ven aquí.

No me moví. No iba a darle esa satisfacción.

Al ver el brillo desafiante que centelleaba en mis pupilas, puso los ojos en blanco y se me acercó él.

—Qué testaruda.

—Jódete.

Me dedicó una sonrisa divertida mientras me rodeaba las muñecas con el

cortante metal y me inmovilizaba junto al cabecero de la cama. Me quedé ahí refunfuñando y pulverizándolo con la mirada, y él se metió en el baño sin que se le borrara esa insufrible sonrisa de triunfo.

Maldito cabrón. Me prometí a mí misma que algún día me las iba a pagar. Con intereses. En mi mundo las cosas funcionaban así.

Mientras él se estaba duchando, satisfecho y victorioso por haberme ganado la partida, yo, esposada al cabecero de una cama mugrienta, experimenté las cinco fases del duelo.

Uno: negación.

Mi yo más tajante se negaba a aceptarlo, por lo que estaba buscando una explicación razonable a todo aquello.

«No. Esto no puede pasarme a mí. Estoy soñando. O me he dado un golpe en la cabeza y estoy en coma. ¡Despertadme, cabrones! Chutadme lo que sea».

«¿Lo ves? Tenías que haber puesto esa alfombra antideslizante en la ducha. El golpe ha debido de ser fuerte. Parece todo tan real...»

Dos: ira.

Mi yo satánico estaba echando pestes por la boca mientras removía brea dentro de un caldero.

«Voy a matarle. Cogeré la escobilla del váter y haré que se atragante con ella. O mañana, cuando esté conduciendo, soltaré su cinturón de seguridad y luego tiraré del volante para estrellar el coche. Con suerte, saldré viva».

«¡Maldito cabrón! ¡Te vas a enterrar, psicópata de mierda! Haré de tu vida un puto infierno. Jajajajaja».

Ahí, poniendo muecas malignas, me parecía a Cruella de Vil.

Tres: negociación.

Mi yo diplomático se estaba colocando las gafas con aire sabiondo.

«Si me sueltas, te daré dinero. Más dinero del que nunca puedas gastar. Mi padre —vale, tenemos nuestras diferencias—, pero haría cualquier cosa por recuperarme. O Erik. Erik tiene dinero. En B. Nadie lo sabrá nunca. Si me sueltas, serás un hombre asquerosamente rico. Ni siquiera iríamos a la policía. Serías libre y rico. Es un buen trato».

Cuatro: depresión.

Mi yo melodramático lloraba como una magdalena y no había modo de

consolarlo.

«Voy a morir. Va a matarme. Me pegará un tiro, o varios, y me dejará en alguna cuneta. Y yo no he dejado aún mi huella. Los hindúes construyeron el Taj Mahan. Lo más relevante que he hecho yo nunca ha sido escribir tres páginas de un diario. ¡Con faltas de ortografía!».

Cinco: aceptación.

Mi yo más pragmático empezaba a perder la paciencia con mis cuatro yoes anteriores.

«La situación es esta, y puedes aceptarlo o morir. NO va a soltarte. NO vas a volver a casa. Acéptalo y deja de lloriquear de una vez».

¿Es posible que, después de la aceptación, uno regrese a la fase de negación? Porque yo me moría por volver a negarlo todo...

La puerta del baño se abrió y tuve que recomponerme de golpe. La bestia cruel y desalmada debía de haber lavado su ropa, porque, al igual que yo, había usado la toalla para cubrir su desnudez.

Lo miré en silencio, los anchos hombros, el terso abdomen, la forma en la que se movían sus músculos al caminar; lo miré y lo estrangulé muy lentamente dentro de mi imaginación.

Tenía el pelo mojado y la toalla colgaba por sus caderas. En otras circunstancias me habría sentido atraída por él. Muy atraída. Ahora solo podía sentir repulsión.

Vale, a lo mejor no repulsión, pero, al menos, ira homicida, sí.

—Qué bien me ha sentado la ducha. —Levantó el brazo y se peinó con los dedos, tensando el bíceps en el proceso—. Estaba molido. Y mi ropa olía a perro muerto.

Me limité a fulminarlo con la mirada.

Ladeó la cabeza y me sonrió, el muy carismático hijo de perra. Cuando sonreía, era el hombre más alucinante que había sobre la faz de la tierra, de modo que me obligué a desviar la mirada hacia la pared.

—¿Sigues cabreada por lo de las esposas?

Iba a castigarlo con mi silencio. Por experiencia propia sabía que eso era desesperante.

—Vale. Pues cabréate lo que te dé la gana. No pienso sentirme culpable. ¿Te importa si apago la luz? No puedo dormir así.

Al ver que no iba a conseguir arrancarme de mi tozudo silencio, cruzó la habitación y, con expresión exasperada, apagó la lámpara. De inmediato, nos sumimos en la oscuridad. En el aparcamiento no había farolas. Yo seguí

mirando la pared. O el lugar en el que se suponía que había una pared. No veía un carajo.

En el silencio de la noche, escuché sus pisadas acercándose y sentí el movimiento del colchón cuando él se tumbó a mi lado. Entrecerré los párpados y rechiné los dientes. ¿Encima iba a dormir conmigo en la cama? Lo de ese hombre no tenía nombre.

—Apesta a jabón barato —siseé tras un minuto entero de silencio.

Le oí reírse a mi lado.

—Pensaba que habías hecho voto de silencio.

—Y así es. Pero lo he interrumpido solo para decirte que apesta a jabón barato.

—Igual que tú, princesa. ¿O acaso piensas que hueles a *Chanel*?

Chasquéé la lengua, disgustada, y lo maldije hacia mis adentros en todas las lenguas que conocía.

No obstante, cuando volví a hablarle, lo hice sin nada de irritación. Me sentí incluso orgullosa del autocontrol que demostraba.

—No puedo dormir esposada.

—Te aguantas.

—Las esposas me están haciendo daño en las muñecas —proseguí, con toda la diplomacia que pude.

—No voy a soltarte, Katie.

—Pues que te den por el culo.

Adiós a mi resolución de no parecer irritada.

Él volvió a reírse y yo me odié a mí misma, porque, de alguna forma, su risa me parecía agradable. En otras circunstancias me habría gustado.

Debía de estar muy mal de la cabeza para pensar eso. A lo mejor estaba sufriendo un ligero brote psicótico. Puede que hubiese heredado algo de la demencia de mi madre. Tenía que dejar de pensar en esos términos. Otras circunstancias, otras circunstancias. ¿Qué otras circunstancias? ¡No había otras circunstancias, joder! ¡Las circunstancias eran esas, me gustasen a mí o no! No podía sentir atracción por alguien como él. Era enfermizo. Fin del asunto.

—Buenas noches, Katie.

—Que te den, gilipollas.

Sobrevino una breve pausa, y luego sentí el colchón moverse.

—Me llamo Jack —susurró, de cara a mí.

—Pues que te den, *Jack*.

Lo último que recuerdo de esa primera noche es su risa, cálida, sincera,
tranquilizadora.

Aborrecible.

Un largo viaje

Pista 5: *Wildest Dreams*
(T.Swift)

El desayuno me pareció un festín, teniendo en cuenta que llevaba dos días sin comer nada en condiciones.

Lo servían en la misma recepción, todos los platos apilados encima de una mesa, junto a dos cafeteras con café humeante y leche templada, todo de la peor calidad. Aparte de nosotros dos, había cinco personas más, ruidosas e inquietas como un grupo de turistas italianos. Sus risas se me estaban clavando en el cerebro, por lo que los miraba a todos con expresión malhumorada mientras esparcía maldiciones a diestro y siniestro.

¿Cómo podía estar nadie tan alegre cuando yo había sido retenida en contra de mi voluntad y arrastrada a ese sitio decadente por un delincuente que llevaba una metralleta en esa bolsa de la que nunca se separaba? ¿De verdad nadie notaba nada sospechoso en él? Para empezar, ¿la siniestra forma en la que me seguía a todas partes?

Estaba claro que no. A lo mejor después del fenómeno *Cincuenta Sombras de Grey* se había normalizado lo de la disciplina, la sumisión y el acoso por parte de un dios pagano, hermoso y degenerado. Probablemente, si yo me hubiese paseado por la sala con un bozal, nadie se habría sorprendido demasiado.

En mi enorme egocentrismo, estaba tan escandalizada por la impasibilidad de las personas que me rodeaban que decidí enterrar mis penas en comida. ¿Qué más daba guardar el tipo? Quizá muriera antes de llegar a reventar el vestido.

Vaya. Debía de ser el único consuelo que me quedaba a esas alturas de mi vida. Cojonudo.

Con él siguiéndome los talones, me serví un buen plato de huevos revueltos con beicon, dos tostadas, un café, un vaso de agua, y saqué de la máquina un zumo de naranja, que era asqueroso y sabía a cualquier cosa menos a naranja.

Platos en la mano, fuimos a sentarnos en una mesa. La única que había. Desplegué todas mis recién adquiridas posesiones por el mantel blanco, dejándole a él apenas un rinconcito.

«*Jódetete*», le transmitieron mis ojos.

Jack, en vez de jodido, parecía divertido.

—Bravo, Katie. Así me gusta, que aproveches el bufé. Nos ha costado la friolera de treinta y dos dólares, incluyendo la habitación y las toallas. Un auténtico atraco a mano armada, ¿no crees?

Se estaba mofando de mí.

Si bien rechiné los dientes, no entré al trapo y seguí devorando con ansias mi plato rebosante de grasas saturadas y colesterol del malo. Era evidente que no iba a alcanzar la edad necesaria para morir por causa de un ictus. ¿Para qué entonces preocuparse por una mala alimentación?

No lo hice y, por primera vez en mi vida, me puse hasta las orejas. Jack se dedicó a mirarme por encima de la taza, con esa sonrisa socarrona que me crispaba los nervios. Tomaba el café negro. Solo. Muy cargado. Me imaginé a mí misma aderezándolo con alguna especie de raticida y, de pronto, la comida me supo mucho mejor.

Una parte de mí se preguntó si en el rostro se me leían los pensamientos, porque, desde luego, sus ojos destellaban como si él, mientras me estaba observando, estuviera riéndose de algún chiste privado. A lo mejor yo era como un libro abierto y él sabía perfectamente que mi mayor deseo era envenenarle, lenta y dolorosamente.

—En cuanto desayunemos, nos vamos. Nos espera un largo viaje por delante.

—¿Hacia el oeste? —dije sarcástica.

—Sip.

—¿Y qué hay en el oeste, si puedo preguntar?

—Está lo bastante lejos de Nueva York.

Fruncí los labios en una mueca de acritud y seguí comiendo.

Me concedió unos diez minutos más para acabarme el plato, y luego se puso de pie y me instó a hacer lo mismo. Me levanté con disgusto y lo seguí por el pasillo. Me sentía como un perro adiestrado. *Siéntate, Katie, levántate, Katie.*

—Tengo que ir al baño —informé al pasar por delante de los servicios.

Me miró con mala cara.

—Ya has ido al baño antes de desayunar.

Y no era para nada siniestro que él mantuviera la cuenta de las veces que yo

hacía pis...

—Pues tengo que volver. *Sola*. No puedo hacerlo si tú estás ahí, escuchando al otro lado de la pared. Tengo mi orgullo, ¿sabes?

Puso los ojos en blanco y su rostro adoptó una expresión irritada. Medio paternal. Más o menos la que mostraba mi padre cuando yo le sacaba de quicio.

—De acuerdo, tesoro. Irás al baño —dijo con una enorme condescendencia—. Vamos.

Me agarró del brazo y me empujó dentro del servicio de mujeres. Primero se aseguró de la falta de ventanas, y después se volvió de cara a mí y compuso una sonrisa encantadora.

—Todo tuyo, cielo. Tómate el tiempo que quieras. Estaré fuera, bloqueando la puerta.

—¿Dónde sino ibas a estar?

—Bien visto.

Empujé la puerta con mosqueo y usé el baño. De verdad me hacía falta. Con él al otro lado de la pared, no había podido relajarme lo suficiente como para... en fin... hacer lo que tenía que hacer. Era humana, al fin y al cabo. Y los humanos, a veces, hacemos cosas poco dignas. Cosas que no queremos que los atracadores, dioses paganos de asombroso atractivo, sepan.

Cuando acabé, me lavé las manos y busqué objetos punzantes. Nunca se sabe. La gente se deja cosas en los baños.

Como no tuve esa suerte, salí unos segundos después, secándome las manos en un trozo de papel.

—¿No quieres ir tú al baño? —pregunté con voz melosa.

Mr. Ripley me dedicó un gesto sarcástico.

—¿Para que puedas escaparte? Mejor me aguanto.

Me abrió la puerta y yo salí. Estaba hecho todo un galán. Salvo por lo de la metralleta y ese rollo del secuestro.

—Puede que te estallen los riñones —me regodeé con malicia.

—No tendrás esa suerte, cielo.

—¡Deja de llamarme *cielo* todo el rato! ¡No soy tu *cielo*!

—De acuerdo. Cielo.

Intenté darle una patada en la espinilla, pero la esquivó a tiempo.

—Donde hay confianza, da asco, Katie. Me estás perdiendo el respeto. Creo que se te ha olvidado que voy armado.

—No, no se me ha olvidado. Pero, a estas alturas, todo me la refanfinfla.

Me pareció verle entornar los ojos, pero podían haber sido cosas mías.

—Vamos, sube al coche. Ya nos hemos retrasado más de la cuenta. No me gusta estar tanto tiempo en la carretera.

—Pues no haber cruzado medio país, so gilipollas.

Encajando mis insultos con una mueca, cerró mi puerta de un solo golpe, seco y airado.

Lo seguí con la mirada mientras rodeaba el coche por la parte delantera. Me pregunté si podía aprovechar su distracción para escapar. No parecía probable. El motel estaba emplazado en un llano. No había sitios dónde esconderse, y yo no era demasiado buena corriendo. Solo me quedaba esperar a que hubiera más oportunidades.

Disgustada, me crucé de brazos y me hundí en el asiento.

Él ocupó su sitio detrás del volante, se colocó las gafas de sol encima de la nariz y arrancó el coche. El motor ronroneaba con un felino. Era un sonido agradable.

—¿Es del 67?

Sus cejas se arquearon por debajo de las oscuras lentes que ocultaban su mirada.

—¿Cómo lo sabes?

—A mi hermano le encantaría.

Fue todo cuanto dije y él tampoco añadió nada. Torció el volante a la izquierda y encendió la música. Eran las diez de la mañana y, aunque hacía sol, las nubes empezaban a acumularse en el cielo.

Cruzando el bosque, cambió varias veces de emisora, hasta que dio con una de su agrado. Viejas canciones de los Rolling y los Beatles devoraban el extraño silencio que iba instalándose poco a poco entre nosotros, mientras el día avanzaba por encima de una autopista casi vacía.

A las dos de la tarde habíamos dejado atrás Saint Louis y nos estábamos parando en una pequeña área de descanso. Un desvencijado establecimiento anunciaba el menú del día: costillas asadas, hamburguesas y tacos. Una mezcla incendiaria.

El letrero, rojo el día de la inauguración —ahora corroído por una densa capa de óxido que impedía leer el nombre—, colgaba torcido sobre la puerta. Me fijé en que el sol había desprendido la pintura azul de la fachada, se caía a

cachos y pude entrever una especie de color mostaza, vestigios de la pintura anterior.

El aparcamiento estaba vacío. Tuve la sensación de haber aterrizado en medio de un poblado devastado por la muerte y la enfermedad; un pueblo fantasma cuyos habitantes habían huido del horror, dejando atrás las huellas de toda una vida. Quizá fuera tan solo la desidia de la tarde. O ese perro que languidecía en el suelo y me observaba con ojos marrones cargados de tristeza. ¿Esa era la belleza que tanto había anhelado? ¿Eso era lo que se ocultaba más allá de los muros dorados que rodeaban mi mundo?

Pues vaya mierda.

—Deberíamos comer algo —declaró Jack mientras estudiaba la puerta con ojos ilegibles.

—Supongo...

Ninguno de los dos parecía demasiado convencido. Ese sitio no invitaba a entrar.

Se giró en el asiento, apoyó el brazo contra el respaldo del mío y sus ojos bajaron para sostener mi mirada. Las gafas de sol colgaban del cuello de su camiseta blanca. Ya no llevaba la cazadora de cuero que había usado durante el atraco. Hacía demasiado calor dentro del coche.

—No irás a hacer nada estúpido, ¿no? Piensa que vas a poner en peligro a toda esta buena gente.

Torcí los labios en una mueca.

—Tranquilo. Me comportaré.

Sonrió, satisfecho por mi respuesta, alargó la mano y sacó una pistola de la guantera. Dejé caer los párpados. Todo ese tiempo había tenido a mi alcance un arma. Podía haberla cogido y haberle amenazado con ella. Podía haberme liberado.

Pero no había hecho nada. Porque no se me había ocurrido algo tan sencillo como buscar en la maldita guantera de su coche.

Comprendí de pronto lo estúpida que era, siempre dando por hecho cosas, como que él permanecería en la habitación mientras me duchaba, o que no tenía más armas aparte de la que había usado para atracar el banco, o que me dejaría ir sana y salva...

Dios, ¡qué estúpida! Jack siempre iba tres pasos por delante de mí.

—Vamos, tesoro —escuché su voz y, cuando lo miré, ya estaba de pie delante de mí, alto y fuerte como un soldado que me observaba desde arriba. Su rostro estaba congelado en un rictus pétreo y sus ojos no transmitían nada.

Se estaba colocando la pistola en la espalda, por debajo de la cintura de los vaqueros negros.

Apretando los labios en un gesto de fastidio, me apeé del coche y lo seguí por el aparcamiento.

Tras la fachada desvencijada, lo que se ocultaba era un bar aún más cochambroso, en el que los rancios olores de la comida se entremezclaban con el humo de tabaco y el olor de la cerveza agria que durante años debía de haber empapado la madera de una barra que nadie había limpiado desde los tiempos de Reagan.

Dentro, una familia con dos niñas, un camionero y una pareja de adolescentes almorzaban apáticos. El camionero parecía fuerte, pero dudaba que pudiera medir sus fuerzas con Jack. Mi captor era más joven y estaba en mejores condiciones físicas, tenía la musculatura de un profesor de karate y, probablemente, la velocidad de un atleta. Habría sido inútil pedirles ayuda.

Además, Jack iba armado. Incluso de no haber estado en tan buena forma física, habría resultado imposible vencerle. Él tenía una pistola y los demás no teníamos nada. Fin del asunto.

Ocupamos una mesa en frente de la barra y nos dedicamos a hojear el menú hasta que la camarera se acercó a tomarnos nota.

—¿Qué os pongo, chicos?

—Dos hamburguesas —pidió él sin consultarme—. Nada de patatas. Y dos Coca Cola. De bote, por favor.

La mujer asintió y se marchó.

—Al menos podías haberme dejado elegir mi propio plato —recriminé en cuanto nos quedamos a solas.

Me miró con mal disimulada irritación.

—Las costillas las debieron de asar el siglo pasado, y ¿de verdad ibas a comer tacos aquí? La hamburguesa a la parrilla es la mejor opción para no pillar una gastroenteritis.

—¿Y por qué no has pedido patatas? Me gustan las patatas.

—¿No notas el olor a rancio? Déjame que te diga algo, dulce Katie. —Se inclinó sobre la mesa y torció el rostro en un gesto conspirativo—: Ese es el aceite en el que fríen tus preciadas patatas. No me apetece envenenarme hoy, gracias.

—Para ser un atracador, tienes mucho miedo a morir.

Su rostro adoptó una expresión socarrona.

—No temo morir. Lo que temo es no recibir una muerte digna.

—¿Qué es para ti una muerte digna? —ahondé en la idea al tiempo que colocaba los codos sobre la mesa. Me interesaba su opinión al respecto.

Le hicieron falta unos segundos para contestar a eso y, cuando levantó el rostro, había una pequeña sonrisa agazapada en las esquinas de sus labios.

—¿Has oído hablar de John Dillinger?

—¿Estás cachondeándote? ¿Ese es el modelo que sigues? —Al ver la exasperación con la que me instaba a responder, puse los ojos en blanco y asentí—. Claro que he oído hablar de Dillinger. No soy tan paleta.

—Pues *esa* es una muerte poética.

—¿Que te acribillen a balas y te arranquen el ojo de la órbita? Sí, debe de ser la leche.

Sus cejas se fruncieron en un gesto de incompreensión.

—Oh, que no sabías lo del ojo. Pues ahora ya lo sabes. Tu ídolo fue disparado por detrás, cobardemente, y una bala le atravesó la órbita. Todo muy asqueroso y muy sanguinolento. Y adiós muy buenas.

Sus ojos me miraron curiosos, aunque burlones.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre su muerte? ¿Te apasionan los forajidos, Katie?

—Empiezo a odiarlos —rezongué al tiempo que desviaba la mirada hacia la pareja de adolescentes que se estaban haciendo arrumacos en un rincón. Cualquier cosa era mejor que ver su estúpida sonrisa insinuante.

La camarera nos trajo las bebidas y, al poco tiempo, las hamburguesas.

Miré primero la comida y luego a Jack. Parecía muy tranquilo, ahí echándose ketchup encima de la carne.

—¿Por qué haces esto?

Levantó la mirada, asombrado.

—¿Echarme ketchup?

—Ser un criminal.

—No soy un criminal.

—Díselo a la familia del hombre al que mataste.

—¿Cómo sabes que le maté? Puede que esté vivo.

Contraje los labios en un gesto de disgusto y desvié la mirada hacia mi plato de comida.

—Ya. Claro —musité.

Jack alargó el brazo, puso un dedo bajo mi mentón y me obligó a mirarlo a la cara.

—No soy mala persona, Katie. Solo hice lo que era necesario.

—¿Necesario, para qué?

—Para sobrevivir. Me iba a marchar, ¿vale? Me iba a marchar sin hacer daño a nadie. Tú lo viste. No fue culpa mía que las cosas se torcieran.

Asentí con pesadumbre y volví a bajar la mirada.

—Come, Katie —me instó con dulzura—. No volveré a parar hasta bien entrada la noche.

Bien entrada la noche, buscó otro motel mugriento y pagó la habitación en metálico.

—Qué asco de sitio —siseó en cuanto nos golpeó en la cara el pestazo a tabaco que se había adherido a las cortinas de terciopelo rojo.

—Hace media hora podías haber parado en ese hotel que te señalé —le recordé con tono arisco—. Tenía buena pinta.

—Cielo, intento evitar los sitios que tienen buena pinta —murmuró desde la ventana.

—¿Por qué?

Sus ojos estudiaron el terreno durante unos momentos. Supuse que estaba buscando una vía de escape alternativa, para poder huir en caso de ser acorralado. A saber lo que pasa por la mente de un delincuente. Debe de ser muy complicado conciliar el sueño cuando sabes que estás en busca y captura y que, sin duda, tu rostro está en todos los periódicos del país.

—Te piden la documentación —me respondió por fin.

—¿Y qué? Nadie sabe quién eres.

—No quiero correr riesgos.

Me senté en el borde del colchón y contemplé nuestra deprimente cena. Más hamburguesas que había pillado en una repugnante caravana de comida para llevar.

—Engordaré treinta kilos antes de llegar al puñetero oeste.

Jack se volvió con una sonrisa burlona.

—Aun así, estarás estupenda.

Fruncí el ceño y lo estudié con la cabeza ladeada hacia la derecha.

—¿Estás flirteando conmigo?

—¿Te molesta?

—Claro que sí.

—¿Por qué? Fuiste tú la que lo empezó. Ese día en la calle. ¿O piensas que

no me di cuenta de que me estabas poniendo ojitos? De haberte dicho *acompañame*, me habrías acompañado, sin saber quién coño era yo.

—¡Porque pensaba que eras una persona normal! —me defendí indignada. Sobre todo, conmigo misma, porque sabía que él llevaba razón.

—Y ahora que sabes que no lo soy...

—No tengo el más mínimo interés amoroso en ti, Jack —aclaré con voz cansina.

Él se cruzó de brazos y sonrió. Sus ojos risueños se estaban mofando de mí.

—Embustera. He visto cómo me miras.

—¿Con desprecio y exasperación? —le propuse con voz dulce.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Engañaate todo lo que quieras, Katie, pero los dos sabemos que te gusto. Te pone el rollo chico malo y proscrito. Creo que no me parezco a nadie a quien hayas conocido, y eso te excita.

—Mira, no me apetece hablar contigo ahora mismo. Me voy a la ducha.

—Date prisa o se te enfriará la cena, cielo.

—Me arriesgaré. ¡Y no me llames cielo, joder!

Nos sostuvimos la mirada durante unos segundos, él sonriendo y yo rechinando los dientes. Intentaba proyectar la imagen de mujer desafiante y segura de sí misma, firme como las rocas de una montaña.

El brillo de sus ojos me transmitió que solo parecía culpable y avergonzada.

—Como quieras. *Cielo*.

Solo lo hacía para ponerme de los nervios y yo ya no tenía energías para seguir jugando a sus estúpidos juegos.

Así que le volví la espalda con ademanes ofendidos y me refugié dentro del baño.

Otro habitáculo de dos metros cuadrados, hortera y sucio. Nada de ventanas ni objetos punzantes.

Tras registrar los cajones, constaté con horror que la idea de atacar a Jack había dejado de ser la única que ocupaba mi mente. Aunque intentaba concentrarme en encontrar una salida, nuestra reciente conversación aún me producía malestar y no dejaba de pensar en sus palabras.

¿Que había visto cómo le miraba? ¿Y cómo demonios le miraba? Ese tío no estaba en sus cabales si pensaba que, dada la situación, yo podía sentir alguna especie de atracción sexual hacia él. Le odiaba, le temía y quería verle muerto. Eso era lo único que sentía.

Fin del asunto.

Con gestos airados, me quité el vestido y la ropa interior y me metí en la ducha. No había champú. Si el primer motel era un cuchitril, este redefinía el concepto.

—Increíble —bisbiseé entre dientes, y sentí tal rabia que apreté los dientes durante unos momentos solo para retener los chillidos que pugnaban por salir.

Cuando conseguí mantener a raya mi ataque de ira, me lavé el pelo como buenamente pude, con el jabón de manos que el motel había tenido la cortesía de reponer, y, tras una ducha breve y poco satisfactoria, salí y me sequé el cuerpo con papel higiénico. No confiaba en que las toallas estuviesen limpias. No lo parecían. Qué desastre todo.

Rezongando, me lavé la ropa interior en el lavabo, la colgué de la ducha y me puse el vestido para cubrirme. Aunque él no parecía tener intención de violarme, no quería provocarlo pavoneándome desnuda por la habitación. Aún no sabía muy bien de lo que era capaz. Parecía pacífico y majo, pero nunca se sabe. También había parecido apto para convertirse en el padre de mis hijos y luego acabó apuntándome con una metralleta. Las apariencias engañan.

Me examiné los perfiles en el espejo, negué con la cabeza y me tomé unos momentos más para mirarme a mí misma. Muchas veces, aunque nos miramos en el espejo, no llegamos a vernos. Yo quería verme esa noche. Lo necesitaba.

Trascurridos unos minutos de distante contemplación, expulsé una interminable bocanada de aire y reuní por fin suficiente valor como para abrir la puerta. No podía esconderme en el baño toda la vida. En algún momento había que dar la cara.

Me sentía desnuda sin nada por debajo, pero no podía volver a usar las mismas bragas sin lavarlas. Lo que ese hombre me estaba obligando a hacer ni era humano ni era higiénico.

Entré en la habitación y frené en seco nada más hacerlo. ¿Por qué no me había quedado eternamente en el baño?

O, mejor aún, ¿por qué no había cavado un pozo profundo, me había hundido en él y había echado tierra por encima?

La situación era dantesca. Mr. Ripley se había quitado la camiseta y estaba tan ancho, en vaqueros, presumiendo de un cuerpazo que te dejaba sin aliento.

Si a eso le sumabas sus cinceladas facciones y esos perturbadores ojos azules que parecían atravesarte el alma, el resultado era nefasto.

Ni siquiera llevaba zapatos. Se le veía cómodo y hogareño, nada espeluznante y, por un momento, no vi a la bestia sino al hombre.

Y me gustó. Me gustó tanto que me odié por ello. Por mi estúpida debilidad.

Me miró desde el alfeizar de la ventana, una mirada larga y reflexiva, y tuve la sensación de que él también me observaba con ojos diferentes.

Ya se había comido la hamburguesa. Si esa era su alimentación habitual, no podía explicarme cómo era posible que tuviera ese aspecto de dios guerrero.

«*O esos abdominales que no deberías estar mirando...*»

—Necesito ropa —espeté desde donde me había detenido. Algo había que decir, y *por favor, cúbrete* no era una buena opción. Se habría mofado de mí.

—¿Qué le pasa a la que ya tienes?

—Está sucia. ¿No lo ves? Y necesito bragas. No puedo ir por ahí sin bragas.

El dios pagano enarcó una ceja. De repente, se le notaba muy divertido.

—¿Me estás diciendo que no llevas bragas, Katie? ¿Estás intentando algo conmigo?

—Esa pregunta no es digna de respuesta, y no sé por qué te estás mofando ahora misma.

Su sonrisa se ensanchó. Yo sostuve su mirada, con dureza e irritación. Y las mejillas ruborizadas. Menuda pánfila estaba hecha.

—Está bien —cedió él, entornando los párpados—. Mañana buscaremos un sitio para comprarte ropa. Y bragas. Porque los dos sabemos que no las llevas puestas ahora mismo, cielo.

Mañana me llevó a un Walmart.

—¿En serio? —me sulfuré cuando me enseñó unas bragas horribles, de algodón blanco. ¡Si tenían incluso lunares azules! ¡Qué horror!

—Parecen cómodas —manifestó Mr. Ripley sin comprender la razón de mi rechazo.

—Pues no quiero eso, ¿te enteras?

—No iremos a *Victoria's Secret*, si es lo que intentas conseguir. Confórmate con lo que tienen aquí. Estas bragas, por ejemplo. Yo diría que son perfectas.

Íbamos de mal en peor.

—Esto es...

—¿No es sexy?

—Es...

Ni siquiera encontraba una palabra para definir las.

—¿Para qué quieres que sean sexy, de todas formas? —siguió él—. Nadie

te las va a ver. Puede que sea un criminal, pero no soy un perverso, cielo. No tengo ni el más mínimo interés en tu ropa interior. Ni siquiera en esas minúsculas... delicadas... suaves... braguitas de encaje que colgaste anoche de la ducha.

Me ruboricé hasta las raíces del pelo y él se rio.

—Vamos, Katie, ¿dónde está tu espíritu aventurero? Solo me estaba metiendo contigo.

Arranqué la caja de bragas *mamá con doce hijos* de entre sus manos y me fui pitando hacia la caja. Él me siguió con el resto de la compra y una insufrible sonrisa de regocijo.

—Cincuenta y siete dólares con cuarenta y ocho centavos —nos dijo la cajera en tono metálico.

Aprovechando que él lo estaba guardando todo en bolsas, le alargué una de mis tarjetas de crédito. Ya la tenía preparada desde hacía rato. Si lograba usarla, al menos podía dejar una pista acerca de mi paradero.

Por desgracia, él me vio a tiempo y me la arrancó de la mano delante de la atónita cajera.

—Cielo, ya hemos hablado lo de las tarjetas de crédito. Nos sale demasiado caro usarlas. Es mejor que paguemos en efectivo y las cancelemos todas. ¿Cómo es que no lo has hecho ya, *cielito*? Mujeres. Siempre gastan más de lo que tenemos. Tenga. Cóbrense de aquí.

La cajera nos dispersó una sonrisa gélida. Cogió el efectivo que él le ofrecía y le devolvió dos billetes más pequeños y unas cuantas monedas. Jack se guardó el cambio en el bolsillo trasero de los vaqueros y esbozó una sonrisa educada.

—Gracias. Vamos, cariño. Tú primero.

Miré suplicante a la cajera. A lo mejor me reconocía. Seguro que mi cara estaba ya en todos los canales de televisión.

Pero ella no me reconoció. Se volvió hacia el siguiente cliente y preguntó si quería bolsas.

Con un brillo desesperado humedeciéndome los ojos, cogí el bolso y me encaminé hacia la salida. ¿Cómo era posible que nadie me reconociera?

Me detuve y miré hacia atrás, vencida, derrotada por el peso de un mundo que se estaba quebrantando por encima de mí.

—Sigue caminando, Katie —gruñó él en mi oído.

Sin más remedio, puse un pie delante del otro y me dije a mí misma que estaba caminando. ¿Pero cómo era posible caminar, si nunca conseguía

alejarme?

Fuera del almacén, Jack me agarró del brazo con fuerza y me llevó a rastras hasta el coche. Fue todo tan repentino que ni siquiera me dio tiempo de reaccionar. Antes de que pudiera articular palabra, me vi empujada contra el capó y atrapada bajo la sólida presión de su cuerpo.

Las bolsas cayeron al suelo y él se cernió sobre mí con aire amenazador. Sus labios se acercaron tanto a los míos que por un segundo creí que iba a besarme y el corazón se me disparó.

Por supuesto, no me besó. Sus manos se apoyaron a ambos lados de mis caderas, sin rozar ni un milímetro de mi cuerpo, y sus ojos desgarraron a los míos.

Desde fuera, podía parecer una escena romántica.

No lo era. Nunca me había tratado con tanta violencia. La furia que ardía en sus pupilas desencajó mi expresión facial. Esa era una nueva faceta de Jack, y me aterró conocerla.

—No confundas mi cortesía con debilidad, Katie —siseó con los labios casi encima de los míos—. Como vuelvas a hacerme algo parecido, habrá consecuencias.

Estábamos tan cerca que su aliento, mentolado por el chicle que se estaba comiendo, se estrellaba contra mi boca. Miré sus ojos, sus oscuros y amenazadores ojos azules, y supe que hablaba muy en serio.

En Kansas, llovía. Las ventanillas estaban empañadas, salpicadas de gotas de agua, y el mundo parecía grisáceo al otro lado del cristal. Todo inhóspito. Todo taciturno y carente de vida.

Yo languidecía en mi asiento y Jack conducía sumido en silencio.

—*Kill of the Night*—murmuré para mí mientras dibujaba cruces en el cristal empañado.

—¿Qué? —masculló Jack, el cual me miró por un segundo, antes de devolver toda su atención a la carretera que serpenteaba hasta perderse en la oscuridad.

—La canción. Se llama *Kill of the Night*.

—Hmmm.

—Siempre me ha gustado la letra.

—Ah.

Fin de la conversación. El episodio del supermercado había cambiado algo entre nosotros y yo no conocía aún las magnitudes de ese cambio.

Ni siquiera me importaba.

Esta vez no paró en ninguna parte. Condujo sin cesar hasta cruzar la frontera del estado de Colorado.

Dormité encogida en mi asiento con el rostro pegado al frío cristal. Me desperté muchísimas veces a lo largo de la noche. Tenía frío. Tenía miedo. Soñé que me perdía en la oscuridad y que no era capaz de encontrar el camino de vuelta a casa. Una cruel ironía de mi maldito subconsciente.

En algún momento me pareció sentir su mano acariciándome el pelo y sus labios susurrándome algo, pero debió de ser otro sueño más.

Porque cuando abrí los ojos, Jack estaba más distante que nunca. Una hermosa e inalterable estatua tallada en pétreo hielo. Tan solo sus ojos, al mirarme, destellaron una pequeña chispa de humanidad. Sus labios, por el contrario, ni una palabra se dignaron a decirme.

El castillo de la Bestia

Pista 6: *Take me to Church*
(Hozier)

Su guarida estaba en Colorado, en una zona despoblada cuya belleza regia y sólida se debía a la proximidad de las codilleras centrales de las Montañas Rocosas. Estábamos rodeados de vegetación montañosa —pinos y abetos en su mayoría— y rocas. Muchas rocas cubiertas de nieve.

En cuanto a la mansión, apenas alcancé a distinguir las tejas negras. Altos muros de hormigón se alzaban solemnes hacia el cielo y la protegían como los altaneros soldados de un ejército invencible.

Vista desde fuera, parecía una prisión, una solitaria mazmorra emplazada en las cumbres del mismísimo abismo.

—¿Es tu casa? —pregunté mientras miraba inquieta las puertas eléctricas que se abrían delante del coche.

Él no dijo nada. Arrancó el motor y se adentró por un camino bordeado de frondosas arizónicas. Miré por el espejo retrovisor todo lo que dejábamos atrás, la libertad que sabía que acabaría en cuanto las puertas se bloqueasen, y me invadió una ansiedad intolerable. Dije adiós y, súbitamente, la imagen de una lápida con mi nombre apareció en mi mente como una sombra obsesiva que me seguía a todas partes.

«Aquí yace Alexia Van Bon. Hija. Hermana. Amiga. Descansa en paz, Lexi».

Una muerte simbólica. Porque, aunque fuera a sobrevivir a eso —lo cual dudaba muchísimo—, ya nunca volvería a ser la chica de antes. La de ayer.

Ella había muerto. Había muerto trágicamente.

Las dos mitades de la puerta se encontraron y yo dejé caer los párpados en un gesto vencido. Supe que todo había acabado. Ya no había forma de huir. Estaba atrapada ahí con él. Ese era el castillo de la Bestia y yo era su prisionera.

Indefinidamente.

El Camaro se detuvo delante de una amplia escalinata. Jack bajó primero y se fue al maletero. Yo le seguí hacia las entrañas de esa desapacible mañana, cuya gelidez me hizo estremecer. El aire removía la tela de mi vestido alrededor de mis hombros y se colaba por debajo de ella, como los esqueléticos dedos de un ser muerto.

—¿Te ayudo con las bolsas? —me ofrecí hablando con cierta torpeza. Llevaba demasiado tiempo en silencio, tanto que la voz me sonó oxidada.

Él ni siquiera me miró. No me había dicho nada desde el episodio del Walmart. Salvo algunos *hmmm* y *oh*.

—¡Eh! ¡Te estoy hablando!

Agarrando las bolsas con las dos manos, me volvió la espalda con indiferencia y se alejó por el caminito de cemento.

Acobardada, cuadré los hombros y le seguí hacia la puerta. ¿Qué otra cosa podía hacer salvo dejar que me encerrara en mi prisión?

Estábamos en la puñetera mitad de la nada. No había modo de marcharse andando.

Tuve ganas de llorar, unas terribles ganas de llorar.

Pero no iba a darle esa satisfacción. Lo único que me quedaba a esas alturas de mi vida era el orgullo. Y, cuando no se tiene nada, el orgullo es *algo*.

Así que alcé el mentón con gesto altivo, enderecé los hombros y crucé la puerta. Me convencí de que no tenía otra alternativa.

La primera visión de la casa me tranquilizó un poco. Vale, era una prisión, de eso no me cabía duda, pero decidí que había sitios mucho peores, y me sentí afortunada de no haber acabado en uno de ellos. No soy estúpida. Sé que hay chicas secuestradas, asesinadas y violadas a diario, muertas de miedo mientras esperan su fatídico destino aisladas en sótanos húmedos y sin luz, donde se ven sometidas a torturas que no me atrevería ni siquiera a nombrar.

A mí me confinaban en una mansión. Un templo tan imponente que cortaba el aliento.

Había destinos peores.

Me armé de valor y seguí caminando, adentrándome cada vez más en esa refinada celda. El interior era amplísimo. Gélido. Inhóspito y silencioso como un viejo mausoleo. Una escalera ondulante unía las dos plantas de la casa y los suelos que andaba pisando eran de baldosas. Relucientes baldosas blancas. Me recordaba a uno de esos hoteles modernos y lujosos, tan asépticos e impersonales que es imposible sentirse como en casa. La escalera era gris. Gris perla. Parecía una serpiente intentando morderse la cola.

Los muebles seguían la misma línea, tonos fríos, líneas rectas. Muy minimalista todo. Imperaba el cristal, los metales y los juegos de luces y sombras.

Los espacios abiertos y la altura de los techos me hicieron rodearme en un abrazo que, sin embargo, no aplacó el frío que sentía. Mis pisadas producían eco.

Seguí caminando. Recabando datos.

Encima de un aparador blanco, lustroso, la plateada figura de un atleta se contorsionaba en un ángulo imposible. Detrás del sofá, un cuadro siniestro y luctuoso corrompía la blancura del muro con su delirante cóctel de tonos ceniza, azul oscuro y rojo sangre. Tétrico. Completamente tétrico.

Tras la pared de cristal asomaba un jardín cuidado, grande, aunque de un vacío tan desalentador que tuve que apartar la mirada, asolada por una repentina sensación de tristeza. El día acompañaba mi estado de ánimo. El cielo se había tornado plomizo y las temperaturas habían caído en picado desde Kansas. Estábamos en pleno corazón de la montaña, a casi cuatro mil metros de altitud. Podía nevar en cualquier momento.

Escuché un movimiento a mis espaldas y me giré justo a tiempo de ver que Jack subía por la escalera. Supuse que había que seguirle. Empezaba a echar en falta la compañía humana. Incluso la suya. Esa mudez era insoportable. Ese eco que me seguía a todas partes... Dios, ¡iba a enloquecer ahí!

Arriba, el vestíbulo se abría en dos, y Jack giró a la izquierda. Caminé a sus espaldas, dominada por la tensión y la incertidumbre que hacían mella en mi rostro, al que empezaba a notar tirante y sepultado bajo una cadavérica capa de palidez. El corazón me latía fuerte entre las costillas, como si ya no cupiera en mi pecho, y tenía las manos frías. Extrañamente gélidas.

Como a través de un banco de niebla, vi que él abría una puerta, entraba y la dejaba entornada para mí. Solo la cobardía me hizo detenerme delante, rechazando de esa forma su tácita invitación de seguirle. ¿Qué me esperaba ahí dentro? La única manera de averiguarlo era yendo tras él. Pero... ¿debía?

Titubeé unos segundos y luego puse los dedos contra el pomo y lo empujé un poco hacia dentro. La puerta no hizo ningún ruido al abrirse.

Vi a Jack de pie delante de la ventana con las manos hundidas en los bolsillos. Estaba aplomado y sereno, como si aquella fuese una visita de lo más cordial. Las bolsas de *Walmart* estaban amontonadas encima de la cama.

Falta de aliento, me acerqué a él y me quedé de pie a su lado. Quería saber lo que él pensaba. Quería ver lo que él veía. A lo mejor si me adentraba en su

mente y lo desentrañaba, podía llegar a comprender algo de todo eso. ¿Qué era lo que motivaba a ese hombre? ¿El instinto de supervivencia?, ¿o había algo más, algo oculto, intrínseco, algo que yo no conseguía identificar?

Lo primero que vi fue el horizonte añil.

Y unas vistas espectaculares, las cumbres teñidas de blanco, las puntas de los árboles meciéndose en la ventisca.

Si bien se trataba de un paisaje álgido, había algo que me fascinaba. Quizá fuera la inmensidad de un mundo que yo veía desde arriba, a través de un enorme cristal; o quizá fuera la certeza de saber que lo único que podía hacer era contemplarlo, como lo harías con un sueño que sabes que morirá segundos antes de que lo alcances.

Abajo, a los pies de la montaña sobre la cual se alzaba la casa, desplegaba sus ondas un lago de aguas azules. Intensas. Frías. La soledad lo devoraba todo, como una enfermiza sombra que cubre montes y bosques, lagos y valles, personas y mundos; una niebla que lo corrompe todo; una deleznable oscuridad que avanza sin que nadie la detenga y se clava muy dentro de tu corazón, hasta que termina formando parte de ti.

Miré hacia abajo y se apoderó de mí una profunda sensación de pánico. El abismo parecía demasiado grande y, de repente, tuve la impresión de que Jack y yo estábamos solos en el mundo entero. Me entró ansiedad solo de pensarlo, de pensar que no había nadie; que no había nada.

Nos internamos en otro momento de insondable silencio, los dos ahí de pie, contemplando el precipicio con ojos mortecinos. Fue Jack el primero en moverse. Suspiró hondo, giró sobre sí mismo y, sin mirarme, se alejó y cerró la puerta detrás de sí.

Esa era mi habitación. Y ese había sido su modo de decírmelo.

«*Esto es tuyo, Katie. Vas a morir aquí dentro*».

Podía oír su voz girando dentro de mi cabeza.

Quise dar media vuelta y hacerme un ovillo en la cama, pero la ventana atrajo de nuevo mi mirada. Había algo en ese paisaje, algo que me asustaba y me fascinaba a partes iguales.

Era bello. De una belleza desgarradora. ¿Era esa la belleza que tanto había buscado? Quizá lo fuera, pero ahora ya no la quería. Lo habría dado todo por escapar de ella.

Apoyé las palmas contra el cristal y lo contemplé todo con pena, amargamente resignada por la crudeza de mi nuevo destino. Una solitaria lágrima se deslizó por mi mejilla izquierda: mi homenaje a todo lo que había

perdido.

La lágrima murió y luego el silencio lo consumió todo.

No salí de mi habitación hasta pasadas las diez de la noche, cuando ya no había forma de luchar contra el ansia que retorció mi estómago y se imponía sobre cualquier otro sentimiento, incluido el terror. Tenía demasiada hambre como para seguir siendo cobarde y decidí hacer algo al respecto.

La casa estaba sumida en la penumbra. Un silencio silbante reinaba por los pasillos. Bajé con sigilo la escalera y comprobé si la puerta de la entrada estaba cerrada con llave. No lo estaba. Él me ofrecía esa libertad.

¿Libertad? La misma que ofrecieron a los esclavos. Les quitaron las cadenas solo porque habían aniquilado la posibilidad de que pudieran sobrevivir sin ellas.

Eso no era libertad. Eso no era nada.

¿Podía haberme escapado? Desde luego que sí. La puerta estaba abierta. Como si estuviera burlándose de mí.

¿Pero cuál era el destino que me esperaba si la cruzaba? ¿Caminar durante días o semanas, atravesar los valles desiertos y las montañas que nos arropaban, los lagos y los bosques, los páramos y las colinas, para acabar congelada o bajo las garras de algún oso? No iba a intentarlo siquiera. Sabía que era una locura. Si él me había llevado ahí era precisamente porque no había escapatoria. Podía dudar de todo cuando me rodeaba, incluso del cielo que se alzaba por encima de mí, pero jamás debía dudar de su astucia. Si quería seguir viva, no podía volver a subestimarle.

—*¿Jack?* —me atreví a susurrar en medio de ese mortal silencio.

Nadie respondió. La casa devoraba todos los sonidos, como un monstruo que se alimenta de las palabras ajenas. Tan solo mis pisadas consiguieron sobrevivir, huecas y apresuradas, alejándose por un interminable pasillo.

Había aprovechado la tarde para ducharme y lavarme el pelo —afortunadamente, encontré champú y crema suavizante en el baño—, y ahora vestía la ropa que él me había comprado. Con ese simple acto me había doblegado ante él. Doblegarse no es más que una forma políticamente correcta de morir. Porque, en cuanto me puse esas mallas, esa camiseta y esas zapatillas blancas, dejé de ser quién era yo y me convertí en la persona que él quería que fuera.

Así de simple.

Expulsé la idea de mi mente. Pretendía mantenerme cuerda y salir adelante. Pensar en lo desgraciada que me hacía sentir todo aquello no me habría servido de mucho. Me habría hundido aún más, y ya estaba demasiado abajo.

En el salón no encontré a nadie. Tras unos momentos de titubeo, tiré de la doble puerta blanca, que resultó conducir a un comedor, y me adentré en ese nuevo espacio.

Lo que encontré ahí me dejó demudada.

Candelabros dorados languidecían por encima de una larguísima mesa, arrojando sobre nosotros una sorprendente oleada de calidez, que me pareció del todo fuera de lugar. Prefería la oscuridad y el frío. Al menos eso resultaba adecuado. Encajaba. Sabía cómo manejarlos.

La mesa estaba puesta para dos personas y él ya estaba sentado en la otra punta. Vestía traje oscuro y, si con ropa casual me había parecido muy atractivo, ahora lo encontré arrasador. Irresistible. Había en él algo electrizante. Quizá su mirada, que se encontró con la mía al instante y la atravesó sin piedad alguna.

Lo miré y contuve el aliento. Era el hombre más guapo y demente que había conocido nunca. ¿Por qué tenía que estar tan loco? ¿Por qué no podía ser una persona normal? ¿Por qué no lo había conocido en otras circunstancias?

¿Por qué seguía pensando en él de esa forma?

No quería hacerlo. *Odiaba* hacerlo. Pero mi propia mente me estaba traicionando, rebelándose contra mi voluntad.

—Hola —saludé, tan torpe y aturullada que empecé a apretar y relajar los puños a ambos lados del cuerpo solo para tener algo en lo que concentrarme.

Jack no me respondió y, después de lo que me pareció una eternidad, apartó la mirada. Lo seguí mirando.

Él, aunque consciente de mi insistencia, desplegó la servilleta, quitó la tapa del plato y se sirvió la cena.

Incómoda ante ese talante aplomado que exhibía, me senté en el sitio designado y destapé mi cena. Bistec y patatas asadas.

Me serví un poco y empecé a masticar despacio. ¿Por qué no me hablaba? ¿Habíamos cambiado las reglas del juego? ¿Nos habíamos hecho amigos —dentro de lo que cabía— y ahora volvíamos al principio, a ese obstinado silencio que me imponía sin ninguna clemencia?

Me obligué a seguir comiendo a pesar del nudo que me constreñía la garganta. La comida era deliciosa y no quería desperdiciarla. No tenía sentido.

Nada tenía sentido ya.

Me acabé medio filete y dos patatas, y estaba a punto de levantarme cuando él empujó hacia mí un trozo de pastel. Chocolate amargo. Mi favorito. ¿De dónde había sacado todo eso? ¿Se había marchado durante la tarde para hacer la compra?

«¿Y qué más te da?».

Agarré la cucharilla y empecé a comer compulsivamente. Estaba delicioso. De los mejores que había probado. A lo mejor Mr. Ripley se había propuesto cebarme como la bruja de Hansel y Gretel.

Sonreí con amargura y me comí hasta la última migaja.

Acabado el postre, me hundí en mi asiento y contemplé su distante rostro, en el que no se trasparentaba ningún tipo de emoción.

Él miró la nada, absorto, como si la nada fuera la cosa más extraordinaria del mundo. A mí también me había mirado así una vez. En la calle. Cuando aún parecía normal. Quizá por eso había quedado tan prendada de él. Nadie antes de él me había mirado como si de verdad me viera.

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunté, y mi voz sonó tranquila, casi indiferente. Él no abrió la boca, con lo que proseguí—. Dime, ¿te la pone dura tenerme aquí, privada de libertad y a tu merced? ¿Eres alguna especie de sádico? ¿Amo retorcido? ¿Psicópata? ¿Sociópata? ¿Una mezcla de todo lo anterior?

Juraría haberle visto fruncir los labios en una sonrisa burlona, aunque no podía asegurarlo. Estaba lejos de mí y la iluminación era escasa.

—¿Por qué coño no me dices nada?! —le grité, alterándome de golpe—. ¿Qué piensas hacer conmigo? ¿Tenerme encerrada durante los próximos cincuenta años? ¿Matarme mañana?

Aguardé, con el furor enrojeciéndome el rostro, y él me devolvió una mirada larga y despojada de cualquier pasión. Mi ira no lo perturbaba ni en lo más mínimo.

—¿Di algo, maldito seas! —rugí, estrellando el puño contra la mesa, tan fuerte que los platos tintinearón y las copas entorchocaron entre sí.

Esta vez, su sonrisa fue evidente. Sus dientes se asomaron por debajo. ¿Se estaba riendo de mí? ¿Le parecía graciosa esa situación?

—No vas a decir nada, ¿verdad? —lo comprendí y todas las fuerzas me abandonaron a la vez. Me sentía como si el mundo y la fatiga me hubiesen vencido de pronto.

Él negó muy despacio. No, no iba a decirme nada.

Me puse de pie con brusquedad y lancé la servilleta sobre la mesa.

—Pues que te jodan —farfullé antes de abalanzarme sobre la puerta.

Subí a mi habitación casi corriendo y me recliné dentro. No podía más. No soportaba eso, ese encierro, ese abismal silencio. Empecé a dar vueltas por la habitación, derecha, izquierda, arriba, abajo. Quería volver a casa. Había intentado ser valiente. Había intentado no quebrantarme, decirme a mí misma que no me importaba, fingir que lo había conseguido.

Pero solo quería volver.

Grité. Grité con todas mis fuerzas. Nadie me escucharía. Sabía que mi grito moriría dentro de ese atronador silencio; que esa maldita casa se alimentaría de él.

Aun así, grité hasta quedarme afónica porque era todo cuanto me quedaba. Gritar y quebrantarme.

Los temblorosos dedos buscaron mechones de pelo a los que aferrarse y yo me doblé en dos y rugí una y otra vez, como una bestia acorralada.

Nadie vino a ayudarme. Porque ahí no había nadie. No había nada. Tan solo vacío y oscuridad, muerte y abismo. Había sido condenada por algo que no estaba segura de ser culpable y era una resolución irrevocable. Ya no había vuelta atrás. No había manera de arreglar las cosas.

La derrota fue tan demoledora que me apoyé contra la puerta, me deslicé hacia abajo y rompí a llorar. Ese era el final. El final de todo.

¿Qué iba a hacer? Podía seguir llorando o podía sobreponerme, levantarme de ahí y encontrar un modo de sobrevivir a eso. Solo necesitaba algo a lo que agarrarme. Lo que fuese. Amor. Ira. Orgullo. ¿Por qué ya no sentía nada?

¿Había sentido algo alguna vez o siempre me había estado ahogando en esas grandes oleadas de profundo y sombrío gris, esa niebla lechosa que no podía expulsar de mi mente?

Permanecí ahí sentada, derrotada, anegada en esa absurda sensación de irrealidad, hasta que se me secaron las lágrimas y los ojos se me perdieron en un punto indeterminado de la pared contra la cual se estrellaban todos mis sueños. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? ¿Minutos? ¿Horas? ¿Años?

¿Importaba siquiera?

La pared era amarilla y de pronto sentí que la traspasaba y me hundía en sus entrañas; dejaba que la oscuridad me consumiera, hasta que yo misma me convertía en una de esas infernales oleadas de gris que tanto desapego me hacían sentir.

Un golpe en la puerta me devolvió al mundo real. Bajé la mirada al suelo y

esperé en silencio, tan insensible e imperturbable como una estatua de piedra.

Al cabo de unos momentos, las pisadas se alejaron por el pasillo. Usé las palmas para impulsarme hacia arriba y entorné un poco la puerta. El vestíbulo estaba despejado. Era como si él nunca hubiese estado ahí, salvo por el vaso de leche que me había dejado en el suelo.

Y porque todo el pasillo olía a él.

Entrecerré los ojos y una leve sonrisa asomó en las comisuras de mis labios. Un poco de bondad en medio de esa profunda negrura, y yo volvía a ser el perro maltratado, el que jamás se separaría de su dueño.

Era enfermizo. Retorcido. REAL.

Era mi vida a partir de entonces.

Siete días y siete noches trascurrieron con esa fatigosa falta de actividad y ese mutismo carente de tensión. Ya casi me había acostumbrado a la bestialidad de su silencio. El silencio me recordaba a algo que me era obsesivamente familiar, aunque, si alguien me lo hubiese preguntado, no habría sabido decir a qué.

Lo único que sabía era que mis días se habían vuelto todos iguales. Tirada en el sofá, veía morir el tiempo, minuto tras minuto, hora tras hora, y nada me conmovía. Lo presenciaba todo con la mirada perdida. Sin ganas de sentir nada. Ni siquiera miedo.

Ya no me apetecía distinguir las fechas. Para mí, nada cambiaba. ¿Para qué seguir manteniendo la cuenta de algo que ya no tenía importancia?

A veces, una genuina y bastante infantil curiosidad me instaba a preguntarme qué hacía él en todo el día. No le veía hasta bien entrada la noche. Cenábamos juntos. Daba igual la hora a la que yo bajara. Él *siempre* estaba ahí.

Una vez me obligué a no bajar hasta las doce de la noche. Estaba convencida de que iba a cansarse de esperar.

Y, sin embargo, ahí estaba. En su silla. Aguardando inmóvil.

La comida llevaba horas encima de la mesa. Pero él había aguantado con estoicismo hasta que me senté en mi sitio. Solo entonces se sirvió el filete y, como el hijo de puta obstinado que era, se empeñó en tragárselo entero, a pesar de que la carne se había secado y el puré estaba ya asqueroso. Yo me tuve con conformar con pan y mantequilla, puesto que era lo único decente que había encima de la mesa.

Después de ese episodio, me empeñé en no bajar más, solo por joderle.

Pero, de algún modo, siempre acababa cediendo en el último minuto. Porque incluso su silencio era mejor que la nada. Entendía que la gente enloqueciera por culpa de la soledad. La soledad es terrible.

—Buenas noches —rompí mi silencio el octavo día.

No respondió y, con esa tranquilidad suya tan pasmosa, movió el brazo y levantó la tapa del plato. Su expresión gélida se mantuvo inalterable, como si ni siquiera hubiese reparado en mi presencia, y yo lo miré agitando la cabeza con exasperación.

—Eres asqueroso, ¿lo sabes?

Me sentía como Patrick Swayze en *Ghost*. Yo hablaba y nadie me escuchaba. Era bastante frustrante.

Resoplando, me senté de mala gana y destapé mi plato. Para cenar había salmón y ensalada. Le podía reprochar muchas cosas, pero jamás la calidad de las comidas. He de decir que estaba todo impecable. No tenía ni idea de dónde sacaba todo eso. El primer día había intentado encontrar el sitio en el que cocinaba o descubrir si ahí había alguien más aparte de nosotros dos; alguien que pudiera ayudarme a escapar. Pero solo encontré una cocina impoluta y dos puertas cerradas con llave. El misterio seguía atormentándome. ¿Qué era lo que se ocultaba detrás de esas dos puertas?

Mientras me estaba comiendo un trozo de naranja de la ensalada, lo miré con la fijeza de un psicópata. Sin embargo, él no se percató de nada. No me miraba a mí, pero tampoco miraba otra cosa. Como siempre, su insondable mirada azul se mantenía ausente, contemplando algo que nadie más podía ver. ¿El pasado? ¿El futuro? No habría sabido decirlo.

De lo que sí me percaté es de que había algo muy triste en su rostro. Esa noche su abatimiento era más evidente que nunca. El aire atormentado que congelaba sus facciones me conmovió, de alguna forma.

Y de pronto, no sé cómo, fui capaz de ver más allá: el conflicto que lo embargaba, la lucha que se estaba llevando en su interior, el desprecio que le inspiraba su propia persona.

Los vi, y mi mente empezó a percibirlo como a un antihéroe trágico, un personaje creado por el mismísimo William Shakespeare. Su vileza era repugnante, pero un hombre que se arrepiente de ser vil ¿es acaso una bestia? Quizá no. Quizá no era más que la víctima de un cúmulo de mala suerte. ¿Cómo podía juzgarlo si no conocía todas las piezas del puzzle? ¿Qué era lo que le había impulsado a entrar en ese banco a punta de metralleta? ¿Qué era

lo que yo no podía ver? ¿Qué era lo que sus ojos ocultaban? Tenía la impresión de que la clave de todo residía en la tristeza. Si tan solo hubiese podido interpretarla...

—Y bien, ¿qué querías que hiciera? —dije por fin, con un soplo de rendición.

Eso llamó su atención lo suficiente como para que levantara el mentón. Sus ojos se cruzaron con los míos y me sorprendió ver que esta vez no rehuía mi mirada, sino que me estudiaba con un profundo interés que decidí aprovechar antes de que acabara.

—¿Puedes culparme por intentar huir de ti? —volví a decirle con los ojos devorando la expresión desorientada de su rostro—. ¿De verdad? ¿No habrías hecho tú lo mismo? Dime que no habrías hecho tú lo mismo y me disculparé. Lo haré ahora mismo, si es eso lo que esperas de mí.

Jack no pudo luchar por más tiempo contra la sonrisa y, poco a poco, sus labios fueron arqueándose hacia arriba. ¿No quería que me disculpara? Entonces, ¿qué coño quería de mí?

—¿De verdad vas a seguir con esta actitud? —proseguí con fatiga—. ¿Sin decirme ni una puta palabra? ¿Hasta cuándo?

Bajó el rostro y fingió mirarse las puntas de los dedos. Me enfurecí tanto que sentí deseos de arrojarle algo a la cabeza. Si me controlé fue solo porque no sabía cuál iba a ser su reacción. Era mejor no tentar a la suerte.

—Eres un hijo de puta sádico y manipulador, que lo sepas. Y no sé qué es lo que esperas obtener de todo esto, pero ya te digo yo que no lo conseguirás. Si crees que durante este cautiverio acabaré enamorándome obsesivamente de ti, es que lees demasiada novela rosa. Si crees que no intentaré escaparme a la más mínima oportunidad que se me presente, es que eres gilipollas. Y si piensas que no te pegaría un tiro si tuviera una pistola ahora mismo, te lo digo muy en serio, Jack, querido, deberías visitar a un loquero. *Urgentemente*. ¿Por qué no me matas de una vez y acabamos con todo este rollo?

Él no dijo nada y yo me sentí justificada a seguir alterándome.

—¿Sabes por qué? —me vine arriba en mi furia—. ¡Porque ni siquiera tienes cojones para matarme! ¡Por eso! No hay plan. ¡Ni un puto plan, chaval! No tienes nada. Las cosas se han ido descontrolando poco a poco. *Nada* ha salido según lo habías planeado, y lo que estás haciendo ahora es montar un puto berrinche, porque no sabes afrontarlo de otro modo. Tú no eres un hombre. No eres más que un niño con un ego desorbitado. ¡Y me repugnas! —rugí con un golpe en la mesa.

Él levantó el rostro con aplomo y me desafió con la mirada. Sentí que me acobardaba y mi furia se batía en retirada. Sus desdeñosos labios y esos ojos clavados en los míos se estaban mofando como nunca. Me devané los sesos por recordar qué había dicho que le había resultado tan entretenido.

—*Sí* tengo un plan. Un plan maestro.

—Anda. Hablas y todo. —Me arrellané en la silla y le dediqué una sonrisa de falso entusiasmo mientras desplegabam los brazos a ambos lados del plato para instarle a continuar—. ¿Y cuál es ese maravilloso plan del que aún no he oído hablar? Asómbrame, por favor.

Sus labios se torcieron en una media sonrisa burlona.

Silencio.

Exasperación.

¿Por qué seguía afectándome eso?

Al día siguiente, Mr. Ripley se salió de su patrón. Casi pegué un grito cuando bajé al salón y lo vi ahí sentado, en una butaca junto a la ventana, una figura quieta y sombría, sumida en el silencio de una mañana plomiza.

Fuera estaba nevando y él leía un libro con gran concentración. A sus espaldas, pequeños copos de nieve flotaban en el aire, sin llegar a cuajar encima del césped. Era una escena apacible. Un tanto melancólica. Jack había encendido el fuego y las brasas chispeaban en la chimenea. Un tibio calor impregnaba la estancia y yo sentí que mi cuerpo se destensaba, por algún motivo.

—Buenos días —le dije, casi animada.

Él no respondió. Qué novedad.

Me acerqué a la ventana y miré hacia abajo, hacia el valle y el lago. La bruma le concedía un aspecto fantasmal esa mañana. Me sentí como si estuviera atrapada en un nido de águilas. Las alturas me dejaban sin aliento y eso que mi apartamento estaba en la planta diecinueve.

Pero no es lo mismo ver peatones y coches, que ver el abismo atrayéndote hacia sus entrañas.

La ventisca arrojó un puñado de hojas muertas contra el cristal y yo pegué un brinco detrás de la ventana. Fuera todo era mucho más inhóspito que dentro.

Intentando no dejarme acobardar por su inesperada presencia, me desplacé

hasta la biblioteca y retiré un libro, el primero que encontré. Tras asegurarme de que él no se movía ni me miraba, le eché un ojo al título.

Nicci French. *Killing me Softly*.

Me entró la risa. Una risa estrepitosa, histérica, esa clase de risas que desvelan que te estás quebrantando.

Jack me miró con las cejas en alto. Creo que le asombraba verme tan alegre. O tan ida.

«Pues jódete».

Sin conferir ninguna explicación a esa sorprendente manifestación de sentimientos, me tiré al sofá y abrí el libro por el final. Era mi parte favorita.

—*Cada vez que me acordaba de su forma de mirarme* —recité en voz alta—, *con aquel amor tan concentrado, recordaba también que Adam era un violador y un asesino. Mi Adam.*

—¿Qué haces? —murmuró Jack, mirándome perplejo.

Lo ignoré y seguí leyendo. Dios —o el Diablo, cualquiera de los dos— había puesto ese libro en mis manos. Oh, el provecho que iba a sacarle para atormentar a la Bestia...

—*Pese a todo, seguía recordando su hermoso rostro y cómo me abrazaba y me miraba a los ojos y pronunciaba mi nombre, con tanta ternura; y no quería olvidar que alguien me había amado tanto. Es a ti a quien quiero, me había dicho, solo a ti. Nadie volvería a amarme jamás así. ¿Qué opinas, Jack? Enfermizo, ¿verdad? Es mi libro favorito.*

—¿Por qué será? —farfulló él con tono lacónico.

—¿Qué lees tú? —pregunté mientras me enderezaba.

Se produjo una corta pausa y sospeché que no le apetecía nada mantener una conversación conmigo.

—*Misery*—respondió de mala gana.

—Tomando apuntes, ¿eh? Pues ten cuidado. *Misery* no acaba muy bien parada, si no me falla la memoria. Es lo que tiene retener a alguien en contra de su voluntad.

Sus dientes se asomaron por debajo de la sonrisa. Sin darme cuenta, acabé sonriendo también.

Me moví en el sofá, tendiéndome bocabajo con los pies en alto, y me apoyé en un codo. Él intentó no mirarme, aunque era evidente que sus ojos se sentían atraídos por mi campo magnético.

—Dime, Jack, ¿qué opinas del amor?

—No tengo una opinión formada.

—¿Nunca te has enamorado?

Se le dibujó una arruga en el entrecejo. Obstinadamente se negaba a mirarme.

—Nunca he tenido tiempo.

—Ya me imagino. Atracar bancos y tomar rehenes ha de ser agotador.

Sonrió como el que guarda un suculento secreto.

—Para tu información, era mi primer atraco. —Calló unos segundos y luego me miró a la cara, con esos profundos ojos que ardían más que las brasas del Infierno—. Antes de eso, me dedicaba a construir edificios en el tercer mundo —volvió a decirme.

Por unos momentos, el asombro me dejó paralizada. *Patidifusa* creo que es la palabra exacta.

—¡Corta el rollo!

—¡Córtalo tú! —exclamó Mr. Ripley indignado.

No debió de entender el significado de esa expresión. ¿Dónde había vivido ese tío?

«Eh... ¿en el tercer mundo? En serio, Katie, no hagas preguntas estúpidas».

—Espera un momento. ¿Me vas a decir ahora que eres alguna especie de budista abnegado que lo hace todo de forma altruista y se entrega a los demás en cuerpo y alma?

—Soy agnóstico, pero si tuviera que elegir alguna religión, supongo que sí, sería el budismo. Me... llama mucho la atención.

No daba crédito.

—¿Y cómo encajan los asesinatos y los secuestros con toda esa mierda *zen*?

—No es ninguna mierda. Es una filosofía de vida.

—Bueno, pues ¿cómo encajan los asesinados y los secuestros con esa *filosofía de vida*?

—Que yo sepa, no he asesinado a nadie. El guardia de seguridad pudo haber sobrevivido. No saquemos conclusiones precipitadas. En cuanto a los secuestros, lamento decirte que no te he secuestrado.

Vamos, eso ya era la leche.

—No me digas. Y, según tú, ¿qué es lo que hago yo aquí? ¿Disfrutando de unas bonitas vacaciones y del gélido aire de la montaña?

Jack torció la boca con desdén, pasó la página y fingió estar muy concentrado en su lectura.

—Eres mi invitada —respondió al cabo de unos segundos. Y lo hizo sin

mirarme.

—Los invitados tienen la opción de irse.

—Y tú también. Mi puerta está abierta.

—Entonces, préstame tu coche.

Levantó la cabeza para lanzarme una sonrisa burlona.

—Imposible. Le tengo mucho cariño.

—Lo que imaginaba.

—Vamos, Katie. ¿Tan mal lo estás pasando? ¿Qué es lo que te falta?

—Hmmm... no sé... ¿Libertad? ¿Entretenimiento? ¿*Mi móvil*?

—¡El móvil! —exclamó el Señor Oscuro con un bufido sarcástico—. ¿Sabes?, me enerva la obsesión de la gente por los móviles. Todo el día pendiente de las pantallas, sin advertir que la vida se te está pasando de largo. Para que lo sepas, una pantalla no es más que una barrera que colocas entre tú y los demás. Yo odio las barreras, las fronteras y cualquier instrumento que aísla a las personas.

—Sí, ha quedado claro que eres extraño.

—¿Extraño? No, Katie, los extraños sois vosotros. Yo soy libre.

Mis labios se plegaron en una sonrisa burlona.

—No pareces muy libre ahora mismo, Jack —contraataqué con dulzura.

—Pues lo soy. Puedo ir adonde me plazca. Nada me ata. Mi vida no se rige por normas o conceptos. Estoy por encima de eso.

—¿Por eso nunca te has enamorado?

Se produjo una larga pausa y creí que no me iba a responder a eso.

Pero lo hizo.

—No me gusta la idea de pertenecer a otra persona —gruñó y, acto seguido, hundió la nariz dentro de su libro para que yo dejara de atosigarlo a preguntas.

Me quedé mirando su ausente rostro mientras sopesaba sus palabras.

—Yo nunca he pertenecido a nadie —comprendí, en medio de mi abstracción.

La boca de Jack se movió en una media sonrisa mortecina.

—Pero sueñas con hacerlo —repuso, y distinguí en su mirada un aire de pérdida irreparable.

Lo contemplé sin inmutarme y él trasladó la mirada a la ventana. Tuve la impresión de que se estaba ahogando en un pozo de tristeza. En aquel momento, la tristeza lo empañaba todo, su rostro, su mirada, su sonrisa. ¡Todo! La tristeza gritaba, clamaba tan alto que...

Me enterneció.

Ahí estaba, el verbo que no quería admitirme. *Enternecerse*. Estaba muy fuera de lugar.

—¿Cómo lo sabes? —le susurré, mirándolo como a un viejo amigo.

—Es evidente —murmuró él, sus ojos perdidos en los copos que caían al otro lado del cristal.

—No te creo.

Una sonrisa atormentada fue su única contestación a eso.

La nieve se estaba convirtiendo en lluvia. La escuché repiquetear por encima de nosotros durante la cena. Jack estaba tan elegante como de costumbre. Yo vestía la misma ropa de siempre, mallas y camiseta. Me sentía en inferioridad, como un mendigo invitado a una cena de gala en la que todo el mundo lo está marginando. Su silencio contribuía a mi malestar.

La cena era ligera, sándwiches de pepino y diversos tipos de aperitivos, quesos y fiambres varios. Jack bebía vino. Yo prefería mantenerme sobria. No me parecía un buen plan emborracharme —ni siquiera marearme— en su compañía.

—¿De dónde sacas todos estos manjares? —pregunté después de unos diez minutos de silencio.

—¿Te gustan? —murmuró él sin mirarme.

—No están mal.

—Hmmm. No, no lo están.

Estaba distraído, como si lo único en lo que pudiera concentrarse fuera en pasear el dedo por el borde de la copa.

—¿A cuánto estamos de la ciudad más cercana?

—¿Planeas irte andando?

Sus imperturbables ojos azules me enfocaron con toda su fuerza. Tuve la impresión de que la idea de que fuera a marcharme andando le inquietaba, y no solo por motivos egoístas.

—No. Solo por saberlo —le tranquilicé mientras intentaba no rehuir su mirada.

—Oh. Está bastante lejos.

—Hmmm. Eso pensaba. ¿Y de quién es esta casa? ¿Tuya?

Sobrevino una pausa. Él me miró a los ojos.

—De un amigo.

—Debe de ser muy buen amigo si la usa para dar refugio a un fugitivo.

Jack alzó la comisura derecha de la boca. Ahí estaba, ese gesto suyo que lo hacía irresistible. Pretendía ser el esbozo de una sonrisa, pero, en el fondo, nunca llegaba a materializarse.

—Es tarde, Katie.

—¿Y?

—Deberíamos irnos a la cama.

—No estoy cansada. Me paso el día sentada. ¿No hay nada que podamos hacer para divertirnos?

Su sonrisa se estaba volviendo cada vez más real, más guasona.

—¿Quieres *divertirte*? —enfaticó con cierta burla.

—La vida es corta, Jack. Muy corta. Tú me has hecho ser muy consciente de eso, gracias.

Mis palabras le molestaron. Con ceño adusto, cogió la servilleta, se limpió las esquinas de la boca y la lanzó sobre la mesa al mismo tiempo que se ponía de pie.

—Buenas noches, Katie. Apaga la luz cuando salgas.

Al hablarme, no noté ninguna especie de enfado en su voz, sino más bien cansancio y un ápice de derrota.

Como no podía seguir mirando esa vulnerabilidad que había en él, dejé que mi mirada se alejara hasta perderse en la copa de vino que había quedado encima de la mesa.

Por su parte, él esperó unos segundos más, ahí, con las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón de vestir, y luego echó a andar hacia mí. Sentía la fuerza de sus ojos atrayéndome como un imán, pero seguí estudiando la copa, el elegante tallo de cristal, el oscuro líquido cuyo olor me nublaba la mente...

Jack se detuvo a mi lado y apoyó la palma de su mano en mi hombro. Mi única reacción ante ese roce fue fruncir el ceño.

Me noté extraña, otra. No era la primera vez que me pasaba algo así en su presencia. No era la primera vez que me temblaban las manos o que notaba esa fuerte sacudida en el estómago, como si todo mi cuerpo estuviese vibrando de emoción. Tampoco era la primera vez que pensaba qué clase de mujer era yo, porque yo nunca sentía nada.

No, todo eso me era muy familiar y luché por arrancarme esos pensamientos de la mente. La destrucción reside en una sola idea. Si pudiésemos erradicarla...

—Buenas noches —repitió él con ternura, al ver que yo no me disponía a

decir nada.

Se separó de mí y yo me sentí mareada y sin aliento, pendiente nada más que del eco de aquellos pasos que se alejaban por el vestíbulo.

Me quedé ahí clavada en la silla, mis ojos perdidos en la lejanía, hasta que oí una puerta cerrándose en la planta de arriba.

Entonces, me levanté precipitadamente y me puse a buscar las llaves del coche como una desquiciada. Abrí y cerré cajones, cambié los cojines de sitio, busqué detrás de cada cuadro, paseé los dedos por encima de las baldosas altas de las estanterías...

Lo hice todo y siempre en vano. Las llaves no estaban por ninguna parte.

Sin embargo, no me sentí demasiado mal por mi fracaso. Porque, en realidad, encontré algo mucho más útil que eso.

Encontré la pistola, escondida en un jarrón plateado, debajo de un ramo de peonías de plástico que no tuvo ningún reparo en tirar al suelo y aplastar bajo la suela de mis zapatillas.

Nosotros en la noche

Pista 7: *Kill of the Night*
(Gin Wigmore)

Siempre he pensado que las armas de fuego no son más que viles instrumentos de poder, quizá porque nunca llegué a imaginar cuán poderoso se siente alguien que sujeta una pistola entre sus manos.

Emergiendo de la creciente oscuridad del vestíbulo, subí muy despacio por la escalera, con el arma en alto y el corazón latiéndome a febriles sacudidas, tan atronadoras que temía que él fuera a escucharlas. Desde luego, era lo único cuanto se escuchaba en el silencio de la noche, mi demente corazón aporreando con fuerza dentro de mi caja torácica.

No sabía exactamente cuál era su habitación, así que tuve que probar con varias, fui empujando las puertas con el pie y peinando la penumbra con la mirada.

Apenas podía respirar. Adrenalina y nerviosismo se estaban enroscando alrededor de mi cuello y lo estrujaban con tanta saña que a duras penas conseguía tomar aire, pequeñas y controladas bocanadas, suficientes como para no desmayarme.

«Es ahora o nunca, Lexi. No volverás a tener otra oportunidad igual».

No dejaba de repetírmelo y apretaba los dientes en un gesto obstinado para evitar que me siguieran temblando los labios de esa forma.

«Ahora o nunca. Vive o muere».

Su habitación era la última a mano derecha. Empujé la puerta con la punta del pie y comprobé desde el umbral que Jack se había quedado dormido.

Con todo el sigilo del que fui capaz, me acerqué a su cama, puse la mano en su brazo y lo sacudí un poco. La única respuesta que recibí fue un gruñido.

Encañoné el arma contra su sien y quité el seguro.

—¡Eh! ¡Despierta, hijo de puta!

Mr. Ripley parpadeó un par de veces hasta abrir los ojos por completo. Verme ahí de pie delante de su cama, apuntándolo con su propia pistola, lo

hizo sonreír. Ese chico estaba muy mal de la cabeza. Temerario, inconsciente...

¿Valiente?

O puede que estuviera, sencillamente, loco de remate.

—Katie. Qué sorpresa —se jactó, con una media sonrisa tan insufrible que tuve ganas de arrancársela a golpes—. No me digas que me echabas de menos.

—Las llaves del coche. A-HO-RA.

—Ya. Respecto a eso. Pa-so —me imitó, con sonrisa desafiante.

—¿Que pasas? —repetí, atónita—. Por si no te has dado cuenta, te estoy apuntando con un arma.

—Oh, créeme, me he dado cuenta. Estás muy sexy con esa pistola entre las manos. Aun así, paso. Mi coche solo lo conduzco yo. Una manía que he ido adquiriendo con el paso de los años. Cuando seas mayor, lo comprenderás.

—Te lo diré de otra forma, *cielo*. O me das las putas llaves o te vuelvo los sesos. No hay más opciones.

—Katie, Katie, Katie. Incluso si alguien te apunta con un arma, siempre tienes otra opción. Recuerda mis palabras. Puede que algún día te veas metida en una situación realmente crítica.

—Tu locura supera cualquier límite, ¿verdad? ¿Es posible que no temas morir?

—Ya te dije que yo no pertenezco a nada ni a nadie. Ni siquiera al miedo o a la muerte. Tengo absoluto control sobre todo cuanto me rodea.

—Eso es ser un narcisista de mucho cuidado. Muy bien, Jack. Tú te lo has buscado. Que conste que yo quería cooperar.

Me empezaba a temblar la voz. Me estaba poniendo cada vez más nerviosa y él lo sabía, puesto que me miró con la boca torcida en una odiosa sonrisa de triunfo.

—¿Y qué vas a hacer?, ¿dispararme?

—Si te niegas a colaborar, sí.

—Si pulsas ese gatillo, no habrá vuelta atrás. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Tensé la mandíbula y todo rastro de debilidad desapareció de mi rostro.

—Estoy segura de una sola cosa: pienso sobrevivir a esto. No podrás conmigo, cielo. Ni tú ni nadie. Saldré adelante.

—¿Y piensas que yo pretendo lo contrario? *Quiero* que salgas adelante, Katie —aseguró con sinceridad, golpeándose el pecho con la palma para dar más fe a sus palabras—. Suelta la maldita pistola. Es la única forma de salir

de esto.

—No. Dame las llaves.

—Ni de coña. Y no es negociable.

Nos miramos a los ojos, yo incrédula y él desafiantemente impasible. A pesar de todo, admiraba su coraje. O su locura. Ese hombre realmente miraba a la muerte a los ojos y le decía: *ven a por mí, zorra. No te tengo miedo*. Eso era, como mínimo, admirable. Yo no había sido capaz de conseguirlo.

—Jack...

—¿Sí, cielo?

Bajé la pistola hacia su pecho y elevé la mirada hacia la suya. Imágenes de tiempos pasados asomaron a mi mente. Mi padre en el suelo. Yo arrastrada hacia el aparcamiento. Todas esas horas de silencio, en las que creí que iba a morir.

«*Ahora o nunca. Vive o muere. Tú o él*».

—Que te jodan.

No sé si en circunstancias normales hubiese sido capaz de hacerlo. Probablemente, no. Probablemente nunca hubiese apretado ese gatillo.

Pero esas no eran circunstancias normales. Esta vez, tenía que elegir entre él y yo.

Y me elegí a mí.

Apreté ese gatillo. Lo apreté hasta el fondo.

Y lo único que escuché fue su suspiro de exasperación.

—Katie, Katie, Katie —me regañó con aire dulce, aunque fatigado—. ¿Has apretado el gatillo? ¿De verdad? Auch. Tu actitud me ha dolido más que el impacto de cualquier bala. No me lo esperaba.

—¿Qué coño ha pasado?

—Llámame loco, pero creía que teníamos algo. Una conexión. O, como mínimo, que nos caíamos bien. Y vas tú y aprietas el maldito gatillo. ¿Cómo has podido? En serio, ¿cómo?

—¿Qué coño ha pasado?! —le grité, histérica.

Toda esa adrenalina que me había abrazado antes había derivado ahora en una convulsa agitación que no había forma de controlar. Mis manos, mis labios. Era incapaz de dejar de temblar.

Jack puso los ojos en blanco.

—No estaba cargada —respondió para apaciguarme—. ¿De verdad piensas que soy *tan* imbécil? ¿Crees que iba a dejar a tu alcance una pistola cargada? Piensa un poco. Solo era una prueba, cielo. Y la has suspendido. Me has

decepcionado, que lo sepas.

Dejé caer los párpados. Claro que solo era una maldita prueba. Una prueba para demostrar de lo que yo era capaz. Bueno, al menos ahora lo sabíamos.

Se me vino a la mente una célebre frase de Nietzsche.

«Quien con monstruos lucha cuide de convertirse a su vez en monstruo».

Yo lo había hecho.

Por desgracia, había ido mucho más allá y me había convertido en alguien peor que Jack, puesto que Jack nunca había intentado matarme a mí. A pesar de todo, nunca había apretado ningún gatillo contra mi pecho, y una parte de mí sabía que nunca lo haría.

Él no era capaz de algo así. Yo, en cambio, sí que lo era.

Mi burbuja de poder estalló y quedé indefensa ante las oleadas de horror que me revolviéron el estómago.

Había intentado matar a un hombre. Esa era una verdad aplastante.

Y de no haber sido por su precaución, lo habría conseguido. Esa era una verdad aún más aplastante.

Mis manos podían haber estado manchadas de sangre a esas alturas. *Su* sangre. Ríos y ríos, rojos e imparables.

«No bastaría todo el océano para lavar la sangre de mis dedos».

¡Me estaba convirtiendo en Macbeth!

Ese pensamiento me llenó de tal repulsión que, con una exclamación ahogada, tiré el arma a la cama, lo más lejos de mí que pude, y hui, quizá para escapar de ese sentimiento de irrealidad que se había apoderado de mí tan de repente.

Mientras me precipitaba sobre la puerta, intentando contener las náuseas y no derramar todo el contenido de mi estómago sobre la mullida alfombra de Jack, me sentí como si acabara de despertar en mitad de una pesadilla. Tenía los ojos dilatados de espanto y la certeza de que todo eso no había sido más que un mal sueño.

—¡Pero no te pongas así, mujer! —gritó Jack detrás de mí—. Te perdono.

Ni siquiera me digné a cerrar la puerta. Lo único que quería era salir de ahí, alejarme todo lo posible de la pistola, de él y de la persona en la que me estaba convirtiendo. Uno no sabe de lo que es capaz hasta que se ve en la situación de reaccionar.

Esa noche comprendí que el ser humano es capaz de cualquier cosa, por muy atroz o abominable que le parezca al principio. Solo hace falta un cúmulo de circunstancias para que incluso la mejor de las personas se convierta en un

monstruo. La monstruosidad forma parte de todos nosotros. *Todos* somos capaces de matar llegado el momento. La pregunta es: ¿por qué lo harías? ¿Dinero? ¿Poder? ¿Venganza?

¿Amor?

Yo iba a hacerlo por supervivencia. Al menos eso era honorable, ¿no?

—¡Eh, tú!

Jack levantó la cabeza y me miró aturdido. Llevaba veintinueve horas evitando ese enfrentamiento. Como la cobarde que era, me había recluso en mi habitación después del episodio de la pistola. Si lo del Walmart había derivado en días y días de tedioso silencio, no quería ni imaginar las consecuencias de mi intento de asesinato. Lo mejor que podía hacer era evitar cruzarme con él.

Lo cual hice.

Durante un tiempo.

Hasta que cambié de opinión.

¿Y por qué razón debía yo sentirme culpable? ¿Acaso cualquier otra persona en su sano juicio no habría hecho lo mismo de haber estado en mi lugar? ¿Dónde estaba el problema? Había visto una oportunidad de escapar y la había tomado. No debía lamentar lo que había pasado. Si había algo lamentable en todo aquello era el hecho de haber fracasado.

Esa resolución me hizo sentir mejor conmigo misma. No tenía ningún sentido que yo me sintiera mal, y decidí no hacerlo más.

Conseguirlo no me costó demasiado esfuerzo. La brutalidad ya había empezado a formar parte de mí y yo la aceptaba como tal. Es más, había momentos, en mis horas más oscuras, en los que me regodeaba en ella y me sentía justificada a convertirme en una hija de puta cruel y despiadada. ¿La vida me había golpeado duro? Pues bien, yo iba a golpear de vuelta con el doble de fuerza, joder. Iba a tomar represalias. Ya no sería el perro maltratado que va y lame la mano de su agresor. Me convertiría en el perro maltratado que le arranca la mano a la persona que intenta ayudarlo, porque, en realidad, no necesita la maldita ayuda de nadie.

¿Llorar? No.

Apalear. Oprimir. Pagar con la misma moneda.

Eso era lo que me habían hecho un par de semanas de cautiverio.

Me habían enseñado a hacer algo que nunca antes había creído posible, me habían enseñado a luchar para conseguir lo que quería.

«*Jamás es excusable ser malvado, pero hay cierto mérito en saber que uno lo es*», decía Baudelaire en uno de mis libros favoritos. Lo mío tenía su mérito, supongo. Al menos admitía la verdad. ¿No me convertía eso en alguien honorable?

—¿Katie? —murmuró Jack al ver que me había quedado en blanco delante de él—. ¿Querías decirme algo?

—Tengo un par de requerimientos —anuncié con frialdad tras recomponerme y obligarme a adoptar un aire displicente.

Su boca adquirió un gesto cínico al sonreír.

—No me digas. ¿Y cuáles son? ¿Balas para la pistola?

Pasé por alto su ironía. Me lo tenía merecido.

—Quiero hacer deporte. Me estoy poniendo como una foca.

Sus ojos me dieron un buen repaso. Las comisuras de su boca se torcieron en un gesto de aprobación.

—Yo diría que estás bastante bien.

—Como he dicho, *quiero* hacer deporte.

—Vale, vale. No te pongas así. Joder, qué mal genio tiene la señorita.

—Y quiero conexión a internet. Me aburro.

—¿Para qué vas a usar el internet?

—Para ver a Oprah. Y el *show* de las Kardashian.

—Menudo truño. Las dos cosas. No vas a tener acceso a internet, cielo. Intuyo que imaginas por qué.

De acuerdo, estaba preparada para un rechazo. Sabía que lo del internet era mucho pedir. Mi estrategia consistía en exigir cosas por todo lo alto, para que luego no le resultara tan desmedido lo que venía a continuación.

—Muy bien. Entonces, películas. Una maldita televisión y un par de DVDs. Tampoco es tanto pedir.

—Podría arreglarlo —concedió él torciendo el gesto.

—Bien. Y quiero juegos.

—¿Qué clase de juegos? —preguntó confuso.

—Juegos de mesa. Si vamos a estar aquí mucho más, tendremos que llenar el tiempo con algo. Esta falta de actividad me está volviendo loca. Y tú eres tan siniestro que dan ganas de engancharse a los barbitúricos.

Jack casi sonrió. *Casi*.

—Veré lo que puedo hacer.

No haber recibido una contundente negativa me hizo seguir adelante con mi interminable lista de exigencias. Estaba equivocado si pensaba que iba a pedir solo eso.

—Quiero que nuestra alimentación incluya más fruta. Y quiero revistas. *Vogue, Cosmopolitan, Elle, Vanity Fair...* Todo lo relevante.

—¿Has acabado? —gruñó él con expresión cansina.

—¿Tú qué crees? También quiero ropa bonita.

De repente, pareció muy cansado, se hundió en su asiento y su ceño se volvió cada vez más adusto. Me recordó a mi padre, ahí apoyando la barbilla en una mano, intentando aguantar con estoicismo mi larga lista de requerimientos.

—No vamos a ir de compras, cielo.

Como a mi padre, se le daba muy bien negarme cosas. Pero yo ya contaba con eso.

—No hace falta. Podemos comprarla online.

Jack puso los ojos en blanco. No se esperaba que yo tuviera la solución a ese problema.

—¿Y para qué quieres ropa bonita? Aquí solo estamos tú y yo, y a mí me da igual la ropa que lleves.

—No visto para agradar a los hombres, Jack. Visto para agradarme a mí misma. Y estar todo el día en mallas *no* me agrada.

—Y luego el narcisista soy yo.

Fingí no oírle.

—¿Tenemos trato?

Me miró con fastidio.

—Ya veremos.

Supe que había ganado esa batalla. Sencillamente, lo supe.

—Avísame cuando lo tengas todo —le pedí, y mi cara se iluminó con una sonrisa tan radiante que él se sorprendió devolviéndomela.

Antes de que le diera tiempo a cambiar de opinión, le volví la espalda y me alejé enérgicamente hacia la escalera. Fuera seguía nevando. Vi la ventana de reajo y me pareció que el mundo tenía un aspecto álgido y desapacible al otro lado del cristal. Me alegré de no estar ahí fuera. Hacía un día de perros.

—Katie...

Dejé de andar y me giré.

—¿Hmmm?

—¿Vas a bajar esa noche?

—¿A cenar?

—Sí.

Sentí que quería que lo hiciera. Que, de alguna forma, él lo necesitaba.

—No lo sé. Puede. Todo depende de ti, Jack. *Solo* de ti.

Le dispensé una sonrisa gélida y subí los escalones con aire triunfal. Estaba muy orgullosa de mí misma. Había impuesto mis condiciones. Ahora solo quedaba esperar a que él las aceptara.

Eran las diez en punto cuando entré en el comedor. Jack me estaba esperando. Como siempre, elegante y taciturno.

Me senté, con ademanes ceremoniosos, y desplegué la servilleta. La noche anterior no había bajado y creo que eso le había afectado. Si estaba en lo cierto, eso me daba bastante poder sobre él.

—¿Has pensado en mis exigencias? —quise saber desde la otra punta de la mesa.

Me miró por encima de las velas encendidas y frunció el ceño. ¿Había planeado una velada romántica? Era la primera vez que encendía las velas.

—Lo he hecho.

—¿Y?

—Podría concederte algunas cosas.

—Genial. ¿Cuáles?

—Después de cenar podemos mirar lo de la ropa. Creo que es un buen comienzo.

—Me parece bien.

—Estupendo.

Nos miramos el uno al otro unos segundos más y luego él bajó la mirada.

Destapé la cena —tortilla con salchichas— y empecé a comer despacio. De postre había fresas con nata. Sonreí. Era la primera vez que traía fruta. Se estaba tomando en serio lo de mis requerimientos.

Después del comerme el postre, me puse de pie sin decir palabra y me fui al salón. Él no tardó nada en asomar por la puerta.

—Iré a por el portátil —farfulló mientras se alejaba hacia la escalera.

Asentí en silencio. Me senté en el sofá, me crucé de brazos y clavé los ojos en el techo.

Al cabo de unos momentos, lo vi bajar por la escalera con un portátil negro

en la mano.

—No te molestes en robarlo —advirtió mientras se sentaba a mi lado—. Tiene contraseña.

Entorné los ojos.

—Ya me lo figuro. Todo el mundo tiene una contraseña hoy en día. Y más después del éxito de la primera temporada de *You*. Yo me he tomado muy en serio lo de las contraseñas y los acosadores. Y, sin embargo, aquí estoy. Es bastante irónico, ¿no te parece?

—No tengo ni idea de lo que estás hablando. Y bien, ¿qué clase de ropa quieres? —urgió, señalando la página de *Google* que acababa de abrir.

—¿Qué presupuesto tengo? Supongo que usar mis cuentas queda descartado.

—Lo supones bien. Tienes mil dólares para comprar lo que te dé la gana.

—Qué generoso.

—Creo que es razonable, después de todo lo que te he hecho padecer.

Le dediqué una mirada hastiada.

—Era una ironía, Jack. Mil dólares apenas me llegan para comprar un par de medias.

Me miró escandalizado.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Cuánto te gastas tú en ropa al mes?

—Más o menos el dinero que tienes en esas dos bolsas de ahí.

Su sonrisa fue tan indolente que se me cortó la respiración. Estábamos muy cerca el uno del otro. Notaba el calor que desprendía su cuerpo y la extraña electricidad que envolvía la habitación. ¿Hacía más calor o era cosa mía?

Me concedí un momento para inhalar el aroma de su colonia y luego tragué saliva y clavé la mirada en el suelo. Lo mejor que podía hacer era dejar de mirar sus ojos. Me desconcertaba. Echaba al traste mi plan de convertirme en una hija de puta cruel y despiadada.

—¿Intentas llenar algún vacío, Katie? —preguntó Jack con una mirada tan intensa que no conseguí eludirla por mucho más tiempo.

Cuando nuestros ojos volvieron a entrelazarse, me di cuenta de que él ni siquiera parpadeaba.

—Intento llenar muchos vacíos —murmuré mientras, sin querer, fijaba la mirada en sus perfectos labios.

Las comisuras de su boca se arrugaron en un gesto divertido. Era guapo. Cuando sonreía y cuando no lo hacía. Era muy guapo, a pesar de todo. El ángulo de sus pómulos, su barba de dos o tres días dándole un aspecto desastrado y salvaje...

Todo en él resultaba magnético. Eso hacía que las cosas fueran aún más crueles.

Bajé la mirada, compuse el esbozo de una sonrisa atormentada y luego lo volví a mirar un momento prolongado, mis ojos intercambiando una mirada con los suyos.

—¿Te buscamos algo bonito? —susurró Jack, bastante incómodo por mi escudriño.

—Sí.

—¿Dónde venden tal cosa?

Con voz suave le indiqué una página web de venta de ropa para mujer y nos pusimos juntos a mirar prendas. A Jack todas le parecían bonitas o cómodas.

—El caso es si a mí me sentarían bien o no.

—¿Y por qué no iban a sentarte bien? —repuso mirándome con las cejas en alto—. Eres atractiva. Tienes buena figura. Eres alta. Cualquier cosa te sentaría bien.

—Sí, claro.

Sus cejas dibujaron un gesto de confusión.

—Espera. ¿Te sientes insegura?

—¡Pues sí!

«*Evidentemente*».

Su ceño se frunció aún más.

—¿Por qué?

—Pues porque... porque... ¿A quién le importa?

—A mí —musitó y su cálido aliento me acarició la mejilla al acercar él su rostro al mío—. Eh. ¿Qué pasa, Katie?

Inspiré bruscamente. Empezaba a ponerme nerviosa. Él estaba demasiado cerca de mi órbita. Eso... me afectaba.

—No pasa nada. Es que... Joder. No puedo creer que esté pensando en contártelo —dije frotándome la cara con las manos—. Es decir, te odio y no pretendo hacerme amiga tuya ni nada por el estilo.

Con suavidad, él me cogió por las muñecas y me miró como si en el mundo no hubiera nada más aparte de mí. Dios, ¿por qué tenía que mirarme como si de verdad me viera?

—Precisamente porque me odias puedes hablar conmigo de lo que sea.

Y lo dijo de tal modo que no pude resistirme.

—Salía con un chico —confesé en un impulso, y después enfoqué el suelo con la mirada. Sentí vergüenza al hablar de *aquello* con él.

—Mm hm —apremió, intentando no parecer demasiado impresionado—. Continúa.

—Y este chico... Colin... no sé... me dejó.

—Y eso te produce... ¿inseguridad?

Mis ojos hicieron un gesto de exasperación mientras se alejaban hacia la ventana. Me tomé unos momentos para poner orden en mis pensamientos.

—Es que... me dejó por otra chica. Una amiga, en realidad. Una de mis mejores amigas. Le pareció más atractiva que yo y... me estuvo engañando con ella durante dos años. Cómo habrán estado riéndose de mí a mis espaldas. Eso merma la autoestima de cualquiera.

—No te tortures. Ese tal Colin era imbécil y no se merece ni un solo pensamiento tuyo —susurró Jack con voz cálida—. Ni siquiera los pensamientos homicidas, como los que me dedicas a mí.

Solté una risa incrédula y mis ojos regresaron, atraídos por la ineludible fuerza de los suyos. ¿Qué demonios estábamos haciendo ahí? ¿Desde cuándo *él* me hacía reír?

—No, lo digo en serio —insistió—. No te rías. Si te dejó por otra es que era imbécil. No sabía lo que se estaba perdiendo.

Su susurro y la forma en la que me miraba me hicieron tensar el estómago.

Como en trance, él alargó la mano y me colocó un mechón de pelo tras la oreja. Se me congeló el aliento.

Quise decirle algo, quise pedirle que parara, pero no tuve fuerzas. Porque, en el fondo, no quería que se detuviera, no quería dejar de sentir ese cosquilleo en la piel o el calor que irradiaba de los dedos con los que me acababa de tocar.

—Para mí, tú eres perfecta —musitó Jack, cuyo rostro estaba cada vez más cerca del mío.

Sus ojos se posaron sobre mis labios y yo bajé la mirada, embargada por una extraña excitación. Tenía los sentimientos a flor de piel y cualquier gesto suyo, cualquier mirada, me afectaba más de la cuenta. Sabía que no podía acercarme a él, pero no podía evitarlo. Había algo maligno atrayéndome con fuerza.

Sin ser conscientes, nos fuimos acercando poco a poco, los dos entreabriendo los labios, hasta que nuestras respiraciones acabaron fundiéndose en un insólito abrazo.

Mi aliento se ralentizó y, de repente, la idea de besar a Jack se me antojó muy atrayente. Demasiado.

Un pitido en el portátil me hizo retroceder de golpe. La realidad me reclamaba de vuelta.

—La batería —murmuró Jack con los ojos aún clavados en mis labios.

Me los relamí y asentí con nerviosismo.

—Ya. Hay que cargarlo —me obligué a decir con voz trémula.

—Sí —musitó él en tono ronco.

Lo que sea que tuviésemos unos momentos antes se acababa de hacer añicos, y los dos nos apartamos incómodos. Jack se rascó la ceja. Yo me mordí el labio por dentro.

Habíamos estado a punto de besarnos y, de no haber sido por ese aviso, lo habríamos hecho. ¿Qué demonios me pasaba? ¿Cómo podía pensar en besar a un hombre al que odiaba de esa manera?

—Sigamos comprando antes de que se apague este trasto —aconsejó él al verme tan turbada.

—Claro —murmuré, removiéndome incómoda en el sofá.

Al día siguiente, bajé y encontré una cinta de correr en el salón. No pude evitar sonreír. Ese hombre se lo estaba tomando todo muy en serio.

Impaciente por retomar mis rutinas, me acerqué y la encendí. Al principio, me prometí a mí misma que solo caminaría, para no agarrotar mis músculos con tanto esfuerzo de golpe, pero poco a poco aumenté la velocidad, hasta que, sin darme cuenta, terminé corriendo como un caballo de carreras. No importaba. En realidad, me venía bien el ejercicio. Había cosas que necesitaba expulsar de la cabeza.

Como, por ejemplo, la forma en la que él me había mirado la noche anterior. Mi respiración, que primero se había ralentizado, para luego acelerarse de golpe... El deseo que aún ardía en mis venas... Esa fiebre que me había impedido dormir...

Llevaba ya dos kilómetros alejándome de todo eso, cuando escuché el timbre de la puerta y vi a Jack bajar deprisa por la escalera.

—¿Estamos esperando a alguien?

No podía ser mi ropa. Tardaban siete días en mandar los paquetes. Estábamos en el culo del mundo. Ni siquiera sabía si iban a llegar o no. A lo mejor Jack tenía que ir a recogerlos a algún punto de entrega.

—Tú no te muevas —me dijo con la mano encima del pomo. Acto seguido,

abrió y su expresión facial cambió—. Buenos días, chicos. Al salón, por favor.

Miré con ojos como platos cómo entraban tres hombres jóvenes, cargados con un paquete enorme, envuelto en acolchado de color gris. ¿Qué demonios había encargado Jack? ¿Un dinosaurio?

—Buenos días —saludaron los tres desconocidos al unísono.

—Buenos días —acerté a decir, sin aliento y sudorosa por el ejercicio.

Le lancé una mirada interrogante a Jack, pero él no se dio cuenta de nada. O no quiso hacerlo.

—A ese rincón de ahí —les indicó, su mano señalando hacia la ventana.

Sopesé la idea de pedirles ayuda, pero no me atreví a hacerlo. ¿Y si Jack los mataba? Tenía munición en alguna parte de la casa. Sabía que la tenía, muy bien escondida, lejos de mi alcance.

Y también sabía que algún día me atrevería a ir a por ella.

Lo que aún no tenía del todo claro era si iba a ser capaz de usarla contra él o no. Después de mi última experiencia, se me habían quitado un poco las ganas de emplear armas de fuego. Aunque yo me obligaba a creer que todo eso era poca cosa para alguien tan versátil como yo, en mi foro interno sabía que odiaba la idea de convertirme en una asesina. En realidad, me sentía bastante aliviada de no haber matado a Jack tres noches atrás y no estaba yo con ganas de volver a pasar por lo mismo.

Los operarios dejaron el paquete en el sitio señalado, recibieron su propina y se marcharon tan rápido como habían llegado.

—¿Te gusta la cinta? —preguntó Jack mientras rodeaba el paquete con aire contemplativo.

—¿Qué diantres es eso?

—Que, ¿esto? Un piano.

—¿Un piano? Yo no te he pedido uno. No sé tocar.

—No es para ti.

Eso fue todo cuanto dijo al respecto y, aunque yo seguí demandando explicaciones con la mirada, eligió ignorarme y salió por la puerta que conectaba el salón con la cocina.

—Increíble —bisbiseé para mí, negando con la cabeza.

Su actitud me sacaba de quicio. Era tan poco dado a conversar conmigo... Apenas le había sacado un par de palabras en... ¿Cuánto tiempo llevábamos viviendo juntos? ¿Semanas? ¿Años? ¿Milenios?

Regresó al cabo de unos momentos y me fijé en que traía unas tijeras en la

mano.

Decidí dejar de estar pendiente de él y seguí corriendo en mi cinta. Si bien lo escuchaba desenvolver el paquete, no me giré, ni siquiera cuando se sentó en la silla y empezó a tocar, primero notas sin sentido y acordes, y luego obras que llevaba escuchando toda mi vida.

No me giré, aunque dio igual, porque poco a poco su música se fue abriendo paso a través de mí.

Y él también.

Por mucho que me negara a mirarle, en el fondo sabía que él estaba ahí. Y que yo no le odiaba. No de verdad. No podía odiar a un hombre que tocaba *Killing Me Softly* con tanta pasión.

Ya ni siquiera podía tenerle miedo.

¿Y si no había miedo ni odio en mi corazón, qué era ese sentimiento que ardía con tanto coraje?

Me mordí el labio inferior y corrí más deprisa, para expulsar esa respuesta de mi mente. A mis espaldas, Jack interpretaba los acordes de *Nothing Else Matters*. Una de mis canciones favoritas.

Una enorme pila de revistas esparcidas a mi alrededor me mantuvo ocupada durante toda esa mañana. Cuando llegó Jack de donde quiera que estuviera, yo ya había registrado la casa en busca de las llaves del coche —dos veces y sin éxito— y había hecho seis test diferentes: el de maldad, para descubrir el porcentaje que llevaba dentro —no tan alto como yo esperaba—, el de los sociópatas —solo tenía un 39 % de sociopatía, así que bien—, el IQ —no tan impresionante como a mí me hubiese gustado, aunque no estaba mal—, y había averiguado qué animal soy según mi personalidad, qué flor soy según mi personalidad y qué personaje de Harry Potter podría ser.

¡Era el mismísimo Voldemort! Chúpate esa, Jack.

Aunque no sé muy bien cómo encajaba lo de ser el Señor Tenebroso con mi 25 % de maldad y ese 39 % de sociopatía. Las revistas femeninas deberían ponerse de acuerdo antes de elaborar estos cuestionarios. Una pone todas sus esperanzas en los resultados y luego ¡zas!

—Ah, hola, Jack —sonreí al verle negligentemente apoyado contra el quicio de la puerta.

—Cielo —saludó él, alzando las cejas con aire burlón—. ¿Qué estás

haciendo?

—Un test. ¿Cuántas relaciones crees que hay que tener para encontrar al hombre de tu vida?

Jack, el cual tenía las manos hundidas en los bolsillos de unos vaqueros descoloridos, tuvo que morderse los labios para no sonreír. Yo parecía muy ajetreada, ahí enredando con mis revistas. Después de tanto tiempo de reposo, ahora estaba la leche de animada. *Espídica*, casi. Tenía un bolígrafo detrás de la oreja, un objetivo en la vida y siete revistas diferentes, manoseadas y subrayadas, esparcidas a mi alrededor. Había tenido una mañana de lo más productiva. ¡Incluso había hecho el crucigrama del Times!

Y eso que odiaba los crucigramas...

—No sabría decirte —me respondió cuando consiguió dominar su ataque de risa—. Aún no he encontrado al hombre de mi vida.

—Pues no sé a qué estás esperando.

Río entre dientes y entró en la habitación.

—¿Qué es todo esto? —Cogió un puñado de revistas y las tiró al suelo para hacerse hueco a mi lado en el sofá.

—Revistas, ¿no lo ves? Me estoy haciendo el test para averiguar lo del hombre de mi vida.

—No me digas. ¿Y cuál es la respuesta?

—No lo sé. Aún me faltan cuatro preguntas por responder. Así que calladito.

—Vaya. Lo siento. No pretendía molestar.

Enfoqué toda mi atención en el test, mientras que Jack enfocaba la suya en mí.

—¿Sabes que tu pelo tiene un ligero tono cobrizo a la luz del sol?

—Deja de mirarme como un psicópata, Jack. Intento concentrarme.

—No te estoy mirando como un psicópata, cielo. Esta es la mirada de un acosador.

Levanté la mirada y le puse mala cara. Él me alentó con una de sus sonrisas de chico malo. Sus ojos estaban un poco arrugados hacia las esquinas, como si le divirtiera mucho toda esa situación. Ya llevaba un tiempo así, despejado, en calma. Lejos habían quedado esos días de intranquilidad y ominoso silencio. Se había relajado, estaba casi normal.

Y, de algún modo, eso me relajaba a mí lo suficiente como para volver a ser la de antes. O, en fin, una versión muy parecida.

—¡Hala! —exclamé, acercando la revista a mi nariz—. ¡Quince! Hay que

conocer a quince hombres, estadísticamente hablando. ¿Qué te parece?

—Una gilipollez. ¿Cuántos has conocido ya?

—¿Yo qué sé? Más de veinticinco. ¿Quién se acuerda de todos?

Jack soltó una carcajada. No le debió de escandalizar mucho mi *noviómetro*. A saber la de novias que habría tenido él. Era bastante guapo. Demasiado. De hecho, era tan guapo que probablemente había dejado atrás centenares de mujeres al borde del suicidio social. Por Dios, después de un hombre como él, ¿quién querría volver a la normalidad?, ¿a salir con esos aburridos ejecutivos enganchados a la comida china y a correr por *Central Park*?

—Me gustaría saber dónde demonios está el hombre de mi vida —me lamenté mientras cerraba la revista y suspiraba con aire melodramático.

—Bueno, ¿y qué más da? —repuso Jack, casi mosqueado. Cogió la revista de entre mis manos y la tiró al suelo—. Olvídete de esta basura. Puede que aún no le hayas conocido. O que le hayas conocido pero no te has enamorado de él. *Todavía*.

—Eso es imposible. Si hubiese conocido al hombre de mi vida, ya lo sabría, ¿no crees?

Detecté una chispa de diversión en sus ojos azules. Pero solo ahí. Sus labios se mantenían serios.

—No sé qué decirte. ¿Cómo tiene que ser el hombre de tu vida? O... ¿cómo tiene que ser un hombre para que te enamores de él?

—Guapo.

Jack soltó una carcajada. Yo puse los ojos en blanco.

—Vale, sé que eso ha sonado demasiado superficial —admití, algo avergonzada—. Así que, aparte de guapo, añadiré listo.

—Yo soy guapo y listo. ¿Me conviertes eso en el hombre de tu vida?

—No. Porque él hombre de mi vida ha de ser modesto, para empezar. Y tengo que haberle conocido en unas circunstancias extraordinarias.

—Yo soy modesto. Podría haber dicho que soy irresistiblemente apuesto, pero aquí estoy, usando adjetivos humildes. Y nos conocimos en un atraco. Más extraordinario que eso...

Correspondí a su guiño y a su sonrisa con un gesto de exasperación.

—Jack, ¿no eres el hombre de mi vida y punto! ¡El hombre de mi vida jamás me apuntaría con una metralleta!

—Bueno, la mujer de mi vida tampoco apretaría el gatillo de una pistola contra mi corazón, y ya ves, yo no me pongo tan quisquilloso.

Me esmeré en parecer irritada, pero la forma en la que me sonreía me hizo reírme.

—¿Por qué estamos discutiendo esto?

—Fuiste tú la que lo empezaste.

—Creo que me aburro tanto que incluso hablar contigo me parece una buena idea. De algún modo tú enturbias mi cerebro.

Eso le dio un poco que pensar.

—¿Sabes lo que es el instinto, Katie? —preguntó de pronto.

—Por supuesto que sé lo que es el instinto. No me trates como si fuera gilipollas. Según *Elle*, tengo un coeficiente mental muy por encima de la media. Chúpate esa.

Jack intentó refrenar la sonrisa.

—Enhorabuena. ¿Y qué te dice tu instinto respecto a mí? ¿Te dice que soy peligroso? ¿Que estás expuesta ahora? ¿Que deberías huir?

Pasaron los segundos y yo seguía en silencio. El aire penetrante de sus ojos me había dejado sin aliento.

Jack se mantuvo serio, inescrutable, esperando la respuesta con los ojos clavados en los míos. Ahí estaba, el dios pagano del que deberías huir mientras aún pudieras. Tu madre te lo advirtió. Las revistas femeninas te lo han advertido. Evita a los hombres como él, los que pueden hacerte pedazos y luego arreglarlo todo con una sola caricia. Son peligrosos. Muy peligrosos. Casi letales. ¿Por qué no estás huyendo?

Lo sabes, ¿verdad? No estás huyendo porque, en realidad, esto es lo que siempre has deseado. Querías sentirte viva. Querías que tu corazón latiera.

Y nadie ha conseguido dártelo antes de él.

Te sientes viva ahora, ¿no es así, *Katie*?

Sí, claro que sí. Te sientes viva, porque, primero hay que abrazar la muerte para saber valorar la vida. Por mucho que busques, jamás vas a encontrar luz sin oscuridad. Ni Paraíso sin Purgatorio. El mundo se rige por unas leyes simétricas, pequeña y estúpida niña de sueños demasiado grandes. ¿Nunca lo habías oído antes?

Has tenido que conocer al hombre más inadecuado del mundo para comprenderlo. Necesitabas comprender que no todo es blanco o negro, también hay tonalidades de gris.

Y no todo está bien o mal. Es cuestionable. Interpretable. Lo que sientes cuando estás con Jack es... una locura. Pero tú siempre has tenido cierto grado de insensatez en ti, ¿verdad?

Oh, claro que sí, *Katie*. Sabes que sí.

Nunca te ha gustado ser como los demás. Querías algo extraordinario. Único. Fuera de lo común.

Querías alto voltaje.

Pues bien, esto lo es. Ahora siéntate y disfrútalo, joder.

Conociendo a Jack

Pista 8: *Here Without You*
(3 Doors Down)

Con una copa de vino en la mano, me quedé mirándolo mientras tocaba y me pregunté si sería así de pasional y entregado en todo lo que hacía.

Algo me decía que sí, que cuando Jack se volcaba en algo, lo hacía por completo, sin reservas, sin vacilar. Daba todo cuanto tenía y esperaba que los demás hiciéramos lo mismo. Si estabas con él, tenías que estarlo hasta el fin. No valían las medias fracciones. Jack lo quería todo al completo.

Era un hombre de lo más complejo y ahí estaba yo, la pequeña tontaina que intentaba justificarlo y comprenderlo. Había algo muy dañado en mí y no tenía ni idea de cómo arreglarlo. Ni siquiera sabía a quién pretendía arreglar. ¿A mí? ¿A él?

Cuando era pequeña, tenía un juguete muy feo al que yo llamaba el gitano. No era un gitano de verdad, sino un deshollinador. Y aunque mis padres me habían advertido millones de veces de que llamarlo gitano era despectivo, como yo no lo hacía con maldad, jamás le cambié el nombre.

En cuanto a su fealdad, solo se le notaba si le comparabas con el resto de mis juguetes, que eran verdaderas obras de arte. El gitano era un muñeco de lo más corriente. No había nada especial en él.

Pese a todo, era mi favorito.

Un día, Erik y yo nos peleamos y él le rompió una pierna para vengarse de mí. Recuerdo que me pasé toda una noche llorando. Mis padres querían deshacerse de él, ¿de qué servía un muñeco roto?, pero yo no podía ni contemplar esa posibilidad. Adoraba a ese pequeño muchacho con la cara manchada de ceniza. Así que cogí pegamento y lo arreglé a la mañana siguiente.

Y el gitano volvió a ser el gitano de siempre. Un poco cojo, quizá. Pero había sobrevivido.

¿Era eso lo que estaba haciendo con Jack? ¿Intentaba arreglarlo? ¿Había

visto en él a mi juguete roto y era tan ingenua como para creer que un poco de pegamento ahí, un poco de pegamento allá iba a solucionar las cosas?

—Si quieres que toque alguna canción en concreto... —balbució él, consciente de que yo le miraba sin quitarle ojo.

Esbocé una sonrisa mortecina y negué con la cabeza. No quería librarme de la melancolía de esa pieza. Me gustaba verle ahí sentado, despeinado, desaseado; me gustaba cómo se inclinaba sobre el piano y se mecía y vertía su alma en esos deprimentes acordes.

Sí, él era mi muñeco roto.

Cuando tocaba, había algo roto en él, un aire remoto en su mirada.

Y yo me quedaba absorta en su expresión concentrada, en esa imperturbabilidad de su rostro, y una angustia intolerable se apoderaba de mí y me vencía.

Quería resistirme, sabía que, por mi propio bien, debía refrenar a tiempo todo eso que estaba empezando a sentir, esas emociones tan contrarias que batallaban dentro de mí, pero estaba paralizada. Inerme ante todos sus encantos. No podía pensar. Todo era oscuro y yo solo podía verle a él. Sentado en el piano. Tocando. Un demonio al que no podía volver la cara. ¿Cómo destruir algo que ha empezado a formar parte de ti?

¿Y cuándo el enemigo había dejado de ser un enemigo?

No sabía si, por causa del encierro, había desarrollado un maldito síndrome de Estocolmo. Solo sabía que escuchar de fondo sus tristes canciones, mientras el mundo oscurecía a nuestro alrededor y los dos estábamos atrapados en esa versión retorcida del hotel *Overlook*^[6], ya no se me hacía tan insufrible. Poco a poco, él se había apoderado de mí.

Y por enfermizo que pudiera parecer, una parte de mí ya no lo lamentaba.

Desde que le habían traído el piano, los momentos que pasaba a su lado se habían vuelto más íntimos. Nos habíamos acercado más y más, incluso sin necesidad de intercambiar palabras. Todas las noches después de cenar tocaba un rato y pasábamos un par de horas juntos. Algunas veces, su rasgada y rota voz acompañaba las suaves notas del instrumento, y todo era perfecto, nuestro vínculo cada vez más hondo e inquebrantable.

Yo no le decía nada, me quedaba ahí escuchando. Noche tras noche. La Bella atrapada en el castillo de la Bestia, rindiéndose lentamente, dejándole apoderarse de todo. ¿Qué necesidad había de emplear palabras? Su música, su triste y melancólica música, era suficiente para interrumpir el sonido del silencio.

Pero yo tenía hambre, hambre de conocerle, de saberlo todo, de descubrir qué era lo que ocultaban sus ojos, ¿por qué esa tristeza tan incurable?

—¿Dónde aprendiste a tocar? —pregunté una noche de tantas.

Aunque levantó la mirada hacia la mía, sus dedos siguieron moviéndose a lo largo del teclado. La melodía era relajante, sonaba casi en sordina.

—En un sitio que acaba en *istán*.

Guau. Eso no me lo esperaba. ¿Era un exsoldado? Bueno, supongo que lo parecía, ¿no? Alto, disciplinado, fuerte, con un perfecto dominio sobre sí mismo. ¿Cuándo se había pasado al bando contrario?

Y ¿por qué?

—Estuviste... ¿combatiendo en alguna parte?

Sus labios esbozaron la misma sonrisa triste que solía adoptar cuando me lanzaba alguna de sus miradas largas y abstraídas.

—¿Quién, yo? Pero si soy un pacifista. No. Mi equipo y yo estábamos reconstruyendo un hospital destruido por los bombardeos. Y estaba este chico, James. Era soldador, muy buen chaval. Estuvimos alojados durante un tiempo en la casa de un exmandatario afgano, que falleció durante nuestra estancia ahí. Nada traumático, tranquila. Fue solo una neumonía. Era bastante mayor. El caso es que James cogió la costumbre de pedirle a la viuda que tocara el piano, así dejábamos de escuchar los proyectiles que estallaban a menos de veinte kilómetros de nosotros. En los cinco meses que estuvimos allí trabajando, imagínate si estallarían bombas, casi todos aprendimos a tocando el piano.

Por Dios. ¿Quién era ese hombre? ¿Un atracador? ¿Un pacifista? Nada me encajaba. Se había convertido en un misterio que necesitaba desentrañar a toda costa. Empezaba a apasionarme, a obsesionarme con él, a sentir cosas que me asustaban y, al mismo tiempo, me volvían loca. Eso no podía ser muy saludable. Ojalá hubiese podido evitarlo.

—¿En serio? —musité, mis ojos devorando el aire atormentado que nublaba su expresión.

Sus atribulados ojos azules se elevaron para lanzarme una mirada larga que no supe interpretar.

—Sí. Bueno, luego he tenido que practicar mucho. Pero sí, esa es la historia de por qué toco el piano. Me relaja. Me transmite seguridad. Es como si... mientras sonase la música, nada malo pudiera ocurrir. Allí nos mantuvo vivos.

—Entiendo.

—¿De verdad? —repuso, apartando de golpe las manos del teclado.

El salón quedó sumido en un repentino silencio. Sus ojos parecían tocados de dolor, ligeramente chispeantes, y yo no podía dejar de mirarlos. La pasión que titilaba en ellos, la desesperación... No me di cuenta de que estaba conteniendo el aliento hasta que la necesidad de respirar se volvió imperiosa.

—No. No realmente —confesé en un murmullo ahogado—. La verdad es que no entiendo nada de todo esto. ¿Quién eres en realidad?

Me quedé mirando fijamente sus profundos ojos azules. Sentía que me perdía en ellos, en esos abismos ardientes y tristes de color añil que me arrastraban hacia profundidades que desconocía y me aterraban. Estaba cayendo poco a poco y no había nada a lo que agarrarse. No veía nada. Excepto a él, tendiéndome la mano desde esa cegadora oscuridad.

—¿Quién eres? —repetí, a sabiendas de que esa pregunta tenía un trasfondo demasiado profundo como para contestarla a la ligera.

Él hizo ademán de responder, pero algo lo contuvo a tiempo, una fuerza que acabó venciénolo.

—Soy Jack —musitó, y yo tuve la impresión de que en ese momento se me permitía mirar algo íntimo, algo que nadie más había visto en él.

Contemplé su simétrico perfil, el labio superior, ligeramente desdeñoso, sus sombríos ojos azules, y me inundó una fuerza vital que me instaba a seguir hablando.

—¿Cómo acabaste atracando ese banco, Jack? Con todo lo que me has contado sobre ti, no te pega en absoluto hacer algo tan violento.

Con un suspiro, se echó hacia atrás en la silla y extendió las piernas en una postura más cómoda.

Nuestras miradas se entrelazaron y él se encogió de hombros y negó con impotencia. Mirándolo, advertí que su perfecto autodomínio empezaba a resquebrarse, que su derrota se estaba volviendo cada vez más real.

—Digamos que estaba harto de mendigar dinero a las fundaciones e hice algo de lo que ahora me arrepiento. Cogí la salida más fácil y la que menos perjudicaba mi orgullo.

Por primera vez, sentí que me hablaba con llaneza, que estaba siendo honesto conmigo y, no sé por qué, se me cayó el alma a los pies.

—¿Por eso robaste el dinero? ¿Para ayudar a otros?

—Por miserable que te parezca, sí. Ese era mi plan.

—¿Y por qué estamos aquí? ¿Por qué no lo usas para... ayudar?

Bajó la mirada al suelo y negó con la cabeza. Parecía vulnerable como un niño. Y triste. Muy triste. Tuve ganas de abrazarlo.

—No puedo. Tengo que deshacerme de él, Katie —respondió, apenas un susurro.

No tenía ningún sentido. ¿Lo había cogido y ahora quería hacerlo desaparecer?

—No te entiendo.

—Son billetes nuevos —aclaró, levantando la mirada hacia la mía.

—¿Y eso te disgusta?

Una pequeña sonrisa se extendió por su rostro.

—No es que me disguste. Pero podrían pillarme si uso ese dinero.

Fruncí el ceño. Seguía sin entenderlo.

—¿Cómo iban a pillarte?

—Por el número de serie. Es rastreable, si se trata de billetes nuevos. Y me he dado cuenta de que estos lo son.

—Oh.

—Sip.

—¿Y qué vas a hacer?

—Quizá vayamos a Las Vegas —comentó, como si no le importara en absoluto el asunto—. Sería un buen modo de deshacerme de la pasta.

—¿En Las Vegas no pueden pillarte?

—No si gano —respondió burlón, y sus labios esbozaron una ligera sonrisa. Me quedé meditando unos momentos.

—Una pregunta más, Jack.

—¿Sí, tesoro?

—¿A qué demonios estamos esperando? Las Vegas podría ser toda una aventura. Y este sitio ya se me está haciendo pequeño.

Se rio, agitó la cabeza y empezó de a cantar y a tocar de nuevo. *Let's Make a Night to Remember*, de Bryan Adams.

Entrecerré los ojos, esboqué una pequeña sonrisa y me arrellané en el sofá. Mi copa de vino descansaba en el suelo. La miré y pensé que podría llegar a acostumbrarme a eso. En el fondo, no se estaba tan mal ahí, con el murmullo del piano y su rasposa voz tranquilizando todos mis miedos.

Los paquetes de ropa estaban por todo el salón. Jack no los había desenvuelto.

—Buenos días —saludó bastante animado al verme bajar por la escalera.

Advertí que sus ojos se iluminaron al verme, aunque fingí que no me había dado cuenta de nada.

—Hala. Cuántas cosas. ¿Cuándo han llegado?

—Esta mañana —me respondió, intentando contener la sonrisa.

—Genial —aplaudí entusiasmada—. Ya iba siendo hora. Estoy harta de llevar mallas.

Apresuré el paso hacia ahí, me arrodillé en el suelo y empecé a abrir las cajas. Una de ellas contenía ropa de montaña. Algo que yo no había pedido. Miré a Jack con aire interrogante y él se encogió de hombros.

—Querías hacer deporte y estabas cansada de tu cautiverio —explicó al ver que yo no me daba por vencida—. Pensé que salir a dar una vuelta te entusiasmaría.

Una sonrisa cruzó mi rostro. Me gustaba que Jack pensara en mí, que pensara en cosas que a mí podían entusiasmarme.

—¿No te preocupa que me vaya a escapar? —repuse con tono malicioso.

—No tendrías adónde ir.

—Muy astuto. ¿Y cómo sabes que no voy a coger las llaves de tu coche?

Una sonrisa arrogante torció su rostro.

—Es imposible que las encuentres. Las has buscado ya... ¿cuántas veces? ¿dos? ¿tres?

Mi rostro palideció.

—¿Cómo sabes eso? —balbucí tan turbada que el corazón me apretaba entre las costillas.

—Te diré un secreto, cielo. No soy gilipollas —susurró con gesto conspirador—. Recuérdalo la próxima vez.

Me obligué a respirar y a tragar saliva. Él no había perdido el perfecto dominio sobre sí mismo, pero a mí me parecía que había algo tenso en su expresión, que su sonrisa, si bien pretendía ser amable, era, en realidad, forzada.

—Creo que ha quedado bastante claro, Jack —acerté a decir.

Él no esbozó ningún gesto, y toda esa imperturbabilidad me descuadró un poco.

—Excelente —dijo, quizá con un entusiasmo que sonaba obligado—. ¿Qué te parece si salimos a dar una vuelta ahora mismo? Hace un poco de frío, pero seguro que con esta ropa ni lo notas.

—¿Salir?

Mi intranquilidad se desbordó.

Aunque tampoco quería desperdiciar la oportunidad, así que me dominé y compuse una sonrisa temblorosa.

—Pues claro. Iré a cambiarme.

—Estupendo. Nos vemos aquí en diez minutos.

Él tardó menos que yo en enfundarse la ropa de esquí. Me lo encontré sentado ante la ventana panorámica del salón, contemplando el abismo con ojos muertos.

—Estoy preparada —musité a sus espaldas, tras unos momentos de observarlo en silencio.

Se volvió sobre los talones y me estudió con una arruga de concentración entre las cejas. Su mirada había perdido todo el brillo. Ya no parecía joven y desenfadado. Había algo distinto en él. Algo atormentado.

Apretó los labios y asintió con la cabeza.

—Pues vamos —murmuró con voz ronca.

Desplegó la mano para invitarme a que pasara delante. Cuadré los hombros y me dispuse a hacerlo, pero de camino a la puerta noté las piernas pesándome como si fuesen de plomo. Flaqueando. Era la primera vez que salía en semanas y, por loco que sonara, me estaba afectando y no de la forma que cabía de esperar.

A pesar de todo ese pánico irracional, me obligué a seguir caminando. Jack me siguió en silencio, y yo, tras unos momentos de titubeo, giré el pomo con dedos trémulos y salí.

Fuera, el aire era gélido y me golpeó de lleno en la cara. La nieve había empezado a acumularse. Es lo curioso que tiene Colorado. Puedes ver nieve incluso en verano.

El cielo se cernía sobre nosotros con aire amenazador, azul oscuro, y los árboles estaban casi desnudos. Me pareció increíble lo mucho que había cambiado el paisaje desde que habíamos llegado ahí. Solo habían pasado un par de semanas. En ese momento me parecieron milenios. Ya apenas me acordaba de Alexia, la chica que había cruzado esa puerta. Yo no me parecía en nada a ella.

Jack desbloqueó la puerta del coche y me hizo una señal para que subiera. ¿Adónde demonios me llevaba? Creía que solo íbamos a pasear por los alrededores.

Sintiéndome un poco insegura, ocupé el asiento del copiloto y aguardé en silencio a que él arrancara el motor. ¿Me iba a sacar de ahí? ¿Se había apiadado por fin de mí y había decidido soltarme? ¿Por eso estaba tan apagado? ¿Porque una parte de él no quería dejarme marchar, a pesar de saber que eso era lo correcto?

Me empezaron a temblar las manos por culpa de ese vaivén emocional que rugía dentro de mi mente. ¿Estaba preparada para irme? Sí, claro que sí. Siempre lo había estado. Habría sido de locos no querer marcharme. ¿Verdad? ¿Por supuesto! ¿Por qué seguía pensando en eso?

Mis pensamientos eran contradictorios. Debía de ser por culpa de la zozobra. Me volvía loca. ¿Por qué, sino, iba a pensar en la posibilidad de quedarme?

Jack condujo distante, hasta que la colina sobre la cual se erguía la casa no fue más que una sombra a lo lejos. Los copos de nieve empezaron a espesar las vistas, nevaba de forma cada vez más frenética, y el torbellino blanco lo engulló todo.

—¿Adónde vamos?

—Estamos dando una vuelta.

—¿En coche?

—No soy muy fan de las caminatas —murmuró, lanzándole una mirada al espejo retrovisor—. Además, no conocemos el terreno. Con nieve es más fácil sufrir un accidente. Cabe la posibilidad de caer por un barranco.

Una idea que no me entusiasmaba demasiado.

—Está nevando mucho —comenté, señalando una evidencia que luego me hizo sentir estúpida.

—Ya lo veo —murmuró Jack—. Lo mejor es que sigamos en la carretera.

—¿Y si la carretera deja de estar despejada?

Sonrió un poco y me lanzó una mirada rápida.

—¿Te preocupa no poder volver?

Tenía toda la razón. Que la carretera quedara sepultada bajo una imposible capa de nieve era lo mejor que me podía pasar. Él habría tenido que llamar a los bomberos o a la policía, y ese habría sido el fin de todo.

Entonces, ¿por qué no me sentía demasiado alegre ante la idea?

—No lo sé. Puede que me preocupe.

—No estarás sufriendo el Síndrome de Estocolmo o alguna hibistrosfilia... —insinuó Jack bastante divertido.

—Lo de Estocolmo puede ser, pero ¿qué es la hibistrosfilia? Nunca antes lo

había oído.

Él soltó el aire por la nariz, casi con impaciencia.

—Atracción hacia personas peligrosas, ya sean criminales, ladrones, atracadores de bancos...

No pude evitar sonreír y tuve que bajar el rostro para disimular la sonrisa.

—¿Ahora te preocupa que me enamore de ti?

—Pues no sé, Katie, quizás. Ya sabes qué opino respecto a lo de pertenecer a alguien.

Durante unos segundos, solo escuchamos el sonido del limpiaparabrisas que alejaba la nieve que se afanaba por sepultarnos en la oscuridad.

—Tranquilo, Jack —murmuré, desviando los ojos hacia la blancura del campo—. No estoy enamorada de ti.

—Eso es porque aún no te he besado.

Mis ojos se giraron de golpe hacia los suyos. La expresión de Jack era solemne. Puede que un poco malvada. Al menos, el destello que iluminaba sus ojos lo parecía.

—¿Aún?

—Bueno, cielo, incluso tú tienes que admitir que besarte sería el siguiente paso por dar —expuso levantando las cejas con sorna.

Hablar con él de algo tan íntimo como besarse empezó a ponerme nerviosa.

Pero no quería que se percatara. No quería que supiera el vuelco que me había dado el estómago. O lo fuerte que me latía el corazón.

Así que me obligué a mirarlo con frialdad y a fingir que la idea de besarle no me entusiasmaba en absoluto.

—¿El siguiente paso que dar en tu famoso plan maestro?

—Ajá.

Me giré en el asiento para poder estar completamente de cara a él. Una mirada a su pétrea mandíbula me hizo estremecer. Su barba incipiente parecía áspera al tacto y yo me pregunté qué se sentiría al rozarla despacio con las yemas de los dedos.

No quería pensar en eso y me obligué a dejar de imaginarlo.

—¿Y cuál es ese plan, Jack? —pregunté con voz ronca—. ¿Qué piensas hacer conmigo?

La sonrisa de él se desvaneció.

—¿Importa? —repuso, achinando los ojos en un gesto escrutador.

—Estamos hablando de mi vida —recordé con una dureza que ni siquiera sentía—. Puede que no te importe a ti, pero a mí, créeme, me importa. Y

mucho.

—No voy a hacerte daño —declaró con un hilo de voz—. Lo sabes, ¿verdad?

Clavé los ojos en la carretera para no tener que seguir mirando su perfecto perfil de medalla. No quería sentir *eso*. No quería sentir nada. Ya no. Sentir me parecía una mierda. Dolía demasiado. Me ralentizaba. Me entorpecía. Me ponía en peligro. Las cosas son mucho más sencillas cuando no sientes.

—No voy a hacerte daño, Katie —volvió a decir Jack.

—No dejas de repetirlo.

—Porque es cierto.

En un impulso desesperado, me cogió de la mano. Di un respingo y giré de golpe los ojos hacia los suyos, casi con aprensión. No estaba acostumbrada a que me tocara. No solía hacerlo.

Jack no tardó en percatarse de mi incomodidad y me soltó.

—Lo siento —murmuró, lanzándome una mirada arrepentida.

Advirtió la palidez de mi rostro y debió de suponer que era repulsión lo que yo sentía, ya que apretó la mandíbula y condujo más deprisa, las manos fuertemente aferradas al volante y los hombros rígidos. Sus nudillos se habían tensado tanto que estaban blancos, y me percaté de la vena que estaba latiendo en su sien.

Quise decirle que se equivocaba. No había sentido repulsión al tocarnos, sino un pequeño hormigueo de anticipación. Llamas consumiéndome mi piel. Un hueco en el estómago. Y el corazón latiéndome con una fuerza que me dejaba sin aliento.

Quise decírselo, pero ¿de qué habría servido?

—Para el coche, Jack —demandé de súbito, mirándolo demudada, sin aire en los pulmones.

—Katie, vamos...

—¡Para, joder!

—Necesito que te calmes.

—Voy a vomitar.

El Camaro se detuvo bruscamente en mitad de la carretera. A Jack le debía de preocupar que yo fuera a destrozar su impecable tapicería.

Abrí y, antes de que le diera tiempo a hacer nada, me apeé por la puerta y eché a correr a través del campo. Jack se dio cuenta entonces de que no me encontraba mal. Simplemente, estaba huyendo de él.

—¡Katie! —rugió a mis espaldas, y su furiosa voz estalló por todo el valle.

«*Que te jodan*».

Corrí como una posesa, adentrándome cada vez más en el gélido manto de nieve. No sentía frío, no sentía miedo. La adrenalina me impulsaba a seguir adelante. Sabía que Jack estaba corriendo detrás de mí, pero no volví el rostro para comprobar cuánta ventaja le llevaba. En las películas, siempre que un fugitivo vuelve el rostro para mirar al que le persigue, acaba tropezando y muriendo.

Yo no iba a interpretar ese papel. Tenía pensado salir ilesa de ese infierno blanco.

Y salir ilesa significaba alejarme de él. Por mi propio bien, tenía que alejarme.

Mientras corría, el aire entraba y salía de mi boca con dificultad. Me ardían los pulmones. Lo curioso del frío es precisamente eso, que te quema, la cara, las manos, las vías respiratorias. Te arden hasta que dejas de sentir.

Y entonces ya nada. Silencio. Silencio y oscuridad. Eso era lo que necesitaba.

Jack se abalanzó sobre mí y aterrizamos juntos en el suelo. La nieve aplacó la caída y mi rostro acabó enterrado en ella. Sus manos me rodearon con firmeza las muñecas y su cuerpo me aprisionó bajo su peso.

Forcejeé y chillé hasta que ya no tuve fuerzas de hacerlo. Él era más fuerte que yo. Estaba atrapada. En todos los sentidos posibles.

Así que dejé de luchar. ¿Para qué? Ya me había derrotado hacía días. Hacía semanas. Desde el principio.

Sus labios se acercaron a mí oído y me instaron a tranquilizarme.

—Katie, chiss. Está bien. Está bien.

Cerré los ojos y dejé que las lágrimas se escurrieran por mis mejillas. No podía controlarme más. Las lágrimas empezaron a caer, mi dolor derritiendo la nieve encima de la cual estaba tumbada.

—¿Por qué lo has hecho? —me susurró Jack con ternura.

Estreché los párpados y seguí llorando.

—¿Por qué? —repitió él, cada vez más turbado.

Necesité unos veinte segundos para recuperar el control. Me giré por debajo de su cuerpo y lo miré de lleno a la cara. Sus ojos planeaban sobre los míos, ese profundo azul en el que podría haberme ahogado. Su ceño estaba fruncido en una expresión de pena.

Y sus labios, sus gruesos, perfectos, apetecibles labios estaban casi encima de los míos. Una parte retorcida de mí quiso besarle. Volcar toda mi furia en

ese beso. Castigarlo, de alguna forma. Hay besos y besos. Algunos consuelan. Otros emocionan. El mío iba a doler. A lacerarle por dentro. El deseo de hacerle daño era tan fuerte que me consumía. Quería que sufriera, porque todo eso que me estaba pasando era culpa suya.

Aún no sé lo que me detuvo. Quizá la confusión que titilaba en su mirada. Quería hacerle daño, pero no fui capaz. Él me importaba, y eso me puso todavía más furiosa.

—¿Por qué lo he hecho? —me burlé, con la voz temblorosa, a punto de quebrantarse—. ¿De verdad, Jack? No puedo creer que seas tan gilipollas como para preguntármelo. ¡Me estás reteniendo en contra de mi voluntad, psicópata de mierda! ¡Pues claro que quiero escapar de ti! —rugí contra su cara.

Él hizo una mueca de dolor y soltó de golpe mis muñecas, como si ya no soportara seguir reteniéndome. Había algo que lo estaba venciendo. Vi la lucha en su rostro. Quería rendirse. Una parte de él, una parte muy importante, quería dejarme marchar. ¿Qué era lo que le impedía hacerlo?

Me miró los labios, una mirada larga y desesperada que me dijo que él también luchaba contra el impulso de estrellar su boca contra la mía, y luego me secó las lágrimas.

Y eso me desarmó por completo. No podía más. No podía seguir enfrentándome a eso. Había entre nosotros tanta atracción que sentía la nieve arder por debajo de mi cuerpo. El mundo estaba oscureciendo, y dentro de esa oscuridad yo solo podía verle a él. Su atormentado rostro inclinado sobre el mío. Sus profundos ojos en los que podías perderte. Sus labios... ¿Por qué no podía dejar de mirar sus malditos labios?

Alargué la mano y acaricié su rostro, paseé despacio los temblorosos dedos por encima de la barba que cubría su mandíbula.

—Para —musitó Jack, apartándose con una arruga de confusión entre las cejas.

—¿Por qué? ¿Qué más da?

—Deberíamos volver. Hace mucho frío.

Entrecerré los párpados y él se levantó. Desde arriba, me alargó la mano. Llorando despacio, me quedé mirando sus dedos, largos, fríos, *eléctricos*.

Sabía perfectamente lo que pasaría si los cogía.

Y pese a todo, los cogí.

Muere, pajarillo, muere

Pista 9: *Bird Set Free*
(Sia)

La oscuridad nos había alcanzado en medio de una lánguida nevada. Fuera, sombras alargadas y lúgubres, los esqueletos de las ramas desnudas de los árboles, se contorsionaban de forma casi siniestra contra la ventana, como si pretendieran atrapar los reflejos de luz de la lámpara que dormitaba en un rincón. Había algo bestial en toda esa obsesión por abrazar lo imposible. La oscuridad se negaba a rendirse e insistía con una pasión incansable, golpeando una y otra vez el cristal.

Me gustaba la oscuridad. Era valiente. Sabía lo que deseaba y no le daba miedo ir a cogerlo, incluso cuando tenía todas las de perder.

A este lado del cristal no había oscuridad. La madera de la chimenea se consumía despacio, su suave chisporroteo llenando el engañoso silencio del salón.

Jack estaba trabajando en la mesa, a unos cuantos metros de distancia de mí. Tecleaba algo en su portátil y de vez en cuando se interrumpía para dar un sorbo a la copa de whisky que tenía al lado. Mantuve la mirada perdida en la ventana. Sentía que nunca iba a dejar de nevar, que no había nada más allá de ese infierno blanco que nos engullía, y temía que, en ese aislamiento, fuera a enloquecer.

Quizá ya estuviera loca. ¿Cómo iba a saberlo? Un loco siempre piensa que los demás están locos y que él es el único razonable.

Habían transcurrido tres semanas, o puede que más. Empezaba a perder por completo la cuenta del tiempo. Minutos, horas, días... El tiempo era una espiral abstracta en la que yo no dejaba de flotar. Nos preocupa el paso del tiempo solo cuando tenemos prisa por llegar a alguna parte. Yo no iba a irme nunca. ¿Qué importaba entonces?

—¿Qué haces? —murmuré sin mirarle. Apenas le había hablado desde el

incidente en la nieve. Él también me había estado evitando.

—Estoy escribiendo una propuesta de negocios —respondió cuando ya creía que no iba a hacerlo.

—Ah.

Caí en otra silenciosa abstracción. Tan solo las teclas del portátil y la lenta combustión de la madera sonaban ahí dentro. Mis pensamientos se habían detenido semanas atrás. Eran demasiado terribles como para permitirles aflorar.

—¿Por qué? —volví a preguntar pasado un tiempo incalculable.

Jack tomó un trago antes de responder.

—Es a lo que me dedico.

—Ah.

Me miró. Vio que yo languidecía en el sofá, con los brazos colgados por encima del respaldo, y frunció el ceño.

—¿Tú a qué te dedicas, Katie?

—Contemplo cómo muere el tiempo.

—Antes de conocernos.

—Contemplaba cómo moría el tiempo...

Se produjo una pequeña pausa. Jack se levantó de la mesa, se acercó al sofá y se sentó en el suelo, con las rodillas flexionadas y expresión serena. Su rostro estaba muy cerca del mío. Sus ojos me miraban curiosos e inocentes como los de un niño.

—¿No tienes un trabajo?

—No... —respondí con lasitud.

—¿Nunca has querido tenerlo? —siguió ahondando él.

Su voz era suave. Sentía su cálido aliento rozándome el cuello. Tenía ganas de llorar.

Y tenía ganas de que él me abrazara y me consolara.

—Sí. Una vez. Hace años. Soñaba con ser escritora. Una loca poetisa —aclaré con una risa vacía.

La sonrisa de Jack fue débil, aunque cálida. Había notado mi dolor.

—¿Y qué pasó? —susurró.

Seguí mirando por la ventana, la nieve que no dejaba de caer.

—Mi padre —murmuré tras unos momentos de quietud—. Él pensaba que era una profesión ridícula. Prácticamente me obligó a estudiar Finanzas. Siempre he odiado las cifras. Hay algo gélido en ellas, ¿no te lo parece?

—¿En serio lo crees?

—Sí. Es todo demasiado exacto. No puedes interpretar un número. Un cinco es un cinco. Siempre. No vas a cambiarlo nunca por muchas vueltas que le des. Las palabras, en cambio... Con las palabras es diferente. Pueden significar una cosa u otra. Están sujetas a la interpretación de quien las escucha.

La sonrisa de Jack se ensanchó un poco más. Le fascinaba verme hablar con tanta pasión. Por lo general, yo solía ser bastante apática respecto a todo.

—Deberías escribir, si es lo que quieres.

—Yo ya no quiero nada. ¿Para qué tanto sacrificio? Mi vida ha acabado.

Jack negó con la cabeza, alargó el brazo y me rozó la mejilla con suavidad. Yo aparté la mirada y caí en otro de mis ensimismamientos. El contacto era eléctrico. Su piel ardía y la mía se dejaba consumir por esa calidez.

—Tu vida no ha hecho más que empezar —musitó, sus labios muy cerca de mi mejilla—. Si quieres escribir, escribe. Si quieres hacer otra cosa, hazlo. *Quiero* que seas feliz.

—Si encierras a un colibrí dentro de una jaula y lo provees de todos los lujos del mundo salvo uno, ¿crees que lo haces feliz?

Ante esa pregunta, Jack ladeó la cabeza hacia un lado y, durante unos interminables segundos, sus mortecinos ojos devoraron mi expresión. Me sentí más distante que nunca, una princesa que lo contemplaba desde el refugio de su palacio de cristal.

—Sí —musitó por fin, aunque acto seguido frunció el ceño, con un aire dubitativo que dejó en evidencia que se lo estaba replanteando hacia sus adentros.

Al ver que yo callaba, intentó atraer mis ausentes ojos hacia los suyos, pero tal era mi desfallecimiento que no los moví ni un ápice.

—Te equivocas —musité con un hilo de voz—. Por muy dorada que sea la jaula, el colibrí se está muriendo por dentro. Porque tú se lo das todo, menos lo que necesita: libertad.

—Pero ¿y si el colibrí no quisiese esa libertad?

—El colibrí ya ha demostrado que la quiere —repuse, perdida en mi contemplación.

—El colibrí se equivoca, peque.

Arranqué los ojos de la ventana y los giré hacia los suyos.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que me equivoco?

Jack me acarició el rostro con un gesto de ternura. Su sonrisa también era tierna. Cercana. Me dolía más que mil latigazos.

—Solo quiero que tu vida sea tal y como la has imaginado.

—Nunca imaginé mi vida así.

—Una parte de ti, sí.

Mi sonrisa fue amarga, tan remota como mi mirada.

—¿Por qué crees que lo sabes todo sobre mí?

—Porque, aunque no lo creas, te conozco. Eres la chica que nunca tuvo bastante. Nunca fuiste feliz. Nada era lo suficientemente excitante para ti. No encajabas, Katie. Siempre sentiste que te faltaba algo. ¿Y si esto es ese *algo*? ¿Y si esto pudiera aplacar tu inquietud?

Mis ojos se alejaron hasta perderse en un punto más allá de él.

—No lo es. Es demasiado retorcido para que lo sea.

—A veces la vida es retorcida.

—No te creo.

Con un suspiro, Jack se impulsó hacia arriba, se inclinó sobre mí y acercó los labios a mi pelo. Estreché los párpados con furia para expulsarlo. A él. A ese demonio al que no le podía volver la cara. Estaba dentro de mí, como una nueva droga que recorría mi sistema. Me tenía enganchada. Completamente. Ese es el problema de las drogas, supongo. Nunca son buenas para ti.

Y nunca puedes resistirte.

—Jack... —lo detuve mientras él ya se alejaba hacia la mesa.

Dejó de andar, se tomó un momento y luego se giró despacio, sosteniendo mi mirada.

—¿Sí, Katie?

Lo miré y me ahogó una profunda sensación de irrealidad. Sus ojos ardían febriles desde el rostro consumido por algo que yo no podía definir, y sentí ese fuego latir en mis propias venas. ¿Era real o era una mera fantasía? Yo ya no era capaz de distinguirlo.

Sobrevino una pausa interminable, al cabo de la cual musité, con labios entumecidos:

—Una parte de mí está enamorada de una parte de ti. Pensé que debías saberlo.

Esbozó una sonrisa tan atormentada que me compadecí de él.

—Lo sé. Si te sirve de consuelo, una parte de mí también está enamorada de una parte de ti.

Vaya dos agilipollados. Las redactoras de las revistas femeninas me habrían dado de hostias. «*¿En serio? ¿Eh? ¿En serio? ¿Vas y te enamoras de tu secuestrador? ¿Qué coño de infancia tuviste?*»

Ya me imaginaba su respuesta, de haberles escrito una carta demandando consejo.

«Querida Katie, nuestro consejo es que ingreses en un psiquiátrico a la mayor brevedad posible.

Y que recuerdes que tu nombre es Alexia».

Estúpidas revistas femeninas.

—Vaya. Así que nos hemos enamorado mutuamente —constaté, y había algo trágico y surrealista en todo aquello.

Con completo aplomo, Jack se sentó, tomó un sorbo de whisky y dejó el vaso sobre la mesa de cristal.

—Eso parece —convino, y advertí que su rostro no había sido despojado de su habitual serenidad.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto?

Él bajó la mirada y empezó a teclear.

—Hmmm... no sé... ¿dejarnos llevar?

—Un plan cojonudo, Jack. Como todos tus planes.

Se rio y siguió escribiendo, mientras yo continuaba languideciendo en el sofá.

—¿Te gusta mucho Stephen King? —musité después de toda una eternidad.

Jack detuvo su labor una vez más y me lanzó una mirada extrañada.

—Regular. ¿Por qué lo preguntas?

Me incorporé y lo miré a los ojos.

—Porque me has arrastrado al escenario de *El Resplandor*. Me pregunto si eres uno de esos fans dementes que deciden hacer real su libro favorito. Míranos. Estamos en las Montañas Rocosas, atrapados en medio de una nevada, tú estás como una puñetera cabra y, para colmo de los colmos, encima te llamas Jack.

Se rio con ganas mientras me miraba, me miraba, me miraba, como si no pudiera apartar los ojos de los míos.

—Pensaba que me habías tomado por Misery —dijo cuando dejó de reírse.

—Y lo intenté. Pero ni siquiera tú tienes tanto bigote. Y, francamente, no te imagino con un hacha. No eres tan rudo.

Jack fingió sentirse ofendido.

—¿Qué dices? ¡Yo soy muy rudo!

—¿De verdad? Porque hay momentos en los que pareces bastante tierno. Cuando no matas a nadie ni tomas rehenes, quiero decir.

—¿Quién, yo? ¡Por favor! Soy tan rudo que veo un atardecer y tengo ganas

de machacar a alguien.

Alcé una ceja en un gesto divertido.

—¿En serio?

—Ah, mierda, creo que soy tierno —se lamentó al tiempo que hundía el rostro entre las manos—. La verdad es que me encantan los atardeceres.

Esta vez la que se rio fui yo.

—¿Alguna vez lo lamentas? —pregunté de pronto, y mi expresión se tornó sombría.

Sus fascinantes y perturbadores ojos se cruzaron con los míos durante algunos segundos.

—Si lamento, ¿el qué?

Enmudecí y paseé la mirada por todo su rostro, devorando la tristeza de su expresión. Jack era un hombre de una belleza atormentada. Había algo bestial en él. Algo primitivo. Feroz y, al mismo tiempo, muy tierno. Tantos contrastes... Luces y sombras. Siempre luces y sombras.

Y yo estaba muy trastornada por mirarlo así.

—Tu forma de vida —musité, temerosa de que el ligero temblor de mi voz fuera a delatarme ante él—. Vivir mirando siempre por encima del hombro.

Jack se puso de pie y empezó a desabrocharse la camisa. Sus pupilas ejercían un enorme control sobre las mías. Contuve el aliento y desvié la mirada al suelo. La intensidad con la que me miraba era turbadora.

—¿Qué haces? —murmuré azorada, sintiendo que se me paraba el corazón.

Él se me acercó, silencioso como un felino, y se quedó delante de mí, muy quieto, en vaqueros y con el torso desnudo. No quería mirarlo, y me obligué a no hacerlo, pero el magnetismo de sus ojos era tan fuerte que, poco a poco, mi mirada fue buscando a la suya.

Cuando nuestros ojos se volvieron a cruzar, Jack giró el brazo y me señaló la parte interna del bíceps. Tenía un tatuaje, unas letras cuyo significado no comprendí.

—*Sin remordimientos* —tradujo con voz inexpresiva y rostro pétreo.

—¿Te lo hiciste en Afganistán? —me obligué a preguntar.

Negó despacio y advertí que sus ojos lucían cada vez más tocados de dolor.

—Indonesia.

—¿Has estado en Indonesia?

Eso me sonaba a algo muy lejano y... exótico.

—He estado en todas partes —musitó él, y en ese momento percibí algo duro en él.

Y vulnerable. Muy vulnerable.

De pronto, me sentí como alguien que espía a sus vecinos a través de un agujero en la pared, como si estuviera mirando algo íntimo que no debería haber presenciado.

Jack apretó los labios en un gesto obstinado, regresó a la mesa y, al cabo de un rato, el sonido de las teclas se volvió algo monótono.

Una partida de *Twister* es la mejor manera de pasar una aburrida noche de invierno.

Al principio, Jack no parecía demasiado entusiasmado, pero ahora juraba y perjuraba que me iba a ganar.

—Ni lo sueñes, chaval. Soy toda una experta. Y tú ya te has caído dos veces.

—Ah, pero empiezo a cogerle el truco. No cantes victoria aún.

—Ya, ya. Menos cháchara y más acción. Vamos, te toca mover la ruleta. A ver de lo que eres capaz.

Jack, que estaba doblado y apoyado en una mano, se contorsionó para hacer girar la ruleta.

—Mierda. Mano derecha en amarillo —se lamentó.

Los dos nos quedamos contemplando el tablero. Para poner la mano ahí, tenía que pasar por debajo de mi pecho. Rozarme era inevitable.

—Será mejor que me retire —musitó, incómodo.

Siempre he odiado las victorias fáciles. No saben a nada.

—No digas tonterías. Puedes llegar al amarillo.

—Sé que puedo.

—Entonces, hazlo. El juego es así. Tranquilo, no ofende mi sensibilidad.

Jack gruñó disgustado. Tras unos momentos de titubeo, puso la mano en el círculo amarillo. Yo encogí el estómago. Sin duda, la sociedad norteamericana de los años sesenta tenía razón: el *Twister* era un juego de lo más pecaminoso. Deseé haberme puesto un sujetador.

—Te toca —murmuró él, igual de incómodo que yo.

Decidida a no dejar que algo así estropease el juego, hice lo imposible por girar la ruleta.

—Joder. ¿Mano izquierda en azul? ¿Cómo voy a hacer eso?

—Tienes que moverte lentamente y ponerte boca arriba —me iluminó el

maestro Jack.

Lo visualicé mentalmente. ¡Joder! ¿Ponerme boca arriba por debajo de él? ¡Ese juego era un peligro!

Pero Jack tenía razón. Era el único movimiento que podía hacer. Me dije a mí misma que lo hacía por el juego. Como si el juego fuese la máxima autoridad ahí.

Despacio, empecé a enderezarme y a contorsionarme por debajo de su pecho, hasta que conseguí llegar al círculo azul.

La situación era la siguiente: yo estaba boca arriba, contorsionada, haciendo el puente e intentando aguantar sin caerme, y Jack, doblado sobre mí, tenía una rodilla entre mis piernas y los brazos a ambos lados de mis hombros. Sus ojos estaban clavados en los míos y sus labios casi rozaban mi boca.

Por si fuera poco, encima me miraba como si quisiera montárselo conmigo ahí mismo, y algo me decía que yo le miraba a él del mismo modo. Estupendo. Estúpidos juegos de mesa.

—Esto... ¿Jack?

Quise pedirle que me besara, o besarle yo a él, pero sabía que era muy mala idea y acabé callándome.

Él, a su vez, estaba paralizado, mirando mi boca con una pasión que me cortaba el aliento. Nadie me había mirado nunca así. Nadie me había deseado de esa forma.

—¿Katie? —susurró, y una arruga hundió la piel de entre sus cejas. A él también le fallaban las palabras, así que se limitó a mirarme confundido y a tragar saliva.

De pronto, supe que íbamos a besarnos. Lo sentí, sentí el poder de esa ráfaga de energía que rugía entre nosotros, y supe que esa vez no habría nada interrumpiéndonos. Ese era nuestro momento. Íbamos a dejarnos llevar, sin pensar en las consecuencias.

Sus labios empezaron a acercarse y mi respiración se aceleró. Dios mío, iba a besar a Jack.

¿Y si tu príncipe fuera un monstruo? ¿Podrías amarle?

«¡¿A quién le importa?! Bésale de una vez!», gritaba una voz dentro de mí.

Jack me miraba con ojos encendidos y sentí de alguna forma que esperaba a que yo lo frenara.

Pero no podía. Sus labios estaban a punto de tomar a los míos y la mera idea hacía que la cabeza me diera vueltas.

Justo entonces llamaron al timbre y, del susto, perdí el equilibrio y, con un

gritito medio ahogado, caí de espaldas y me llevé a Jack conmigo. Antes de que pudiéramos hacer nada, aterrizamos encima del tablero y sentí una buena sacudida entre las costillas.

—Mierda —gruñó Jack, impulsándose con los dos brazos hacia arriba. Se le daba bien hacer flexiones.

Y mientras mi calenturienta mente se entretenía pensando en qué otras cosas se le darían bien, él recuperó la compostura, se echó el pelo hacia atrás con una mano y, de dos zancadas, se plantó ante la puerta.

—¿A quién coño se le ocurre llamar a estas horas? —protestó de muy mala leche. ¿Estaba enfadado porque nos habían interrumpido o por lo que habíamos estado a punto de hacer? No me había quedado demasiado claro.

Miró por la mirilla y soltó otra blasfemia. Me sorprendió que abriera la puerta. Se suponía que se estaba ocultando.

Me puse en pie y me quedé en mitad del tablero, mirando a los inesperados huéspedes con mucha curiosidad. Una mujer morena de pelo corto y un hombre con rastas y aspecto de hippie de los sesenta aguardaban en el umbral.

—¿Qué coño haces aquí? —increpó Jack sin más rodeos.

—¡Hermanito! —exclamó la mujer muy alegre mientras se colgaba de su cuello—. Sabía que te encontraríamos aquí.

Él la apartó con delicadeza.

—No me jodas, Nathalie. Este no es un buen momento.

—Contigo nunca lo es. Mira, te presento a Daniel, mi nuevo *follamigo*.

—Me aterra lo moderna que eres.

—Y a mí lo convencional que te has vuelto. ¿Y estas pintas que me llevas? Chico, pareces un pordiosero. ¿Hace cuánto que no te afeitas? Bueno, ¿vas a dejarnos entrar o pretendes que nos congelemos aquí fuera? Tranquilo, solo vamos a quedarnos esta noche. Estamos de paso. Vamos a esquiar a Aspen y le dije a Daniel, ¿verdad que te lo dije, cielo?, que deberíamos ir en coche. Pensé que sería toda una aventura, pero ¡míranos! ¡Llevamos casi cuatro días en la carretera! ¡Esto es un coñazo! Menos mal que te encuentro aquí. Porque si tuviera que recordar dónde está la puñetera llave...

—Sí, menuda suerte.

De mala gana, Jack se echó a un lado y, entonces, los ojos azules de la mujer cayeron sobre mí.

—¡Hostia puta! Esta es....

—Sí, la chica a la que me llevé de ese atraco —rezongó Jack con los ojos en blanco—. Te escribí un mensaje, ¿recuerdas?

La mujer llamada Nathalie lo miró parpadeando.

—Ahora que lo mencionas, recuerdo haber leído muy por encima un bla bla bla llenó de sentimentalismo barato, pero pensé que no... ¡Por Dios! ¿Cómo se te ocurre?

Jack entornó de nuevo los párpados y expulsó un suspiro irritado.

—Guárdate el sermón para Philip, hermanita. Yo no estoy de humor.

—Philip es nuestro otro hermano —me explicó Nathalie con sonrisa exultante. Por desgracia, tenía el don de pasar de un sentimiento al otro demasiado rápido—. Hola. Soy Nathalie. La hermana pequeña de este gilipollas.

Vino hacia mí y me besó las mejillas. Yo estaba conmocionada. Todo eso era rarísimo.

—Y este es Daniel —siguió diciendo ella, tan normal—. Ven aquí, cielo. Ella es... ¿Cómo te llamas, cariño?

—Kat... Lexi. Ejem, Alexia.

—¡Alexia! ¡Qué nombre más bonito! Alexia, este es Daniel. Dale la mano, cielo —le susurró a su novio.

El pobre Daniel estaba tan conmocionado como yo. Nos dimos la mano torpemente.

—Encantado —me dijo.

Yo tensé los labios a modo de respuesta.

—Veo que os lo estabais pasando bien —apreció Nathalie, que miraba el tablero de *Twister* con sonrisa procaz.

Jack se rascó la ceja. Parecía avergonzado y me sorprendió conocer esa nueva faceta suya.

—Solo estábamos...

—Sí, jugando al juego más sexual del universo —se mofó su hermana—. Ya me figuro lo que estabais haciendo. No me malinterpretes, Alexia, me encanta lo que has hecho con él. De verdad. No era una crítica.

—Lo que he hecho... ¿con él?

—Oh, por favor, ¿mi hermano el estirado jugando al *Twister*? Esto solo puede ser mérito tuyo. De pequeño, ni siquiera quería jugar al *Mario Bros*. Era muy raro.

De repente, quise saber más acerca de cómo era Jack de pequeño.

—¿De verdad?

—Joder, ¡ningún niño quería ser su amigo! —exclamó Nathalie entre risas—. Por eso está tan chalado ahora —me susurró disimuladamente—.

Dioses, me encanta esta casa. El viejo mamón tiene muy buen gusto. J, ¿qué hay de cenar?

Y se tiró sonriendo al sofá. Era efusiva. Desenfadada.

Y no se le parecía en nada a su hermano.

¿A cuál de los dos habían adoptado?

Entre sonrisas tensas, fui al sofá y me senté a su lado.

—¡J! ¡Te he hecho una pregunta!

—Pizza —respondió Jack mientras se servía una buena copa de *whisky* en la otra punta del salón.

—¿Aquí? —Nathalie parecía tan perpleja como yo.

—Sí, pero hay que hornearla.

—Oh. *Esa* clase de pizza. Bueno, ¿por qué no? Será divertido. Haremos una fiesta de pijamas. Ven aquí, cielo.

Daniel se comportaba como si fuera su mascota. ¿Eran una familia de amos?

—¿Y tú cómo llevas todo esto, Alexia? ¿Estás bien? Mi hermano la ha secuestrado, cielo —le explicó Nathalie a su *follamigo*.

Daniel abrió los ojos de par en par. Jack apretó las mandíbulas.

—No la he secuestrado. Deja de decir eso. La puerta está abierta.

Por algún motivo, elegí no entrar en esa conversación, y compuse una sonrisa tranquilizadora.

—Estoy bien. Jack me trata bien.

—Así que Jack te trata bien, ¿eh? —se rio Nathalie—. Ya me puedo imaginar lo bien que te trata. Los dos aquí solitos, con el aire de la montaña... Debe de ser muy divertido. He leído en alguna parte que el aire de la montaña estimula las erecciones.

—¡Nathalie! —clamó Jack, fulminándola con la mirada—. ¿Puedo tener unas palabras contigo? ¿En la cocina?

—Huy, me espera un sermón del hermano mayor —se burló, con los ojos en blanco—. Ahora vuelvo.

Se morreó con Daniel y luego se fue dando saltitos. Quizá fuera un tanto inestable, después de todo. Muy normal no parecía.

Daniel y yo nos quedamos a solas. El silencio era bastante incómodo.

—¿Hace mucho...?

—¿Quieres...?

Nos miramos aún más incómodos.

—Tú primero —concedió él.

—¿Hace mucho que conoces a Nathalie?

Fui a lo seguro. ¿Qué otra cosa podía preguntarle?

—Nos conocimos en la universidad. Es amiga de mi hermana.

—Oh.

—¿Y tú... hace mucho que conoces a Jack?

—El tiempo es relativo —repuse con una sonrisa incómoda.

—Ya. Esto... ¿Es cierto lo del secuestro?

Apreté los labios sin saber qué decir al respecto. Es decir, cierto era. ¿Debía decírselo a Daniel?

—Es una larga historia, pero supongo que sí, es cierto.

Daniel se dio prisa por sacarse el móvil del bolsillo. Se me aceleró el corazón. ¿Iba a llamar a la policía?

—Mierda. Se me ha apagado. Jo-der. Puto *WhatsApp*.

Justo entonces volvió Jack y se lo quitó de la mano.

—Eh. Nada de móviles aquí.

Daniel parpadeó y se encogió en su asiento como un niño al que acababan de echar un buen sermón.

—¿Sigues con ese rollo? —se mosqueó Nathalie.

—No, no sigo con ese rollo, pero *tu novio* iba a llamar a la poli. No debiste haberlo traído.

—¿Crees que te delatará?

—No confío en él.

Daniel palideció. Yo también. Conocía a Jack, más o menos, pero aún no sabía muy bien de lo que era capaz. Por experiencia sabía que la supervivencia te hace cometer locuras.

—Es mío —gruñó Nathalie desafiante, con una posesividad que me hizo pensar en los vampiros de *True Blood*—. Y yo confío en él.

—Ya me ha quedado claro —dijo Jack, sarcástico.

—Entonces, sírvenos una copa, chico. Y luego jugaremos todos al *Twister*. Con cuatro es mucho más divertido que con dos. ¿Y esas caras largas? ¡Ni que fuera esto un funeral! Animaros, joder. La vida es bella.

Nathalie tenía ese don para destensar las cosas con una sola sonrisa. Jack preparó cuatro copas y esta vez yo también bebí.

A pesar de todo, fue una noche bastante divertida. Los gané a todos y eso me sentó muy bien. Relacionarme con otras personas también me sentó bien.

Al día siguiente, en cambio, las cosas dejaron de ser divertidas.

Cuando me desperté, Jack estaba hundido en la butaca de mi habitación y me estaba contemplando de una forma bastante espeluznante. Me percaté de

que aún no había salido el sol. Supongo que abrí los ojos tan temprano porque debí de sentir su presencia.

—¿Jack? —murmuré con la voz tan rota que tuve que carraspear dos veces seguidas para aclararla—. ¿Qué haces aquí?

Él se impulsó hacia arriba y vino hacia mi cama envuelto entre sombras. Al notar el peso de su mirada, mi corazón se disparó.

—Buenos días —me dijo. Su expresión era adusta. Tenía los labios apretados en una línea tensa y obstinada. Algo no marchaba bien.

—¿Qué ha pasado? ¿Y esas dos maletas?

—Nos vamos. No confío en ese tal Daniel. Fue una estupidez por parte de mi hermana traérselo aquí.

Fruncí el ceño y lo miré desconcertada.

—¿Hablas en serio?

Jack fue al armario y me lanzó unos vaqueros y un jersey de lana rosa. Sí, hablaba en serio.

—Vístete. Desayunaremos por el camino.

No me quedó otra que obedecerle.

Hice todo lo que pude por darme prisa y, en unos diez minutos, el castillo de la Bestia no fue más que un recuerdo desvaneciéndose a lo lejos.

En su lugar, tristeza y alivio luchaban por apoderarse de mí.

Fue Charles Dickens quien lo dijo: *«Era el mejor de los tiempos y era el peor de los tiempos; la edad de la sabiduría y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación»*.

Eso se ajustaba como un guante a mi estancia en el hotel *Overlook*. Me estaba alejando, y sentí alivio de escapar. Pero, al mismo tiempo, la tristeza por haber escapado lo empapaba todo.

Malditos neones fucsia...

Pista 10: *Green Light*
(Lorde)

Con los neones me suele pasar lo mismo que con los antifaces: veo uno y pierdo todas las inhibiciones.

Las Vegas estaba llena de neones, de todos los colores que se te puedan ocurrir, un estallido de tonos tan imposibles que rozaban el delirio.

Cuando llegamos Jack y yo, la fiesta estaba en su apogeo. Las calles retumbaban con una alegría que nunca había visto y los turistas iban de un lado al otro como locos. Bajo todo ese centelleo, el desierto parecía estar en llamas.

Primero nos alojamos en un hotel en la otra punta de la ciudad, un cuchitril de esos que tanto le gustaban a Jack y, luego, ataviados con nuestras mejores galas —él me había comprado un vestido dorado espantosamente corto—, nos acercamos al centro. Teníamos dos bolsas de dinero rastreado y Jack se quería deshacer de él. La idea era muy sencilla: no perder jamás.

—No sé cómo pretendes conseguir eso.

—Contando cartas —respondió con llaneza mientras esperábamos a que el semáforo se pusiera en verde—. Por cierto, estás muy guapa esta noche —añadió echándome una rápida mirada con sus oscuros e hipnóticos ojos azules.

Lo tuve claro: Jack era mi perdición, el chico malo por excelencia que hace que las chicas buenas pierdan la cabeza por él. Quería resistirme, pero a estas alturas estaba claro que lo llevaba de culo.

—Voy medio desnuda. Pero gracias. Tú tampoco tienes mal aspecto.

Él parecía un empresario pijo y yo una putilla sin clase. En fin. Supongo que en la vida no puedes tenerlo todo.

Tras dar un par de vueltas por la calle principal, eligió un casino al azar y arrimó el coche al bordillo.

—Parece un buen sitio para empezar.

No pude estar más de acuerdo. Ese lugar tenía neones de color fucsia. Me encantaban los neones de color fucsia.

—Sí. Da buena espina —coincidí, con una sonrisa escueta.

Nos apeamos a la vez y él le lanzó la llave al aparcacoches. El chico no debía de tener más de veinte años y se me quedó mirando embobado.

Jack tensó la mandíbula y masculló una maldición.

—Eres más alta de lo que pareces —murmuró para justificar lo corto que me quedaba el vestido.

Apreté los labios en una línea recta. ¿Estaba celoso?

—Bueno, siento tener las piernas tan largas —dije conteniendo la diversión.

Jack negó, me pasó la mano por la espalda desnuda y me condujo al interior del casino, no sin antes lanzarle una última mirada de advertencia al muchacho que no dejaba de seguirme con la mirada.

Nos abrimos paso entre un grupo de tejanos y Jack empezó a moverse como pez en el agua. Compró fichas, aunque no con el dinero que le había robado a mi padre, y luego me arrastró a la mesa de póker. El panorama que me encontré ahí me escandalizó de inmediato.

—Es sexista que no haya mujeres jugando en esta sala.

—Estás tú —murmuró él en mi oído.

—Sí, y parezco tu acompañante.

—Una acompañante que va a desplumarlos —me informó y su aliento mentolado me dejó con ganas de besarle—. Anda, siéntate en mi regazo.

¡La leche!

—Jack, yo...

—Vamos. Así jugamos juntos y deja de ser sexista.

No esperó a escuchar mi negativa. Me cogió por las caderas y me sentó en su regazo. Debí de palidecer, ya que un señor de mediana edad me dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—¿Es tu primera vez, nenita?

—¿Tanto se me nota? —dije con cierta acidez.

—Seremos tiernos —prometió, y todo el mundo se rio por la connotación sexual que arrastraba su voz.

Ja ja. Era desternillante ese humor tejano.

Me sobraron ganas de aprender a jugar al póker. Solo para dejarlos en calzoncillos.

Pero no tuve tiempo para llevar a cabo mis pequeñas venganzas personales, ya que estaban haciendo las apuestas. Jack fue bastante moderado. Perdió dos

veces. A la tercera, se lo llevó todo.

Dios, me entusiasmé tanto que me lancé a su cuello sin sopesar siquiera las consecuencias, y él me envolvió en un abrazo. Puso la palma en mi nuca y me mantuvo así, con el rostro enterrado en su camisa, tan cerca de él que sentía el latido de su corazón y el calor que irradiaba el fuerte pecho que se insinuaba por debajo de su ropa. Estuve así un buen rato, embebida en su olor, hasta que él se apartó incómodo y compuso una sonrisa amable para justificar ese distanciamiento que estaba poniendo entre nosotros.

—¿Vas a seguir jugando aquí? —le dije por acabar con la incomodidad que me producía su silencio y esa forma en la que me miraba.

—Sí. Estoy en racha. ¿Quieres apostar tú esta vez?

Fruncí el ceño y pensé en una explicación razonable. No estaba como para concentrarme en nada.

—Nunca he jugado a esto.

Jack me explicó rápido las normas. Las entendí, más o menos.

—No sé, prefiero jugar a otra cosa. No quiero arruinarte.

Me sonrió y yo pensé en lo mucho que me hubiese gustado poder besar esa pequeña arruga que se le formaba en la comisura derecha de la boca. Debía de estar un poco mareada, la euforia de hallarme en ese lugar tan novedoso para mí, el cóctel rosa que no tenía ni idea de lo que contenía... Si a eso le sumabas semanas enteras de estar haciendo malabares con fuego, el resultado era... incendiario.

Jack empezó a jugar y yo me lo estaba pasando genial, sufriendo cada vez que me parecía que la situación se estaba poniendo tensa y alegrándome cuando volvió a desplumar a esos vejstorios misóginos.

La noche avanzaba despacio y, cincuenta mil dólares más ricos, nos trasladamos a la ruleta.

—Sopla, cielo —me pidió Jack con esa sonrisa pletórica que llevaba horas enteras iluminando sus facciones—. Me darás buena suerte.

Me reí como una boba y soplé. Jack lanzó.

—Joder, ¡soy el puto amo! —gritó mientras juntaba las palmas por encima de la cabeza. Acababa de ganar otros veinte mil—. Toma. Esta vez tienes que apostar tú.

—Mierda, ¿y si pierdo?

—¿Y si ganas? —repuso él arqueando las cejas.

Tenía razón. Yo siempre me había puesto en lo peor. ¿Por qué no ponerse en lo mejor, para variar? Definitivamente, ese chico me hacía perder la cabeza. Y

las inhibiciones. Si a eso le añadías lo de todos esos neones de colores...

Aquello de *lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas* empezaba a cobrar sentido para mí.

Aposté. Y perdí cinco mil dólares. Eso me dejó tan deprimida que me pedí otra copa.

—Azul esta vez. Servir copas de color rosa a las mujeres es bastante sexista, ¿sabe?

El camarero me miró perplejo. Jack soltó una carcajada.

—Ya has oído a la dama. Es sexista.

El camarero se marchó sacudiendo la cabeza y Jack y yo estallamos en risa.

—Es una locura que esté aquí contigo —dije, aún con la sonrisa en la cara.

—Una locura sería que no lo estuvieras —replicó él y movió el brazo para acariciarme el lateral del rostro.

Me quedé sin aliento y Jack se puso serio, sus ojos atravesaban a los míos. Era tan hipnótico el modo en el que me miraba que no pude apartar la vista. Tardamos un buen rato en romper el contacto visual, y no lo habríamos hecho de no haber sido por el camarero que nos acababa de traer las bebidas.

—Toma —me dijo Jack entregándome nuevas fichas—. Quiero que apuestes otra vez.

—¡Pero si acabo de perder!

—En la vida hay que ser perseverante. Y valiente. Y sé que tú lo eres. Yo apuesto por ti, Katie. ¿Vas a apostar tú?

—¡Joder, sí! —grité entusiasmada, y tomé un buen trago para no perder ese frenesí.

—Esa es mi chica.

Jack me abrazó y yo me quedé quieta. Me gustaba estar cerca de él. Olía a algo que hacía que mi cabeza diera vueltas, a algo salvaje.

—Hagan sus apuestas, señores. Y señora.

—Trece negro —dije mientras me apartaba del abrazo de Jack.

El crupier asintió y lanzó la bola. Cuando vi que se detenía en el trece negro, solté un chillido, salté a los brazos de Jack y rodeé sus caderas con los mulsos. Él me sostuvo y, cuando mis ojos se alzaron hacia los suyos, me di cuenta de que me miraba como si quisiera besarme.

Y, de pronto, el mundo entero dejó de existir para mí. Se paralizó todo, el ruido, la gente, la ruleta...

No podía alejarme, su mirada me tenía atrapada. No podía respirar. No podía pensar.

Solo podía imaginarme lo que se sentiría al tener sus labios temblando encima de los míos.

—¡Lo has hecho genial! —se entusiasmó Jack, el cual me estaba sujetando por las caderas sin ningún esfuerzo, como si yo pesase menos que una pluma.

—¿Sí?

—Sí, peque. Estoy muy orgulloso de ti.

Mi mirada empezó a oscilar entre sus ojos y sus labios. Jack lo comprendió. Supo que yo también quería que me besara.

Y no me besó.

Un gesto de incredulidad me hizo fruncir el ceño, y volví a sentir esa aplastante decepción que me había invadido en la calle el día del atraco. Esta vez no se estaba alejando físicamente, pero si a nivel mental, lo cual era mucho peor.

—No puedo darte lo que necesitas —me susurró con pesadumbre al tiempo que me bajaba al suelo.

—Pero sí lo que quiero —repuse mirándolo a los ojos. Su cuerpo seguía pegado al mío y ese calor me amodorraba, me instaba a ser valiente, a coger lo que deseaba. Por una maldita vez.

—Lo que *crees* que quieres no está bien. No eres tú. No piensas con claridad. Si lo hicieras, sabrías que esto es una mala idea.

—¿Crees que tengo el Síndrome de Bonnie y Clyde, o es que te da miedo acabar perteneciendo a alguien? ¿Qué es lo que te frena, Jack? Dime la verdad.

Aproveché que me estaba mirando para contemplar fascinada sus preciosos ojos azules.

—La verdad es que no puedo besarte, peque. No ahora. No así —murmuró apresando su labio inferior entre los dientes.

—¿Por qué no?

Se contuvo. Y luego me habló, casi sin aliento.

—Porque nunca me lo vas a perdonar.

¿Y qué demonios había que perdonar?

No me dio tiempo de preguntárselo. Antes de que yo consiguiera abrir la boca, él ya se había alejado de mí.

Incrédula, me quedé ahí mordiéndome el labio y dándole vueltas al tema. Podía haberme ido, pero no lo hice, y él regresó al cabo de unos minutos, me rodeó en un abrazo y apretó los labios contra mi sien.

—Volvamos al hotel —susurró, con los labios pegados al lateral de mi

rostro—. Creo que hemos tenido bastante jaleo por hoy. ¿Qué tal si mañana por la noche te saco a cenar y te enseño la ciudad?

Me pareció una buena idea, y afirmé con la cabeza, aunque en ningún momento abandoné mi aire distraído.

De camino al hotel, seguí cavilando. Las cosas se me estaban yendo de las manos. ¿Cómo podía desear algo que era tan malo para mí?

Miré a Jack de reojo y fruncí el ceño aún más.

¿Y cómo era posible que algo que era tan malo pareciese tan condenadamente bueno? ¿Son las cosas prohibidas aquellas que nos hacen sentir vivos?

Se quitó la corbata y la tiró encima de una silla. Parecía muy cansado. Habíamos hecho el camino de vuelta en completo silencio, y yo me estaba sintiendo cada vez más incómoda por haberme lanzado de esa forma a sus brazos. Le eché la culpa a los neones de fantasía. Y a las copas de color rosa chicle y azul cielo. A todo, menos a mí, porque yo nunca había sido dada a asumir culpas.

—Espero poder ganar más mañana —me dijo mientras se estaba desabotonando la camisa—. Me estoy quedando sin dinero. A este ritmo, tendré que declararme en quiebra antes de navidades.

Empezó a bajarse la prenda por los hombros y yo me obligué a desviar la mirada al suelo. Lo último que necesitaba ver a esas alturas de la noche era el esculpido pecho de un dios griego que se negaba a besarme.

—¿Piensas dormir con ese vestido?

Mis ojos se alzaron de golpe hacia los suyos. Me ruboricé.

—Pues...

—Puedes usar el baño para cambiarte. No hace falta que lo hagas aquí. Entiendo que todo esto es incómodo para ti.

—Ya. Sí. Lo es.

Me levanté con sonrisa tensa, saqué ropa cómoda de la maleta y me refugié en el baño. Dejé correr el grifo y apoyé las dos manos contra el lavabo. Me sentía imbécil. Completamente.

—Joder —murmuré y, cuando miré al espejo, vi que esa mujer a la que ya no conocía estaba negando una y otra vez.

Todo aquello la superaba.

Me bajé la cremallera del vestido con gestos airados, lo dejé deslizarse hasta mis tobillos y seguí ahí en ropa interior, contemplando el brillo atormentado de mis ojos, ese terrible reflejo de todos los deseos que había dejado morir. O que Jack había asesinado.

Pasé la mano por debajo del agua helada, me mojé la nuca y volví a observarme a mí misma.

—¿Qué coño estás haciendo, Lexi? ¿Qué coño es esto?

Saber que algo está mal y, aun así, desear seguir adelante es un puñetero disparate. Me hubiese gustado decirme a mí misma que él me estaba obligando a algo, pero no podía. Porque era yo la que se estaba encadenando. Mi cuerpo estaba aprisionado por frías y pesadas cadenas cuya llave aún sujetaba entre mis dedos. Más adelante no podía quejarme de haber sido retenida. No cuando era yo la que no quería marcharse.

Me sentí perdida, vulnerable, horrorizada por el significado de esa verdad. Apoyé la frente contra el espejo y cerré los ojos con gesto cansado. ¿Por qué deseamos tanto la pasión, si es precisamente la pasión lo que arruina nuestras vidas? ¿Acaso somos masoquistas? ¿Por qué no podemos conformarnos con menos? ¿Con tener seguridad? ¿O comodidad? ¿Por qué soñamos con un amor que alcance las cumbres de la locura? ¿Es por la sensación? ¿El corazón que late, la sangre que hierve en las venas? ¿Es eso lo que nos enloquece?

¿Por una maldita sensación acabamos eligiendo al hombre más inadecuado de todo el puñetero universo?

Jack era un hombre inusual. Extraordinario, de alguna forma. Pero inusual. Con él no había riesgo de caer en la rutina, o de aburrirse. Sabía que a su lado solo tendría pasión y aventura, porque él era así. No me cabía duda. La pregunta era: ¿estaba yo preparada para algo tan fuerte? ¿Y si encendía un fuego que luego no iba a poder controlar? ¿Acabaría ardiendo? ¿Estaba bien arder? ¿Estaba mal que nada de eso tuviera importancia para mí, puesto que mi corazón seguía deseando lo que deseaba, por encima del cerebro que no dejaba de recordarme el terrible error que estaba a punto de cometer?

Un golpe en la puerta me hizo dejar de cuestionarme cosas.

—¿Katie? ¿Va todo bien ahí dentro?

Me di prisa por cerrar el grifo y por enfundarme la ropa.

—S... sí —tartamudeé. Abrí la puerta y fingí normalidad—. Todo genial.

Jack tenía el brazo izquierdo apoyado contra el marco y el cuello ladeado hacia la derecha. Nuestros ojos estaban la misma altura. Me miró cuando pasé junto a él. Atrapó mi mirada. Y se negó a soltarla.

—¿Seguro que estás bien? —insistió. Se le veía preocupado. Había una arruga en su frente delatándolo. No se había tragado la autenticidad de mi sonrisa.

—No lo sé —dije con sinceridad—. Ya no sé nada.

Jack se mordió el labio y asintió despacio. Un suspiro fue su única aportación a eso. Yo tampoco dije nada más y, tras unos segundos de sostenernos la mirada el uno al otro, me subí a la cama y apagué la lámpara, intentando no fijarme en esa solitaria figura que aún me contemplaba desde la puerta del baño con aire de impotencia.

A la noche siguiente, y con ochenta mil dólares en fichas, me llevó a cenar al *Nobu*.

—Esto tiene una pinta fabulosa, Jack. ¿Qué es exactamente?

Él se había ocupado de pedir, ya que a mí no me sonaba nada de lo que había en la carta.

—Te gustará —aseguró con una sonrisa tierna—. Es una mezcla de cocina tradicional japonesa, con un aderezo de sabores sudamericanos y occidentales. La crítica ha coronado al chef de este sitio como uno de los más aclamados del mundo.

—¿En serio? ¿Y tú cómo es que estás tan al tanto de la gastronomía mundial? ¿Eres un *gourmet*?

—Soy de buen comer. A veces me doy mis caprichos.

—Se nota —me reí mientras mordisqueaba un trozo de apio.

—Es que... —Se detuvo, miró hacia la barra y luego sus ojos regresaron y atravesaron a los míos—. Es cuestión de placer.

Se me encogió el estómago al escuchar esa palabra en sus labios. «*Placer*». Me lo podía imaginar, y me estremecí al hacerlo.

—¿En qué sentido? —me obligué a preguntar, para que no se percatara de que lo estaba mirando como una agilipollada.

—Hay gente que come por comer. Yo, no.

—¿Ah, no?

Jack esbozó una sonrisa triste y negó despacio.

—Ya no hago nada que no me produzca placer, Katie. Comer tiene que ser satisfactorio, una experiencia casi orgásmica. Si comemos solo por alimentarnos, ¿en qué seríamos diferentes a las bestias? Me gustan las mezclas

de sabores, la emoción... No soy como los demás.

Yo ya casi me estaba atragantando con el trozo de apio. ¿Cómo era posible que hablar de comida resultara tan erótico? ¿Una experiencia casi orgásmica? ¡Madre mía!

—Yo no doy tantas vueltas al tema. Como porque tengo ansiedad.

La sonrisa de Jack se volvió traviesa.

—Esta noche, no. Esta noche lo haremos por placer.

Y yo me volví a atragantar con el apio. Hacer algo *por placer*, con él, me resultaba muy tentador. Más de lo que podía permitirse mi débil corazón.

—Prueba este sushi de atún y espárragos —me instó, alargándome un trozo con la ayuda de los palitos—. Espera. Mejor con salsa. Sabe mucho mejor.

Su voz baja, su mirada oscura... Me tenía a su merced.

Separé los labios y Jack coló dentro el trozo de pescado y verdura.

—No, no, no. Mastica despacio. Saboréalo.

Empezaba a entender lo de la experiencia orgásmica. Cuando tragué, mi expresión facial cambió por completo. Un nuevo mundo de sabores y colores había sido abierto delante de mí, y estaba como loca por explorarlo.

—Esto... es... ¡la hostia! —exclamé, golpeando la mesa con las dos palmas, tan fuerte que varias cabezas se giraron hacia mí. Ops. Eso no había sido nada elegante.

Jack se rio.

—Te lo dije.

—Mierda. Todo el mundo me está mirando. Me siento como Sally Albright^[7] fingiendo ese orgasmo.

—Por favor, dime que no soy tu Harry —se horrorizó Jack—. Es decir, Billy Crystal es un buen tío y todo eso, pero no quiero ser tu Harry.

—Espera. ¿Conoces a Billy Crystal?

—Solo de vista. Y no tengo madera para ser Harry.

—¿Por qué no?

—¡Por favor! ¿Doce años para enamorarse de una tía? O te enamoras o no te enamoras, coño. Eso es perder el tiempo.

—¿No crees en la amistad que evoluciona y se convierte en amor? —pregunté, con expresión reprobadora.

Jack bufó, clarísimamente desechando esa idea.

—Nooo. Creo en la pasión. En las chispas. En ese momento que lo paraliza todo. Si no hubo nada de eso en el primer instante en los que vuestros ojos trabaron contacto, no es amor. Es amistad. Y elegir a esa persona como

compañero de vida significaría ser conformista.

—Eres muy radical en tus opiniones —advertí, lanzándole una mirada concentrada.

Jack engulló otro trozo de sushi y me miró a través de las oscuras pestañas que daban un aire misterioso a su rostro.

—El amor es algo demasiado importante como para ser flexible.

Sobrevino una pausa. Le miré. Me miró.

—Pensaba que odiabas la idea del amor.

—¿Pero qué dices? Me *fascina* la idea del amor. Lo que odio es la idea de pertenecer a otra persona.

—¿Una cosa no implica la otra? —repose, reteniendo su mirada.

En las comisuras de su boca tembló una especie sonrisa teñida de burla. Aunque esa burla no iba dirigida a mí, sino a sí mismo.

—Es complicado.

—¿No lo es todo en la vida?

—Quizá —murmuró, y sus ojos se alejaron hacia la puerta.

Más tarde, tras una deliciosa cena y un postre en el restaurante de al lado, Jack me invitó a un paseo por la ciudad.

—Dios, ¿cómo puede haber tanta luz?

—Es impresionante, ¿verdad? —Caminaba a mi lado, con las manos en los bolsillos, y de vez en cuando giraba el rostro hacia el mío—. Querían que el desierto estuviera iluminado.

—Me flipa este lugar. Es tan llamativo y... ruidoso.

Me lanzó una mirada divertida. Era más alto que yo, con lo que tuvo que bajar la mirada.

—¿Es tu primera vez en Las Vegas?

—¿Tanto se me nota?

Se rio.

—Uh. Entonces, tienes que probar la montaña rusa. No puedes dejar la Ciudad del Pecado sin un poco de adrenalina.

La simple idea hizo que me temblaran las rodillas.

—Hostia puta. Ni hablar. Tengo miedo a las alturas.

Jack se rio aún más.

—¿Qué? ¿Estás de coña? ¿Eres una neoyorquina con miedo a las alturas?

—Tú mófate cuanto quieras. No pienso subir a ese trasto.

—¿Y cómo lo haces para vivir en Nueva York? ¿Te has comprado un piso en la planta baja? ¿No te preocupan las ratas, o los acosadores?

Le puse cara de pocos amigos.

—No, y no. Vivo en la planta diecinueve, pero la planta diecinueve no se mueve, con lo que...

Me encogí de hombros para concluir la frase. Jack meneó la cabeza.

—Esto hay que solucionarlo de inmediato. No pienso aceptar un no por respuesta.

—Por si no me has oído la primera vez, vaquero, *no pienso* subir a una maldita montaña rusa.

—¡Vamos a morir! —grité, ahí aferrada con fuerza a mi asiento.

—Katie, aún no nos estamos moviendo —repuso Jack con la misma exasperación con la que uno se dirige a un niño cansino—. Puedes abrir los ojos.

—No me hace falta. Sé que vamos a morir.

Se rio.

—Vamos, hazlo por mí. Te vas a perder lo mejor.

—¡Y una mierda! No sé cómo he acabado aquí.

Sentí sus manos rodeando mi rostro y no me quedó otra que levantar los párpados y mirarle.

—¿Tienes miedo?

—¡Terror! —le grité, con las pupilas dilatadas por el pánico—. No sentía tanto pánico desde que tú entraste en ese banco con una metralleta.

Esta vez, no se rio. Me miró, todo serio, y me apartó un mechón de pelo del ojo.

—Te prometo que todo va a salir bien.

—No te creo.

—Katie, créeme —aseguró, y parecía muy honesto—. Yo estaré aquí, sujetando tu mano. Si tienes miedo, oprime mis dedos y yo te abrazaré.

—Es que no entiendo por qué tengo que pasar por esto.

—Porque el miedo es muy malo, cielo. Oprime tanto que no te deja vivir. No puedes ser libre si perteneces al miedo.

Hombre, visto así... Igual podía hacerlo.

El trasto arrancó despacio. Miré hacia abajo en un acto reflejo. Ay, mierda, ¡no podía hacerlo! ¡Iba a morir!

Cerré los ojos de inmediato y empecé a rezar. El trasto se movió más deprisa y yo empecé a sentir un hueco en el estómago y una sensación de fatalidad que no podía sacarme de la cabeza. Sin darme cuenta, apreté sus dedos y él me abrazó.

—Abre los ojos cuando estés preparada —susurró contra mi pelo. Y luego plantó un beso ahí.

Habíamos llegado a un alto, cuando por fin pude separar las pestañas y mirar.

—Jo-der —murmuré, impresionada por las alturas.

Jack cogió mi cabeza entre las manos y me obligó a mirarle a los ojos.

—Mírame a mí. No mires el abismo. El abismo no existe, Katie. Aquí solo estamos tú y yo.

La montaña rusa se deslizó cuesta abajo, y él me siguió mirando a los ojos. Mi corazón aporreaba como si quisiera hacer pedazos mi caja torácica. Mi aliento se había convertido en resuello.

Pero seguí mirándole a los ojos y, de algún modo, supe que todo iba a salir bien. Lo que sea que viera en su mirada me hizo dejar de tener tanto miedo, y antes de que acabara el viaje, pasó algo extraordinario: lo disfruté. Acojonada, pero lo disfruté.

Cuando bajamos, el corazón me seguía latiendo de manera frenética, tenía las mejillas en llamas y una sonrisa de oreja a oreja se negaba a abandonar mi rostro.

—Lo de la noria mejor lo dejamos para otro día, ¿no? —se mofó Jack, y yo, fingiendo enfado, le di una palmadita en el brazo.

—No te burles. Ya me has hecho pasarlo bastante mal.

—¿De verdad? Porque hubo un momento en el que parecías fascinada por la altura y la velocidad.

—Es que lo del hueco en el estómago... creo que me gusta.

Jack se detuvo en mitad de la acera y tiró de mi brazo para que hiciera lo mismo.

—Dicen que eso es lo que se siente cuando estás enamorado —murmuró.

Me apartó el flequillo del ojo y yo tragué saliva y sostuve su mirada.

—Puede.

Jack sonrió un poco, me rodeó con el brazo y me pegó a su costado. Quería que me besara, por muy malo que fuese para mí. A lo mejor Jack tenía razón. A

lo mejor el miedo es tan asfixiante que no te deja vivir. ¿Había que deshacerse de todos los prejuicios para poder ser feliz?

—¿Qué tal si vamos a tomar algo por ahí? —me propuso.

Yo estaba tan alterada por lo de la montaña rusa que incluso me pareció una buena idea irme de borrachera con mi captor. Asentí enérgicamente y él sonrió satisfecho.

Me llevó al XS. Esa noche tocaba Drake. Yo no era ninguna mojigata, había estado en multitud de clubs de Manhattan e incluso de Brooklyn, pero nunca había visto nada igual.

—¡Me alucina! —le dije a Jack, que, con la mano encajada en la mía, sonrió un poco a modo de respuesta y se abrió paso entre el gentío que aglomeraba la acera.

Me di cuenta de que lo mejor que tenía Jack era la sonrisa. Se trataba de esa clase de sonrisas que te instan a la calma. «*Nunca va a pasarte nada malo. Siempre serás feliz. Nunca estarás sola*». Es increíble la cantidad de cosas que se transmiten con una simple sonrisa.

La entrada al club me recordaba a un viejo teatro, había algo artístico en esa mezcla de dorados y alfombras rojas. La cola de personas apiñadas en la calle dejó claro que ese debía de ser uno de los destinos más de moda de Nevada.

Abrí los ojos de par en par cuando vi que Jack se saltaba la cola y me arrastraba hacia la puerta.

Y flipé todavía más cuando saludó al portero como si fuese amigo suyo de toda la vida.

Entramos sin ninguna clase de problema y yo me detuve para seguir alucinando. Había una piscina, ¡y gente bailando en ella! Encima del escenario, antorchas que estallaban al mismo tiempo que la música y un DJ disfrazado de conejo gigante, gritando algo que no entendí.

Jack me cogió por el codo con delicadeza y me instó a seguir caminando.

—No me he traído bañador —le dije, azorada por todo lo que estaba viendo.

La sonrisa de Jack se volvió un tanto procaz, pero bajó la cara para ocultármelo. A pesar de su precaución, supe que estaba pensando en algo malo. Algo indecente.

—No vamos a bañarnos —me tranquilizó—. No me va esa clase de

diversión.

Y señaló hacia una mujer que se acababa de quitar el sujetador. Oficialmente me sentí como una mojigata. Los clubs que solía frecuentar yo eran bastante normalitos, jóvenes pegando saltos al son de las luces y la música y camellos pasando bolsitas de cocaína en los servicios. Ahí nos estábamos enfrentando a otro nivel de desenfreno. Piscinas, espuma, fuego y gente en bolas.

Sí, era otro nivel.

Jack me condujo a un sofá de color crema, donde nos sentamos. Había una mesita y una cubitera llena de botellas y teníamos perfectas vistas al escenario. Con Drake tocando esa noche, ese reservado debía de haber costado una puñetera fortuna.

—¿Vienes mucho por ahí? —le pregunté mientras él llenaba dos copas de champán.

—De vez en cuando.

Su respuesta me sorprendió, y alcé las cejas.

—¿De verdad?

Alzó el hombro con indiferencia y me ofreció una copa, que yo cogí con los ojos clavados en los suyos.

—¿Por qué te sorprende tanto?

—Es que... este sitio no te pega.

Su sonrisa ensanchó. Vino al sofá y se sentó a mi lado.

—¿Crees que me conoces?

—Al menos, me esfuerzo, ¿no?

Tomó un sorbo de champán y sus ojos se alejaron hacia la pista de baile. Estaba sonriendo. Un poco. Era como si no consiguiera retener la sonrisa.

Yo también bebí, y estudié el club con la mirada. La gente se lo estaba pasando en grande y, de pronto, tuve ganas de juntarme a ellos. Después de todo lo que había padecido, quizá me mereciera un poco de diversión. Estaba viva, ¿no? ¿Por qué no rendirle un tributo a la vida?

—Ve si quieres —murmuró Jack junto a mi oído. Debía de haberse percatado de la fascinación con la que contemplaba a la gente que bailaba.

Moví la mirada hacia la suya y comprobé que sus ojos estaban más oscuros que nunca, algo velado tapaba su mirada y yo no pude adivinar sus pensamientos.

—¿Me sueltas la correa? —pregunté, desafiante.

Jack alzó el brazo y me rozó la comisura derecha de la boca con la yema del

pulgar. Sentí que me doblaba en dos. El deseo era tan puro, tan carnal, tan ilógico. Mis hormonas se estaban desquiciando en su presencia.

—Tú no tienes de eso, Katie —dijo, en respuesta a mi pregunta—. Pero te estaré vigilando.

Estaba tan frustrada que tuve ganas de mandarle a la mierda, irme y pedir ayuda a cualquier persona del club, explicar lo que me había sucedido y delatar a Jack, solo por joderle.

Pero lo miré a los ojos y mi sed de venganza quedó aplacada. Comprendí de pronto que habíamos llegado al ocaso de mi cautiverio. Yo lo sabía. El mismo Jack lo debía de saber. Había llegado a su vida como una mujer aterrada que había tenido la mala suerte de hallarse en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Ahora las cosas eran diferentes. De algún modo, sentía que la que tenía el poder era yo. Poco a poco, Jack había ido rindiéndose, cediéndome a mí el mando.

Nos habíamos conocido en el peor de los momentos, cuando yo estaba perdida y vulnerable. Quizá por eso al principio no tuve fuerzas para hacerle frente. Mi debilidad me impidió combatirlo.

La pregunta era: ¿iba a hacerlo ahora? ¿O, al igual que él, yo también me había ido rindiendo poco a poco?

¿Qué había exactamente entre Jack y yo? ¿Atracción? ¿Un deseo tan irracional que no me dejaba pensar como era debido?

¿O había algo más? ¿Había creado un vínculo con mi secuestrador?

Dios, ojalá lo hubiese sabido.

Me levanté cabreada, le devolví la copa y me fui a bailar. Sabía que el dios pagano me estaba observando desde su trono de cabezas. Metafórico trono de cabezas y muy adecuado para él.

Me abrí paso entre el gentío y me perdí. Me perdí en la música. En ese momento. Sencillamente, cerré los ojos y me dejé llevar. Erradiqué de mi cabeza todas mis preocupaciones, Jack, Nueva York, mi vida en líneas generales...

Me merecía un respiro, y no dudé en coger lo que necesitaba. Por una vez.

Estuve bailando un buen rato, sola, hasta que alguien se me acercó por detrás y me abrazó. Sonreí. ¿El dios pagano se había rendido y se estaba juntando con la plebe?

Me volví entre sus brazos y mi sonrisa se esfumó. Ese hombre no era Jack. Es decir, era un joven atractivo con el que no me importaba bailar.

Pero no era Jack.

Constatarlo me derrumbó. Porque comprendí que el único hombre que me interesaba en ese momento de mi existencia era él más inadecuado de todos. No era bueno. No me convenía.

Y, aun así, solo podía pensar en él, su forma de mirarme, su mirada perdida, su sonrisa tierna, el aplomo que exhibía casi siempre. ¡No podía sacarme a Jack de la cabeza!

El desconocido me sonrió, apoyó las palmas en mi cintura y me acercó a él. No sentí nada. Ni una pizca de ese calor erótico que me derretía las entrañas cuando Jack estaba cerca de mí. Ni un poco de esa energía que se arremolinaba entre nosotros cada vez que nuestros ojos trababan contacto.

No sentí *nada*.

Jack me llevaba a lugares que nadie más conocía. Y ese hombre no era Jack. Así de sencillo.

Bajé los párpados, sonreí con tristeza y bailé. Hasta que otras manos se posaron sobre mi espalda. La bruma de placer fue tan intensa que mi cuerpo empezó a latir de expectación. Ni siquiera me hizo falta girarme. Mi piel le reconoció de inmediato. Y también lo hizo mi corazón, que empezó a latir el doble de rápido ante el calor que irradiaba de sus manos.

—Esfúmate —siseó entre dientes, y me volvió de cara a él.

El chico con el que bailaba desapareció. Al menos, se esfumó de mi mente, ya que no volví a preocuparme por él.

—Hola, peque.

Sonreí. Una sonrisa exultante que estaba muy fuera de lugar. No podía arreglarme tanto de haber vuelto a los brazos de mi captor. Sencillamente, no era sano. Lo que él y yo teníamos era enfermizo. E irresistible. Un nuevo tipo de oscuridad.

—¿Qué haces aquí?

—Te estaba tocando.

—¿Y?

—No me gustó.

—¿Por qué?

—No lo sé. Esto también es nuevo para mí —confesó, con un gesto de confusión entre las cejas.

Volví a sonreír y, poco a poco, Jack dejó de estar tan gruñón y me sonrió de vuelta.

—¿Te importa si bailamos juntos?

¿Importarme? Mis hormonas se estaban agitando como si se estuviera generando un maldito maremoto en mi estómago.

—No. Está bien.

—Genial —dijo Jack con sonrisa afable.

Me abracé a él y la noche se volvió más oscura. Me pregunté qué clase de control mental estaba ejerciendo sobre mí. No era normal que me sintiera de esa forma. Nada era normal en esa situación.

Estuvimos bailando hasta que Drake subió al escenario. Las antorchas estallaron de nuevo, y todo el mundo estaba gritando y vitoreando. Jack se rio, y verle reírse fue lo mejor de toda esa noche. Porque cuando Jack reía, no había nada aterrador en él. Nada peligroso. Solo era un chico que se lo estaba pasando bien con una chica.

Ay, madre. ¿Me había convertido en Bonnie Parker?

Y cayeron llamas en el desierto

Pista 11: *Tainted love*
(Marilyn Manson)

Me desperté en nuestra cama. No tenía ni idea de cómo demonios había ido a parar ahí. Mi último recuerdo, si bien confuso, tenía algo que ver con Jack, Drake y una botella de champán que yo me había negado a soltar. ¿Había bebido a morro? No estaba muy segura, pero me parecía recordar haberlo hecho.

Me devané los sesos por recordar algo más y abrí los ojos de par en par cuando otro recuerdo, igual de escalofriante, cruzó mi mente. Le había dicho a Jack algo verdaderamente estúpido.

A través de la niebla que espesaba mi consciencia, empecé a recordar cómo me había lanzado a sus brazos, completamente ebria, y le había dicho que era lo mejor que me había pasado nunca.

—Porque yo estaba perdida, ¿sabes? Estaba *muy* perdida —había asegurado con voz de borracha—. Y de pronto llegaste tú ¡y me encontré! Jaja. ¿Te lo puedes creer? Estaba perdida, y me encontré. ¿Lo pillas? ¿No es LA HOSTIA de flipante?

—Oh, no...

También recordé haberle dicho una cursilada del tipo «*porque primero hay que perderse, para encontrarse a uno mismo*».

—Ay, Dios...

Horrorizada, hundí el rostro entre las manos y solté un quejido. ¿Por qué tenía que haberme emborrachado? Ya era bastante humillante ir por la vida mendigando un poco de atención por su parte.

El ruido —no había reparado en él hasta que cesó— dejó de sonar y comprendí que Jack acababa de salir de la ducha. Hice un gesto de dolor. Ahora había que enfrentarse a él. A saber qué otras estupideces más le había dicho la noche anterior. Yo no aguantaba nada la bebida. Una vez, en la

universidad, bebí tanto que me acosté con el novio de mi amiga y a la mañana siguiente ni siquiera me acordaba.

De sopetón, aparté la manta y suspiré aliviada cuando comprobé que aún llevaba las bragas puestas. Menos mal que había tenido suficiente seso como para no follarme a Jack estando borracha. No por nada, pero me hubiese gustado recordarlo con todo lujo de detalles.

Ese pensamiento me espantó aún más, y volví a hundir la cara entre las manos.

Así fue como me encontró Jack cuando salió del baño.

—Buenos días. ¿Te encuentras bien?

Lo miré avergonzada. Él tenía un aspecto increíble, señal de que no había bebido nada la noche anterior. Adiós a mis esperanzas de que estuviese igual de borracho que yo —o más— y que no se acordara nada de nada.

—Me merezco todos estos dolores. Bebí como un caballo.

Jack sonrió y se peinó con los dedos el oscuro cabello que caía mojado sobre su frente.

—¿Qué tal si te saco a desayunar por ahí? Un poco de aire fresco no te vendría mal.

Me levanté con dificultad y maldije mi mala fortuna.

—¿Por qué me has dejado beber tanto?

—Cualquiera se atrevía a quitarte la botella de las manos —se rio él.

—Ya me lo puedo imaginar —rezongué disgustada. Cuando yo me empecinaba en algo, ni el mismísimo Satanás me lo quitaba de entre las manos.

Me llevé ropa limpia para cambiarme y entré en el baño. Quizá una buena ducha mejorara las cosas.

Decidí usar el grifo de agua fría, para poner fin a ese molesto mareo que me invadía cada vez que giraba la cabeza.

Al cabo de unos cinco minutos, tras lavarme la cabeza y enjuagarme la boca varias veces, el mundo dejó de dar tantísimas vueltas y me encontré un poco mejor.

Corté el agua, me envolví con la toalla y me trasladé al lavabo. No tenía grandes cosas para maquillarme, salvo lo que llevaba en el bolso el día del atraco: tres pintalabios, lápiz de ojos y cejas, máscara de pestañas y una crema de manos que había estado empleando a modo de hidratante para el rostro.

Usé todo lo que tenía a mi alcance para conseguir un aspecto menos

fantasmal, y luego me sequé el pelo con la secadora, intentando que mi flequillo no pareciera un perro muerto colgando sobre mi frente. Tuve que admitir que echaba de menos algunas comodidades, como la plancha de pelo y el serum anti-manchas, aunque ser una forajida tampoco estaba tan mal. Tenía el peligro, la aventura, el estallido de sentimientos contradictorios, el embotamiento que se apoderaba de mí cada vez que estaba cerca de él...

Contenta —más o menos— con el aspecto que me devolvía el espejo, me puse la ropa y regresé a la habitación.

Jack, en vaqueros y camisa rosa, estaba mirando por la ventana.

—Estoy lista —dije, y él se volvió para encararme.

Sonrió un poco y me hizo una señal hacia la puerta.

—¿Te apetece desayunar algo en concreto? —me preguntó mientras salíamos.

—Hmmm... no sé... ¿cianuro?

Se rio y se puso las gafas de sol.

—¿Tan mal te encuentras?

—Digamos que me duelen partes del cuerpo que no sabía que tuviera.

—Puede ser que bebieras demasiado.

—¿Tú crees? ¿Cómo has llegado a tamaña conclusión?

Eché la mano al bolso y me puse las gafas de sol con manos trémulas. La luz diurna me estaba desgarrando las retinas.

Jack decidió coger el coche.

—Estamos en el culo del mundo. Creo que lo mejor es ir a desayunar en el centro. Una gastroenteritis te remataría ahora mismo.

—Eres muy considerado —aseveré, yo misma notando la ironía que destilaba mi voz.

Jack no dijo nada y montamos en el coche. Encendió la radio, lo cual agradecí, puesto que no me apetecía llevar ninguna especie de conversación en ese momento. Me seguía doliendo la cabeza.

—He oído que aquí sirven el mejor *brunch* de la ciudad —me dijo delante de un local bastante pijo, del que no dejaba de entrar y salir gente.

—Si lo dicen...

Me apeé del coche y rezongué una maldición. Los movimientos bruscos me resultaban muy dolorosos.

Jack me abrió la puerta del garrito y me siguió en el interior. Había tanta pija en ese lugar que el *maitre* te conducía hasta la mesa.

Mientras hojeaba el menú, me pregunté si Jack intentaba impresionarme. Me había llevado al mejor restaurante de la ciudad, al mejor club de la ciudad y ahora, al sitio en el que servían el mejor *brunch* de la ciudad. Si no lo hubiese sabido mejor, habría jurado que intentaba seducirme.

—La ensalada de fruta y un café cargadito —le pedí al camarero mientras le devolvía la carta.

Jack me lanzó una mirada confusa por encima del menú.

—¿Solo eso? ¿No te apetece algo sólido?

Apreté los labios y negué con la cabeza.

—Tengo el estómago hecho un Cristo.

Asintió y se pidió una tostada y un café. Lo del *brunch* como que no iba con nosotros.

El camarero se retiró en silencio.

—Jack, respecto a lo de anoche...

—Ni lo menciones.

—Pero te dije algo un poco...

—No lo recuerdo. La música estaba demasiado alta, de todos modos.

Pues claro que lo recordaba. Lo recordaba perfectamente. Solo que se estaba haciendo el caballero para que yo dejara de sentirme mal.

—Está bien —lo dejé correr—. Si no lo recuerdas es que no ha pasado.

Nos sonreímos, los dos incómodos.

Al poco tiempo nos sirvieron la comida y los cafés, con lo que permanecimos un rato en silencio. Al estar sentados en una mesa junto a la ventana, pude entretenerme admirando el jardín. Era un sitio espectacular, con fuentes japonesas y palmeras, esa decoración típica de Las Vegas, que lo mezcla todo y, aun así, consigue que quede bien.

Me hubiese gustado poder usar las gafas de sol, pero pensé que sería de mala educación llevarlas puestas en un restaurante.

—¿Cuál es el plan, Jack? —pregunté, al tiempo que mis ojos se entrelazaban con los suyos.

Él soltó la tostada y me miró ceñudo.

—¿El plan?

Exasperada, hice un gesto con las manos para abarcarlo todo.

—El plan. ¿Qué hacemos aquí? ¿Hasta cuándo vamos a estar en esta ciudad? ¿Qué planeas hacer conmigo? Ya sabes. EL plan.

Jack se rascó la ceja. Me di cuenta de que hacía ese gesto cada vez que estaba incómodo. ¿Empezábamos a conocer las manías y los tics del otro? Estupendo.

—¿La verdad? No lo sé. No tengo ningún plan.

—Nunca lo has tenido, ¿a que no? —repliqué, y un ápice de cansancio se hizo de notar en mi voz.

Él negó y bajó la mirada.

—Lo cierto es que no soy muy dado a confeccionar planes. Me gusta improvisar.

—Así te van las cosas...

Jack levantó la mirada de golpe y me miró como si pretendiera atravesarme, desentrañarme como a un enigma.

—¿Qué piensas? —demandó saber mientras me miraba de forma bastante siniestra.

—¿Por qué te interesa tanto? —repuse, con aire bastante desafiante.

Me puso mala cara.

—Olvídalo.

Sobrevino otro silencio, tenso y sin sentido. Los últimos dos días habían sido perfectos, pero ahora los dos estábamos mosqueados y yo no sabía muy bien por qué.

Tras varios momentos de tácito mosqueo, Jack pagó la cuenta e hizo un gesto para indicarme que nos marchábamos.

Irritada por su actitud, empujé la silla haciéndola chirriar por el suelo y agarré mi bolso con ademanes airados. Jack tensó la mandíbula y me siguió hacia la puerta.

¿Qué demonios nos estaba pasando? Me devané los sesos por recordar el momento exacto en el que se habían torcido las cosas y por qué.

Me alcanzó en mitad del restaurante y se dispuso a hablar, pero algo lo hizo enmudecer y abrir los ojos de par en par. Juraría que su piel se había tornado al menos dos tonos más pálida.

Confusa, seguí la dirección de su mirada y comprobé que ese *algo* que tan conmocionado le tenía era una rubia de piernas larguísimas, que acababa de entrar colgada del brazo de un hombre de mediana edad.

¿En serio? ¿Era esa clase de hombre? ¿De los que se quedan mirando a todo pibonazo que se les cruza por la calle?

Sacudí la cabeza, asqueada por ese comportamiento, y me sentí todavía más molesta. ¿Por qué demonios había dado por hecho que él era diferente?

—Mierda. ¡Mi ex mujer está aquí! —murmuraron los labios de Jack.

¿Su...? ¿Disculpa?

—¿Qué?

—Mi ex mujer.

Eso *sí* que me pilló por sorpresa. Me quedé patidifusa.

—¡No mires! —masculló él—. Joder, viene hacia aquí.

No tuve tiempo de asimilar nada de eso. Jack, sin preaviso, me cogió por la nuca y estrelló los labios contra los míos.

¿¿¿QUÉ???

Fue todo tan inesperado que, al principio, los dos nos quedamos quietos, como diciendo ¿y ahora qué hacemos?

Yo lo miré, y él bajó las pestañas y me devolvió la mirada, con una intensidad que me dejó sin aliento. El silencio era absoluto, y el aire crepitaba entre nosotros con una extraña electricidad que me hizo sentir un hueco en el estómago y una anticipación que hormigueaba por mis venas.

No supe lo que iba a pasar hasta que, de pronto, su boca volvió a buscar a la mía y él presionó para que le dejara entrar.

En ese estado de conmoción, separé los labios sin pensármelo y me quedé mirando cómo me tanteaba con la lengua, intentando que dejara de mostrarme tan reacia a la hora de responder.

Si bien mi boca apenas se movía, él siguió presionando, y no tuve la impresión de que estuviera fingiendo nada. Era imposible que lo fingiera. Los rasgos que componían su rostro se habían alterado de golpe y, endurecidos, mostraban una expresión de lo más carnal.

Eso me dejó todavía más descolocada. Si no estábamos fingiendo, ¿iba yo a besarlo de vuelta? Es decir, lo deseaba, de eso estaba segura. ¿Pero debía desearle?

A tientas, sus manos buscaron mi rostro. Noté la presión de sus dedos en las mejillas, los párpados pesándome. —Jack parecía cada vez más necesitado, más anhelante, y mis dudas empezaron a desdibujarse ante toda esa pasión.

Con sus labios ardiendo encima de los míos, mi cuerpo se abandonó a una desconocida languidez. Mi aliento se volvió pausado, se ralentizó, para luego acelerarse de golpe. Algo se estaba derritiendo dentro de mí y, de repente, no fui más que deseo. Ansia pura y dura. Me aferré a Jack como si él fuese mi salvavidas, hundí los dedos en el cuello de su camisa, y lo besé como nunca había besado a nadie, hambrienta, desesperada... vencida.

Y fue entonces cuando lo sentí por primera vez: la pasión, las chispas, el

momento que lo paraliza todo. Tal y como me lo había descrito dos noches antes.

Había algo tan irracional en todo aquello que ni siquiera me iba a molestar en buscar una explicación. Lo asumí, sin más, tal y como se asume el paso del tiempo y el ciclo de las mareas. Deseaba a Jack y punto, aunque no era un deseo razonable, sino esa clase de deseos que te rompen en pedazos; una obsesión sin la cual ya no sabes cómo vivir.

Si alguien me lo hubiese preguntando, ni siquiera había sabido decir por qué le deseaba. Quizá porque no podía tenerle. O quizá porque él me mostraba el lado salvaje de la vida. Un nuevo tipo de oscuridad. Era como una enfermedad incurable que me había golpeado con fuerza. Me obsesionaba. Sencillamente, me obsesionaba. En aquel momento lo habría seguido hasta el mismo Infierno, si así me lo hubiese demandado.

¿Cómo explicar a nadie algo así? Era incomprendible incluso para mí.

Y, sin embargo, era real. Besar a Jack lo cambió todo.

Porque antes de que sus labios se despegaran de los míos, las dudas se disiparon, el tiempo se detuvo, y de algún modo supe que siempre sería suya. Pasase lo que pasase.

Porque nunca iba a poder sacarme de la cabeza esa sensación, su boca buscando febril a la mía, sus dedos hundiéndose en mi mandíbula con más y más ansia, el campo magnético oscureciéndolo todo a nuestro alrededor.

Estaba enganchada a esa sensación, a la sensación de estar viva, de pertenecer a alguien. *A algo.*

Él hacía que cada minuto valiera la pena, que lo viviera como si fuera el último. ¿Cómo superar a un hombre así?

Nunca iba a poder sacármelo de la cabeza, ni a él ni esa pasión tan abrasadora, tan condenadamente suya.

«Eres mía, Katie. Siempre serás mía. No te molestes en huir, porque ahora esto forma parte de ti».

Supe que eso pensaba cuando levanté los párpados y lo miré a los ojos.

¿Te has fijado alguna vez en los patos? Creo que no hay criatura más libre sobre la faz de la tierra. En serio. Se pasan el día nadando de un lado al otro, felices, sin hacerse preguntas estúpidas, preguntas del tipo: *«¿por qué me ha besado Jack? ¿Porque quería besarme, o porque no quería que su ex mujer*

le viera conmigo?»

Y un pato jamás sentiría esa extraña sensación corroyéndole por dentro. ¿No es absurdo estar celosa de la ex de tu captor, por muy rubia, alta y refinada que te haya parecido?

Me dije a mí misma que sí, que era completamente ridículo, pero, por desgracia, a mi corazón le dio igual. Él sentía lo que sentía.

Y, en ese momento, sentía celos.

—¿Vamos a hablar del tema en algún momento?

Habían pasado varias horas desde nuestro beso y ninguno de los dos se había atrevido a mencionarlo siquiera. Habíamos ido a comer, a pasear, y ahora estábamos contemplando los patos de un estanque, y, en todo ese tiempo, lo que a los dos nos inquietaba en realidad no había salido a relucir ni una sola vez.

Jack dejó de estudiar la cabeza verde de un pato y sus ojos se giraron hacia los míos.

—¿Hablar, de qué?

—Jack, ¿me besaste!

Se mordió el labio por dentro e hizo un gesto arrepentido que no me resultó demasiado halagador.

—Ah. Eso. Lo siento, no podía dejar que nos viera.

Así que había sido por las circunstancias. Pobre de mí. Y yo que había pensado que me encontraba irresistible y que por eso me había dado ese beso tan alucinante...

Empecé a sentirme como la protagonista de una de esas estúpidas películas para adolescentes. La chica sosa se enamora del chico malo, que la besa solo para burlarse de ella. Veinte años después —ella se ha convertido en una ejecutiva mundialmente conocida y es un pibonazo rompecorazones—, regresa a su pueblo natal para fardar de su éxito, pero en su camino se cruza una vez más ese chico malo, que ahora está aún más cañón que antes, aunque tiene un perro y se pasa la vida recorriendo los bosques, y ella se vuelve a enamorar de él.

En pocas palabras, me sentí ridícula. Para él no había significado nada. Besarme. Leer el periódico. Pensar en cómo se reproduce una garrapata.

Todo lo anterior tenía exactamente la misma importancia para Jack.

En cambio, a mí me habían temblado las rodillas, como a la estúpida que era, y había dejado que un simple beso me hiciera cuestionarme cosas que no podía estar cuestionándome en serio.

Maravilloso. Sencillamente, genial.

—¿Y cómo demonios es que estás casado?! —estallé de sopetón. Me sentía incapaz de seguir guardando la compostura, y no sabía qué otra cosa podía decir sin mojarme demasiado. Estaba claro que no podía gritarle: *¿cómo coño es posible que ese beso no significara nada para ti?*

Su faz no exteriorizó ninguna clase de emoción cuando giró el cuello para encararme. Quizá tan solo un ligero rastro de cansancio.

—No estoy casado. Ella es historia.

—Bueno, ¿cómo es que estuviste casado? No te pega nada.

Se rio amargamente y lanzó una pequeña piedra al lago, bastante lejos de la orilla en la que nos habíamos sentado.

—Es una larga historia —murmuró, dando por hecho que con eso era suficiente para satisfacer mi curiosidad.

Su hermetismo excitó mi cólera todavía más.

—Sí, sí, ella es una historia muy larga. Lo pillo.

Jack sonreía cuando me miró, y su vieja expresión burlona me calmó un poco los ánimos. Entrelazó los dedos, se tumbó en el césped y apoyó la nuca contra las palmas, sus ojos siguiendo el veloz vuelo de unas nubes.

—Fue en la universidad —explicó con un suspiro—. Éramos muy jóvenes y decidimos casarnos. Las fraternidades, la maría... No lo sé, se me fue la pinza y creí que sería buena idea comprometerme con algo que no fuera el medio ambiente y la biodiversidad. Ivy era el sueño de todo universitario.

¡Ivy! Si es que hasta el nombre me sacaba de quicio. Me hacía pensar en alguien hermoso y con cierto aire de *femme fatale*.

O sea, la ex mujer de Jack.

—Era ambiciosa —siguió enumerando él, para mi desesperación—, sensible, tenía los mismos intereses que yo...

Sí, sí, sí. Era la leche. ¿Por qué no se limitaba a decir *pues tenía un buen par de tetas?* Me habría sentido mucho mejor.

—Así que fuiste a la universidad.

Por supuesto que no era ESO lo que yo quería decir. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? ¿Admitir que yo era una demente que se estaba poniendo celosa por todo ese asunto? Si algo hemos aprendido del señor Darcy es que el orgullo es muy importante.

—Sí, fui a la universidad —corroboró Jack y, durante unos momentos, no compartimos más que un denso silencio.

—¿Y puedo preguntar qué estudiaste?

—Bellas Artes.

—¡Y una mierda!

—Hablo en serio —aseguró, mirándome aplomado.

—¿Qué? Estás... ¡Joder! ¡Eres como el puto Führer!

—Oye, que yo soy pacifista.

—Dijo el hombre que mató a otro hombre —ataqué con ojos como brasas.

Estaba cada vez más cabreada con él, con lo que decidí que era buen momento para soltar toda la furia que llevaba dentro.

Jack me miró con aire cansado.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa? Estás insufrible hoy.

—¿Sí? Pues perdóname. Peco de ponerme un poco *insufrible* cuando alguien me secuestra y me retiene en contra de mi voluntad.

Jack lo encajó con un gesto herido.

—Katie... —empezó, exasperado.

—¡Me llamo Alexia! —le grité mientras me levantaba enfurecida—. ¿Te enteras?

¡A la mierda los patos!

Eché a andar por el parque a grandes zancadas, y Jack tuvo que venir detrás de mí casi corriendo. Cuando me alcanzó, no dijo nada, se limitó a mantener el ritmo de mis pisadas. Me estaba mirando con cautela, como si yo fuese una bomba a punto de estallar y él tuviera que decidir si cortaba el cable rojo o el verde.

—Ella me dejó, ¿vale? —dijo de pronto, con suavidad.

Lo miré con expresión recelosa. Estaba a mi derecha, caminaba con las manos colgando de los bolsillos del pantalón y los hombros hundidos por un aire despreocupado que se estaba volviendo muy habitual en él.

—¿Por qué te dejó?

Jack hizo un gesto de impotencia. No le apetecía en absoluto tocar ese tema.

—¿Qué sé yo? Se cansó de mí.

—Venga ya.

—Se cansó de mi falta de compromiso.

Su respuesta me apaciguó. Un poco. Lo miré de reojo.

—¿De ese rollo tuyo de no pertenecer a nadie?

—Sí.

No entendía por qué no quería pertenecerle a Ivy. Ella era maravillosa. Yo, porque era heterosexual. Si no, me habría enamorado de ella a primera vista. Era casi tan perfecta como Sandra Bullock.

—¿No pudiste hacer una excepción?

—No con ella.

Sorprendiendo la mirada de Jack, fingí contemplar a una pareja de ancianos que estaban paseando más allá de él.

—¿Por qué no con ella? —volví a preguntar después de varios momentos de silencio.

—Era todo demasiado sencillo.

Vamos, esa era la mayor gilipollez que había oído nunca. Generalmente, los hombres se quejan de las relaciones complicadas. A mí se me había quejado más de uno.

—Define sencillo.

Jack me rodeó con el brazo y me instó a girar por una avenida a mano derecha. Por encima de nosotros, el ocaso iba poblando el mundo de sombras.

Me soltó y volvió a guardar la mano dentro del bolsillo.

—Sencillo. Llano. Nada pasional. Ella... no me hacía sentir cosas.

—Curioso. Porque mirándola...

—Esa clase de cosas sí me hacía sentir, Katie —repuso, gruñón y cada vez más crispado conmigo—. Pero en una relación hace falta algo más, no solo que se te ponga dura.

Me mordí el labio para no sonreír.

—No sabría decirte. Mis relaciones han resultado ser un fiasco.

—No has encontrado al hombre adecuado —solventó *Doctor Love*.

Me reí sin ganas.

—Pues besé a unas cuantas ranas...

—A lo mejor tenías que haber empezado por un príncipe.

Me detuve y nos miramos a los ojos. Cuando miraba a Jack a los ojos, no veía nada más. Me perdía en su mirada. Era algo casi psicodélico.

—¿Crees que lo habría sabido? —le susurré.

Bajo las sombras del atardecer, sus ojos parecían dos antorchas azules.

—¿El qué? —musitó, y me di cuenta de que me estaba mirando los labios y contrayendo las pupilas.

—Reconocer al príncipe —volví a decir.

Jack sonrió extrañamente.

—Sin duda. Aunque tu mente te hubiese dicho lo contrario, tú habrías sabido que él era el indicado. Sencillamente, lo habrías sentido, Katie. Porque, con él, el mundo te habría parecido diferente. Más salvaje. Oscuro. Mejor.

Bajé los ojos solo para eludir su hipnótica mirada.

—Pues nunca he sentido nada de eso.

Mentí. Claro que lo había sentido. Lo había sentido muy intensamente.

Pero no quería sentirlo. Porque estaba mal. Porque era enfermizo. Porque esa no era yo. Porque yo nunca me comportaba así.

Por otras mil razones que no dejaba a repetirme a mí misma hasta la saciedad.

Jack asintió apenado y retomamos el paseo.

Esa misma noche me dijo que íbamos a volver a casa. Donde sea que eso estuviese.

Eros y Psique

Pista 12: *So cold*
(Ben Cocks)

En Colorado, la nieve lo engullía todo. De alguna forma, me pareció adecuado volver. En el desierto habíamos tenido fuego y pasión, y *en casa* todo volvería a ser aséptico y álgido.

Tal y como debía de ser.

Era lo justo, ¿no? Las aguas de vuelta a su cauce.

No podía seguir creando lazos con un hombre que me estaba reteniendo en contra de mi voluntad, si bien había tenido un par de oportunidades para darle esquinazo y no las había aprovechado.

Aparté ese pensamiento de mi mente. Me gustaba seguir engañándome a mí misma con la idea de que el que me estaba reteniendo era él. Engañarse a uno mismo resulta mucho más sencillo que admitirse la verdad. A veces la verdad es demasiado cruel como para sacarla a la luz. Hay verdades tan monstruosas que deberían permanecer por siempre enterradas en las mazmorras de tu subconsciente.

Mi verdad era una de ellas.

—¿Cómo sabes que no corres peligro? —pregunté mientras esperábamos a que las puertas mecánicas se terminaran de abrir.

—He hablado con mi hermana. Dice que ha convencido a su amigo de que lo del secuestro no era más que una broma.

—¿Y él se lo creyó? —escupí, con un tonito que se estaba debatiendo entre la burla y la estupefacción.

—Tu actitud ayudó para que se lo creyera. Te vio tan tranquila y relajada que se lo tragó todo.

—¿Qué se tragó exactamente, Jack? —ahondé en el tema, al tiempo que lo miraba por primera vez en horas. Soné mosqueada, porque, en el fondo, era así como me sentía.

Él metió primera y se internó en las sombras del atardecer.

—Lo de que estamos juntos en esto —respondió, sin que ninguna especie de sentimiento se filtrara a través de su voz—. Mi hermana se lo describió todo de forma muy romántica. Tú y yo nos conocimos hace meses, nos enamoramos locamente, y juntos decidimos planear el atraco.

—Es un putito disparate —sentencié con voz incrédula.

Mis ojos midieron el jardín nevado, solo para no tener que mirar cómo se le tensaba la mandíbula a Jack.

—¿Tan absurdo te parecería enamorarte de mí? —dijo, deteniendo de golpe el coche junto a la escalinata. Supe que le había herido, y no me importó en absoluto. Yo también había sido herida.

Él se volvió de cara a mí y aguardó en silencio. Trascurridos unos momentos, decidí enfrentarme a su mirada.

—Estaría enferma si me enamorara de ti, *cielo*.

—¿Y qué es el amor, sino una enfermedad? —repuso con voz fría, desprovista de cualquier pasión.

Sostuve su mirada, y volví a ver en él a ese dios pagano cruel e irresistible. La parsimonia con la que me observaba, el perfecto autodomínio, la tensa línea de su mandíbula, el desdén que desvelaban sus labios...

Me atraía y me enfurecía al mismo tiempo. Creo que nadie había provocado eso en mí.

—Pues a mí me gustaría estar sana, gracias —gruñí, antes de apearme por la puerta y cerrarla con un ruido seco.

Jack se tomó unos momentos antes de seguirme, y hasta más tarde, ya entrada la noche, no volvió a dirigirse a mí.

Estábamos en el salón. Yo contemplaba el crepitar de las llamas, y él, las teclas de un piano que no emitía ningún sonido, y fue entonces cuando por fin abrió la boca.

—¿En qué estás pensando, Katie?

Mis ojos vacíos volaron hacia los suyos. Jack me contemplaba apasionadamente, con un fuego mucho más voraz que el de la chimenea. ¿Por qué tenía que mirarme con esos ojos tan inocentes, tan anhelantes? Hacía que todo fuera más complicado.

—¿Por qué necesitas saber siempre en qué estoy pensando? —repliqué con

una voz que sonó rota, gutural.

Percibí dolor en su atisbo de sonrisa, y eso me partió el corazón. Su faceta vulnerable me enloquecía. Para mí, él no era solo un forajido que me había apartado de mi vida a punta de metralleta. También era ese hombre que se refugiaba en el sonido de un piano para dejar de escuchar las bombas, ese hombre que había ido a tierra hostil, poniendo su vida en peligro, solo para ayudar a los demás.

Y a ese hombre yo no podía odiarle. Ese hombre me hacía sentir cosas. Cosas monstruosas, o monstruosamente hermosas, quizá. ¿Es posible que un ser humano encierre dos mitades, una buena y una mala? ¿Es posible que no todo sea blanco o negro? ¿Podía amar solo una mitad de él? ¿Es posible fraccionar el amor?

Cuando se trataba de él, mi propia mente me traicionaba. Siempre encontraba una justificación.

No es tan malo, me decía.

Puedo entender por qué lo ha hecho, me decía.

No me ha producido ningún daño, nunca, me decía.

¿Pero puedo amarle?

A esa pregunta jamás respondía. Me horrorizaba la respuesta.

—Tú me fascinas —susurró Jack con sonrisa tímida, al cabo de todo un abismo de tiempo—. Por eso quiero saberlo todo sobre ti, atravesar tu cabeza y conocer tus pensamientos más ocultos. Es una locura, ¿verdad?

Sus palabras se me clavaron tan hondo que las encajé con un gesto de dolor.

—Ojalá las cosas no fueran tan complicadas, Jack.

Él asintió, cada vez más atribulado. Lucía con un hombre que llevaba el peso del mundo entero encima de sus hombros. Vencido. Derrotado. Fatigado. ¿Ese era el fin?

—Debiste haberme conocido en otras circunstancias, Lexi. Te habría gustado —musitó y desvió la mirada al suelo.

Por primera vez, me llamaba por mi nombre. Mi nombre verdadero. Eso debía de significar algo.

—Me gustas incluso en estas circunstancias de mierda —admití en un impulso.

Sus ojos se alzaron de golpe, cada vez más brillantes, más anhelantes.

¿Pero puedes quererme?

Eso me estaban preguntando sus iris.

Y yo supe la respuesta. Y me la admití.

Pero no pude decírsela. No en voz alta. Porque, entonces, todo se habría vuelto real, y la realidad no es tan buena como parece. La realidad me habría devorado.

—¿En qué piensas tú? —repuse, con un brillo mortecino en la mirada.

—En Eros y Psique.

Mis cejas se juntaron en un gesto de confusión. No tenía ni idea de qué me estaba hablando.

—Sé quién es Eros. El dios del amor, ¿no? El de las flechitas, ese niño gordinflón.

—Sí —corroboró Jack con una sonrisa lánguida—. El de las flechitas. Pero Eros no era gordinflón. Lo estás confundiendo con Cupido.

Me incorporé y me apoyé en un codo.

—¿Es que no se trata del mismo dios?

—No del todo. Cupido era un dios romano, el dios del deseo amoroso. Y sí que está representado como un niño entradito en carnes. Su versión griega, en cambio, el dios de la atracción sexual, suele ser retratada como un hombre extremadamente apuesto.

Puse los ojos en blanco.

—Vale. Bien. Ahora ya sé quién es Eros, aunque todo eso me importe un pimiento ahora mismo... ¿Pero quién demonios es Psique y por qué estabas pensando en ella?

La concentración con la que me observaba me produjo un agradable escalofrío por la espalda.

—Porque tú eres mi Psique. Siempre lo has sido, Lexi —aseguró con mirada soñadora.

Por segunda vez, formulaba mi nombre, y la forma en la que esos sonidos temblaron encima de sus labios, la vibración de su voz, hizo que mi corazón se acelerara al máximo.

—Explícame eso. No lo entiendo. ¿Por qué soy tu Psique?

—No te sabes la historia, ¿a que no?

—Evidentemente. Te recuerdo que he estudiado Finanzas, no Bellas Artes, como otros de por aquí.

Él posó en mí sus preciosos ojos azules e intentó esbozar una sonrisa.

—Psique era una joven muy hermosa.

—Siempre lo son —interrumpí desencantada.

—Y Afrodita, celosa de su belleza...

—¡Ah, por favor! Qué manía con sacrificar vírgenes.

Jack me censuró con la mirada, aunque, en realidad, no se le veía demasiado molesto.

—¿Puedo acabar, o vas a seguir interrumpiendo cada dos segundos?

—Disculpe usted. Prosiga.

—Bien. Como iba diciendo, Afrodita sintió celos de la belleza de Psique y le pidió a su hijo, Eros, que le lanzara una flecha para que la hermosa joven se enamorara del hombre más horrible y ruin del mundo.

—Qué mala pécora, la tal Afrodita.

Jack se mordió el labio para no sonreír.

—Quizá un tanto envidiosa sí que era.

—Envidiosa, dice. ¡Afrodita era una zorra vieja y resentida, Jack! Las cosas bien claras, ¿eh?

—Está bien. Afrodita era una zorra vieja y resentida —me complació él con los párpados entornados.

Me agradó mucho que me diera la razón.

—Bueno, ¿y qué pasó con Psique? ¿Se enamoró de Jack el Destripador?

Me puso mala cara. Sabía que yo había elegido precisamente a aquel personaje porque llevaba el mismo nombre que él.

—No. No se enamoró de *Jack* el Destripador. Para empezar, porque Jack el Destripador y ella vivieron en tiempos diferentes. Y porque Eros no cumplió con los deseos de su madre.

—Hum. Un hijo rebelde. Esto se está poniendo cada vez más interesante.

—Eros se enamoró de Psique.

—¡La leche! Si llego a saber que Bellas Artes es tan entretenido...

El semblante reprobador de Jack contrastaba con la ternura de su sonrisa.

—La flecha fue lanzada al mar —prosiguió, haciendo caso omiso de mis constantes interrupciones.

—Como debe ser —aseguré solemne.

—Y Eros durmió a Psique y se la llevó a su palacio.

Mi sonrisa de sabionda se hizo añicos.

—Ah. Esto empieza a sonarme de algo.

—La secuestró y la convirtió en su amada —corroboró Jack mis peores temores—. Solo había un problema.

—¿Ella tenía el Síndrome de Estocolmo y los oráculos griegos no sabían lo que era eso ni cómo tratarlo? —propuse, con irónica dulzura.

—Ella no debía verle el rostro —repuso Jack con voz cadenciosa—. Él siempre venía de noche, y se amaban en profunda oscuridad.

—Qué intrigante. Aquí se masca la tragedia, Jack. Se masca la tragedia. Puedo sentirlo.

Se esforzó en retener la sonrisa.

—Así es. Aconsejada por sus hermanas, que creían que el maravilloso amado de Psique no podía ser sino un horrendo monstruo, según el Oráculo de Apolo ya había predicho anteriormente, la joven princesa encendió la lámpara para poder verle el rostro, si bien él le había advertido en numerosas ocasiones que no hiciera indagaciones acerca de su identidad. Quería mantenerla a salvo de la ira de su madre.

—No, si ahora va a resultar que el secuestrador era noble y todo. Qué talento tenéis los hombres a la hora de dar la vuelta a las cosas.

—Era noble. Solo quería salvarla. Pero ella no le hizo ningún caso. Encendió la lámpara, y una gota de aceite cayó sobre el rostro de Eros. Él despertó y se sintió tan decepcionado por su traición que la abandonó.

—No me jodas, Jack. ¿Cómo que la abandonó? Ella solo quería asegurarse de que no se había acostado con un adefesio. Tiene todo el sentido del mundo.

—No es verdad. Cuando se trata de amor verdadero, no importan los defectos del otro. Solo importa lo que hay aquí dentro. Psique no lo comprendió hasta que fue demasiado tarde.

—Ya. Y conociendo a los griegos y sus dioses, Psique acabó devorada por el Kraken, ¿a que sí?

Jack soltó una carcajada.

—¿Por qué siempre tienes que menospreciar la fuerza del amor?

—No sé... ¿Porque soy realista?

—Pues no fue así, listilla. Psique, desesperada, rogó a Afrodita que la ayudara a recuperar a su amado.

—¿A la zorra vieja y resentida? Qué poco seso tenía esta muchacha.

—Sí, a la madre de Eros, que seguía resentida y, por ello, le mandó a Psique cuatro tareas que ningún mortal habría podido llevar a cabo.

—Muy típico de las zorras viejas y resentidas.

—Pero, para sorpresa de Afrodita, Psique consiguió llevar a cabo las primeras tres. La cuarta, en cambio, no fue tan fácil. Tenía que ir al inframundo y pedir a Hades un poco de belleza para Eros. Según su madre, la traición de su amada le había marchitado el atractivo.

—Y claro, la pobre Psique no podía quererle con barriga cervecera y calvicie... —me burlé, esbozando una sonrisa cruel.

—¿Siempre has sido tan cínica?

—Desde que me leí *La Letra Escarlata* y comprendí que el amor es traición.

—Oh. Yo falté a esa clase.

—E hiciste muy bien. Bueno, ¿y qué pasó con Psique?

—Ah. Consiguió la belleza, pero decidió abrir la caja y tomar un poco para ella misma. Así se aseguraba de que Eros siempre la amaría.

—Ay... Qué ricura. Como en esos tiempos no existía la anti-oxidante de Estée Lauder... —añadí en tono de mofa.

Por enésima vez, Jack puso los ojos en blanco. Aun así, acabó la historia.

—Por desgracia, la caja solo contenía sueño estigio, un vapor narcótico que sumía en la amnesia a los muertos cuando llegaban ante Hades.

—Eso pasa cuando te fías de un demonio.

—Hades no era un demonio. Era un dios.

—Sí, sí, sí. Todos eran dioses. ¿Y murió?

—Mira que eres fatalista. No. No murió. Fue rescatada. Eros, que había seguido muy de cerca sus aventuras, decidió perdonarla. Limpió el sueño de sus ojos y le pidió a Zeus y a Afrodita que le dejaran desposar a la joven.

—Eso sí, un poco calzonazos sí que era, porque está todo el rato *mamá eso, mamá lo otro...* Oye, no me pongas los ojos en blanco. No puedo evitar ser cínica. Aunque admito que me parece una historia de amor bastante bonita. ¿Ahora es cuando la devora el Kraken?

—No, cansina. Ahora es cuando se casan y tienen hijos. Tengo debilidad por los finales felices.

—Te lo estás inventando —acusé, escudriñando su rostro con mirada sagaz.

—Para nada. Es mitología griega pura y dura.

—¿Con *happy end*?

—Con *happy end* —aseguró él solemnemente.

Medité unos segundos y luego mis labios se desplegaron en una enorme sonrisa.

—Mola. ¿Por qué Disney no ha hecho ninguna película de esto?

—No es un mensaje bueno para los niños. *Enamórate de tu secuestrador, dulce niñita* —se burló Jack, haciéndome estallar en carcajadas.

—Vale, sí, tienes razón —admití entre risas—. ¿Pero cómo es que nadie ha reflejado esto en ninguna parte?

—Oh, lo han reflejado en todas partes, Katie. Mil cuentos, partiendo de la misma base, dan la vuelta al mundo ahora mismo. El folclore rumano, el alemán, montones de esculturas y pinturas... Su historia está en todas partes.

De hecho, hay un cuadro que he estado buscando durante años, *El Rapto de Psique*. Nunca lo he localizado. Forma parte de una colección privada.

—¿En serio? ¿Y para qué lo quieres? —pregunté, atravesando sus pupilas con una mirada cargada de interés.

—Para contemplarlo —respondió Jack con aire abstracto—. Para contemplar su belleza.

Y mientras lo decía, sus ojos se perdieron en la nada, como si de repente hubiese sido relegado a otra etapa de su vida, otra época, unos tiempos remotos en cuyo recuerdo a mí no se me permitía acceder.

Fue entonces cuando lo comprendí. Lo comprendí de verdad.

Él había visto el mundo tal y como era, con su crudeza y esa tierna belleza que yo tanto había anhelado conocer. Él era todo cuanto yo había deseado ser algún día.

Y le admiraba por ello.

A lo mejor por esa razón me atraía tanto que no podía resistirme. Porque Jack, en el fondo, era una versión masculina de la persona en la que yo soñaba convertirme. Era rebelde, entregado. *Sentía*. Ese hombre había estado en todas partes.

Y estaba vivo.

Jack respiraba. Su fuerza vital palpitaba con tanta fuerza que me abrumaba, y su cuerpo ardía con una pasión que me dejaba sin aliento.

¿Había sentido dolor en algún momento?

Sin duda.

Lo miré y algo en sus ojos me dijo que le habían hecho daño montones de veces. Pero, aunque le hubiesen desgarrado, él seguía adelante, con coraje y la cabeza bien alta, luchando por las cosas en las que creía.

¿Había sentido miedo alguna vez?

Desde luego.

Y, sin embargo, ahí estaba, sobreponiéndose.

Comprendí que Jack lo había sentido todo y que yo no había sentido nada. Al menos, no hasta conocerle.

Había empezado a sentir gracias a él, a ver el mundo a través de sus soñadores y atribulados ojos, y ahora me estaba volviendo cada vez más ávida de conocimiento. No podía evitar querer más. Quererlo todo.

Esa noche me habló de sus proyectos. El poblado de Burundi. La ONG de la República Centroafricana, para que ningún otro niño se viera forzado a trabajar como soldado o esclavo sexual.

Y mientras Jack me lo contaba todo, con esa pasión tan suya —cuando Jack hablaba de crear un mundo mejor, sus ojos se encendían como las brasas de la chimenea y era imposible no contagiarse de su entusiasmo—, lo supe. Supe que yo, Alexia Van Bon, me había enamorado perdidamente de ese hombre. No tenía ni idea de cómo había sucedido. No era capaz de identificar el momento exacto en el que había caído bajo su embrujo.

Solo sabía que le quería, con tanta fuerza que mi marchito corazón latía por fin. Al principio, tan despacio que ni siquiera había comprendido lo que era ese cosquilleo en el pecho.

Ahora lo sabía. Porque ahora me desgarraba por dentro.

Jack siguió hablando y hablando. Y yo seguí escuchándole, hambrienta de sus palabras.

Y cada vez le admiraba más.

Le respetaba más.

Y le amaba más.

Esa era la cruel realidad. Y si eso me convertía en Psique, en Bella o en Nancy Spungen, pues a la mierda.

—Si consiguiéramos llevar el agua hasta ahí, Dios, rebajaríamos la mortalidad infantil casi un noventa y tres por ciento.

Me levanté y Jack calló de repente.

—¿Adónde vas? —me preguntó, al ver que atravesaba la habitación hacia él.

No respondí. Me arrodillé delante de su silla y me perdí en sus ojos. Me devolvió la mirada, y advertí que estaba turbado, que no le gustaba nada esa intimidad. Que, de algún modo, le asustaba.

—¿Katie? —murmuró con labios trémulos.

Esbocé una sonrisa agónica, alargué el cuello y pegué la boca a la suya. Jack contuvo el aliento.

—Bésame... —le pedí, con apenas un hilito de voz.

Vi la lucha que lo desgarraba por dentro. Vi lo mucho que intentaba contenerse a sí mismo.

Y vi que estaba perdiendo la batalla.

Apretó la mandíbula, me agarró el rostro y me lo elevó hacia el suyo. No fue tierno. Tampoco violento. En sus gestos se entremezclaba ferocidad y delicadeza, y creo que eso era lo que más me gustaba de él, el hecho de que siempre estuviera debatiéndose entre la luz y las sombras.

Sus ojos se hundieron en los míos y atravesaron no solamente mis pupilas,

sino todo lo que había más allá.

—¿Quieres de verdad que te bese?

—Sí.

—¿Cómo quieres que te bese?

—Como nunca has besado a nadie.

Sus parpados bajaron unos segundos y luego se elevaron de golpe. Estaba buscando algo en mis ojos, me estaba leyendo como a un libro.

—Como nunca he besado a nadie, ¿eh? —susurró contra mi boca—. Lo quieres todo.

—Todo o nada —admití con expresión imperturbable.

Jack esbozó ese gesto suyo que pretendía ser una sonrisa, y luego me besó. Me besó tal y como se lo había demandado. Como nunca había besado a nadie. Hundió los dedos en mi cabello, puso la boca encima de la mía y me lo arrancó todo, hasta la última duda que podía albergar en los confines de mi corazón.

Cuando sus labios se apartaron, estaba mareada y mis ojos ardían más que el Infierno. Solo sabía una cosa: no había sido suficiente.

—Te he besado como si fuera la primera vez —dijo Jack con la boca a escasos milímetros de la mía—. Y ahora, si me lo permites, te besaré como si fuera la última.

Asentí, y sus labios buscaron de nuevo a los míos.

Nunca me dejes marchar

Pista 13: *All of me*
(Nicole Cross)

Ni siquiera había salido el sol cuando vino a despertarme.

—Katie —susurró junto a mi oído—. Despierta. Nos vamos.

Abrí los ojos y lo miré confusa.

—¿Qué? ¿Adónde? Si ni siquiera es de día.

—Tienes quince minutos para vestirte.

—Pero... ¡Jack! ¿Qué haces? ¡Jack! —me ofusqué al ver que salía de mi habitación sin dar más detalles.

Increíble.

Me levanté refunfuñando, me vestí y me lavé los dientes. Cuando bajé, Jack puso entre mis manos un vaso de plástico lleno de café.

—Te hará falta.

—¿Se puede saber qué demonios pasa contigo?

—¿Estás preparada?

—¿De verdad no vas a decirme adónde vamos?

El sol estaba despuntando en el cielo cuando detuvo por fin el coche.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté, ya al borde de la exasperación.

Llevaba una hora y media con él en el coche, intentando hacer que hablara. En vano. Jack, cuando se lo proponía, podía llegar a ser tan imperturbable como una estatua de piedra.

—Toma —dijo, ofreciéndome un sobre.

Ceñuda, lo abrí y miré dentro. Se me cayó el alma a los pies. Ni siquiera sé de dónde saqué las fuerzas para levantar la mirada hacia la suya.

—¿Qué es esto, Jack?

—Quinientos dólares en efectivo —respondió él, sin mirarme.

Estaba tenso en su asiento, con los ojos apuntando a lo lejos.

—Eso ya lo veo. ¿Pero qué quieres que haga con esto? —pregunté, aunque, en el fondo, sabía la respuesta. La había adivinado en el aire torturado que empapaba su rostro.

—A doscientos metros de aquí hay una estación de autobuses. Compra un billete a Denver. Está cerca. A unos ciento y pico kilómetros. Estarás ahí a la hora del desayuno.

—¿Y qué es lo que sugieres que haga en Denver?

—Usa el resto del dinero para volver a Nueva York —dijo, muy escueto.

Como intentaba eludir mi mirada, cerró los puños, enderezó la espalda y apoyó las manos contra las rodillas.

Lo miré en silencio, esa figura rígida que tan familiar y, al mismo tiempo, extraña me parecía, y las lágrimas pugnaron por salir.

Durante semanas había fantaseado con ese momento.

Ahora me aterraba.

La simple idea de no volver a verle me resultaba insoportable.

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunté con labios temblorosos.

Jack tensó la mandíbula. Calló. Y luego sus ojos se volvieron y me miraron por primera vez en todo el día; ese profundo azul me atravesó con saña y yo me sentí pequeña e indefensa bajo el peso de su mirada.

—Porque estoy enamorado de ti y no puedo seguir reteniéndote —murmuró.

Esbocé un gesto de dolor y negué despacio.

—¿Estás enamorado de mí y, aun así, me dejas marchar?

Volvió la vista al frente. Le turbaba mirarme a la cara.

—Es lo correcto.

—¿Yo no tengo voz ni voto? ¿No te importa lo que yo quiero?

—Es lo correcto —repitió como un robot.

¿Cuántas veces se lo había estado repitiendo durante las últimas horas? Tuve claro que no había pegado ojo desde que nos habíamos ido a la cama la noche anterior.

Callé unos momentos, miré la acera desierta y luego lo volví a mirar a él.

—Así que es el final.

—Todo viaje ha de concluir en algún momento. El nuestro lo hace ahora. Hemos llegado a un punto sin retorno.

—¿De verdad estás enamorado de mí?

Un músculo empezó a latir en su mandíbula. Me esforcé por atrapar su

mirada, pero Jack era muy obstinado en cuanto a eso, siguió mirando un punto a lo lejos como si su vida entera dependiera de ello.

—No vas a contestar —comprendí, y poco a poco fui rindiéndome—. Vale. ¿Al menos puedes decirme cuándo te has enamorado exactamente?, ¿cuál fue ese momento que lo paralizó todo?

Rechinó los dientes. Tampoco iba a contestar a eso. Había regresado ese monstruoso silencio que tan insoportable se me había hecho al principio de nuestro viaje.

—Pues que te jodan —gruñí, apeándome furiosa por la puerta.

Cerré de golpe, me envolví en mi sudadera y eché a andar hacia la estación de autobuses. No me sentía capaz de retener las lágrimas por mucho más tiempo.

«¿Yya está? ¿Esto es todo? ¿Una migaja y se ha acabado?»

«¿Y qué esperabas? ¿Una gran boda en prisión? ¿Un bebé atracador de bancos? Sé razonable. Esto no tenía ningún futuro. Aunque tú hayas encontrado el modo de perdonarle, ¿qué pasa con la ley? ¿Ese tío entró con una metralleta en un puto banco de Manhattan y se llevó millones de dólares en efectivo! ¿Crees que no va a pasarle nada? ¿Que le absolverán porque tú te has enamorado de él?»

Estaba tan hundida que no le escuché acercándose a mis espaldas. Fui consciente de su presencia solo cuando me cogió del brazo y me hizo detenerme.

Me giré y mi corazón se aceleró al verle ahí, con ojos brillantes y rostro devastado.

—Cuando me apuntaste con la pistola.

Las palabras brotaron a través de los labios entumecidos y me sonaron extrañas, un tono diferente al que acostumbraba a adoptar.

—¿Qué? —dije con un gesto de incompreensión.

—Querías saber cuándo me enamoré de ti. Fue entonces. Cuando me apuntaste con la pistola. Me pareciste muy valiente. Te admiré por ello.

Lo miré y me di cuenta de que él estaba sin aliento, que había mil demonios en su cabeza, atormentándolo.

—Gracias por decírmelo —musité, e hice un débil amago de sonrisa.

Nos miramos a los ojos un tiempo incalculable. Ninguno de nosotros volvió a abrir la boca. Ya no había nada que decirse, así que me dispuse a marcharme.

Sin embargo, él volvió a agarrarme del brazo y me detuvo.

—Pero no fue ese el momento que lo paralizó todo —volvió a decirme.

—¿Ah, no? —dije, cada vez más hambrienta de sus palabras.

Jack negó despacio.

—Estábamos en el banco. Yo me despedí de ti. Te dije: *Adiós, cielo. Ha sido todo un placer*. Tú me miraste a los ojos y dijiste...

—Que te jodan.

—Que te jodan —corroboró él con sonrisa débil, soñadora—. Y entonces sentí el chispazo, y supe lo peligroso que era acercarme a ti.

—Aun así, te acercaste.

—No tuve elección.

—¿Es así cómo te consuelas a ti mismo?

—No. Es que *no tuve* elección.

—Claro que la tuviste, Jack. ¡Joder si la tuviste! Podías haberte marchado. O haberte llevado a cualquier otra persona. Pero tú me llevaste a mí. ¿Sabes por qué? Porque no fuiste capaz de dejarme marchar. ¿Qué te hace creer que podrás hacerlo ahora?

Jack me sostuvo la mirada y frunció el ceño.

—Ahora me importas. Ya no eres una desconocida con la que entablé mirada en la calle. Tengo un deber contigo.

—Que se joda el deber. ¿Por qué me estás dejando ir?

—Porque debo —se empecinó, con rostro duro y ojos ilegibles.

—Te lo preguntaré por última vez. ¿*Por qué* me estás dejando ir?

—¡Porque te quiero! —me gritó con todas sus fuerzas—. ¡TE QUIERO!, ¿vale? Te quiero, te quiero, te quiero. ¡Joder! Te quiero, y hace mucho tiempo que necesito decírtelo.

Con fuerza, me aferró por los hombros y me aplastó contra su pecho. Sus labios entrechocaron con los míos, y Jack, clavándome los dedos en la clavícula, me dio un beso cargado de desesperación. Solo fueron instantes. Luego se detuvo de golpe, como si algo lo estuviera frenando.

—Si me quieres, deja que me quede —musité contra su boca, que se había tornado rígida encima de la mía.

—Eso no es posible. Adiós, Lexi. En otras circunstancias habríamos tenido un futuro.

No me brindó la oportunidad de hacer o decir algo. Me separó de su pecho, dio un paso atrás y supe que daba igual lo que yo dijera. No iba a hacerle cambiar de opinión.

Miré su sombrío rostro, en el que ya nada se reflejaba, y sentí la ardiente

punzada de las lágrimas que luchaban por desbordarse por mis mejillas. El abismo que nos separaba se volvió más profundo que nunca.

Jack me lanzó una última mirada, vaga, perdida, giró sobre sí mismo y se marchó. Me quedé ahí contemplando su espalda, que se estaba alejando de mí, y me sentí pequeña. Muy frágil. Diminuta como una gota de lluvia que cae en medio del océano, se funde con el agua y deja de existir.

Ese era el fin de algo que nunca debí haber deseado. ¿Cómo se supone que debía sentirme?

Cuando quieres algo, tienes que ir a por él, ¿no? Por muy disparatado, ilógico o atroz que sea, el deseo es el deseo, y el deseo adopta muchas formas. Puede ser irracional, loco o incluso peligroso e incoherente.

Ahí estaba yo, siguiendo con la mirada a Jack, que se estaba alejando hacia el coche. Le deseaba, de eso estaba segura, pero ¿debía ir a por él? ¿Qué habría hecho Psique?

«*Hmmmm... ¿ir al Infierno para recuperarlo?*» me propuse a mí misma.

Y, de pronto, todo se volvió nítido. Yo nunca había sido valiente. No era una guerrera, sino una soñadora. Lo había sido durante toda mi vida.

¿Y si había llegado la hora de dejar marchar los sueños, separarme de ellos para siempre?

Los sueños solo existen mientras duermes. En tu imaginación, todo es idílico y sencillo. El blanco es blanco, el negro es negro. No hay líneas que cruzar, no hay precipicios por los que caerte, no hay abismos en los que perderse.

Un sueño es sublime, porque un sueño no es real.

La realidad, en cambio, no es bonita, ni sencilla, pero es auténtica, y no hay quimera que supere eso.

Envalentonada por mis pensamientos, apreté los dientes y rompí a correr por la acera. No me acerqué a Jack. Corrí en dirección contraria. Yo no era Psique. No iba a ir al Inframundo para recuperar al hombre más inadecuado del universo, al que, no obstante, quería de una forma ilógica y casi desesperada. Ese era el siglo XXI. Y estábamos en Estados Unidos de América. Yo era una mujer moderna y sensata que durante años se había nutrido de series y películas románticas. Sabía perfectamente cómo funcionaba el mundo real.

Por eso iba a ir a buscar un taxi.

—¿Ve este sobre?

—Sí.

—Contiene quinientos dólares, que serán suyos si sigue a ese hombre. Rápido, que se nos escapa.

Creo que el taxista pensó que yo era alguna especie de mujer trastornada. Me miró parpadeando y luego miró el sobre. Pude imaginarme su conflicto. No quería poner en peligro a ese pobre hombre —Jack—, lanzándolo a las garras de una desquiciada como yo. Por el otro lado, no quería dejar escapar la oportunidad de ganar tanto dinero en un día. Una decisión complicada.

—Escuche, Ibrahim, piénseselo rápido, porque Jack se está marchando y yo no tengo tiempo que perder.

El taxista gruñó, metió primera y siguió el *Camaro* azul.

Me arrellané en mi asiento y una amplia sonrisa desplegó mis labios.

«*Cuando esto acabe, prometo ir al psicólogo*», me dije, para reconfortarme de alguna forma.

Tras lo que acabó siendo un viaje bastante corto, Jack se metió en el aparcamiento de un motel de mala muerte y apagó las luces.

—Me quedo aquí —le dije a Ibrahim mientras mis ojos seguían a Jack, el cual estaba enfilando hacia la recepción—. Tenga. Su dinero.

—Le está poniendo los cuernos, ¿verdad?

A punto de bajar del coche, me detuve y le lancé una mirada confusa.

—¿Qué?

—Su marido. Le hemos seguido hasta aquí porque usted cree que le está poniendo los cuernos.

Casi me entró la risa, pero conseguí contenerme. A duras penas.

—Pues... sí. Por eso le hemos seguido. Para comprobar la teoría de que ese hombre de ahí es un hijo de puta infiel, amigo. Está claro.

—¿Quiere que me quede?

—No. No hace falta. Puedo con esto yo solita. Gracias por traerme hasta aquí. Adiós.

Abrí la puerta y saqué una pierna fuera.

—¿Señora?

El titubeo de Ibrahim me frenó otra vez. Solté la manecilla, resollé y lo miré con las cejas en alto, bastante exasperada por las constantes intromisiones.

—Lo siento —me dijo, con su marcado acento árabe—. Lo de su marido. Lo siento mucho.

Compuse una sonrisa beatífica.

—Gracias, Ibrahim. Es un consuelo saberlo.

—Espero que salga todo bien.

—Lo hará.

Conseguí por fin bajar, y me quedé ahí de pie, sonriendo y siguiendo con la mirada las luces traseras del taxi, que no tardaron nada en desaparecer entre las colinas. El motel estaba apartado de la carretera. Típico de Jack, refugiarse en un lugar de mala muerte, en el culo del mundo.

Sintiéndome cada vez más magnánima —había que serlo para perdonar a Jack de esa forma—, suspiré hondo, me volví sobre los talones y lo busqué con la mirada. Acababa de salir de recepción y se estaba encaminando hacia una habitación. No me había visto. Parecía perdido en sus pensamientos, triste. Esperaba que ese decaimiento que percibía en sus hombros tuviera algo que ver conmigo y nuestro reciente adiós.

Protegida por los rayos, aún débiles, del amanecer, esperé a que Jack desapareciera detrás de la puerta y entonces me puse en marcha.

Iba a seguir adelante con mi disparatado plan. Crucé el patio deprisa, salté por encima de las dos escaleras que conducían a la zona de las habitaciones para fumadores y torcí por un largo corredor.

Al principio, con energía.

Después, cada vez más despacio, como si mis piernas se hubiesen convertido en plomo, tan pesadas que apenas conseguía arrastrarlas.

¿Y si me había equivocado? ¿Estaba loca por haber vuelto? ¿Era masoquista? O, peor aún, ¿era yo la sádica, la que sujetaba el látigo?

¿Y qué iba a decirle? *¿Hola, Jack, lo que hiciste estuvo muy mal, pero vuelve a hacérmelo porque estoy tan mal de la cabeza que me gusta el peligro que oscurece tus ojos cada vez que buscan a los míos?*

No, no podía regresar. Tenía que dar media vuelta. ¡Por Dios! Solo a mí se ocurrían esas locuras. Ese tío me había liberado en un acto de caridad cristiana ¿y yo era tan gilipollas que había vuelto a por más?

—Increíble —bisbiseé, al tiempo que daba media vuelta y bajaba los escalones con gestos airados.

Admitámoslo, volver con Jack era una chifladura incluso para alguien como yo, que llevaba toda la vida soñando con enamorarme de un forajido. ¿En serio? ¿Clyde Barrow? ¡Pero qué estupidez más grande, joder! Clyde Barrow era un criminal al que las fuerzas del orden habían abatido a tiros. ¿Qué coño tenía eso de romántico? Había que ser idiota.

Empecé a encenderme como la pólvora y, en medio de esa contienda conmigo misma, caminé unos ocho pasos en dirección contraria, alejándome de Jack a zancadas cada vez más furiosas. Como debía ser. Porque no le quería. Era una locura. ¿Cómo iba a querer a alguien como él?

De pronto, las piernas se me pararon en seco y yo bajé los párpados con gesto exasperado y expulsé casi todo el aire que llevaba en los pulmones.

—¡Jo-der! —gruñí, y tuve que contener las ganas de dar una patada a algo. La rabia que ardía en mi pecho estaba a punto de desbordarse.

Con brusquedad, giré sobre mí misma y enfilé, por segunda vez, hacia su puerta. Había llegado demasiado lejos como para marcharme ahora, ¿no?

Además, me había gastado todo el dinero. ¿Y si en la estación no aceptaban tarjetas de crédito?

Por no mencionar que no había modo de llegar hasta la estación. ¡Aquello no era Times Square! ¡No había ni un puñetero taxi! ¿Cómo iba a marcharme? ¿En escoba, como Harry Potter?

Dejé que mis nuevos argumentos —a los que encontré bastante lógicos— me convencieran, y golpeé enérgicamente la puerta de Jack.

Nada más hacerlo, me arrepentí.

Mierda. ¡No podía ir en serio!

«Por favor, que esté en el baño y no escuche la puerta».

—¿Quién es?

Oh, joder. Por lo visto, el destino había elegido por mí. Jack estaba en la habitación, y me había escuchado. ¿Qué iba a hacer?, ¿seguir adelante con mi locura, o correr a esconderme detrás de la destartada máquina de hielo que se estaba oxidando a solo tres pasos de distancia de ahí?

Volví a bajar los párpados con gesto hastiado.

—Soy yo. *Katie*. Abre.

La voz me sonó rezongona, puesto que yo estaba al borde de la exasperación.

Jack tardó menos de dos segundos en abrir la puerta. Sus ojos estaban abiertos de par en par, y una profunda línea de confusión hundía su entrecejo.

—¿Qué haces aquí? —farfulló, y tal era su pasmo que me miraba con la

boca abierta.

Quise decir algo en mi defensa, pero no supe el qué, así que me encogí de hombros y apreté los labios en una sonrisa rígida.

—Yo no dejo de preguntármelo, y aún no he encontrado la respuesta.

—No me jodas.

—No era mi intención. O quizá sí. ¡Qué coño! ¡Sí que era mi intención! Para eso he venido.

Al decirlo en voz alta, supe que era cierto. Lo cual me tranquilizó un poco. No era una demente. Era una mujer con un plan. Bien. Muy bien. Así se hace.

Jack negaba una y otra vez.

—Esto es una locura —aseveró, y me volvió a mirar, desencajado y sin aliento.

—¡Ya sé que es una locura! ¿Piensas que soy gilipollas? Pero puede que la vida no sea más que un interminable cúmulo de locuras y aciertos.

—Lexi, no deberías estar aquí.

—*Lo sé* —repetí exasperada.

—Lo sabes, pero no vas a marcharte, ¿verdad?

Me volví a encoger de hombros con impotencia.

—Al menos he venido por mi propio pie. Eso tiene que contar algo, ¿no? Bueno, la verdad es que he venido en taxi, pero tú ya me entiendes.

Jack se pasó los dedos por el pelo y soltó una blasfemia.

—No me lo puedo creer. Alexia, yo... Ese día, en el banco...

—Ya no importa.

—Pero tengo que decírtelo.

—No, no tienes que hacerlo. Lo único que tienes que hacer ahora mismo es besarme, porque desde el otro día no puedo sacarme de la cabeza tu tacto, y tu sabor, y la forma en la que me miras justo antes de besarme. Nadie me ha mirado nunca como tú. Creo que estoy enganchada a eso.

—Pero...

Me acerqué un paso más y él calló y sus ojos se hundieron profundamente en los míos.

—Jack, hablo en serio. Quiero que me beses como nunca has besado a nadie. Tengo que comprobar una teoría sobre los forajidos.

Jack gruñó un improperio, me levantó por las caderas y me acurrucó contra su pecho, obligándome a rodear su cintura con las piernas. Había algo salvaje en su rostro cuando lo acercó al mío, algo primario y completamente excitante. Hambre. Deseo. Peligro. No supe lo que era. Quizá una mezcla de todo lo

anterior.

Su mirada había oscurecido tanto que sus pupilas ya ni parecían azules. Nunca me había mirado con tanta pasión. O con tanta necesidad.

Puso una mano contra mi nuca y me sujetó la cabeza con fuerza. Nuestros ojos estaban a la misma altura, y nuestros labios casi se estaban tocando. El aliento de Jack sonaba áspero, irregular.

—Si te doy este beso, no habrá vuelta atrás. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Me quedé un segundo mirando su rostro, masculino, duro, atractivo, de boca sensual y penetrantes ojos azules, y la respuesta afloró por sí sola, sin que yo hiciese ningún esfuerzo.

—Estoy segura de una sola cosa: nunca me he sentido tan viva. Mi corazón solo late cuando estoy contigo. Eso tiene que significar algo.

Jack lo encajó con un gesto que se debatía entre la felicidad más profunda y el tormento más lacerante. Lo comprendía. Era más o menos lo que sentía yo.

Nuestros ojos siguieron entrelazados. A nuestro alrededor solo había sombras y oscuridad, y advertí que estaba cayendo en picado por el abismo que se había abierto en su mirada.

Y también advertí que el abismo significaba la promesa de una pasión desenfrenada y la certeza de una desgracia absoluta.

Él era todo lo que yo había estado deseando en secreto, era intenso, carismático, metódico, *muy* pasional; el chico rebelde que habría hecho perder la cabeza a cualquier mujer entre los trece y los noventa y nueve.

Yo no era una excepción. Me había enamorado. Por supuesto que sí.

¿Pero podía confiar en alguien como él?

¿Y por qué daba por hecho que tenía elección?

Jack retrocedió conmigo en brazos. Sus ojos ni por un segundo se apartaron de los míos. Era como si no se pudiera creer que había vuelto.

A mis espaldas, la puerta se cerró con un ruido seco. *Bum*. Me vi atrapada ahí con él y sentí de pronto que había tomado la decisión correcta, que podía fiarme de él, que él nunca me haría daño.

Quizá fuera tan solo otra quimera más. ¿Importaba?

Estoy muy dentro de ti y pienso quedarme

Pista 14: *Never tear us apart*
(Bishop Briggs)

En medio de ese crepitante silencio, nuestros labios se encontraron con avidez y Jack buscó mi lengua y la obligó a participar en el beso.

Noté a mis espaldas la firmeza de una pared y la rugosidad de su contacto. Los brazos de Jack se mantuvieron tensos a mi alrededor, a pesar de que ya no tenían que cargar con todo mi peso.

Con las palmas intenté buscar algo de apoyo en el muro contra el cual estaba apoyada. Necesitaba algo terrenal a lo que agarrarme. A mis pies sentía la gelidez de unas aguas profundas y oscuras que no tenía ni idea de adónde me conducirían. Si iba a ahogarme, ¿era Jack mi única salvación?

La patente erección que latía contra mi estómago y la ferocidad con la que me besaban sus labios bastó para que cualquier reflexión se borrara de mi cabeza.

Su cuerpo buscó el contacto del mío, sus manos rodearon mis muñecas, y el deseo que sentía hacia él aumentó hasta consumirme. Me levantó las manos por encima de la cabeza y entrelazó nuestros dedos. Su corazón latía tan fuerte como el mío propio, y yo estaba perdida, asfixiada por una niebla que no podía expulsar de mi mente. Me solté de su agarre, me aferré a su nuca como si él fuera mi único salvavidas y hundí los dedos en su cabello. Era tan suave, tan sedoso, tan oscuro...

Jack me besó. Me besó. Me besó...

Me empujó contra la pared, una y otra vez, y sus manos recorrieron con desesperación mi cintura y mis caderas. A mí no me importó que su boca me robara el último soplo de aire, quería entregarme sin reservas.

Cuando me soltó, me escocían los labios y los notaba hinchados. Aun así, no había tenido suficiente.

Me separó de la pared y me llevó en brazos a la cama. Sin esbozar ningún

gesto, me tendió sobre el colchón y se dobló sobre mí. Con una mano, me levantó el mentón y atrapó mi mirada.

—Y bien, ¿vas a decírmelo?

—¿El qué?

—Cuándo te has enamorado de mí.

—No estoy enamorada de ti.

—Mentirosa.

Él estaba sonriendo y, sin proponérmelo, sonreí también.

—Hablo en serio. Si he vuelto es solo para llevarte la contraria —lo desafié.

—Qué embuste. Has vuelto porque me encuentras irresistible —dijo al tiempo que me hacía doblar la rodilla y se abría hueco entre mis piernas.

—Te encuentro irresistiblemente insufrible.

La sonrisa de Jack se hizo más amplia. Bajó el rostro sobre el mío y volvió a tomar mis labios entre los suyos.

—Nunca has conocido a nadie como yo —murmuró al soltar mi boca. Sus labios resbalaron por mi mandíbula y mi cuello, y yo sonreí para mí y me mordí el labio.

—Cierto. Suelo tratar con gente que está bien de la cabeza.

Jack apoyó la lengua en un punto detrás del lóbulo de mi oreja, y yo cerré los ojos, hundí los dedos en su pelo y me arqueé hacia arriba, boqueando en busca de aire. Sus manos estaban ascendiendo por mis costados y mi capacidad de respirar se había visto afectada de repente.

—Me quieres solo porque no puedes tenerme —me susurró en el oído, mientras colaba un dedo por debajo de la cintura de mis vaqueros.

Abrí los ojos de golpe y entablé mirada con él. Jack se mordió el labio, sonrió y arrastró el dedo a lo largo de mi vientre, una línea recta, de fuego.

—¿Que no puedo tenerte? —repetí, medio divertida medio ofendida.

Con brusquedad, usé las piernas para tumbarlo y me subí encima de él. Algo se encendió en la mirada de Jack al verse atrapado entre mi cuerpo y el colchón.

Convencida de que eso era lo más descarado que había hecho nunca, cogí sus manos y las coloqué en mis pechos. Por su expresión facial supe que estaba muy impresionado por mi osadía. Tenía una ceja en alto.

—¿Estás seguro de que no puedo tenerte, *cielo*?

—Lo nuestro no tiene futuro, cariño —aseguró, si bien estaba conteniendo la sonrisa.

—Porque tú lo digas.

Empecé a contonearme para demostrarle que se equivocaba. Jack masculló una maldición.

—No me gusta pertenecer a nadie —se obligó a decirme al tiempo que sus dedos buscaban mis pezones.

—Ya lo haces.

Medio sonrió y apoyó las manos contra mis caderas.

—¿Es eso lo que piensas? —Su penetrante mirada se arrastró por mis labios y sus manos se hundieron en mi carne—. ¿Que te pertenezco?

—Pues sí. Es bastante evidente.

De un solo movimiento, acabé tumbada por debajo de él y con las muñecas asidas por encima de la cabeza. Aquello parecía una clase de lucha grecorromana.

Con Jack encima de mí, sus ojos se volvieron a hundir en mis pupilas.

—Te equivocas, cielo. La que me pertenece eres tú.

—Técnicismos. ¿Por qué has dejado de besarme?

—Eso mismo me pregunto yo.

—Anda. Por fin estamos de acuerdo en algo. Está claro que lo nuestro tiene futuro.

Bajó el rostro y sus labios se acercaron a mi clavícula. Mis pestañas empezaron a bajar y subir con un lánguido movimiento. Costaba mantener los ojos abiertos.

Con dos dedos, apartó la tela de la sudadera que se interponía en su camino y deslizó los labios hacia abajo. Poco a poco, fue liberando la cremallera.

Al llegar a la cintura de los vaqueros, la soltó y coló la mano por debajo de mi camiseta de tirantes. Me estremecí y tensé los músculos del abdomen. Los labios masculinos se movieron en una sonrisa.

—Tienes una piel preciosa —murmuró contra la base de mi garganta—. Tan suave y perfecta...

Bajé los párpados para poder mirarlo. Jack se deshizo de mi sudadera y me bajó los tirantes de la camiseta por los hombros. Me puse recta, para facilitarle las cosas, y él me lo agradeció con una de sus preciosas sonrisas.

También me quitó la camiseta negra y la arrojó al suelo. Sus ojos se elevaron despacio por mi torso, registrando cada milímetro de mi piel. Estaban encendidos, muy profundos. Su mirada era de una pasión tan pura que contuve el aliento y me quedé inmóvil durante unos segundos, como si no supiera qué hacer o qué decir.

Fue él el primero en tomar actitud. Bajó de la cama y empezó a desabrocharse los botones de la camisa a cuadros.

Por fin fui capaz de reaccionar. Me acerqué a él y lo detuve.

—Quiero hacerlo yo —murmuré, y Jack apartó las manos y me sonrió para infundirme ánimos. Creo que yo estaba un poco pálida y él había advertido mi nerviosismo. Intentaba reconfortarme. Eso era muy dulce.

Me armé de valor, levanté los brazos y solté los primeros botones. Se me ruborizaron las mejillas cuando el pecho de Jack empezó a asomar. Sentía que él me estaba observando, y también sentía la intensidad con la que lo hacía, aunque no me atreví a levantar los párpados y enfrentarme a sus ojos. Preferí centrar toda mi atención en los diminutos botones grises.

Llegué abajo del todo, desabroché el último botón y Jack puso las manos encima de las mías y me detuvo.

Me mordí el labio y miré al suelo. Era ridículo que me sintiera tan inquieta, pero no podía evitarlo.

Sentí que me elevaba los brazos, y alcé la mirada para observarlo. Con suavidad, colocó mis muñecas alrededor de su nuca.

—No voy a hacerte daño —me susurró, con muchísima ternura.

—Lo sé.

Nos quedamos quietos unos segundos. Él tenía el ceño ligeramente fruncido. Me perdí en su mirada, y Jack movió el brazo y me rozó el arco de los labios.

—Me gustaría besarte aquí —murmuró.

Moví la boca en una sonrisa.

—¿Qué te lo impide?

Sus ojos destellaron un brillo divertido.

—Nada, en realidad.

Se inclinó y me besó el arco de los labios.

El corazón me dio un brinco cuando se apartó. Él lo debió de advertir, ya que colocó dos dedos en mi garganta y acarició la piel por debajo de la cual se me estaba descontrolando el pulso.

—También me gustaría besarte aquí.

Tragué saliva, y Jack, tras trazar una suave línea con las yemas de los dedos, acercó los labios a ese lugar y lo besó. Entrecerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Su barba de dos o tres días me hacía cosquillas en la piel. Me gustaba. Era una sensación excitante. Me obnubilaba la mente.

Levanté los párpados al sentir su aliento irregular estrellándose contra mi pecho.

—Y aquí —siguió diciendo al tiempo que apartaba el sujetador y sus labios cubrían mi pezón.

Sus brazos me rodearon posesivos la espalda desnuda y me aplastaron contra su pecho. El calor de su piel era incendiario, y algo se derritió en mis entrañas cuando Jack alzó el rostro y buscó mi boca de manera febril.

Me besó larga y tendidamente, mientras sus palmas subían y bajaban por mi espalda. Poco a poco, fuimos retrocediendo hacia la cama y acabé tumbada por debajo de él.

Con dos dedos, me desabrochó el vaquero y me lo bajó por las caderas. Me alegré de no llevar las bragas *mamá con doce hijos*.

Jack sonrió. No sé si porque se alegraba también, o porque le hacía gracia que evitara ponerme las sencillas bragas de algodón que él me había comprado en un supermercado de provincia. Como fuera, sonrió para sí y me colocó la almohada por debajo de la cabeza.

—Me gustan estas bragas —murmuró al tiempo que su dedo trazaba una línea vertical por encima del encaje negro.

—No son cómodas —admití.

Se rio.

—Ya me lo imagino. Pero me gustan, porque ahora mismo noto que estás húmeda —volvió a decir, y su voz sonó más rasposa, sus ojos estaban cada vez más oscuros.

Muerta de vergüenza, me mordí el labio por dentro y rehuí su mirada. ¿Qué estaría pensando de mí? ¿Creía que era una buscona? ¿Una demente? ¿Una chica completamente trastornada?

Me tensé de cabeza a pies cuando su mano apartó el fino encaje que me protegía y su dedo se deslizó por encima de esa línea de humedad que tanto me avergonzaba.

—Qué suave —murmuró, segundos antes de que sus labios se acercaran y me besaran *ahí*.

Me hice daño de lo fuerte que me estuve mordiendo el labio. Jack me hizo doblar las rodillas y me quitó las bragas. Sentía su cálido aliento golpeando contra mi piel, contra el eje de todo mi cuerpo.

—¿Sabes algo, Katie? Me gustaría mucho besarte aquí —dijo con voz gutural, mientras su índice se apoyaba en el palpitante centro de mi sexo y lo tanteaba con cautela.

Apresando el labio inferior entre los dientes, movió el dedo arriba y abajo y su rostro se contrajo de lujuria.

El abdomen se me tensó tanto que lo noté completamente rígido.

—¿Te parece bien? —volvió a susurrarme, al ver que yo no decía ni pio.

Sus ojos azules se elevaron y se clavaron en los míos con tanta intensidad que sentí que me estaba ahogando, y separé los labios en busca de aire.

—Supongo...

Jack sonrió y asintió despacio.

—Me basta.

Me cogió por las caderas, me arrastró hacia él y me probó con la lengua. Sin darme cuenta, solté un lánguido gemido de placer, y él se colocó en los codos y se abrió hueco entre mis piernas. Seguía mordéndome los labios cuando levantó la mirada para estudiar mi reacción.

—No sabes lo jodidamente sexy que estás ahora mismo, Lexi. No puedes ni imaginar lo que despiertas en mí. Me moría por probarte.

—¿Podemos apagar la luz?

—No, cielo. Tengo que verte. Necesito poder contemplarte, porque eres lo más exquisito que he tenido nunca. Tú eres mi obra de arte.

Madre mía. ¿Por qué me decía esas cosas?

Me ruboricé, y él bajó la cabeza y me volvió a adorar con la boca, mientras con una mano me acariciaba el cuerpo. Primero usó los labios, luego la lengua y, por último, los dedos. Lo intentó primero con uno y después con dos, girándolos y doblándolos hacia arriba. Me arqueé y resollé en busca de aire cuando Jack rozó un punto muy sensible en mi interior. Sonrió y me acarició con el pulgar, al mismo tiempo que me seguía penetrando suavemente y sus ojos buscaban a los míos.

Me dispuse a bajar los párpados, pero me detuvo.

—No. Quiero que me mires a los ojos cuando te corras. No porque quiera que veas que todo ese placer te lo he dado yo, sino porque necesito que veas lo mucho que me afectas tú a mí. Lo mucho que te deseo.

Lo miré a los ojos, tal y como me pidió, y no aparté la mirada de la suya ni siquiera cuando todas esas oleadas de placer empezaron a generarse en lo más profundo de mi vientre y a sacudirme como si dos ondas sísmicas hubiesen entrechocado entre sí en alguna parte de mí.

Solté un gemido abandonado y abracé esa sensación de plenitud que me era familiar y, al mismo tiempo, completamente desconocida. Esa intensidad nunca la había experimentado en mis orgasmos.

Cuando las sacudidas empezaron a retroceder, me incorporé, cogí la cabeza de Jack y lo miré muy profundamente a los ojos.

—Ha sido... Uf.

—Y no te ha hecho falta fingirlo —añadió él.

Me reí y lo besé en los labios.

—Es verdad. No eres mi Harry.

—No, porque saltaron chispas la primera vez que te vi —murmuró mientras metía una mano por debajo de mi trasero y me atraía hacia él.

Me besó en la boca, y luego me acarició el cuello con los labios y la nariz.

—¿Puedo hacerte el amor, Alexia? —suplicó contra mi clavícula.

Sonreí.

—Es muy dulce que me preguntes eso.

Jack me apartó el pelo con una mano y me besó el hombro.

—Y hablando de cosas dulces... —murmuró con la boca avanzando por mi mandíbula, buscando a la mía.

Cerré los ojos y me abandoné entre sus brazos. Jack se deshizo de la poca ropa que le quedaba y me penetró un poco. Falta de aire en los pulmones, clavé las uñas en sus hombros y me aferré a él.

—Los ojos —me recordó con voz rota.

—Perdona.

Separé los párpados y lo miré mientras él entraba poco a poco.

—¿Sientes esto?

—Sí... —musité, mirándolo con verdadera fascinación.

—¿Sientes lo profunda que es nuestra unión?

—Hmm.

—Estoy muy dentro de ti y pienso quedarme.

Mientras lo seguía mirando y me percataba de lo rígido que se había tornado su rostro, supe que Jack no me hablaba de un plano físico, sino de algo mucho más profundo e inquebrantable.

En el amor, era como en la música. Paciente, metódico, *muy* pasional. Pasamos todo el día en la cama y Jack me hizo el amor varias veces, sin ninguna prisa, algunas veces colisionando como dos trenes de alta velocidad, y otras tan despacio que se estaba abriendo hueco dentro de mí, hasta clavarse en mis huesos.

—No quiero perderme nada —me susurró mientras, apoyado en las palmas, entraba y salía despacio.

Alcanzamos el clímax, y Jack no se apartó, hundió la nariz en mi cuello y sus brazos se volvieron de acero a mi alrededor.

—Lexi, perdóname —me susurró, cuando la noche estaba al caer.

Algo se dobló en mi interior y sus brazos me apretaron con más fuerza.

Cogí su rostro entre las manos y le obligué a mirarme.

—Perdonarte, ¿el qué?

Los ojos de Jack mostraban un desgarrador brillo de tormento.

—Todo lo que te hice. Nunca me he disculpado. Ya iba siendo hora.

—Jack...

—Por todas las veces que sentiste miedo, y todos los momentos que pasamos en silencio. Por todas las veces que temiste por tu vida. Quiero que sepas que siempre has estado a salvo. Nunca te habría hecho daño. Yo no... hago daño a nadie. Incluso si hubieses intentando escapar...

Las palabras se le atascaron y me miró con expresión desamparada. Sus ojos tenían un brillo extraño.

Moví la mano y aparté un mechón de pelo de sus ojos. Estaba despeinado, desastrado. Irresistible...

—Creo que siempre lo he sabido. Muy en el fondo, pero lo he sabido. Lo he sentido. De lo contrario, no habría vuelto. No habría confiado en ti como confío ahora mismo.

Me sonrió y me besó suavemente en los labios.

—¿Tienes hambre? —dijo al ponerle fin al beso.

Lo miré y me di cuenta de que sus profundos ojos azules titilaban una abrumadora cantidad de pasión y que había en ellos tal suavidad que me derretía las entrañas.

—La verdad es que sí. Llevamos todo el día haciendo el amor.

Se mordió el labio y una sonrisa tierna se fue extendiendo por sus labios.

—Siento que nunca tendré bastante de ti.

—Eso es espeluznante.

Se rio.

—Puede que un poco, sí. Voy a buscar algo de comer. ¿Cenar? —se propuso a sí mismo mientras se estaba bajando de la cama—. ¿Qué hora es?

Busqué el reloj y comprobé la hora.

—Las seis y veinte. Y veintidós.

—Joder. Sí que llevamos todo el día en la cama. ¿Quieres acompañarme?

Negué despacio y lo seguí con la mirada por la habitación. Era de construcción estilizada, ancho de hombros y estrecho de caderas, y su piel

tenía un tono bastante tostado. Debía de pasar muchas horas al aire libre, y estaba claro que se quitaba la camisa cuando trabajaba bajo el sol. No me costó ningún esfuerzo imaginármelo navegando en el Indico, nada opulento, un pequeño velero a la deriva, quizá. Algo al estilo de Jack.

Se puso el vaquero de prisa y metió los brazos dentro de las mangas de la camisa.

—¿Vas a estar aquí cuando vuelva? —murmuró, con los atribulados ojos azules mirándome en silencio.

Me encogí de hombros y alcé las cejas con aire travieso. Jack cabeceó apenado.

—Supongo que me lo merezco. Bueno, en caso de que decidas quedarte, ¿qué te gustaría comer?

Me volví a encoger de hombros.

—No sé. Cualquier cosa.

Él avanzó con los ojos clavados en los míos. Se estaba abotonando la camisa.

—¿Puedo elegir yo por ti?

—Debes.

Se me acercó con semblante grave y me rodeó en un abrazo.

—Por si te marchas y no te vuelvo a ver —murmuró como para justificar esa fuerza con la que me estaba abrazando.

Sonreí contra su hombro y me dejé envolver por su olor. Jack se demoró unos momentos más y luego me soltó y se marchó con expresión azorada.

Esperé unos momentos, ahí paralizada, sonriendo, y acto seguido, me levanté de la cama y me envolví con la sábana. Cuando me acerqué a la ventana y aparté la cortina con dos dedos, Jack estaba cruzando el aparcamiento. Me quedé mirándolo hasta que el *Camaro* desapareció entre las colinas.

De repente, me sentí sola y triste. Miré la cama revuelta y se me encogió el corazón. ¿Cómo iba a vivir mi vida sin toda esa pasión? Una parte de mí sabía que ahora ya nada volvería a ser igual. Me había enamorado de un delincuente. ¿Cuál era el futuro que podía esperar de eso?

Encima de la mesilla, había un teléfono. Me acerqué, descolgué y marqué el número de mi padre.

—¿Diga? —respondió Vincent al segundo toque, con ese rígido timbre de voz, tan suyo, que me hizo sentir como una niña descarriada.

—¿Papá?

—¿Alexia? Gracias a Dios. ¿Dónde estás?

—Estoy bien, papá.

—¿Dónde estás?

—No importa. Solo quería que supieras que estoy bien. Ilesa. Feliz. Y que te echo de menos.

Colgué. En las películas había que colgar en menos de veinte segundos si no querías que rastrearán la llamada. Esperé que los guionistas de Hollywood estuvieran en lo cierto.

Sin saber qué otra cosa hacer en su ausencia, me dejé caer encima de la cama y esperé en silencio a que Jack volviera. Cerré los ojos. Los volví a abrir. Imágenes de nuestra pasión aparecieron en mi mente como *flashes*. Noté que se me encendían las mejillas y sonreí. No iba a poder vivir sin esa pasión. ¿Volver a lo de antes, cuando todo era tan lineal, tan... aburrido?, ¿tan jodidamente normal? No, yo ya no era esa. Incluso si lo mío con Jack no iba a funcionar, nunca volvería a ser esa Alexia, la que soñaba con los ojos abiertos. Él me había hecho ser más valiente, me había enseñado a no conformarme con menos, a luchar por conseguir lo que quiero, a ir a por todas, aun cuando las posibilidades de perder eran abrumadoras.

La soñadora se había convertido por fin en una guerrera, en alguien que tenía todo el control. Eso me gustaba.

Escuché el motor de un coche y me levanté de golpe para comprobar si era Jack. De pie delante de la ventana, le vi apearse por la puerta, y me di cuenta de que caminaba airado hacia la escalera. Estaba hablando por teléfono con alguien, y por sus gestos deduje que la conversación no era agradable. Se le había dibujado una profunda arruga en el entrecejo y sus ademanes eran coléricos y bruscos.

Colgó de golpe y miró justo en el sitio en el que yo me escondía. Aunque sabía que no podía verme, el corazón me dio un violento brinco.

Inquieta, me aparté de la ventana y me di prisa por regresar a la cama.

Unos segundos después, se abrió la puerta y entró Jack, con el entrecejo marcado y la mandíbula tensa. El cabreo que traía se disolvió nada más verme ahí sentada, esperándolo envuelta en la sábana.

—Sigues aquí —murmuró, y aunque su rostro conservaba una expresión digna de una estatua, en sus ojos apareció un destello de sorpresa.

—Sigo aquí.

Jack dejó la bolsa encima de la mesa, vino hacia mí y me rodeó en un abrazo. Para ser un hombre tan escueto y masculino, daba demasiados abrazos.

—Te he echado de menos —musitó contra mi pelo.

Miré sus brazos y constaté que tenía las venas tensas de lo fuerte que me sujetaba.

—¿Jack?

Se apartó y, por un segundo, capté un brillo extraño en su mirada, un brillo que no tardó nada en extinguirse.

—¿Sí?

—¿Por qué te comportas como si esto tuviera fecha de caducidad?

Se apartó incómodo y se dispuso a preparar la cena.

—No sé de qué me estás hablando.

Sin embargo, eludía mi mirada, como si temiera que mis ojos fueran a ver algo más allá, la verdad que tanto se afanaba por ocultar.

—Puede que solo sean cosas mías —dije, a pesar de que no estaba demasiado segura.

—Sin duda, se trata de eso.

Con una sonrisa, vino hacia mí y se sentó en el borde de la cama.

—Traigo queso y fruta. Y una botella de vino.

—Me gusta como piensas.

Se rio y descorchó el vino. A falta de otra cosa, usamos los vasos que había en el baño.

—Es un poco rudimentario todo —se disculpó Jack.

Le dediqué mi mejor sonrisa.

—Es perfecto.

Abrió una naranja y me miró, con el gajo en la mano.

—¿Puedo?

Asentí despacio, y él acercó la fruta a mis labios. La cogí de entre sus dedos y masticé despacio.

—Hmm, está muy buena. Justo lo que me hacía falta. Fruta para hidratarse y reponer fuerzas.

Jack se llevó la mano a los labios y se chupó los dedos.

—Hm. Sí que está buena.

Me dio otro cacho y yo me lo comí encantada.

—¿Jack?

—¿Sí?

—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Cuál es el siguiente paso en el manual del forajido?

Esbozó una sonrisa lobuna y calló mientras masticaba un trozo de queso.

—No tengo un manual. Y no tengo ni idea de lo que vamos a hacer.

—¿Qué te parece si nos divertimos durante un tiempo? Solo hasta que las cosas se calmen un poco.

Me miró y meditó en silencio.

—Puede que nos venga bien.

—Sí, puede que sí.

Apresé el labio inferior entre los dientes para evitar sonreír y lo miré intensamente a los ojos.

El mundo a través de sus ojos

Pista 15: *Highway to hell*
(AC/DC)

Junto a Jack, descubrí que el desierto de Maroon Bells-Snowmass se encuentra en pleno corazón de las montañas Elk, en Colorado, bastante cerca de la ciudad de Aspen. Al acercarnos por la carretera, ni siquiera sospeché que en esos ciento ochenta mil acres que se desplegaban ante nosotros se concentraba uno de los lugares más alucinantes del mundo. Al menos, del mundo que yo conocía.

Muchas veces me he sentido pequeña y abrumada ante la magnificencia de la naturaleza. Muchas veces he contemplado algo paradisíaco y me he puesto a pensar en lo fugaz que es nuestro paso por el mundo.

Sin embargo, nunca sentí la obra de Dios con tanta intensidad. Mientras avanzábamos en coche, vi lagos escondidos entre escarpados picos de roca, la nieve fundiéndose en los ríos, cascadas que corrían veloces por encima de las piedras cubiertas de musgo, y árboles cuya vestimenta se había teñido de amarillo intenso, como para desafiar la blancura de la nieve y el macilento verdor de los coníferos.

Vi belleza en estado puro, aunque también me encontré cara a cara con una soledad abrumadora, lo cual me hizo contemplarlo todo con aún más solemnidad, la gravedad de alguien que presencia algo extraordinario, insólito, lo nunca imaginado.

Jack, que parecía conocer bastante bien el entorno, evitó las rutas turísticas y se adentró por senderos apenas transitables. Llegados a un punto, un árbol cruzado en medio del camino nos impidió el paso y tuvimos que hacer el resto del trayecto andando.

Jack me sujetó la chaqueta para que la vistiera, y luego me abrochó la cremallera como a un niño pequeño.

—En verano está lleno de turistas —me dijo mientras me colocaba bien la

capucha—. En invierno apenas hay nadie. La gente prefiere quedarse en Aspen, donde hay hospitales y servicios de emergencia. Solo un loco vendría aquí en invierno.

—Recuérdame otra vez por qué hemos venido —le pedí con tono sarcástico.

—Porque me pediste que te enseñara el mundo a través de mis ojos. Este es uno de mis lugares favoritos.

—Bueno, es un bosque impresionante, pero...

—No este, pequeña tontina. Ven. Te lo enseñaré. ¿Tienes frío?

—Solo en la cara.

—Hay que ponerse en marcha. En cuanto nos movamos, dejarás de notarlo.

—Esto de las caminatas no se me da muy bien. Soy una chica de ciudad.

—Es solo un paseo. No vamos a escalar el Everest.

Puse los ojos en blanco. Para mí era exactamente igual de fangoso pasear por ese bosque que escalar el Everest. Pero cualquiera se atrevía a decírselo a Jack el explorador. Solo le faltaba la mochila y el mapa para convertirse en una versión moderna y aún más sexy del aventurero Indiana Jones.

Malhumorada y tiritando de frío, lo seguí por el estrecho paso, salté por encima del árbol caído y dejé que me arrastrara en la semioscuridad del bosque.

—Los bosques me imponen respeto —le dije mientras hundía las manos en los bolsillos para resguardarme del frío.

—¿Y eso?

—No lo sé. Son tan solemnes... Me pongo a pensar en toda la gente que pasó por aquí antes que nosotros, y en toda la gente que pasará cuando hayamos muerto, y me recorre un gélido escalofrío y siento como si una mano invisible me estuviera estrujando las entrañas. Es una locura, ¿no?

—En absoluto. Eso siento yo cuando contemplo el Gran Cañón. No es un escalofrío exactamente, pero sí un hormigueo que estalla a lo largo de todo mi cuerpo. Hacen que te sientas muy pequeño y frágil, ¿verdad?

Mis ojos lo estudiaron en silencio, la pétrea mandíbula, las mejillas ruborizadas por el aire y la caminata. ¿Era posible que alguien como él fuese tan parecido a mí?

—¿Has estado en el Gran Cañón? —pregunté, y mi voz sonó un poco oxidada, como si yo llevara demasiado tiempo en silencio. Quizá fuera cierto. Había vivido toda una vida de palabras, sin advertir que por dentro me estaba muriendo en silencio; que el silencio lo impregnaba todo a mi alrededor, como

una enfermedad de la que no se podía escapar.

—Esparcí ahí las cenizas de mi padre —respondió Jack, cuyos labios se curvaron en una sonrisa remota en la que percibí cierto matiz de dolor—. Era su deseo.

Sentí de repente una pena insoportable y unas enormes ganas de abrazarlo. Estreché los puños a ambos lados del cuerpo y tragué saliva. Me escocía la garganta.

—Lo siento.

—No lo hagas. Fue hace tiempo. Yo era muy joven.

—¿Qué edad tienes ahora?

—Soy mucho más mayor de lo que era entonces.

Según él, eso respondía perfectamente a mi pregunta.

Lo miré de soslayo e hice una aproximación. Debía de estar en alguna parte de la treintena. Quizá alrededor de los treinta y cinco. No tenía arrugas, salvo las de expresión, que se le marcaban solo cuando sonreía. Y tampoco tenía canas. Tan solo el aire de aspereza que casi siempre endurecía su rostro y esa expresión remota en su mirada te hacía pensar que probablemente era mayor de lo que aparentaba.

—¿No me lo piensas decir?

—La edad no es más que un número. La vida no se mide en años. Se mide en experiencias. Y, créeme, soy bastante mayor en cuanto a eso.

—Yo voy a cumplir los veinticinco años mañana.

Jack ralentizó el paso y sus ojos, que en medio de esa naturaleza nevada parecían aún más etéreos, se clavaron en los míos.

—¿Mañana es tu cumpleaños?

Tensé los labios en una especie de sonrisa.

—Sip. Mañana seré un año más vieja. Y un año más sabia, espero.

Siguió mirándome demudado.

—Habrás que celebrarlo —se obligó a decir.

Rechacé de inmediato la idea.

—No me gustan las fiestas.

—No he dicho nada de fiestas.

Dejamos de mirarnos al cabo de unos segundos y retomamos la caminata. El silencio se impuso sin piedad. Lo acepté y me concentré en no torcerme un tobillo. El sendero se estaba volviendo más empinado. El aire era fresco, muy penetrante, y a mí me costaba cada vez más esfuerzo respirarlo.

—Soy tan urbanita que mis pulmones no están acostumbrados a un aire tan

puro.

Jack se rio, y su risa ahuyentó el fantasma del silencio.

—Yo odio las ciudades. Soy un chico de campo.

—¿Te criaste en el campo?

—No. En Nueva York.

—¿Eres neoyorquino?!

—Aunque no lo parezca, sí. Me iba de fiesta en el Meatpacking y, Dios, me encantaba ir a comer en el SoHo. Más neoyorquino que eso, imposible.

Una sonrisa mortecina rozó las comisuras de mis labios.

—No te imagino en Nueva York.

—Me conociste en Nueva York.

—Y quedó claro que eras un forastero.

Sus cejas se enarcaron de modo divertido cuando sus ojos bajaron para mirarme.

—¿En qué lo notaste?

—Sencillamente, no te parecías a nadie a quien yo hubiera conocido. Tu forma de mirar. Era insolente y, al mismo tiempo, franca. No lo sé, me pareció que no había ninguna clase de artificios en ti. Que lo que veía era lo que había. Me gustó eso.

Jack dejó escapar una risa que sonó un poco amarga.

—Ya. Pues no soy así.

—En el fondo, sí que lo eres.

—Crees que me conoces, pero te equivocas.

—Si crees que no te conozco, el que se equivoca eres tú. Puede que no sepa el nombre de tus padres ni tu color favorito, pero te conozco, Jack. Para conocerte, no me hace falta saberlo todo sobre ti, sino saber cómo vas a reaccionar en una determinada situación.

—Y yo que me había tomado a mí mismo por un tipo misterioso... —se lamentó con los ojos chispeando socarronería.

Le di un pequeño empujoncito con el hombro y él se rio.

Por fin salimos del bosque y vi lo que Jack quería mostrarme.

—Dios mío. Esto es...

—¿Impresionante? —me propuso él.

Tenía las manos hundidas en los bolsillos de los vaqueros y me estaba observando como a una criatura exótica que lo fascinaba y lo inquietaba al mismo tiempo.

—No, Don Listillo. Iba a decir que es *la leche*.

Su carcajada me hizo reírme.

—Te encanta llevarme la contraria.

—Lo admito.

Sonreí y volví la vista hacia el lago. Jack se me acercó por detrás y se abrazó a mí espalda. Sentía la fuerza con la que su cuerpo ardía por debajo de la ropa, y sentí que otra vez estaba derritiendo todas mis defensas, abriéndose paso por mis venas como una enfermedad que no tenía remedio. Ese hombre era la droga más potente que había probado nunca. Posiblemente, letal. Y ahí estaba yo, contemplando el mundo a través de sus ojos y maravillándome ante esa belleza tan genuina; quedándome con él en lugar de huir.

¿Pero cómo huir cuando aquello me hacía sentir tan malditamente viva?

Ahí de pie, rodeada por sus brazos, supe que había alcanzado la plenitud más absoluta. Porque ahí estaba la belleza que había estado persiguiendo durante toda mi vida. Ahí estaba el mundo que yo no conocía. Él me lo estaba enseñando.

Una lágrima de emoción brotó de mi ojo derecho y se escurrió por mi mejilla. La dejé caer. Sabía que acabaría muriendo. Esa lágrima era tan pasajera como lo era yo misma. Y Jack. Y nuestro amor.

—Este es el lugar del que te he hablado —me dijo al oído.

Durante unos momentos, lo contemplé todo en silencio, fascinada por su suntuosidad, por la magnificencia del paisaje.

—Nunca había visto tanta belleza junta. El lago parece un espejo en el que se refleja el mundo. Las montañas nevadas, los árboles de hojas amarillas. Dos mundos iguales y, al mismo tiempo, completamente opuestos. ¿Crees que estamos en el lado correcto, o en el otro?

—Creo que estamos en el único lugar en el que debemos estar.

Sonreí y apoyé la cabeza en su pecho. El abrazo de Jack se volvió más firme a mi alrededor.

Horas más tarde, regresamos a Aspen. Estábamos alojados en una modesta cabaña en las afueras, aunque Jack no me llevó directamente ahí, sino a una pequeña tienda de alimentación en el centro.

Cogió una cesta roja y yo lo seguí por los pasillos. Todo tan normal. Parecía mentira.

—¿Estamos buscando algo en concreto? —quise saber cuando ya

llevábamos un buen rato dando vueltas por ahí.

—Vainas de cardamomo. No las veo en ninguna parte.

Ceñuda, eché un ojo a la cesta de la compra. Llevábamos vino tinto, azúcar moreno, clavos, anís, ramas de canela, nuez moscada rallada, dos limones, dos naranjas, dos baguettes —a los que yo ya había echado el ojo—, y una cosa llamada *fuet*, que, según Jack, era algo muy rico y muy europeo. Palabras textuales.

—¿Puedo preguntar para qué queremos el cardamomo? O, mejor aún, ¿qué es el cardamomo?

Río entre dientes, divertido por mi ignorancia.

—El cardamomo es una especie aromática.

—Ah. Pues muy bien. ¿Y para qué se usa?

—Depende. Los indios lo emplean para hacer currys y arroces. Los escandinavos, para bollos y galletas, aunque lo combinan con clavo, jengibre y canela.

—Eres como Adam Richman de *Crónicas Carnívoras*. ¿Hay algo que no sepas?

—Hay muchas cosas que no sé.

—¿Como cuáles?

—Ah, el cardamomo. Estupendo. Ya lo tenemos todo. Ay, espera. Me dejo el *foie*. No podemos irnos sin el *foie*.

Puse los ojos en blanco. Jack estaba empeñado en sorprenderme con sus pericias gastronómicas. ¡Y yo me moría de hambre!

Pagó la compra y lo guardamos todo en el maletero de su coche.

De camino a la cabaña, me contó que, de pequeño, quería ser cocinero.

—¿Y qué pasó?

—Crecí. Ahora solo cocino para mí. Para la gente que me importa.

Para mí aún no había cocinado, así que...

«Seguro que para Ivy sí lo hacía».

Apreté los labios en una línea de disgusto y me obligué a mirar por la ventanilla. Mis celos eran completamente ridículos.

Jack aparcó delante de nuestro patio y bajó las bolsas. Yo le seguí hasta la puerta con las manos en los bolsillos.

—¿Por qué no te das una ducha y dejas que yo te prepare algo rico para picar? —me dijo mientras sacaba la compra de las bolsas y la colocaba sobre la encimera de madera.

Me encogí de hombros. Aún estaba un poco escocida. No sabía muy bien

por qué. Era ridículo atormentarse por la idea de Jack cocinando para una persona que le importaba, ¿verdad? Una persona como Ivy, tan rubia ella y tan... ¡tan hija de puta!

—Me vendría bien para entrar en calor —dije, quizá de forma demasiado atropellada.

Me quité la chaqueta, la lancé encima del sofá y subí a la planta superior a ducharme. La escalera de madera crujía por debajo de mi peso, y escuché a Jack trasteando con unos cazos.

Entré en el baño, abrí el grifo y busqué el consuelo del agua caliente que se estrellaba contra mi cabeza. Me dolía todo el cuerpo, tenía los músculos agarrotados, tanto de la caminata como de haber hecho el amor tan apasionadamente. Me mordí el labio y me puse a recordar la forma en la que él me había besado, y cómo me habían venerado sus manos, y las palabras que me habían susurrado sus labios...

Apagué el grifo de golpe y salí de la ducha. Mi temperatura corporal se había elevado considerablemente y no quería acabar sufriendo un desmayo.

Delante del espejo, me sequé el pelo con los dedos y me envolví en una toalla. Toda mi ropa estaba en el coche. Jack y yo habíamos ido a recoger por la mañana, antes de marcharnos a Maroon Bells-Snowmass, pero él no había subido las maletas aún, con lo que no tenía a mi alcance ropa limpia para ponerme.

No me apetecía volver a llevar los vaqueros y la sudadera, de modo que bajé tal cual, descalza y envuelta en la toalla. Jack estaba en el salón. Había puesto la calefacción, y el ambiente era tibio. Sus ojos oscurecieron al ver mis piernas desnudas descendiendo por la escalera. Levantó la mirada muy despacio y la arrastró por mi cuerpo de una forma que me hizo sentir completamente desnuda delante de él.

—Hola —me obligué a decirle.

Se recompuso y, al cabo de unos segundos, ya mostraba su habitual dominio sobre sí mismo.

—Hola. ¿Qué tal la ducha?

—Relajante.

—Ya. Ven. He preparado vino caliente.

Parpadeé, y él me cogió de la mano y me llevó al sofá. Nos sentamos, y me ofreció una taza humeante que olía de maravilla.

—No sabía que el vino se tomara caliente.

—Se llama *Glühwein*. Es típico en los *Weihnachtsmärkte*. Mercados

navideños alemanas —explicó al ver mi cara de ignorante—. Algún día te llevaré.

¿Estaba haciendo planes de futuro conmigo? ¿Eso quería decir que creía que había una posibilidad para nosotros?

—Algún día. Sí... —musité, y la tristeza se hizo de notar en mi voz.

Los dos sabíamos que un futuro juntos no era posible, y la mera idea de perderle me dolió tan fuerte que sentí ganas de llorar.

«Pero no pienses en el futuro. Piensa en esto. Aquí. Ahora. Vive el momento. Aférrate a él con las dos manos. En el futuro desearás volver, así que presta mucha atención. Fíjate en todos los detalles, para poder reproducir la escena después. El olor a canela del vino caliente, el brillo que oscurece los ojos de Jack, la noche que cae al otro lado del cristal, lo que sientes cuando estás con él...»

Atesóralo, Lexi, porque algún día lo perderás todo. No habrá futuro, no habrá felicidad. Te has enamorado de un forajido, y lo único que te espera a su lado es miseria. Miseria y soledad».

Compuse una sonrisa triste y tomé un sorbo de vino. Necesitaba rehuir del realismo de mis pensamientos.

—Está delicioso.

—Aún no lo he probado —musitó Jack mientras acercaba el rostro al mío. Cogió mis labios entre los suyos y me besó, hundiéndose cada vez más en mi boca. La cabeza empezó a darme vueltas, el mundo dejó de existir...—. Hmmm... —Se apartó y se mordió el labio inferior, como para seguir saboreando el beso—. Sí que está delicioso.

Sonreí y bajé la mirada. Jack cogió un cacho de fuet y me lo acercó a los labios.

—Prueba esto. Te gustará.

Lo cogí de entre sus dedos y lo mastiqué despacio.

—Hmmm... qué rico.

Él me sonrió y me siguió mirando a los ojos.

—¿Qué estamos haciendo, Alexia? —preguntó de pronto, marcando ceño.

Callé unos momentos, y luego sonreí y elevé los ojos hacia los suyos.

—*Tanpa penyesalan.*

Jack bajó la mirada, cabeceó y sonrió para sí. Le acababa de decir *sin remordimientos*, en indonesio. Había tenido bastantes horas a mi disposición para estudiar ese tatuaje y aprenderme las dos palabras. Las había repetido una y otra vez, mientras mis labios y mis dedos se habían arrastrado por

encima de su piel.

—No tengo remordimientos —aseguró al tiempo que su mirada se elevaba despacio hacia la mía.

Cogió mi cabeza entre sus manos, me acercó a él y siguió estudiando mis ojos.

—Pero ojalá los tuviera —murmuró, con la boca buscando a la mía.

Me sorprendió bastante ver que Jack me llevaba al aeropuerto el día de mi cumpleaños.

Y me sorprendió aún más ver que conseguimos embarcar en un vuelo comercial sin ser detenidos. De acuerdo, las autoridades no conocían la identidad de Jack, pero sí conocían la mía. ¿Mi padre había retirado la denuncia de desaparición después de mi llamada telefónica? No parecía muy propio de Vincent, pero ¿de qué otra cosa podía tratarse sino?

Como fuera, Jack y yo pasamos el día de mi cumpleaños metidos en un avión. Estuve bastante gruñona y malhumorada. Ya sé que le había dicho que no me gustaban las fiestas, pero, joder, tampoco me gustaba celebrar mi cumpleaños en un maldito avión. Supongo que mi lado tierno y romántico esperaba alguna especie de sorpresa por su parte, no sé, un desayuno romántico o un día en la cama, y me fastidió mucho constatar que no había nada de eso en su mente. Ni siquiera me había felicitado. A lo mejor ni se acordaba de que era mi maldito cumpleaños. A lo mejor no significaba una mierda para él. Solo era un fastidio con el que tenía que cargar. Seguro que nunca se le había olvidado el cumpleaños de la perfecta Ivy.

Estaba negra de envidia cuando por fin llegamos a nuestro destino, que resultó ser Fairbanks. ¡Alaska!

—¿Qué hacemos aquí, Jack?

—Disfrutando de la vida —respondió él mientras se colgaba nuestra pequeña maleta del hombro.

—Cuando dije que quería que nos divirtiéramos durante un tiempo hasta que las cosas se calmaran, no me refería a esto. Quería decir bares y discotecas.

Jack se rio entre dientes.

—No limites tu imaginación, Lexi. Hay lugares mucho más espectaculares.

—¿Y hemos viajado hasta la gélida Alaska para ver uno de esos lugares espectaculares?

Ardía de ira, lo cual se me notó al hablar. ¿De verdad no iba a decirme ni un triste feliz cumpleaños? ¡Faltaban cuatro horas para que dejara de ser mi cumpleaños!

Sin dignarse a responder a mi sarcástica pregunta, Jack me condujo a la salida y buscó un taxi, que nos trasladó a una rústica cabaña, bastante cerca del centro de la ciudad.

Malhumorada, me apeé del coche y esperé a que él abriera la puerta de la cabaña.

Jack me siguió con la maleta colgada del hombro. Muy parsimonioso, como si no tuviera nada que hacer en todo el santo día. Me sacaba de quicio esa tranquilidad suya. Quería hacérsela añicos.

Cuando entramos, la chimenea estaba encendida y había una botella de champán en una cubitera y un bol de fresas en la mesa. De acuerdo. Se lo había currado. Un poco. ¿Pero por qué no me felicitaba?

—Deberías darte un baño. Tenemos que irnos.

Su sugerencia me enervó hasta límites insospechados.

—¿No vamos a quedarnos aquí?

—No. Quiero pasear.

Rechiné los dientes y me puse a buscar el baño, porque, de otro modo, me habría enzarzado en una pelea con él. ¿Cómo era posible que no se acordara de felicitarme?

Bajo la ducha, mi cabreo fue en aumento. Si alguien hubiese visto el ímpetu con el que me estaba frotando el cuero cabelludo, habría sospechado que me habían pegado piojos en el avión.

Me estaba enjuagando el champú, cuando entró Jack y me trajo ropa limpia.

—Toma. Ponte esto. Tienes que salir abrigada —aseveró antes de desaparecer detrás de la puerta.

¡Y ahora, encima, me decía lo que debía vestir!

Sentí ganas de chillar. Aun así, me dominé, salí de la ducha y me puse la ropa que me había traído. Cuando regresé al salón y me lo encontré ahí taciturno e impertérrito, supe que solo era cuestión de tiempo hasta que estallara.

—¿Estás lista?

Respiré hondo para calmarme.

—¿No vas a ducharte tú? —repuse, intentando hablar con naturalidad.

—Ya lo he hecho. Hay dos baños.

—Oh. Poco habitual en una cabaña.

—No es una cabaña cualquiera. Es mi casa.

—Tu... ¿qué?

—Mi casa. Mi única casa.

—¿Tu *puta* casa está en un *puto* campo de Alaska?

—No es una *puta* casa.

—Sí que lo es. ¡Es de madera!

—No todos hemos nacido ricos. No deberías menospreciar a la gente que no cree en lo material.

La forma en la que lo dijo me hizo sentirme como una cabrona.

—No me refería a eso.

—Ya.

—Joder, lo siento. Es que estoy un poco... susceptible. Ha sido un vuelo largo. Perdona.

Me miró a los ojos y su pecho dobló de tamaño al coger él una profunda bocanada de aire.

—No pasa nada. Supongo que todo esto es demasiado para ti. Aún tienes mucho que asimilar.

Compuse una sonrisa trémula.

—Supongo.

Jack me sonrió con calidez y me cogió de la mano.

—Ven. Hay algo que quiero mostrarte.

Salimos y me llevó a la parte de atrás de la cabaña. Me quedé absolutamente pasmada. El cielo se había teñido de verde, amarillo, rojo y, quizá, un poco de púrpura.

—Feliz cumpleaños, Alexia. No sabía qué regalar a una chica que parece tenerlo todo, así que se me ha ocurrido regalarte la hermosa y misteriosa aurora boreal.

Los ojos se me cargaron de lágrimas. Y yo pensando que él ni se acordaba...

—Jack...

—Siempre que veré esta luz, pensaré en ti. Y, teniendo en cuenta que vivo en este lugar, la veré bastante a menudo.

Mis lágrimas empezaron a desbordarse, pequeñas, cálidas, sinceras. Algo al cien por cien real, amores que consumen, dolor que te desgarras las venas, emociones que nacen titilando como la llama de una vela, hasta que se descontrolan, arden por dentro, se convierten en un incendio que derrite y lo arrasa todo. Las cenizas caen del cielo, y ahí estás tú, disfrutando del tango de

las llamas y esa dulce agonía que tan solo una persona consumida por sus pasiones conoce.

Por fin lo había encontrado. Tras toda una vida de búsqueda, lo había encontrado, ese *algo* al cien por cien real. Era Jack.

Retuve un sollozo.

Él me abrazó y yo seguí llorando despacio, mientras la brillante cortina de luces arrojaba sobre nosotros su impresionante calidez.

—Feliz cumpleaños, cielo —me susurró.

Con una mano, me cogió la barbilla, me alzó el rostro húmedo y brillante y buscó mis labios. Su beso fue suave. Luego intenso. Y, por último, tan profundo que sentía que se me estaba clavando en el corazón, tan hondo que nunca iba a poder sacarlo de ahí.

Bonnie & Clyde

Pista 16: *The only girl
in the world*
(Rihanna)

Nunca había visto un glaciar, hasta que Jack me llevó a Mendenhall, Alaska, y me pareció que había algo muy surrealista en el modo en el que se retorcían esas nubes de hielo de color azul.

Estábamos dentro de una cueva, y yo puse la mano encima del glaciar y seguí fascinada las líneas y las curvas que se rizaban como un lazo congelado por el paso del tiempo.

—Es increíblemente gélido —comenté con una sonrisa incierta, al tiempo que levantaba la mirada para ver su expresión.

Había en su rostro todo un vendaval de emociones, y yo no supe identificar ninguna.

—Algo así hundió el Titanic —me recordó con voz un poco ronca. Sobaba destemplado, como si estuviera a punto de ponerse malo. ¿Qué le pasaba?

Mis ojos se sumergieron en los suyos con más concentración. Me perdía, estaba a punto de quedar congelada en el tiempo. Yo y todo cuanto nos rodeaba.

Así que parpadeé y dejé de mirarlo con tanto empeño.

—Es verdad. Debió de ser aterrador.

—Lo imagino.

—Hmm. ¿Y tú?, ¿piensas alguna vez en la muerte, forajido? —quise saber, volviendo a buscar la caricia de su mirada.

Sus labios dibujaron una media sonrisa lobuna. Se me acercó, me echó la cabeza hacia atrás y sus ojos se hundieron en los míos.

—Cuando estoy contigo solo puedo pensar en lo vivo que me haces sentir.

Una débil sonrisa se abrió paso en mis labios y él la besó tiernamente.

Aunque la ternura no tardó nada en convertirse en pasión, tan abrasadora que fue un milagro que el hielo contra el cual me había apoyado no se

estuviera derritiendo.

Me estaba aferrando el rostro con fuerza, clavándome los dedos en las mejillas, y empezó a besarme como si estuviera absorbiéndome, deseando alcanzar un lugar mucho más allá de la barrera de mis huesos para intentar apoderarse de él. Nada en el mundo importaba en aquel momento. Tan solo su boca, enloqueciendo a la mía.

De Alaska volamos a Arizona. Jack me quería enseñar el cañón Antelope, el cual me pareció absolutamente mágico.

—Es uno de los lugares más hermosos que he visto nunca —le dije mientras paseaba fascinada a través de esa singular y colorida maravilla de la naturaleza.

Las paredes erosionadas se curvaban y se ensortijaban a ambos lados de nosotros, alzándose alrededor de unos cuarenta metros por encima del nivel del suelo. Puse la mano en una de ellas y cerré los ojos por unos segundos. Quería sentir y tocar esa caprichosa obra de arte de la naturaleza, cuyo surrealismo me hacía creer que había sido trasladada a un reino de fantasía, donde hadas y duendes campaban a sus anchas y una emperatriz malvada reinaba sobre el mundo de los magos. Los efectos de la luz natural del sol, que se colaba entre las milenarias grietas, adornaban los muros de brillos casi imposibles, colores que iban desde intensos dorados, hasta penetrantes tonalidades de púrpura e índigo.

—Es espectacular —murmuré, con los ojos siguiendo la forma en la que el agua había moldeado la arenisca durante miles de años.

—Forma parte de los territorios de los indios navajos —informó Jack, el cual me estaba siguiendo muy de cerca, atento a todos mis gestos y sonriendo cada vez que yo me maravillaba por alguna cosa.

—Guau. Nueva York es alucinante, Times Square, Chinatown. Pero al fin y al cabo, no es más que una ciudad de ladrillos. Ladrillos colocados los unos encima de los otros, como la maldita Torre de Babel. Aquí estamos ante miles de años de historia, Jack. Fíjate en la forma magistral en la que ha sido moldeado este cañón por el agua que corrió durante milenios entre las rocas, siente el tacto de esta pared. Tengo la impresión de que no puedo ni respirar.

Fui hacia él y me abracé a su cintura. Sus ojos bajaron hacia los míos.

—Eh. ¿Qué te pasa, nena? ¿Estás triste por algo?

—Gracias —le dije de todo corazón.

Jack me miraba con una sonrisa ambigua en los labios.

—¿Por qué?

—Por enseñarme lo que es la belleza.

Su sonrisa se volvió tierna. Movi6 el brazo y me roz6 la mejilla.

—Tú también me lo has enseñado a mí. ¿De qué me servía toda esta belleza si no te tenía a ti?

Me puse de puntillas y le besé. Cerré nuestra unión en ese lugar, los dos atrapados entre las mismísimas arenas del tiempo; dos seres humanos rindiéndose culto ante las imperecederas dunas, que seguirían ahí millones años después de nuestra muerte, como los únicos testigos de nuestro amor.

Las cavernas Carlsbad de Nuevo México, la garganta Oneonta, en Oreg6n, el valle Yosemite, en California, el Gran Cañ6n de Yellowstone, la piscina natural de Wyoming...

El pa6s entero se estaba convirtiendo en un escenario de nuestro ardiente amor.

Incluso trepamos la Escalera al Cielo, en Hawaii, una escarpada ruta de senderismo que llevaba a6os enteros cerrada al p6blico. Jack no tuvo reparos en saltarse todas las se6ales de prohibido y arrastrarme con 6l. Vivíamos toda una aventura, y aunque sabía que estábamos caminando por el borde de un abismo, en ning6n momento di se6ales de estar preocupada por un futuro que a esas alturas a6n se mantenía incierto.

Hawaii fue uno de nuestros 6ltimos destinos antes de regresar a Nueva York.

Y con Nueva York me refiero al estado, no a la ciudad, ya que Jack decidi6 que era necesario conocer el parque Watkins Glen State, ubicado en la regi6n de los Finger Lakes.

—No puedo creer que hayas vivido tantos a6os en este mismo estado y que nunca hayas visitado estas cataratas.

La verdad era que yo tampoco. El parque era impresionante, con sus valles estrechos y aislados y esos senderos rodeados de bosques, que discurrían paralelos al rí6, justo por la parte superior de la garganta. Por no mencionar la cortina de agua que caía del cielo. Había tantas cosas en el mundo que yo ignoraba...

—Bueno, no era muy dada a las rutas —intenté justificarme.

—¿Y qué hacías los domingos?

—Hmmm... ¿pintarme las uñas?

Jack frunció la boca en un gesto de reprobación, mas no dijo nada y estuvimos paseando en silencio durante un par de minutos más.

—Dime uno de tus mayores defectos —me pidió de repente.

Dejé de mirar la catarata y volví los ojos para estudiarle a él.

—¿Por qué quieres que te diga eso?

—Son los defectos lo que nos hacen especiales, ¿no? Quiero saberlo todo sobre ti.

Sonreí y coloqué la bota —sí, ahora calzaba botas— contra una roca.

—No lo sé. Supongo que siempre me rindo antes de que arranque la batalla. No me enfrento a las cosas, nunca. Siento que no tengo fuerzas para combatir las dificultades de la vida. Solo de pensar en luchar se me hace muy cansado y... me rindo.

—Interesante.

Ladeé la cabeza hacia un lado y lo contemplé con una sonrisa de tonta enamorada.

—¿Y qué hay de ti, vaquero?

Jack esbozó una sonrisa, pero era un gesto de una amargura lacerante. Se produjo una pausa, al cabo de la cual musitó, con apenas un hilito de voz:

—Yo miento a la gente a la que quiero.

Sus palabras me helaron el corazón.

—¿Me has mentado a mí?

El brillo de sus ojos se estaba apagando cada vez más deprisa y un gesto de dolor asomó entre sus cejas. Cerró los ojos, rechazando miles de ideas, y luego los abrió y me miró con más dolor que nunca.

—Durante meses.

—¿Cada vez que dijiste que todo iba a salir bien? —continué con voz rota.

Jack tragó saliva y sus labios temblaron en un gesto atormentado.

—Volvamos al motel. Está oscureciendo.

Sentí ganas de llorar. Aun así, dejé que me cogiera de la mano y me llevara de vuelta al coche.

Había transcurrido casi un mes desde nuestra última aventura.

La habitación estaba en completa oscuridad, salvo por el reflejo de las farolas del aparcamiento, que salpicaban danzantes sombras sobre las mugrientas paredes pintadas de amarillo. En la radio sonaba *Careless Whisper*, de George Michael, y los labios de Jack ardían encima de los míos. Llevábamos horas enteras languideciendo en la cama, tumbados, medio desnudos, sin ser conscientes del mundo que rotaba sus ejes más allá de nosotros.

Mi desnudez tan solo la cubría una camisa de Jack, a medio abrochar, y unas bragas blancas. Él conservaba el bóxer. Le acaricié el rostro. Tenía el pelo despeinado y no se había afeitado en un par de días. Su mano se estaba arrastrando por mi cintura, y sentía la dureza de su miembro empujando contra mi cadera. Ninguno de los dos estaba dispuesto a moverse o a poner fin a esa placentera molicie.

Se habían acabado las aventuras y no se nos ocurría nada con lo que llenar el tiempo. Nos habíamos quedado sin un duro, y Jack se negaba a tocar el dinero de mi padre. Apenas teníamos para costear ese motel de mala muerte a afueras de Nueva York y la poca comida que ingeríamos. Cuando se está tan locamente enamorado, apenas come uno. Te sacias tan solo con el delirio de la pasión, ese deseo tan febril que no te deja dormir ni por la noche y te insta a buscar la boca del otro y las caricias de sus manos.

El reloj movió la aguja pequeña una vez más. Las tres de la madrugada, y ahí estábamos nosotros, amándonos en la oscuridad, con las manos entrelazados en una unión inquebrantable.

—Dímelo —susurró Jack, cuyos labios se estaban arrastrando por mi mandíbula y mi mentón—. Al menos una vez. Dímelo, Lexi. Necesito oírte decir.

Cogí su cabeza entre las manos y atraje hacia mí toda la intensidad de sus ojos azules.

—Te quiero, Jack —callé unos segundos y me mordí el labio—. Te quiero de verdad.

Su boca rozó a la mía muy suavemente.

—Yo también te quiero, cielo. Ojalá fuera todo diferente. Ojalá te hubiese conocido de cualquier otro modo. Lo daría todo por cambiar estas circunstancias de mierda.

Pasé los dedos por su pelo y él me besó la muñeca.

—No podemos cambiar las cosas que hemos hecho.

Intentó sonreírme, pero no le salió nada bien. Había demasiado tormento en

su mirada, y yo sentía su dolor como si fuese el mío propio.

—Lo sé —murmuró, con los dedos trazando la línea de mi labio superior—. Pero ojalá pudiésemos. Me gustaría poder darte lo que necesitas. Joder, nunca me ha preocupado lo material, pero contigo todo es diferente.

—Jack, no te atormentes.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Mira a tu alrededor. Esto es una basura. ¡Hay moho debajo de las ventanas, joder! Tú te mereces algo mejor. No soporto que estés aquí por mi culpa.

—Ni yo soporto verte tan decaído. No me importa dónde esté, mientras tú estés conmigo.

Jack se relamió los labios entrecortados y su mirada se alejó hacia la ventana.

—Voy a tener que hacer algo que aborrezco para solucionar esto. Me incorporé de golpe.

—No estarás hablando de robar otro banco.

Jack sonrió. Muy poco.

—Mucho peor. Me temo que voy a tener que recurrir a mi padre.

Durante unos segundos, lo miré descolocada.

—¿De qué hablas? Creía que tu padre estaba muerto.

—Es una larga historia.

—Hazme un resumen —le pedí, un poco mosqueada.

Escrutó mi cara con un gesto de cautela, y por fin se decidió a hablar.

—El hombre que me crió está muerto. No era mi padre biológico, pero fue el único padre que tuve. Se llamaba Mike. Me lo enseñó todo, cómo funciona el mundo, cuáles son las cosas que verdaderamente importan. Me moldeó a su manera, y yo me convertí en alguien como él, porque le admiraba. Era mi héroe.

—Nunca lo has mencionado.

—Nunca he hablado de él con nadie —repuso Jack con suficiente dureza como para combatir el deje de acusación que arrastraban mis palabras.

Reculé.

—Entiendo. ¿Y tu padre...?

—Cuando murió Mike, mi padre, mi verdadero padre, me pidió que me fuera a vivir con él. Mi madre ya no estaba, así que supongo que pensó que era su deber.

—¿Lo hiciste?

—No. A diferencia de mis hermanos, nunca quise formar parte de su mundo.

Y lo dijo como si tuviera serios motivos para no hacerlo.

—Entonces no lo hagas ahora, Jack.

—Ahora no tengo opción. Mi padre es una persona muy influyente. Puede ayudarnos. Puede prestarme algo de dinero hasta que yo consiga encauzarme. Tengo un plan, Lexi. No quiero ser un Don Nadie toda mi vida. Quiero abrir una empresa de energías renovables. El problema es que ahora mismo no tengo el dinero que necesito para invertir en un proyecto de esa envergadura. Si lo quiero sacar adelante, se lo tengo que pedir prestado a mi padre. Quizá haya llegado la hora de aceptar sus condiciones. ¿Qué otras opciones tengo, de todos modos? Podría deshacerme del *Camaro*, pero era de Mike. Él dedicó toda su vida a restaurar ese coche. No soportaría tener que venderlo. No, no tengo otra opción salvo la de doblegarme ante mi padre, el hombre que abandonó a su familia cuando yo solo tenía siete años y que durante años pensó que con pagarnos una pensión era suficiente.

Mirándole a los ojos, supe que para Jack eso significaba tragarse su orgullo y hacer algo que hubiese deseado evitar por todos los medios. No podía dejar que lo hiciera.

—Yo tengo dinero. Puedo ayudarte —me ofrecí en un impulso, si bien sabía que él nunca lo permitiría.

—No quiero tu dinero —rechazó con aire tajante, tal y como sospechaba que iba a hacer.

—Pero...

—No. No quiero tu dinero. Fin del asunto. Haré lo que sea necesario para conseguirlo de otro modo —murmuró y, acto seguido, me besó.

Supe que lo hacía para zanjar la conversación, y no insistí en el tema.

Pasada media hora, o puede que un poco más, Jack se quedó dormido a mi lado. Sus piernas estaban entrelazadas con las mías y sus brazos aún me abrazaban. Pero yo no podía dormir. Sentía el final más cerca que nunca. Siempre había sabido que lo nuestro tenía fecha de caducidad. Ahora esa sensación se había intensificado.

Durante días enteros había flotado ese aire de fatalidad por encima de nosotros, cada vez que Jack se había alejado de mí y había caído en alguna de sus silenciosas contemplaciones, cada vez que sus ojos habían adoptado ese brillo mortecino y sus dedos habían tamborileado impacientes sobre la mesa y su mente había deliberado ideas a las que yo no tenía acceso.

Lo había sentido. El final. La gelidez del aire. La oscuridad que asomaba de vez en cuando. Ahí estaban, y yo no podía hacer nada para evitarlos.

Me dormí finalmente, y a la mañana siguiente me desperté sabiendo a la perfección lo que debía hacerse. No había tiempo que perder. Solo esperaba que Jack pudiera comprenderlo algún día. Y que me perdonara por la decisión que había tomado a sus espaldas. Si me quería, no le costaría demasiado. Comprendería mis razones.

Con sigilo, me deslicé de la cama, me puse un vaquero, me anudé la camisa por debajo del pecho y, agarrando sus llaves de la mesilla, salí de puntillas por la puerta y la cerré despacio a mis espaldas.

Fuera hacia sol, y yo me puse las gafas para poder conducir con esa luz tan baja en el horizonte. Confiaba en que Jack no se enfadara demasiado por haberle robado el coche. Sabía que le tenía cariño y que solo lo conducía él, pero podía hacer una excepción, ¿no? A fin de cuentas, yo era la mujer a la que amaba. ¿Qué mínimo que prestarme su coche por un par de horas?

Conseguí un post it y un bolígrafo en recepción y le dejé una nota pegada en la puerta de nuestra habitación.

Arreglaré esto. Confía en mí.

Te quiero.

Lexi.

Volver a mi antigua vida se me estaba haciendo muy raro. Aterrizar en ese escenario, siendo yo una persona diferente a la que había sido antes de marcharme, me tenía descolocada.

Tuve que cruzar Manhattan conduciendo, y fue una pesadilla. Era malísima al volante. Si conseguí llegar con el coche intacto fue solo porque los demás conductores evitaron chocar conmigo.

Me acerqué torpemente la sede del *Van Bon Finacial Group* y reduje la velocidad poco a poco. Estaba pálida como un fantasma, me temblaban las manos encima del volante.

Dejé el coche aparcado, medio torcido, en una zona de prohibido estacionar y me apeé por la puerta. Habría sido incapaz de meterlo en un aparcamiento. Tocaba cruzar los dedos para que nadie llamara a la grúa. Estaba decidida a seguir adelante con esa locura de plan y no iba a permitir que ningún contratiempo, ni siquiera la intervención de la grúa, me alejara de mis objetivos.

Con gestos enérgicos, rodeé el coche por la parte trasera, abrí el maletero y

cogí las dos bolsas de dinero.

Con una en cada mano, cerré el *Camaro* y apreté el paso por la acera. En medio de la plaza en la que había conocido a Jack, mis piernas empezaron a flaquear. Me detuve unos segundos y miré a mi alrededor con ojos aturullados, mientras mi mente rememoraba ese momento, el modo en el que se habían cruzado nuestras miradas, su forma de sonreírme... Dios, parecían haber trascurrido milenios desde entonces. Y al mismo tiempo, tenía la impresión de que había sido ayer mismo. De hecho, todavía sentía ahí la presencia de Jack, como si él estuviese en el mismo lugar, clavado en la acera, mirándome con sus preciosos ojos azules y sonriéndome.

Convenientemente, mi mente eligió ignorar todo lo que había sucedido después de ese episodio, y me di prisa por cruzar las puertas giratorias de la torre Van Bon antes de que otros recuerdos, mucho más desagradables, poblaran mi cabeza de imágenes que pretendía olvidar.

Nada más entrar, me quedé congelada al ver que el vigilante echaba a andar hacia mí.

—¿Puedo ver su identificación? —me dijo, lo cual quería decir que era real.

—Usted... Está vivo... —musité, sin conseguir salir de mi asombro.

Jack tenía razón. El vigilante había sobrevivido. ¿Pero cómo era posible? Le había disparado varias veces. ¿A lo mejor llevaba chaleco anti-balas?

Lo estudié pensativa y el hombre tuvo que repetirme la pregunta.

—¿Me deja ver su identificación?

—¿Qué?

—Su carné de identidad. Ahora se lo pedimos a todos los clientes. Nuevas leyes de arriba.

—Ah. Claro. Disculpe.

Me saqué la tarjeta del bolso y se la ofrecí con dedos trémulos. No podía apartar los ojos de él. Estaba de pie delante de mí. ¡Vivo!

—¡Señorita Van Bon! —exclamó, carraspeando incómodo—. Lo siento, no la había reconocido. Pase, por favor.

Parpadeé deprisa, balbucí un *gracias* y apreté el paso hacia el ascensor. Estaba tan estupefacta que varias veces giré la cabeza hacia atrás para asegurarme de que no era una quimera. No, no lo era. Él seguía ahí. De pie. *Vivo*.

Mi última imagen antes de que se cerraran las puertas del ascensor fue la de ese hombre mirándome a los ojos.

¿Jack solo se enfrentaba a un delito de atraco a mano armada? ¿Nadie había muerto? Eso hacía que las cosas fueran más sencillas, ¿no? Si encima devolvía el dinero, a lo mejor ni siquiera pisaba la prisión.

Esa idea me hizo reírme como una loca. ¿Podía salvar a Jack? Me pasé las dos manos por el pelo, me apoyé contra el espejo y, por primera vez en meses, vi el sol brillar. Las nubes de la angustia y la incertidumbre se estaban disolviendo como polvo en el viento.

El ascensor se detuvo en la última planta y yo salí, aferrando con fuerza las asas de las bolsas.

Olivia estaba en su mesa de trabajo. Se puso en pie como un resorte nada más verme.

—Alexia. Cuánto tiempo.

¿Es que mi padre lo había mantenido en secreto?

—Tengo que ver al gran hombre.

—Ahora mismo no puede...

Demasiado tarde. Yo ya estaba cruzando la puerta.

Vincent levantó la cabeza y abrió los ojos de par en par cuando me vio entrar. Creo que le hubiese gustado levantarse de la silla, pero parecía estar paralizado, ahí presidiendo la junta directiva del banco.

—¡Alexia! —exclamó, como si fuese yo la última persona a la que esperaba ver aquel día.

Fui hacia él y tiré las dos bolsas de dinero encima de la mesa.

—Tenemos que hablar —dije mientras me quitaba las gafas de sol y clavaba la mirada en la suya.

Vincent hizo una señal con la mano y todos los socios abandonaron sus butacas de prisa. Olivia fue la última en salir, y solo lo hizo después de recibir una confirmación no verbal por parte de mi padre.

No es que esperara sonrisas y lágrimas, pero al menos un poco de alegría, sí. Su hija secuestrada había regresado a casa. ¿Por qué Vincent se mantenía tan a la expectativa?

—Así que has vuelto —dijo por fin, evaluándome con cautela, como si esperara a que me pusiera a hacer algo extraño en cualquier momento—. ¿Dónde está él?

Me mordí el labio por dentro. No albergaba dudas, mi padre desaprobaba lo mío con Jack. ¿Y qué padre en su sano juicio no lo habría hecho?

—De él precisamente quería hablarte.

—Lo suponía. Tú dirás.

Me senté, para poder estar a la misma altura.

—Te traigo la mitad del dinero.

Mi padre enarcó una ceja. Parecía divertido.

—¿Solo la mitad?

—La mitad de Jack. Su socio se lo habrá gastado a estas alturas. Pero él no ha tocado ni un céntimo, te lo garantizo.

—Qué noble por su parte.

Me dolió el sarcasmo de Vincent.

—Ya.

—¿Y qué es lo que pretendes? Supongo que querrás algo a cambio de estas bolsas de dinero.

—Así es.

—Te escucho.

Nuestros ojos se entrelazaron, y yo sostuve su mirada con dureza.

—Su libertad. Y quiero recibir una parte anticipada de mi herencia. Por fin he decidido lo que voy a hacer con mi vida.

Vincent soltó una carcajada. No esperaba que lo comprendiera. Alguien tan gélido como él, tan controlador, no tenía ni idea de lo que era el amor. No conocía la desesperación que invade a uno cuando se da cuenta de que su felicidad pende de un hilo, ni sabía que una persona enamorada haría *cualquier* cosa por conservar aquello que quiere.

—¿Intentas usar mi dinero para comprar la libertad de tu amante?

—No lo llames así. Hace que lo nuestro parezca sucio e ilícito.

—Lo es.

—No, no lo es, papá. Es puro. Profundo. Real. Tú jamás lo comprenderías.

—Estás loca si de verdad piensas que lo nuestro es real.

Me arrellané en mi silla y una sonrisa cínica rozó las comisuras de mi boca.

—Lo estoy. ¿Y sabes qué? Me gusta estarlo. Siento pena por la gente que nunca ha enloquecido; la gente que no ha experimentado este deseo tan insoportable que me consume a mí. Los compadezco, a ellos y sus insignificantes vidas, tan monótonas y lineales que me dan ganas de chillar. ¿Sabes qué más es lineal? El latido de un corazón muerto. No quiero eso para mí.

—¿Te manda él?

Negué despacio.

—¿Él? Él ni se lo plantearía siquiera. Soy yo la que lo ha decidido. Quiero... salvarle.

—Deberías salvarte a ti misma.

—¿De quién? Jack nunca me haría daño.

—Lo sé. *Jack* no es más que mindundi. Y un farsante. Se ha estado aprovechando de ti, ¿no lo ves?

—¿No es cierto! ¡Él me quiere! —le grité con ojos en llamas—. No espero que lo comprendas. Tú no sabes lo que es el amor.

—¿*Te quiere?* —enfaticó Vincent con una carcajada irónica—. ¿Sabes lo que vales para él? Medio millón de dólares. Nada más, Alexia. NADA más.

Noté que me empezaba a escocer la garganta.

—¿De qué estás hablando?

—Del medio millón que doné a su fundación. Fue así como accedió a orquestar toda esta farsa. Lo hizo por dinero. No significas nada para él.

Mi piel empezó a palidecer, a volverse tirante. Mi corazón latía desbocado, y las palabras de mi padre, palabras que yo no quería escuchar, empezaron a dar vueltas por mi cabeza, a cobrar sentido. Mi mente se negaba a aceptarlo, pero la evidencia estaba ahí. Siempre lo había estado. ¿Cómo no lo había visto antes?

—¿Farsa? —farfullé, con la esperanza de que aún quedara una posibilidad, de que yo no lo había entendido bien, de que él no había... Dios...

—Mi regalo de cumpleaños para ti. ¿De verdad pensabas que era real?

Mi padre cogió esa única posibilidad que quedaba y la hizo añicos.

Creí que me iba a desmayar, y me aferré con las dos manos a mi silla. No, eso no podía ser verdad. Solo me estaba tomando el pelo. Nadie sería tan retorcido como para...

—¿De qué estás hablando? —conseguí balbucir, a pesar de que ya ni siquiera sentía mis labios moverse.

—Vamos, Lexi. Incluso a ti te debió de parecer sospechoso. Dos enmascarados entrando con armas en el banco, la poca seguridad, que tú consiguieras abrir la caja fuerte... ¿De verdad piensas que de haber sido un atraco real había permitido que esos dos inútiles se escaparan con mi dinero y mi hija? Habría movilizad o al país entero para que no abandonarais la isla. Fue una farsa, cariño. Solo eso. Tú querías sentir emoción y yo te la di.

—¿Una farsa? —balbucí, mirándolo completamente estupefacta—. ¿Qué clase de mente enfermiza haría algo así?

Mi padre se encogió de hombros.

—Querías a Clyde Barrow. La aventura de tu vida. Chispas y escalofríos por la espalda —se siguió mofando, y luego el brillo guasón se extinguió en su

mirada y sus ojos se volvieron más afilados que nunca, tremendamente duros—. Te ofrecí lo que necesitabas. Ahora ya puedes pasar página y seguir con tu vida. Jay está...

—¿Jay? ¿Has hecho todo esto por Jay?

—¡Lo he hecho por ti!, ¿es que no lo ves? Como una especie de iniciación en el mundo de los adultos. Tu *escape room* personal. Si no te dije nada fue para darle más emoción y realismo.

—¿*escape room*? ¿Qué clase de padre eres tú? —rugí con todas mis fuerzas, mientras mis llameantes ojos contemplaban el rostro de un hombre al que pensaba conocer pero me equivocaba. Porque no le conocía en absoluto. Nunca habría creído posible, ni en mil años, que mi propio padre fuera capaz de hacerme algo así.

¿Y si no podía confiar en mi padre, en quién podía confiar sino? ¿En Jack, el hombre que decía amarme y, aun así, me había mentado acerca de *todo*?

—Alexia...

—No. No digas ni una puta palabra más. No quiero volver a verte. *Nunca*. No quiero saber nada de ti. Has estado manipulándome de la forma más despreciable posible. ¿Y para qué? ¿Para que acabara acatando tus órdenes? ¿Cómo has podido? —hablé con voz baja, vibrante de ira, y él frunció el ceño. Nunca me había visto comportarme de ese modo—. Me repugnas, Vincent. Eres la persona más miserable que he conocido nunca.

Durante un par de segundos nos miramos a los ojos y advertí que mi reacción lo descolocaba. ¿Y qué demonios esperaba? ¿Un maldito abrazo?

Me levanté de la silla y me abalancé sobre la puerta. Estaba conteniendo las náuseas y no me veía capaz de conseguirlo por mucho más tiempo. Además, no podía seguir mirando a mi padre ni un segundo más. No lo habría soportado.

—¡Tú eres la que quería a Clyde Barrow! —gritó él a mis espaldas.

Como si aquello lo fuera a justificar todo.

Estaba a punto de venirme abajo. Me sentía como si estuviera sin aliento, dando vueltas por una espiral hipnótica que me mareaba. Corrí hasta el ascensor intentando dominar las arcadas y, en cuanto se cerraron las puertas, me desplomé contra el espejo. Mi mente se negaba a aceptarlo. A aceptar que mi gran amor no tenía nada de grande. Solo era una mentira. Otra más. ¿Cómo era posible que sus ojos mintieran cada vez que me habían mirado? ¿Y sus labios? ¿Y sus manos? ¡Sus manos me habían venerado! ¿Mentían entonces?

—¡Dios!

Me eché el pelo hacia atrás con las dos manos, miré el techo y apoyé la

nuca contra las palmas. Me sentía como un ratón acorralado, como si mis huesos no cupieran en esa caja tan pequeña y asfixiante.

Cerré los ojos y estreché los párpados con fuerza. Aun así, las lágrimas brotaron. Despreciables. Imparables.

Las dejé caer, ni siquiera me molesté en secarlas. Quise rendir homenaje a mi amor perdido. Quise dejar que me hicieran añicos.

Una parte de mí siempre supo que lo nuestro iba a acabar, pero creí que sería de otro modo. Creí que yo misma acabaría convirtiéndome en una forajida, una Bonnie Parker que lo seguía en todas sus locuras, una Harley Quinn enamorada hasta las trancas que se pasaba al bando oscuro, hasta que, en algún estado, la policía nos tendía una trampa y nos acorralaba en un hotel mugiendo y aislado. Imaginé un tiroteo, la impotencia de Jack, toda esa derrota de un hombre tan magnífico que se había visto obligado a doblegarse de golpe; casi sentí cómo me cogía de la mano y escuché cómo me decía que todo iba a salir bien, a pesar de la cortina de balas que caía por encima de nosotros.

Incluso creí en la posibilidad de morir juntos. Porque sabía que en el fondo ese habría sido un final justo para un amor tan trastornado como el nuestro. No me habría importado morir así. Cuando mueres por amor, te vuelves inmortal. Yo quería ser eterna a su lado.

Llegué a imaginar la sangre empapando la unión de nuestras manos, y a nosotros, tumbados en el suelo y agonizantes, mirándonos a los ojos, y mis lágrimas, mis últimas lágrimas, mojando mis mejillas; imaginé todas esas luces, reflejadas en el techo de una mugrienta habitación, luces azules y rojas, riéndose de mí a carcajadas. Pobre niña rica. ¿De verdad pensaste que tu ridículo amor iba a sobrevivir a esto?

Lo imaginé todo, cada escenario, cada capricho del guionista que dirigía mi vida. Había mil posibilidades diferentes y las sopesé todas.

Pero nunca imaginé que lo nuestro iba a resultar ser una gran mentira, una tomadura de pelo orquestada por mi propio padre. ¿Cómo podía llegar nadie a imaginar algo así? ¿O que Jack se prestaría a algo tan vil y despreciable? Me había vendido, había vendido lo nuestro por un maldito puñado de monedas. Grandísimo hijo de puta. Todo ese bla bla bla, no creo en lo material, no quiero pertenecer a nada. Era todo mentira.

Y sus ojos... Sus ojos mentían. Sus preciosos y azules ojos...

«No pienses en eso. No vayas por ese camino. Solo encontrarás dolor».

Contuve las ganas de vomitar solo hasta que alcancé la calle. Ahí no pude más y me tuve que doblar sobre la papelera de los fumadores y vaciar dentro

todo el contenido de mi estómago.

Cuando por fin me calmé, me enderecé y miré a mi alrededor, miré ese mundo familiar al que, sin embargo, ya no conocía en absoluto. ¿Qué iba a hacer? No tenía nada. A nadie. No tenía adónde ir, a nadie en quien confiar. Mi vida era una grandiosa mentira. Nada tenía sentido. Mi propio padre... Y el hombre al que yo amaba... El único hombre al que había amado nunca...

Escape room. Un escape room a escala real.

«Dios mío, ¿cómo has permitido algo así?».

Miré al cielo y cerré los ojos para dar vía libre a las lágrimas que pugnaban por brotar; esas lágrimas que acabaron hundiéndome en abismos cuya oscuridad jamás llegué a imaginar.

La vie en rose

Pista 17: *Love is blindness*
(Stereosparks)

París...

Ceniciento. Vacío. Desolador.

La maldita ciudad del amor.

Sentí nauseas solo de pensarlo.

Ví a una novia sonriendo feliz para una foto debajo de la Torre Eiffel y tuve ganas que ir hasta ella y hacer añicos su felicidad, decirle que el amor no es más que un cuento para dormir a los niños.

Pero no lo hice. ¿Por qué iba a apiadarme de la pobre infeliz? ¿No era mejor que ella lo sintiera en su propia carne? ¿Que sintiera ese dolor tan lacerante que me estaba consumiendo a mí?

Esbocé una sonrisa que se debatía entre la crueldad y la amargura y la observé con el siniestro interés de un depredador que tiene a la presa en su punto de mira. Ella besó a su marido. Aparté la mirada por unos segundos. No quería verlo. Verlos me enfermaba.

Pero había algo que me atraía hacia ahí una y otra vez. Debía de ser masoquista.

Erik siguió la dirección de mi mirada y frunció el ceño. Quería ayudarme, pero no podía. Nadie podía.

—Dicen que hablar de ello ayuda —me susurró suavemente.

Dejé de mirar a la parejita feliz y volví la mirada hacia mi hermano. Con lentitud, un desacato que rozaba la provocación.

—Ahórrame toda esa mierda psicológica.

Una de las comisuras de su boca se curvó hacia arriba.

—¿Le echas de menos?

—Para echarle de menos debería sentir algo. Y yo no siento nada.

Mi hermano no se tragó ni una palabra. Lo vi en sus ojos azules.

—¿Quieres un café? Hay aquí una terraza...

—Quiero volver a casa. Odio esto. No sé por qué coño me has arrastrado hasta aquí. ¿Querías enseñarme esta charca appestosa? Pues es una mierda.

—Vaya. Que ningún francés te escuche decir eso sobre el Sena.

—Que se jodan los franceses.

—Uf. Qué humor tenemos hoy. Pensé que un paseo te... animaría.

—Odio los paseos. Y no necesito *animarme*. Ya estoy la hostia de animada. ¿No me ves? Venga, volvamos a tu casa.

—Alexia...

Erik atrajo mi mirada hacia la suya. Negué. Sabía perfectamente lo que quería decirme, y no soportaba escucharlo en sus labios.

—No lo digas. No te atrevas.

—Le quieres. ¿Y sabes qué? No pasa nada por quererle. Uno no puede elegir cuándo dejar de querer a alguien.

—No le quiero. Es una enfermedad, hermano. No puedes *querer* al cáncer, por mucho que forme parte de ti. Él es un tumor que tengo que extirparme del corazón. No es amor. No puede serlo. El amor no es tan retorcido. No duele ni consume de esta forma tan febril, y desde luego que el amor no nace de una mentira.

—Si esto es una enfermedad, ¿sobrevivirás a ella?

—Sí. Claro que sí. He sobrevivido a cosas peores.

—Pero no volverás a ser nunca igual.

Ni él me había hecho una pregunta, ni yo iba a concederle una respuesta.

Apreté los dientes y seguí caminando, abriéndome paso en la desapacibilidad de esa mañana nublada. No, claro que no volvería a ser nunca igual. De eso se trataba.

Dos noches después, Erik me invitó a la ópera, para acompañarles a él y a su novia. La imagen de mi hermano en la ópera era desternillante.

—Sabes que no te dejan entrar con bermudas, ¿verdad?

—Ja ja. Muy graciosa.

—Es que no te imagino llevando otra cosa.

—Espera y verás.

Yo estaba tumbada en su cama, asesinando el tiempo, y él estaba trasteando en el baño. Erik vivía en un moderno loft en el centro de París. Desde la ventana se veía el Sena y parte de la Torre Eiffel. Me gustaba. Tenía cierto

encanto parisino.

Al cabo de unos minutos, Erik dejó de trastear y salió. Me quedé boquiabierta. Mi hermano, mi hermano el hippie, ¡iba en traje! ¡Y estaba guapísimo! Me emocioné y todo.

—Dios... mío... ¿Eres tú?

—¿Lo ves? No siempre voy en bermudas.

Se había recogido el pelo en un pequeño moño e incluso se había afeitado. No parecía el Erik de siempre. Joder. Tantos años, y yo sin saber que tenía a un hermano así de guapo. Como siempre llevaba ese aspecto de vagabundo...

—¿Quién es esa mujer y qué te ha hecho?

Se rio.

—Se llama Katia.

—Muy exótico. No me suena a nombre francés.

—Porque es rusa. Una aristócrata rusa caída en desgracia.

—Uhh. ¿Y tú eres el conde Vronsky?

—Cállate. ¿Te vienes o no?

—No, alteza. Sabes que odio la ópera.

—¿Y vas a quedarte aquí lamiéndote las heridas y ahogándote en océanos de miseria y autocompasión?

—No suena demasiado atrayente —admití con mala cara.

—Entonces, mueve el culo.

—Un lenguaje nada digno para la aristocracia de Europa del Este.

—Apresúrate, querida hermana —se mofó Erik con una exagerada reverencia—. ¿Mejor?

Me reí.

—Sí. Pero no puedo acompañarte. No tengo nada que ponerme. A no ser que pretendas que vaya en chándal. ¿No ofendería eso la sensibilidad de Katia?

Mi hermano levantó un dedo como pidiéndome un poco de paciencia, abrió su armario y sacó una caja, que depositó junto a mí en la cama.

La abrí. Dentro, un precioso vestido amarillo que no tenía ni idea de dónde había sacado Erik. ¿Ahora traficaba con alta costura? ¿Era más rentable que la Amnesia Haze?

—Guau. Esto es de princesa. ¿De dónde lo has sacado?

—Se lo iba a regalar a Katia para que se lo pusiera en nuestro primer aniversario. Pero tú lo necesitas mucho más. Ya le compraré otro a ella.

—No sé si puedo... —vacilé, soltando la tela.

—No digas tonterías. Soy tu hermano. Claro que puedes.

—¡Es un Valentino! Te habrá costado un pastón.

—Un hombre nunca habla de dinero.

Me reí. Esa tal Katia debía de estar loca por él. Mi hermano era un figura.

—Vale. Tú ganas. Voy a prepararme. Pero solo porque es un Valentino.

—Y lávate ese pelo. ¿Por qué a todos los locos os da por no lavaros el pelo?

—No estoy loca, estoy deprimida.

—¿Y qué tendrá eso que ver con la higiene personal?

—¡Es que uno no puede regodearse en la miseria si lleva el pelo limpio, Erik! Joder. Parece mentira que no lo sepas.

Mi hermano torció la boca en un gesto pensativo.

—Hum. Tiene sentido.

Le sonreí y me marché a mi habitación con el vestido bajo el brazo.

Tardé una hora en prepararme, y cuando asomé por el pasillo, encontré a Erik sujetándome el chal.

—Las noches parisinas son frescas —comentó mientras me tapaba los hombros.

Asentí y lo seguí hacia la puerta. Fuimos a recoger a Katia en limusina. Me cayó bien de inmediato. Era guapísima, una rubia de cabello rebelde y ojos de color celeste. No hablaba ni una gota de inglés.

—¿Y cómo os conocisteis?

Mi hermano se lo tradujo al francés. Ella sonrió y me contó una historia de la que solo entendí *Sena*.

—La rescaté del Sena. Resbaló, yo la vi y salté sin pensármelo.

—Mi hermanito el héroe. Vaya. Quién lo habría dicho. Nunca me la mencionaste en tus e-mails —recriminé con ceño adusto.

—Cuando encuentras algo especial, te niegas a compartirlo.

Sus palabras apretaron mi corazón como si un puño invisible lo hubiese rodeado.

—¿Lo sabe papá?

—Por supuesto que no. Jamás lo aprobaría. Ya sabes que sigue soñando con verme casado con Lily Meyer-Ross.

—Como si no supiera que la pobrecilla es bipolar...

Mi hermano estalló en carcajadas, y Katia nos miró con las cejas en alto. No sé la explicación que le dio mi hermano. Supuse que una muy diferente a la verdad.

Por fin llegamos a la ópera, y Erik nos ofreció un brazo a cada una. Le sonreí a Katia y ella me devolvió el gesto. Justo entonces vi algo que hizo que mi sonrisa se quebrantara de golpe.

—Jack —musité, y el corazón me dio un doloroso brinco.

Estaba apoyado contra un árbol, mirándome fijamente. Tenía el rostro devastado, y un aire atormentado consumía su mirada. No tenía ni idea de cómo me había encontrado.

O, al menos, no la tuve, hasta que vi la cara de culpabilidad de mi hermano.

—Lo siento, pero creo que tenéis que hablar.

—¿Otra trampa? —me enfrenté a él, sin disimular que estaba hirviendo de furia en mi interior—. ¿Qué os pasa a los hombres Von Bon? ¿De verdad pensáis que podéis jugar con los sentimientos de los demás de esta forma?

—A mí no me compares con papá —advirtió Erik con su habitual mala uva—. Yo no lo hago para manipularte. Quiero ayudarte, Alexia. Habla con él. No vas a poder pasar página si no lo haces.

—Venir aquí ha sido un error. Ahora lo veo. No puedo huir del pasado. Ni siquiera en la puta ciudad del amor.

—Oh, venga ya, no seas cría.

—No soy cría. Me voy. Vuelvo a casa. A tomar por culo París. De todos modos, es un asco. Y el Sena, una charca. Hala, ¿me habéis escuchado, franceses? Vuestro Sena... es... una puta... charca.

Lo dije lentamente, por si no entendían el inglés. En realidad, París me parecía impresionante, pero estaba tan cabreada que tenía que estallar por alguna parte.

—Deja de comportarte como una loca y habla con él. Al menos concédele un momento para que te lo explique. ¿No ves lo terca que estás siendo?

—¿Ahora haces de abogado del Diablo? Tenía que haberle devuelto el coche yo misma. Está claro que involucrarte ha sido un error.

Mi hermano puso cara de exasperación. Katia nos miró cuando a uno cuando al otro. No se estaba enterando de nada. Al ver su cara de interrogación, mi hermano le dijo algo en francés y ella asintió despacio.

—Me voy —le dije a Erik, ya un poco más sosegada.

Katia vino hacia mí y me cogió las manos entre las suyas. Me dijo algo que no entendí. Miré a mi hermano en busca de respuesta.

—No le digas adiós si no quieres que se vaya —tradujo él.

Le sonreí a Katia y asentí despacio. Qué mujer más profunda. O puede que lo había leído en alguna galletita de la fortuna.

—Gracias por tus consejos.

Katia le susurró algo a Erik, y los dos se alejaron hacia la entrada de la ópera. Antes de cruzar la puerta, mi hermano se despidió con un gesto. Los miré con tristeza. Sabía que ahora tocaba enfrentarse a Jack. Lo sentía a mis espaldas. Sentía su cuerpo arder, y el campo magnético oscureciéndolo todo.

Quería que la tierra me tragara. Pero había que ser valiente. Lo que más me apetecía a mí. Si es que sabía que era una mala idea lavarme el pelo.

Me volví despacio sobre los talones y lo miré a los ojos. Me di cuenta de que lucían más desgarrados de dolor que nunca.

—¿Qué haces aquí?

—Tu hermano me llamó.

—No es eso lo que te estoy preguntando.

Tragó saliva.

—Te fuiste —dijo con un hilo de voz.

Esboqué una sonrisa cruel.

—¿Y qué esperabas?

—No lo sé. ¿Que te quedaras? —me propuso con un brillo de esperanza en la mirada.

—¡Me engañaste!

Lo encajó con un gesto de culpabilidad.

—Lo sé. Pensaba decírtelo.

Mi crueldad fue sustituida por una intensa burla.

—Qué conveniente.

—Lo intenté montones de veces. Cuando volviste a mí. Y luego, más tarde, junto a la cascada. Lo intenté, Alexia.

—Pero el gato te comió la lengua, ¿no?

Jack resopló hondo.

—No sabía cómo ibas a reaccionar.

—Pues ahora ya lo sabes. Se acabó, Jack. Espera. ¿De verdad te llamas Jack?

—Sí —respondió entre dientes.

—¿Pues sabes qué? Me importa una mierda, chaval. No quiero volver a verte.

Le volví la espalda y apreté el paso hacia la boca del metro.

—Me equivoqué, ¿vale? —gritó Jack a mis espaldas.

Giré en redondo y noté que me ardía la cara. Él me estaba mirando con ojos brillantes y postura corporal tensa.

—¡Hiciste que me enamorara de ti! —acusé, apuntándolo con el dedo.

—¡Yo también me enamoré de ti!

—¡Y una mierda!

La gente que pasaba por la acera nos miraba y siseaba, pero ni a Jack ni a mí nos importaba montar ese cirio en pleno corazón de París.

—¡Es cierto! ¡Te quiero!

—¿Estás enfermo? Esto no es AMOR. Mentir NO ES AMOR. ¡Me has traicionado, Jack! ¡Has estado jugando conmigo todo el rato! ¡No te atrevas a decir que me quieres!

—Tienes razón. Metí la pata hasta el fondo y me merezco esto. Pero ¿sabes qué? No voy a disculparme. Porque no me arrepiento.

—¡Por supuesto que no te arrepientes! —clamé con gesto de incredulidad.

—No me arrepiento de haberte engañado —me interrumpió él—, porque de lo contrario no te habría conocido nunca. Y no me arrepiento de haberme enamorado de ti, porque enamorarme de ti es lo más real que me ha pasado en toda mi vida. Sí, Alexia, te he mentido. En algunos aspectos, los menos significativos. Porque, en todos los demás, te he dicho siempre la verdad. Tú no te has enamorado de un espejismo. Te has enamorado de alguien real. Yo soy ese hombre.

Negué despacio, y la pena que sentía nubló mi mirada.

—Si me he enamorado de ti, ahora lo que quiero es olvidarte. Porque no vales una mierda. Creía que eras especial. No lo eres. Eres del montón.

Jack contrajo la mandíbula.

—No lo hagas. Esta vez, no. Dijiste que tú siempre te rindes antes de que arranque la batalla. ¿Podrías, por una vez, luchar?

—No tengo *nada* por lo que luchar.

—Puedes luchar por nosotros.

Se me inundaron los ojos de lágrimas, pero me las tragué con ira.

—*Nosotros* no existe. *Nosotros* ha muerto. Puede que no seas un forajido ni un criminal, pero tampoco eres el hombre al que yo creía amar.

—Devolví el cheque.

—¿Debería importarme?

—Sí. Debería. Lo devolví en cuanto supe que estaba enamorado de ti. Tu padre se puso furioso. Me enfrenté a él y le dije lo que sentía. Me pidió que te soltara de inmediato y que nunca volviera a acercarme a ti. Elegí desobedecerle. Me había enamorado profundamente de ti. Como Eros de Psique. Y eso lo cambió todo. Mis prioridades cambiaron.

Me quedé mirándolo a los ojos. Sabía que me estaba diciendo la verdad. Lo sabía, y no me importó en absoluto.

—Adiós, Jack. Desearía no haberte conocido nunca.

El dolor producido por mis palabras le devastó el rostro. Me convencí de que no me importaba.

—Ya. Por desgracia, no se puede cambiar el pasado.

No dije nada más. Le volví la espalda y él se quedó ahí, mirándome con sus profundos ojos azules, ahogándose bajo todas esas oleadas de dolor que desfiguraban su bonita cara. Sabía que era sincero. Había devuelto el cheque en cuanto se había enamorado de mí, de eso no me cabía duda.

Sin embargo, que lo devolviera no quitaba el hecho de que me había estado mintiendo durante meses, cada vez que me había besado, cada vez que sus manos me habían tocado, cada maldita vez que había estado dentro de mí.

Me había mentado. Y yo no podía perdonárselo. Así que me marché sin mirar atrás.

Ni una sola vez volví la mirada, porque no quería recordarle de ese modo, como al hijo de puta mentiroso que era. Quería recordarle tocando el piano, y sonriéndome por encima de las teclas con esa sonrisa suya tan lenta, tan sugerente, y quería recordar cómo solía mirarme, con esos profundos ojos azules que atravesaban mi pecho y abrían un hueco candente en mi corazón, y cómo me cantaba: *el mundo estaba en llamas, nadie podía salvarme excepto tú.*

Eso era lo único que quería recordar de *nosotros*.

Nada que perder

Pista 18: *Ain't no sunshine*
(Shawn James)

Cada año, la ciudad de Nueva York acoge la Fiesta de la Escarcha. La gente cosmopolita se viste de plateado y se pavonea entre la bisutería más exclusiva del mundo, mientras finge que le importa un comino el talento de los artesanos. En realidad, los neoyorquinos solo van para ver y ser vistos.

Yo, por mi parte, no tenía el más mínimo interés en ir ese año, pero mis amigas me habían arrastrado en contra de mi voluntad y ahí estábamos las tres, la hostia de escarchadas. Amy, Stephanie y yo, mejores amigas desde el parvulario.

—Tienes que superar a ese hombre —me dijo Amy mientras le sonreía a una señora de tercera edad, tan escarchada que parecía la Reina de las Nieves del cuento de Hans Christian Andersen.

—Completamente de acuerdo —la apoyó Steph—. No puedes seguir ocultando la cabeza como un avestruz.

—¿Qué? ¡Yo no oculto la cabeza como un avestruz!

—¿Y por qué llevas meses sin salir de casa?

Miré a Amy con mala cara.

—¡No lo hago!

—Ir a por comida china no cuenta, bombón.

Volví la mirada hacia Steph y también la fulminé con la ira de mis ojos.

—Callaros. No tenéis ni idea de lo que pasé a su lado.

Necesitaba que alguien me compadeciera, no que estuvieran atizándome aún más.

—Pobrecilla. Es verdad. Hemos sido muy poco consideradas con todo esto de tu falso secuestro. ¿Te ha puesto grilletas?

A Amy se le iba la pinza.

—¿Qué? Noo. Le habría dado una patada en los huevos.

—Entonces, ¿qué es lo que te ha hecho, aparte de obligarte a hacer el amor

con él de una forma *muy* pasional?

Sus risitas traviesas me encabronaron aún más.

—¿Es que no lo entendéis? ¡Estamos hablando del hombre más inadecuado de la lista Forbes de hombres inadecuados! Es embaucador, diabólico, manipulador...

—Un momento. ¿Estás describiendo a tu gran amor, o a Charles Manson? Es que no me ha quedado demasiado claro.

Miré a Steph con ojos punzantes.

—Ja ja. Me parto con vosotras. Esta fiesta es un asco. Me voy a por algo de beber.

Y las dejé ahí, para que se *escarcharan* a solas. A tomar por culo.

—*Garçon*, un Martini —pedí en la barra.

—Que sean dos.

Sentí una opresión en el estómago. Clavé la mirada en la araña que colgaba en mitad de la sala. ¿Eran cristales Swarovski? En Nueva York todo era posible.

—¿No vas a decirme nada? —volvió a decir él, y la suavidad de su voz puso fin a varios momentos de silencio.

—Tenía la esperanza de que, si no te hablaba, ibas a desaparecer como un mal sueño —dije, negándome obstinadamente a volver la mirada hacia la suya, si bien sentía la fuerza con la que me atraían sus ojos.

—Sus bebidas.

Le sonreí al camarero, cogí mi copa y la vacié de un trago, con tanta ansiedad que me temblaba la mano y acabé derramando buen parte del alcohol por mi barbilla y mi vestido plateado.

—Afloja, ¿no?

Me volví hacia Jack con los párpados entornados.

—Escucha, amiguito, tú no eres quién para decirme a mí lo que debo hacer y lo que no. Tienes suerte de que no te haya demandado por secuestro.

—Alabo tu generosidad.

Le puse mala cara, le dejé la copa vacía entre las manos y me alejé de él. No quería estar a su lado ni un segundo más. Estaba soberbio, con esmoquin negro y el pelo despeinado, y yo no confiaba en mi cordura cuando él estaba de por medio. Lo más sensato que podía hacer era poner abismos de distancia entre nosotros.

Avancé a grandes y furiosas zancadas en dirección al servicio. Tenía pensado refugiarme ahí hasta que Jack se marchara. Seguro que se acababa

aburriendo. Tarde o temprano.

Temprano, si tenía un poco de suerte. No me entusiasmaba demasiado la idea de encerrarme en un baño.

—¿Llevas aquí diez minutos y ya has ligado? —me interceptó Steph, la cual me agarró del brazo para hacerme cambiar de trayectoria.

—No, no he ligado. Ese es Jack. No tengo ni idea de lo que hace aquí y no pienso quedarme para averiguarlo.

—¿Ese es tu Charles Manson? Hostia puta. Ahora se explica todo.

Dejé de caminar y le lancé una mirada fustigadora a Stephanie. ¿Cómo se atrevía a mirar a Jack como si lo estuviera desnudando con la mirada? Era culpa mía. Les había dado demasiados detalles acerca del alto voltaje de nuestra relación carnal. Eso me pasaba por no ir al psicólogo.

—Se explica, ¿el qué, Steph?

—Que volvieras tan... Demasiado... Menos... Bueno, así.

—Oh, cállate. Necesito otra copa. ¿Crees que podrías conseguirme una en la barra?

—¿Por qué no vas tú?

—¡Porque el fantasma de los polvos pasados sigue ahí, mirándome con ojos de cachorro abandonado!

Stephanie soltó una carcajada y se fue a conseguirme un Martini.

—¡Te estaré esperando en el baño! —grité a sus espaldas.

Levantó la mano por encima de la cabeza y giró los dedos. Me estaba diciendo que me comportaba como una demente.

Pues muy bien. Era una demente, pero una demente precavida. Conocía mis debilidades y no quería volver a caer. Si las estrellas del cine habrían hecho lo mismo que yo, las clínicas de rehabilitación habrían echado el cierre hacía tiempo.

Me volví sobre los talones con la intención de huir al baño, pero mis planes se truncaron al chocar contra un pecho tan sólido como una roca. Sabía que era él, y también sabía que estaba esbozando su media sonrisa insufrible de *eres mía, te tengo, no te molestes en huir*. Joder. ¿Se podía tener más mala suerte? Para una vez que salía de casa...

Deliberadamente, me negué a levantar la mirada del suelo. No iba a darle la satisfacción de creer que me estaba afectando su presencia.

—Disculpa —farfullé mientras intentaba rodearlo.

—¿Te ibas tan pronto?

Ardiendo de impaciencia, levanté el rostro hacia el suyo y mis ojos se

clavaron en sus retinas.

—Pues sí. Esta fiesta es un asco. Resulta que dejan entrar a cualquiera.

—Coincido contigo. Acabo de ver a tu padre.

—¿Qué? ¿Dónde? —chillé mientras peinaba la sala con la mirada.

—Bailemos.

Y antes de que pudiera zafarme, ya estaba entre sus brazos. Vi de reojo a Steph, llevándose una mano al pecho y suspirando con aire teatral. La fulminé con la mirada y le dediqué una preciosa peineta que escandalizó a más de uno.

—Lo de mi padre era una treta, ¿no?

—Entono el mea culpa.

—Que te follen.

Jack echó la cabeza hacia atrás y soltó unas carcajadas que atrajeron varias miradas hacia nosotros.

—Veo que has cambiado de verbo.

—Me he vuelto más explícita.

Me resultaba fácil pelearme con él. Mucho más fácil que admitir que mi cuerpo ardía ante el contacto del suyo y el corazón me latía lento y rápido por momentos.

Jack inclinó el rostro sobre el mío.

—¿Sabes que es la primera vez que bailo contigo? Me gusta esta canción. Es perfecta para nosotros.

Sonaba *Ain't no sunshine*.

—Yo la odio.

—No te creo.

Nos miramos a los ojos. No, claro que no la odiaba. Nadie puede odiar algo tan perfecto, por mucho que se obstine.

—¿Qué pretendes, Jack? ¿Por qué has venido esta noche?

Él movió la palma por mi hombro desnudo, probablemente consciente de que mi piel se incendiaba por debajo de su roce.

—He venido porque no tengo nada que perder. Soy un hombre que ya lo ha perdido todo. Ahora intento recuperarlo.

Sin poder evitarlo, quedé anclada a su mirada. Marrón oscuro contra azul intenso.

—¿Y crees que vas a recuperarlo con un baile?

—Creo que voy a tener que currármelo más. Quizá te bese —murmuró absorto mientras arrastraba el dedo por mi labio inferior.

La intensidad de ese fuego que ardía dentro de mí, junto a la pasión que

incendiaba su mirada, eran turbadoras. Él estaba irrumpiendo otra vez en mi corazón, aunque yo no estaba demasiado segura de si se había marchado alguna vez.

—Se te va la olla si piensas que voy a enrollarme contigo esta noche —le espeté.

La boca de Jack se arrugó en una sonrisa lenta.

—¿Quiere eso decir que mañana tengo posibilidades? Porque puedo esperar.

Intenté por todos los medios no perder esa falsa irritación que ardía en mi mirada. Mientras existiera, la irritación iba a impedir el paso a otros sentimientos, mucho más profundos y más destructores; sentimientos que me hacían cuestionármelo todo, cada maldita decisión, cada paso que me había estado alejando de él.

Jack dejó resbalar los dedos por mi mandíbula, me alzó el rostro con delicadeza y me obligó a mirarlo. La pasión concedía a sus ojos un brillo oscuro que me estremeció. Sabía que nadie volvería a mirarme nunca así, como a una obra de arte, un objeto de valor incalculable que él se moría por hacer suyo.

Y de repente me invadió una devastadora sensación de soledad. Nunca me había sentido tan sola.

Lo miré un momento prolongado. La agonía de una despedida es sobrecogedora. Lo hubiese dado todo por no tener que marcharme en ese momento, por poder besarlo una última vez.

Pero no podía.

No podía pasar por encima de mí misma, mis principios, mi orgullo, mi... terquedad, mi... estupidez...

«Ya basta, Alexia».

Él mantuvo el contacto visual mientras yo deliberaba, abrazaba ideas solo para poder despecharlas después.

—No te molestes en esperar —resolví por fin—. He tomado una decisión y espero que la respetes. Si en algún momento sentiste algo por mí, algo real, me dejarás marchar. Recuerda lo del colibrí. Va en serio. No te diría adiós si no quisiera que te marcharas. Se acabó. No podemos volver a vernos. No puedes volver a seguirme. No puedes contactar conmigo. Intento olvidarte, pero no voy a conseguirlo si no dejas de arrastrarme hacia el pasado. No hagas esto más doloroso de lo que ya es.

Su mirada se tornó salvaje. Pude percibir el tic de su mandíbula, ese

músculo que no dejaba de latir.

—¿Estás cortando conmigo, Alexia?

—Lo haría, pero lo nuestro nunca ha sido una relación. No era real, Jack.

—Pues para mí, sí.

—Entonces, lo siento por ti.

Asintió despacio, apesadumbrado.

—Ya. Y yo. Es la primera vez que me parten el corazón.

—Lo superarás. Es lo único bueno que tenéis los capullos insensibles. Bueno, adiós —susurré, frunciendo el ceño.

Él cerró los ojos en un doloroso rechazo y yo, sin saber qué más añadir, me volví sobre los talones con la intención de alejarme de él.

Pero me detuvo.

—Dejaré que te marches, si es eso lo que necesitas —susurró en mi oído, mientras su mano me asía la muñeca—. Pero antes me despediré.

—Pensaba que eso ya lo habíamos hecho.

Puso las manos en mi cintura y me volvió de cara a él.

Ahí estaba, su espectacular media sonrisa asomando en medio del tormento que asolaba su rostro.

—Cariño, qué poco me conoces.

Me rodeó con el brazo, me atrajo hacia su cuerpo y puso la boca encima de la mía. Se me ocurrieron mis razones para no besarle.

Y luego otras mil más.

Pero ninguna de ellas consiguió que yo apartara los labios de los suyos.

Jack se dio cuenta, notó ese torbellino de deseo que recorría mi cuerpo, y lo aprovechó para darme un beso profundo, pausado, ante el cual no encontré fuerzas de resistirme. Dejé que me besara, y él no tuvo ninguna clase de prisa. Besaba tal y como hacía el amor: despacio, a conciencia. No quería perderse nada.

Eso era lo que me había enamorado de él, en el fondo: la pasión que vertía incluso en las cosas más sencillas.

Y ahora tenía que olvidarme de él.

Con lágrimas inundando mis ojos, rompí el contacto de nuestros labios, me solté de su agarré y me alejé deprisa. No quería venirme abajo y pedirle que se quedara.

Mientras me abría paso entre la gente, una idea bastante preocupante se encendió en mi cabeza: nunca iba a poder superarlo. Porque nadie, nunca, estaría a su altura. Nadie volvería a hacerme sentir tan viva. El fuego solo

ardía cuando estaba con él. Sin él, no tenía nada, excepto un mundo ideal, un mundo de cenizas.

Despídete. Si te atreves.

Pista 19: *Bruises*
(Lewis Capaldi)

No supe nada de él durante meses, y comprendí por fin que lo nuestro había acabado. Una parte de mí no quería dejarlo marchar, incluso a sabiendas de que era lo correcto. No dejaba de repetírmelo: lo nuestro habría funcionado solo en la ficción. En la vida real no teníamos ni una posibilidad.

Entonces, ¿por qué no dejaba de pensar y si, y si, y si? ¿Y si le hubiese conocido en otras circunstancias? ¿Y si hubiese esperado a que él se sincerara conmigo, en lugar de saber la verdad por mi padre? ¿Y si hubiese escuchado sus razones?

¿Y qué falta me hacían sus razones?, rebatía acto seguido. ¿Es que no conocía a Vincent? ¿No sabía lo obstinado que podía llegar a ser cuando se proponía algo? ¿O que siempre encontraba un modo de forzar las cosas a su favor? La debilidad de Jack era su fundación benéfica. Mi padre la había descubierto y la había aprovechado.

¿Por qué me preocupaban tanto las razones de Jack? ¿Es que no las tenía claras? Él mismo me las había dicho, cuando yo aún no sabía escuchar ni interpretar sus palabras. Se había cansado de mendigar dinero para la fundación y había cogido un atajo fácil. Su mayor defecto era mentir a las personas a las que quería. Me lo había confesado todo, sus ojos me lo habían contado millones de veces. La culpa era mía por no saber descifrar las pistas.

En cuanto a mi padre, también tenía claras sus razones. Vincent era un sociópata de manual, un manipulador patológico que empleaba métodos muy poco ortodoxos para conseguir lo que quería. Me había dado a Jack solo para poder quitármelo después y demostrarme así el enorme poder que ejercía sobre los demás. Su único error: subestimarme.

Creo que mi padre nunca creyó que yo iba a enamorarme. Me había tomado por alguien demasiado superficial. Alguien como él.

Pues bien, yo era como mamá. Pensaba con el corazón.

Y mi corazón pertenecía a Jack. A pesar de todo. Mi hermano tenía razón.

No podemos elegir cuándo dejar de amar a una persona. Amaba a ese hombre, incluso después de haberle perdido, y eso no iba a cambiar en años. Mi vida iba a ser así a partir de ahora: grisácea y carente de emoción. Más o menos, la misma que había llevado antes de conocerle.

Sin su fantasma asechándome en cada esquina, todo estaba volviendo a la calma. O casi. La verdad es que ya nada era igual. Yo no era igual. Jack me había cambiado de un modo que antes no habría creído posible. Me había enseñado a luchar, a crecer, a valerme por mí misma.

Gracias a él, había cerrado muchos capítulos de mi vida, y ahora tocaba cerrar uno más: despedirme de mi piso. Mis cosas ya estaban empaquetadas en cajas, guardadas en el camión de mudanza; los muebles habían sido desmontados. Ahí ya no quedaba nada. Me trasladaba a otro lugar. Quería empezar una nueva vida, lejos de la órbita tóxica de mi padre. Quería hacer algo por mí misma.

Solo me quedaba recoger el bolso y cerrar la puerta a mis espaldas. ¿Por qué me costaba tanto dejarlo ir? Ni siquiera había sido feliz en ese lugar. ¿Por qué no dejaba de aferrarme a algo que ya había muerto?

Quizá porque ese lugar, esa vida pasada, era mi única conexión que tenía con él, y una parte de mí...

«No. No vayas por ese camino».

Permanecí unos momentos de pie, contemplando el vacío de la casa y la cúpula del Empire State, y luego apagué la luz y salí. Esperaba que, una vez abandonado mi piso, me abandonara a mí esa profunda sensación de soledad que llevaba meses acompañándome allá adónde iba, hundiéndome cada vez que intentaba levantar la cabeza.

—Disculpe. ¿Es usted Alexia Van Bon?

Me volví hacia el repartidor de DHL y asentí.

—Sí, soy yo —dije mientras echaba la llave en la cerradura de una vida a la que no pensaba regresar.

—Tengo una entrega para usted.

—Pues llega justo a tiempo. Me estoy mudando.

El chico me sonrió y me indicó el lugar donde había que firmar.

—Aquí lo tiene. Buenas noches.

—Gracias. Adiós.

Miré el paquete con el ceño fruncido. ¿Qué demonios era aquello? Le di la vuelta y miré el remitente. Jack Maddox. El corazón me empezó a latir como un loco y durante unos segundos quedé suspendida en el tiempo. ¿Jack...

Maddox? ¿Ese era su nombre?

Ni siquiera esperé a llegar a mi nuevo piso. Ahí mismo, en el limbo de mi antigua vida, desgarré con las dos manos el papel amarillo y me quedé mirando el cuadro. Durante unos segundos, miré sin aliento esa entrega tan peculiar, que había llegado un momento antes de que me fuera.

Así que lo había encontrado. Por fin. *El rapto de Psique*. Lo había localizado y me lo había enviado a mí. ¿Por qué? Se había pasado años enteros buscando ese cuadro. Por algún motivo, era importante para él. ¿Por qué me lo había enviado a mí?

Detrás, había una carta. A lo mejor respondía a todas esas preguntas. Desdoblé el papel y lo leí, bajo la amarillenta y endeble luz del vestíbulo.

Querida Lexi,

No pienses que te estoy enviando esto porque aún albergo alguna esperanza respecto a lo nuestro. No lo hago. De hecho, creo que ya llegado la hora de que los dos pasemos página. La vida ha de continuar. Aunque tú siempre tendrás una parte de mi corazón, ya te he dejado marchar y estoy en paz conmigo mismo. Tenías razón. Había que liberar al colibrí. Siento haber tardado tanto tiempo en comprenderlo. Supongo que, primero, las heridas tenían que dejar de sangrar. Luego, curarse.

Te mando esto porque quiero despedirme de ti como es debido. Mañana me voy del país. Ha habido un tsunami y dos terremotos en Indonesia y hay que reconstruir gran parte de la isla Célebes. No puedo quedarme de brazos cruzados sabiendo que hay tanta gente que necesita ayuda. No sé si volveremos a vernos algún día. Probablemente, no. Por eso quiero que tengas este cuadro. Si alguna vez me echas de menos, contéplalo y piensa que te quise, que al menos una vez alguien te quiso de verdad.

Sé que este sería el mejor de los momentos, el único en realidad, para explicarte mis razones. Debes de estar muy confusa. Ojalá supiera qué decir. A veces yo mismo me pregunto por qué, por qué cuando tu padre me propuso esta locura, accedí a hacerlo. ¿Estaba desesperado? Sí, un poco. Tenía una gran visión, Lexi. La visión de un mundo mejor. Y me moría por ponerla en práctica.

Pero no creo que fuera solo por eso. Creo que, en el fondo, deseaba conocerte. Tan triste, tan ensimismada, con esa mirada tan perdida. Yo entré al mismo tiempo que tú salías. Ni siquiera te fijaste en mí. ¿Por qué ibas a hacerlo? Tenías mejores cosas en las que pensar.

Tu padre me invitó a sentarme, me escuchó y luego me habló de ti. Te

describió como ingenua y pasional. Me di cuenta de que teníamos muchas cosas en común. Un padre medio chalado, por ejemplo.

Me gustaría poder decirte que me obligaron, o inventarme cualquier otra explicación, pero no sería justo. Ni cierto. No hay una explicación, Alexia. En las novelas, los personajes tienen siempre una motivación. Todo encaja. Nada se sale del padrón. Esto es la vida real, y en la vida real no todo pasa por algún motivo. A veces las personas hacemos cosas imprevistas; cosas que no encajan; cosas que nacen de un simple impulso. Solo digo que sería inútil intentar comprenderme. No malgastes tu vida haciéndolo. Lo hecho, hecho está. Espero que algún día puedas perdonar a tu padre. Creo que Vincent solo quiere lo mejor para ti. De un modo retorcido y fuera de lo común.

En cuanto a mí, no espero que me perdones. Porque si lo haces, me olvidarás. Y, la verdad sea dicha, prefiero que me odies, si la otra opción es caer en el olvido.

Cuídate.

Jack.

P.D. No te preocupes por la procedencia del dinero. Ya no atraco bancos. He vendido el coche. Ha llegado la hora de seguir adelante, en todos los sentidos posibles.

La carta tenía fecha de hacía tres días. Eso quería decir que ya no estaba en Estados Unidos.

Pero si se había marchado, ¿cómo era posible que aún estuviese tan presente? En cada molécula de aire, en cada gota de lluvia, en cada ráfaga de viento que acariciaba mi rostro. Solo podía verle a él.

Doblé la carta con lágrimas corriendo por mis mejillas y me la guardé en el bolsillo de los vaqueros. Ahora me tocaba a mí seguir adelante.

Me puse el cuadro bajo el brazo, salí al exterior y cogí un taxi, quizá el último en mucho tiempo. A partir de ahora me las tenía que apañar con mi mísero sueldo de asesora financiera. No estaba para más derroches. Incluso ese taxi era un derroche. Si me daba ese capricho era solo porque no me sentía capaz de ir en metro esa noche. Lloviznaba, y yo solo quería acurrucarme en el cálido interior de un coche y dar rienda suelta a todas mis lágrimas.

Ya en casa, dejé el cuadro en un rincón. No sabía cuánto costaba, aunque

intuía que se trataba de una pintura valiosa. Tenía que guardarla por si algún día Jack la reclamaba de vuelta.

Sin ganas de ponerme a desempaquetar cosas, me senté en la mesa, debajo de la ventana que daba a una ruidosa calle de Brooklyn, y encendí el portátil. Durante media hora o más, leí revistas y tonterías en Facebook.

No quería hacerlo, pero el cuadro, el maldito cuadro, atraía mi mirada una y otra vez.

—No lo hagas, Alexia. Ni se te ocurra —gruñí entre dientes.

Me obligué a volver la mirada hacia la pantalla del portátil, en la que estaba viendo videos de gatitos.

Sobre las doce de la noche, no pude contenerme más y tecleé su nombre en Google. Jack Maddox.

Y enseguida salieron miles de resultados.

—¿Jack Maddox, el heredero del imperio de acero? —leí en voz alta. ¿Qué coño?

Hice click en la noticia, y mi pantalla quedó cubierta por la foto de Jack y un hombre al que no conocía. Debía de ser su padre.

George Maddox y su hijo Jack crean la fundación K.A.T.I.E.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Seguí leyendo.

La fundación K.A.T.I.E. invierte en la reconstrucción de la isla Célebes, en Indonesia, que recientemente ha sido devastada por un tsunami y dos terremotos.

Jack había encontrado un modo de hacer pagar a su padre por todos esos años en los que no había estado a su lado. Me alegré por él.

Había otra foto, de Jack y de un joven que se le parecía bastante. Leyendo, descubrí que ese era su hermano pequeño, Philip. Iba a acompañarle a la isla. Jack iba en camiseta de manga corta y, al estar rodeando los hombros de su hermano con el brazo, se le asomaba parte del tatuaje en el bíceps. No era visible, pero yo sabía lo que significaba. Sin remordimientos. Tanpa penyesalan.

Cerré los ojos y dejé caer la frente contra la mesa. «¿Qué has hecho, Alexia? ¿Si has hecho lo correcto, por qué tienes tantos remordimientos ahora?»

Tanpa penyesalan

Pista 20: *Believer*
(Imagine Dragons)

Indonesia estaba devastada. Me costaba imaginar cómo había sido antes del desastre, antes de que huellas de miles de vidas destrozadas cubrieran las playas. Había muchísimo por hacer, desde recoger todos los destrozos, hasta dotar a la isla de agua potable y luego reconstruirla desde los cimientos.

No dejaban de entrar y salir camiones de ayuda humanitaria. Me emocionó saber que, a pesar del odio, la xenofobia y la codicia que se han hecho patentes en nuestro maldito siglo, aún había gente que se preocupaba por los demás. Era inspirador.

Localizar a Jack no fue complicado. Su fundación tenía tiendas de campaña por todo el epicentro del desastre, y todo el mundo al que pregunté parecía conocerle. Me indicaron que siguiera caminando. Jack estaba *ahí*. Fue lo único que pude entender. No tenía ni idea de dónde estaba ese *ahí*.

Seguí caminando en línea recta, perpendicular a la franja de arena que se entrelazaba con el mar azul, y avancé, por encima de los escombros, hasta que di con lo que parecían las ruinas de un hospital. Jack estaba en ese lugar, lo atisé a lo lejos, su cabello oscuro brillando bajo el sol, sus brazos robustos y bronceados. Era él, sin duda. Llevaba una camiseta de tirantes que por la mañana había sido blanca —ahora mostraba un color muy parecido al gris oscuro—, y levantaba pala tras pala de escombros. Él y otros tres hombres más recogían trozos de cemento y los lanzaban a un camión de basura.

Durante todo el vuelo había tenido millones de dudas.

Era una locura.

No estaba haciendo lo correcto.

Fue llegar ahí y perder todas las reservas. ¡Claro que estaba haciendo lo correcto! Eso era lo único correcto que podía hacer.

«Despierta, Alexia. La gente muere a tu alrededor. Esto es lo correcto. ¿Querías hacer algo importante con tu vida? Pues bien, esto lo es. Ayudar a los demás es mucho más trascendental que pasarse la vida rellenando los formularios fiscales de unos corruptos que intentan ocultarle dinero al Estado. Tu lugar es este. Y ahí está Jack. ¿De verdad vas a dejarle

marchar?»

—Disculpad —dije en voz alta—. Estoy buscando al jefe de la obra. ¿Jack Maddox? ¿Alguien que responda a ese nombre?

—Tienes que estar de puta coña.

Jack dejó caer la pala y se volvió rechinando los dientes. Nuestros ojos se encontraron y yo retuve su mirada. Le sonreí, aunque el gesto no me fue devuelto y eso hizo que el corazón apretara más fuerte entre las costillas. No se alegraba de verme. ¿Por qué no se alegraba de verme?

—¿Qué haces tú aquí? —balbució con el ceño hundido de confusión.

Me encogí de hombros. Intentaba ser valiente y no quebrantarme delante de todo el mundo. *«Vamos, Lexi. Tú sabes actuar. Te has pasado la maldita vida en el plató de una película»*.

—Me han dicho que se buscan voluntarios. No sé hacer gran cosa, pero aprendo rápido.

Jack dejó de lado su labor, vino hacia mí y me agarró de un brazo. Me llevó hasta la playa casi sin que mis pies tocaran el suelo. Cuando estuvimos en la arena, me soltó y guardó una distancia prudencial. Era como si le diera miedo acercarse a mí.

—¿Qué haces aquí? —repitió con dureza. Su mirada era distante. Glacial.

Dios mío. ¿Llegaba demasiado tarde? ¿Hablabas en serio cuando había dicho lo de pasar página? Mi corazón se heló ante la idea. ¿Se había enamorado Jack de otra mujer? ¿Estaba ella ahí, con él?

Las preguntas me atacaban como abejorros. Tuve que hacer un enorme esfuerzo por acallar ese frenesí que chisporreaba en mi mente.

—He venido a recuperar lo que es mío —manifesté con una dureza parecida a la suya.

Busqué en sus ojos un indicio de alegría, pero no había nada. Sus rasgos estaban congelados.

—¿No crees que llegas un poco tarde? —repuso, ladeando la cabeza hacia un lado.

Sus ojos azules me estaban haciendo trizas.

Levanté la barbilla y me enfrenté desafiante a la intensidad de su mirada. Jack ardía de ira. Aunque también ardía de pasión. No sabría decir qué primaba en él, si el deseo de gritarme, o la necesidad de estampar la boca contra la mía.

—Puede que así sea, pero no tengo nada que perder. Yo ya lo he perdido todo.

Se pasó los dedos por el pelo, miró el mar a lo lejos y sonrió, una sonrisa incrédula y casi irónica.

—Un consejo, cielo —dijo, apuntándome de nuevo con su llameante mirada.

—A ver.

Una media sonrisa bastante pícaro curvó la mitad derecha de su boca.

—La próxima vez, búscate tus propias frases.

Le devolví la sonrisa. No pude evitarlo.

—No habrá una próxima vez, *cariño*. He venido para quedarme.

—Eso espero —espetó mientras acortaba la distancia que nos separaba y me atraía a sus brazos—. Porque no estoy dispuesto a que me vuelvas a romper el corazón.

Hundiendo los dedos en mi pelo, me echó la cabeza hacia atrás y su boca se precipitó sobre la mía. Me besó de manera posesiva, como si ya le perteneciera en cuerpo y alma. A lo lejos, el océano gemía sus penas.

Cuando llegamos a la tienda de campaña de Jack, era completamente de noche. Estaba molida. Me había pasado el día recogiendo escombros. No era esa mi idea de romanticismo, aunque, si estabas con Jack, tenías que seguirle en todas sus pasiones. Ayudar a los demás era una de ellas. Más me valía acostumbrarme. Dudaba mucho de que él quisiera trasladarse a un piso en Manhattan y pasarse la vida dirigiendo el imperio de acero. En ese sentido, era como Erik. No se le podía encerrar en un despacho. Jack era libre como los pájaros del cielo.

—No me dolían tanto las piernas desde que el zumba se había puesto de moda —me quejé mientras me frotaba el cuello dolorido.

Jack se rio, se me acercó por detrás y apartó mi mano. Un segundo después, sus dos manos empezaron a masajear mi cuello.

—Oh, Dios, te adoro —declaré apasionadamente—. No sabes la falta que me hacía. Me duele todo el cuerpo.

—Lo sé. Irá a mejor. Quizá. Puede que no...

—Muy alentador.

Sus labios se acercaron a mi oído. Estaba sonriendo. Sentí un hormigueo en la piel y cerré los ojos. Depositó un beso detrás de mi oreja y me abrazó por detrás.

—Aún no hemos tenido tiempo de hablar —me susurró.

—Me has esclavizado nada más llegar. Ni me has ofrecido un vaso de agua.

—Lo siento. Prometo portarme mejor a partir de mañana. Seré un buen jefe.

—Más te vale. Y de jefe nada. Seremos compinches.

Se rio.

—Muy bien, forajida. Seremos compinches. ¿Ahora vas de decírmelo?

—¿El qué?

—Cómo se te ha ocurrido venir aquí.

Hice una mueca.

—Por culpa de la maldita Psique. Pensé que si ella había sido capaz de ir hasta el Infierno para recuperar a su hombre, lo mínimo que podía hacer yo era aguantar un par de horas de vuelo en primera clase. Mi hermano fue muy generoso en sus donativos. Pude permitírmelo, así, como último capricho.

—Hm. Le escribiré un mail de agradecimiento.

—Ni siquiera lo leerá. Es un poco *hippie*. Como tú. ¿Te ha sorprendido verme aquí?

Jack me volvió entre sus brazos.

—¿Bromeas? Eres la última persona a la que esperaba ver hoy. He tenido una mañana de mierda. Estalló un conducto de gas y tres de mis hombres fueron llevados al hospital en helicóptero. Están bien. Se recuperarán, pero nos hemos llevado un buen susto.

Me colgué de su cuello. Me gustaba estar ahí, con él. Sentirme útil y que alguien me necesitara.

—¿Y ahora qué? ¿Cuál es el siguiente paso?

Sus ojos eran burlones, bastante arrogantes.

—Supongo que tendré que casarme contigo. Si no hago de ti una mujer decente, tu padre nunca dejará de odiarme.

—Qué salado te has vuelto, ¿no?

Jack sonrió e hizo caso omiso de mi sequedad.

—Siempre he querido una boda en la playa. Claro que habrá que celebrarla cuando hayamos limpiado la playa...

Me concedí unos segundos para observar su rostro con determinación. ¿Casarnos? Nunca lo había pensado, pero... tenía mucho sentido.

—¿Y cuándo estimas que podremos hacerlo?

—Hmmm... ¿en dos o tres meses?

—Bueno, en tal caso... ¿cuál es mi tienda de campaña?

—¿Bromeas? Esta. La mía. Obviamente.

—Imposible. Soy una chica bien. No puedo dormir contigo antes de casarnos, forajido.

Jack soltó una carcajada y me empujó hacia atrás. Riéndome, aterricé encima del colchón.

—¿Quién ha dicho nada de dormir, cielo? —repuso con mirada salvaje y sonrisa procaz. Avanzó hacia mí lentamente, como un tigre al acecho—. Se me ocurren al menos cien cosas que hacer antes de que amanezca.

—¿Como cuáles? —repuse con coquetería.

—Decirte lo sexy que estás con esa camiseta sucia...

—No seas cabrón. Llevo todo el día trabajando.

La sombra de una sonrisa malvada curvó la comisura de sus labios. Se inclinó sobre mí, atrajo mi boca hacia la suya y fingió que iba a darme un beso. Aunque lo único que hizo fue dejarme con las ganas.

—Correrme dentro de ti y marcarte de por vida... —siguió enumerando.

Mi gesto se volvió serio.

—Pensaba que no creías en lo de pertenecer a alguien.

—Y no lo hago.

—¿Entonces...?

Torció los labios en un gesto de desdén.

—Será divertido.

Lo escruté con ojos perspicaces.

—No te creo.

La sonrisa se materializó por completo encima de sus labios.

—Y haces bien. Porque soy tuyo. Te pertenezco, tal y como tú me perteneces a mí.

—Me parece un trato justo.

Sonriendo, Jack usó las palmas para arrastrar los tirantes de mi camiseta. Acto seguido, sus labios resbalaron por mi piel. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás en un gesto de lánguido éxtasis.

Me hacía cosquillas con la barba.

Buscó mi boca y me dio un beso profundo, un beso que me reclamaba y me marcaba de por vida. Había empezado como una locura. Ahora se había descontrolado y ni yo ni él podíamos detenerla.

—¿Qué tal si nos damos una segunda oportunidad? —me propuso mientras cogía mi cabeza entre las manos y me obligaba a mirarlo a los ojos—. Esta vez, sin engaños ni farsas. Solo tú y yo, descubriéndonos poco a poco

—Suena bien.

—Solo hay una cosa que me queda por decirte.

—¿El qué?

—Antes, yo era una mujer.

Le di un golpecito en el brazo y él se rio.

—Déjate de bromitas y bésame.

—Te prometo que quiero algo más que besarte.

—Y aquí estás, perdiendo el tiempo.

—¡Eh! Intentaba ser un buen anfitrión, por una vez.

—Jack, estamos en una puta tienda de campaña, en mitad de un maldito desastre natural. La vida es corta y peligrosa. Bésame, joder.

Y él me besó, mientras la oscuridad de Indonesia envolvía nuestra pequeña tienda de campaña. No sabía nada sobre él. ¿Quién era? ¿De dónde había salido? ¿Me estaba volviendo loca, o, por el contrario, regresar a su lado era lo más cuerdo que había hecho en toda mi vida? Estaba rodeada de incógnitas. ¿Nuestro amor iba a durar un segundo, o una eternidad?

¿Qué importaba? Ya no tenía la necesidad de vivir siguiendo un guión, ni de saber de antemano lo que me deparaba el futuro. La vida estaba para vivirla. Peligrosa, imprevisible, a veces dura. Podía alcanzar los ochenta, o podía morir esa misma noche, entre sus brazos.

Supe que había tomado la decisión correcta cuando me di cuenta de que no se me ocurría una mejor manera de decir adiós.

Forajidos

Pista 21: *Wicked Game*
(Corey Taylor)

Mi guapísimo marido estaba dándose un chapuzón junto a nuestra hija, Maxine. O Max, según solíamos llamarla, para desesperación de sus dos abuelos, que decían que Max era un nombre de chico. A Jack y a mí nos encantaba. Nos parecía que tenía fuerza y personalidad propia.

Max. Sencillo. Directo. Al grano. Era perfecto.

Max aún no sabía nadar, solo tenía tres años, con lo que estaba chillando y colgando del cuello de su padre, que la amenazaba con tirarla al mar.

Los miré desde mi toalla y me reí. Ellos eran todo cuando me importaba en el mundo. La belleza que había estado buscando durante toda mi vida, la inmortalidad. Ahora me pertenecían. Nunca iba a morir, porque yo formaba parte de ellos, al igual que ellos formaban ahora parte de mí. Éramos un total y nunca íbamos a desaparecer.

El camino no siempre había sido fácil. La vida en sí no es más que un cúmulo de cuestas empinadas y curvas peligrosas.

Pero si tienes un poco de cuidado, si no pierdes de vista tu meta, llegarás justo donde quieres llegar: a casa. Incluso si esa casa es una cabaña en una playa desierta...

Una brisa fresca sacudió mi cabello. Olía a otoño y, aunque los otoños me solían entristecer, esta vez di la bienvenida a esa nueva estación tal y como ella merecía: con ilusión y esperanza. Éramos tres forajidos en tierra de nadie.

Según el diccionario, forajido significa una persona que huye de la justicia.

En nuestra opinión, es un individuo libre. Como nosotros.

Vivíamos sin dictámenes, sin ataduras, sin pertenecer a nada, salvo a nosotros mismos y al cielo que se alzaba por encima de nuestras cabezas. No poseíamos grandes cosas, pero sí todo cuanto importaba: la libertad de amarnos sin ninguna clase de restricciones, la libertad de criar a nuestra hija según nuestra propia ideología, la libertad de ser felices.

Sí, éramos unos forajidos, porque un forajido siempre vive como si no tuviera nada que perder y todas las de ganar. Esa era nuestra vida en la isla, y yo no habría cambiado nada. Bueno, quizá hubiera añadido un par de sandalias de Manolo Blahnik.

Aparte de eso, tenía todo cuanto necesitaba. Tenía amor, libertad y... a Clyde Barrow. Lo tenía todo.

Más libros de la autora

Insaciable I
Nunca juegues con fuego
Isabela Marín

Todo empezó con una chispa...

Prólogo

En la actualidad, Austin, Texas

*El fuego siempre ha sido y, al parecer,
seguirá siendo siempre,
el más terrible de los elementos.
(Harry Houdini)*

Desde la más temprana edad me he sentido fascinada por el fuego. Mi padre solía llamarlo *pecado* y asociaba sus llamas con el Infierno y todo lo malo que había en el mundo. A mí, en cambio, verlo arder me resultaba hipnótico. La danza de las llamas despertaba en la hondura de mi alma un sentimiento que mi infantil cerebro nunca supo entender del todo. Supongo que ahora, a estas alturas de mi vida, lo definiría como paz. El fuego, terrible e indomable fuerza, capaz de consumir el mundo entero, solo deja a su paso una siniestra quietud. Y, por supuesto, copos de ceniza, humeantes vestigios de algo que una vez hubo.

De pequeña, me pasaba incontables horas contemplando la chimenea, embebida en el crepitar del fuego, en el modo en el que la materia se derretía bajo el bullicio de las llamas. Tanto me cautivaba el fenómeno que, en aquellos momentos, todo cuanto me rodeaba se desdibujaba. Los contornos se desvanecían, las compuertas caían. No existía nada más allá de esa llamarada y de mí. Tan entregada estaba que sentía, literalmente, cómo cada una de las moléculas de mi ser se fundía con esas vívidas llamas. El fuego tiene algo de sensual, ¿verdad? Es pura pasión. Es locura. Es misterio. Es aventura. Pero, por encima de todo eso, es inexorable destrucción.

He sido ingenua. He pensado que podría dominar sus llamas, someterlas a mi propia voluntad. No he sido capaz de ver que el fuego es un elemento

soberbio que jamás se deja controlar. El fuego es quien te controla a ti, no al revés, y, como te descuides, puedes acabar ardiendo.

Dicen que el fuego solo puede ser combatido con la gelidez del hielo. La abrasadora pasión, apagada por oleadas y oleadas de fría indiferencia. Pero, ¿por qué alguien querría combatir el fuego? ¿Por qué no, sencillamente, apartarse y dejarlo arder en llamas? Yo lo he hecho, y ahora mi historia comienza con este inevitable final. Al parecer, algunas veces no se precisa más que de una débil chispa para desatar todo un infierno de llamas. Es curioso, ¿verdad? Cuánta destrucción abarca algo tan diminuto y tan hermoso como una chispa; algo así de fascinante.

—911, ¿cuál es su emergencia?... ¿Hola?... Ha llamado al servicio de emergencias. ¿Cuál es su emergencia?... ¿Hola?... ¿Hay alguien?... ¿Me escucha?

—La escucho —murmuré con voz hueca mientras mi mirada se perdía en las gotas color carmesí que se deslizaban por los azulejos del baño de la segunda planta. Durante toda mi vida he llamado a las puertas del Paraíso. Y, sin embargo, las únicas que se abrieron para mí fueron las del Infierno.

—¿Señora, cuál es su emergencia?

—Creo que he matado a mi marido.

Se produjo una breve pausa, insignificante para mí. ¿Qué es el tiempo? ¿En qué se mide? ¿Segundos, minutos, momentos, dolor, lágrimas? No dediqué ni un instante de mi vida a ponderarlo. ¿A quién le importa, en el fondo? Llega un momento en el que cualquier concepto deja de importar. No son más que meras palabras.

—Por favor, tranquilícese y... —fue lo último que escuché antes de colgar. Una verdad empírica: me tenía que tranquilizar. Supongo que dicen eso a todo el mundo. «Mantenga usted la calma». ¿Piensan que no somos conscientes de ello?

Dejé que el teléfono se escurriera a través de mis dedos. Mis manos parecían demasiado laxas como para seguir sujetándolo. No hice ademán de atraparlo ni registré ninguna reacción cuando se estrelló contra el charco de sangre que empapaba mis ridículas zapatillas de peluche.

Mi mirada vacía se movió hacia los cristales, castigados por una fuerte ráfaga de viento. Con el único fin de llamar mi atención, la rama esquelética de un membrillo golpeó contra la ventana salpicada por la lluvia. ¿Acaso pretendía sacarme de mi abisal sopor? El balancín del porche soltó una especie de chirrido, parecido al llanto de una mujer. En alguna parte de la casa

sonaba una versión instrumental de *Lascia ch'io pianga*, y el melancólico sonido de aquel violín me pareció lo más dramático que había escuchado en toda mi vida. Habría dado todo cuanto poseía por poder llorar en ese momento. Pero no podía. Estaba demasiado congelada.

Al otro lado del cristal, el mundo se mostraba ceniciento y deprimente. Parecía un buen día para entierros. Mi mente reprodujo la imagen de una limusina negra, repleta de rosas blancas, avanzando lentamente por un oscuro callejón. En los entierros ha de haber rosas blancas. Porque simbolizan amor eterno.

Ahí, en mitad de la estancia, miré con ojos mortecinos cómo las danzantes sombras del atardecer comenzaban a expandirse con el único fin de engullir el mundo exterior. ¿Qué sabía el mundo acerca de mí? Nada. El mundo no conocía mi historia. Para todos ellos, yo no era más que un juguete roto; una niña a la que habían cortado las alas en pleno vuelo.

Con toda la parsimonia posible, mis ojos se desprendieron de la ventana y se giraron hacia el escenario que me rodeaba: el escenario del crimen, que en unos pocos minutos se vería invadido por numerosos agentes de la ley. Era un caso demasiado importante, lo cual enloquecería a la prensa. Tocaría enfrentarse a una multitud de *paparazzi*, y *flashes*, y preguntas incómodas. Sexo, asesinato y dinero. Nada atrae más a los seres humanos.

—Adeline, ¿por qué lo has hecho? —se empujarían entre sí para acaparar el primer plano. Y yo, esposada y custodiada por los agentes de la ley, bajaría la mirada al suelo y me abriría paso entre ojos tan cortantes como cuchillos.

No había manera de evitar todo ese infierno, lo sabía. Supongo que era otra de las verdades empíricas que formaban mi universo.

«Adeline Carrington irá al Infierno». Una verdad absoluta, indudable. Me hizo evocar la imagen de un divertido panfleto religioso repartido entre los votantes republicanos de mi padre. Iría al Infierno y, lo peor de todo, era que aquello no me alteraba ni en lo más mínimo. Si mi destino era arder, entonces lo acataría sin rechistar. Ardería. Sin más. Esta vez no iba a refugiarme en un mundo de fantasía solo porque dolía demasiado enfrentarse a las verdades empíricas. No, de ningún modo lo haría. Había aprendido de mis propios errores, así que esta vez iba a permanecer ahí, en mi aborrecible presente. Me quedaría para lidiar con el dolor, porque estaba harta de huir siempre. Y porque sentir dolor, por fin, me parecía algo digno. Y noble. Un auténtico alivio.

El teléfono empezó a sonar al lado de mis pies, y su sonido me traspasó

como un espasmo físico. No me agaché para cogerlo, no quería tocar toda esa sangre, probablemente aún tibia. De modo que me limité a quedarme ahí, congelada, perdida mi mente en la letra de la canción que había elegido tan solo dos días antes, cuando mi vida todavía parecía normal. O, al menos, todo lo normal que la vida de alguien como yo pudiera llegar a parecer.

Los ritmos de *The Unforgiven* de Metallica me envolvieron suavemente, como un chal de seda enroscado alrededor de mis hombros. Al principio, su abrazo fue delicado y reconfortante, como la caricia de un ser amado que hace mucho que no ves, pero al poco tiempo me di cuenta de que lo que tenía entre manos no era ninguna caricia, sino un arma de doble filo, un arma que hizo que, con cada sonido, con cada palabra que escuchaba de aquella canción que tanto me recordaba a él, la herida de mi alma profundizara, se expandiera hasta provocarme un dolor desgarrador.

Cuando el móvil dejó de sonar por fin, advertí que el violín se deshacía ahora en sonidos agudos, más melancólicos que nunca, terriblemente dramáticos. La lluvia, en pleno apogeo, descargaba furiosa contra el techo de la casa, y yo, con ojos frenéticos y respiración trabajosa, era consciente de cada gota, de cada *crescendo*, de cada maldito ruido.

«*De cada salpicadura de sangre...*»

Con dedos trémulos, me cogí la cabeza entre las manos, me dejé caer de rodillas, sin preocuparme ya por rozar la sangre, y aullé con todas mis fuerzas. Sin embargo, manifestar la intensidad de mi ira no hizo que mi dolor cesara. Al contrario, este explotó y se propagó por cada célula de mi cuerpo, veloz como la devastadora ola de un terremoto. *Imperdonable*. Todas las malas elecciones que había hecho a lo largo de mi vida también eran imperdonables.

Mi vida nunca ha sido un camino fácil. Años enteros repletos de interminable destrucción, con unos pocos recuerdos felices, lo único que me sostenía ahora, después de romperme en millares de añicos, esparcidos por el mundo entero cual insignificante polvo de estrellas. Siempre fui una chica inusual, con una enfermiza obsesión. Un deseo tan, tan terrible... ¿Por qué será que el ser humano siempre anhela lo que jamás podrá tener? No lo sé. Nunca lo he sabido.

Atormentada por esa idea, me acurruqué en un rincón del suelo, con las rodillas llenas de sangre, dobladas y pegadas al pecho, y los brazos rodeándolas y, mientras esperaba, intenté mirar el espacio a través de ojos ajenos, para adivinar qué pruebas encontrarían ellos ahí. ¿El arma del crimen?

No, claro que no. El arma del crimen no estaba. ¿Y el motivo? ¿Alguien conocía el motivo? Por supuesto. El mundo entero sabía que yo era la chica que había construido un castillo de naipes en llamas.

«*Nunca juegues con fuego*».

¿Oh, por qué tuve que ignorar su estúpida advertencia?

Por encima de mi cabeza colgaba una bombilla parpadeante. Me obsesionaba de tal modo que no podía dejar de mirarla. Mi aletargada mente se distrajo preguntándose por qué parpadeaba tanto. ¿Importaba siquiera? ¿Acaso algo de todo aquello tenía sentido ya? Mi mundo había llegado a su último invierno, y a mí se me antojó la extraña idea de que el sol nunca volvería a brillar a través de la espesura de las tinieblas que me cercaban. Ahí ausente, las palabras de mi padre me arredraron más que cualquier otra cosa a lo largo de mi vida.

«Llegado el momento, te destruirás con tus propias manos».

Edward tenía razón. Lo había hecho...

Y ahora heme aquí, en una pequeña sala, encogida bajo la severidad de unos ojos azules. Un vaivén de pensamiento me carga la mente, y un dolor físico, sin duda provocado por el cansancio, se filtra por cada partícula de mi ser. No llevo la cuenta exacta, pero creo que he pasado más de treinta horas seguidas sin pegar ojo. La luz de los fluorescentes se clava violentamente en mis ojos, marrones y enrojecidos a causa del cansancio. ¿Cómo pudimos acabar así? No dejo de preguntármelo mientras intento eludir la gélida intensidad de aquellos ojos que semejan macizos bloques de hielo. El fuego solo puede acabar con hielo. Siempre lo he sabido.

—Buenos días, Adeline. ¿Qué tal te encuentras esta mañana?

Con deliberada lentitud, elevo la mirada para encontrar a la suya. Da un respingo al cruzarse con las fosas vacías en las que se han convertido mis ojos, fosas sin ninguna clase de emoción o sentimiento delatador en ellas. Tan solo un interminable vacío, imposible de penetrar. Imposible de llenar... Acabo de comprender que lo he perdido todo. No tengo nada. Nunca lo he tenido. Quizá sea mejor así. Cuando solo tienes *nada*, entonces no hay nada que puedan arrebatarte.

—No he intentado suicidarme, si es eso lo que te preocupa.

Fuerza una sonrisa un tanto nerviosa y aprieta un botón para grabarlo todo, como si no quisiera perderse ni una sola palabra mía. Siempre ejecuta la

misma acción nada más sentarse en la silla de enfrente, casi ansiosamente. Después, entrelaza las manos por encima de la mesa y se limita a taladrarme con esos ojos suyos que todo lo ven, incluso mientras brillan ausentes. Hay veces que, durante las horas que se pasa interrogándome, se entretiene realizando dibujos. He observado que dibujar parece relajarle. Tengo la sensación de que conversar conmigo dispara su nerviosismo, de por sí bastante elevado.

—A estas alturas, sabemos cómo va a acabar esto, pero me gustaría que me contaras cómo empezó. ¿Te sientes capaz de recordarlo?

«*Como si pudiera olvidar algo de todo aquello...*»

Apoyadas mis muñecas encima de la mesa metálica que nos separa, mis dedos temblorosos rodean el templado vaso de café que alguien me ha ofrecido en algún momento. No me apetece tomarlo, pero es lo único a lo que puedo agarrarme para no hundirme aún más en ese oscuro abismo que me atrae irresistiblemente hacia sus profundidades. Dulces, dulces profundidades que invitan a asentar los maltrechos huesos ahí dentro. Para siempre.

—Sí —carraspeo en un intento por dominar la voz, que se empeña en flaquear precisamente ahora—. Sí, puedo hacerlo.

Endezco los hombros para mostrar algo más de seguridad. No quiero que piense que estoy asustada, o intimidada. No quiero su estúpida compasión. Él cruza una mirada conmigo y se retrepa en su silla, esperando a que desvele la larga serie de infortunios que destruyeron mis sueños, los truncaron, los redujeron a polvo sin que yo opusiera el menor conato de resistencia. Adeline Carrington, la chica que nunca tuvo nada; la que siempre lo deseó todo.

—Adelante, Adeline. Te escucho.

Ojalá sus ojos dejaran de hundirse en los míos de ese modo. Ojalá no fuera este el fin de todo lo que una vez conocí.

«*De todo lo que una vez amé...*»

Sintiéndome como si el mundo entero pesara encima de mis hombros, bajo la mirada hacia el ángel que su mano derecha ha garabateado en la cubierta de la libreta azul. Exactamente así es cómo comenzó todo esto.

—Quieres que te cuente el comienzo... —me quedo mirando ese hermoso ángel, y mi boca se tuerce en una sonrisa irónica—. ¿No es evidente?

El *tic tac* de su *Rolex*, un sonido sordo, monótono, resuena en el silencio de la sala con el único propósito de recordarnos que el tiempo se nos está acabando. Durante un momento, los dos contenemos el aliento, mientras la angustia se cierne sobre nosotros como un oscuro y asfixiante nubarrón.

—¿Lo es? —susurra, y sus ojos me evalúan intensamente hasta que desvío la mirada, incapaz de seguir aguantando toda esa presión.

Me estiro para robar un cigarrillo del paquete rojo que ha dejado encima de la mesa. No dice nada, se limita a observarme. Ni siquiera me recuerda que no se puede fumar aquí dentro. Mejor. No estoy de humor para sermones. Cojo el mechero que descansa al lado de sus delgados, ágiles, intranquilos dedos, enciendo el cigarrillo y vuelvo a sonreír, pero mi sonrisa no es más que un gesto amargo y atormentado; abarrotado de dolor.

—Claro que lo es, letrado. Hay ángeles que tienen sus propios demonios, y resulta que los míos fueron poderosos.

Dos años atrás, ciudad de Nueva York, Nueva York

La actualidad en la prensa "seria"

¿Los republicanos tienen nuevo candidato para las presidenciales?

«El senador Edward Carrington, elegido por los votantes republicanos como el político más carismático del año. Carrington ha accedido a ser entrevistado por un periodista de *USA News Channel* a la salida de uno de los famosos mítines organizados por su partido para defender la pena de muerte. El senador acudió acompañado por su hermosa esposa, Giselle, y su perfecta hija, Adeline.

Periodista: Senador Carrington, ¿se ve usted en la Casa Blanca dentro de dos años?

Senador Carrington (abrazando a su mujer y a su hija): Si los votantes me ven, yo también me veo. Confío en su excelente criterio (risas).

Periodista: ¿Y qué opinas tú, Giselle? Ser la primera dama de una potencia mundial como Estados Unidos supone todo un reto.

Giselle Carrington: Apoyaré a mi marido en todas las decisiones que tome. Lo único que me hace feliz es verle feliz a él. Y, por supuesto, ver como él hace felices a los ciudadanos americanos.

Periodista: ¿Senador, cuáles son sus metas?

Senador Carrington: ¿Aparte de preocuparme por el bienestar de mi maravillosa familia? Es sencillo, John: preocuparme por el bienestar de todas las maravillosas familias que forman esta gran nación. ¡Que Dios bendiga América!

Periodista: ¿Y qué nos cuentas tú, Adeline? ¿Qué se siente al formar parte de una familia tan modélica?

Adeline Carrington (secamente): Ganas de vomitar». *USA News Channel*

Escándalo protagonizado por los Carrington en una manifestación republicana a favor de la guerra en Afganistán.

«El senador por el estado de Nueva York, Edward Carrington, dio un apasionado discurso, reivindicando la aniquilación de los terroristas (o civiles afganos, para el senador da lo mismo) que amenazan con tambalear la

supremacía de nuestro país. Su hija, Adeline, se levantó en mitad de la conferencia, gritándole a su padre, y citamos textualmente, «¡Estás como una cabra!» y «¡Te mereces la puta camisa de fuerza!», antes de abandonar la sala. Al concluir el evento, Giselle Carrington justificó de esta forma el comportamiento de su hija: «Adeline bromeaba, por supuesto. Parece ser que aspira con convertirse en la nueva Ellen DeGeneres». *The Washington Post*

Los Carrington, más unidos que nunca.

«Durante un foro republicano, el senador por el estado de Nueva York, Edward Carrington, empleó toda su pasión en hablarnos sobre la importancia de destruir las células terroristas que amenazan con tambalear la supremacía de nuestro país. Su esposa, Giselle, y su hija, Adeline, le aplaudieron fervientemente y, pese a que Adeline se viera obligada a abandonar la conferencia a causa de una terrible migraña, esta mañana insistió en manifestar en Twitter lo orgullosa que se siente de su padre. «Mi padre es asombrosamente inteligente. ¡Hay que exterminar a esos hijos de puta terroristas cuando antes!» *USA News Channel*

¿Insinúa Adeline Carrington que los republicanos tienen intención de revivir el holocausto?

«Este es el *tweet* que ha incendiado las redes sociales de Nueva York. «Mi padre es asombrosamente inteligente. ¡Hay que exterminar a esos hijos de puta terroristas cuando antes!» tuiteó la más joven de los Carrington, instantes antes de colgar una esvástica en su cuenta. Parece ser que la hija del senador Carrington se ha vuelto aún más rebelde con el paso de los años». *The New York Times*

¡Adeline Carrington NO ha colgado ninguna esvástica en Twitter!

«Esa fue la tajante afirmación de John Carey, el portavoz de los republicanos en el Senado, que se ha apresurado a desmentir la noticia, declarando que Adeline jamás cometería tamaña fechoría. «*Lo más probable es que un hacker se haya apoderado de su cuenta*». Según era de esperar, las sospechas de Carey caen sobre los terroristas afganos.

Adeline se ha negado rotundamente a declarar, limitándose a mostrar en el campus de Columbia una camiseta con un mensaje de lo más polémico: «*La*

libertad de expresión es decir lo que la gente no quiere oír», frase que le pertenece al escritor británico George Orwell». USA News Channel

¡¿James O’Neill inocente?!

«El "abogado del Diablo" consigue que el jurado declare **no culpable** al famoso boxeador acusado de varias agresiones sexuales. Robert Black gana el juicio más mediatizado de los últimos años (después del de O.J. Simpson), aun con todas las pruebas en contra de su cliente. O’Neill ha declarado que su abogado ha hecho un excelente trabajo liberando a un inocente. Por el contrario, el abogado "estrella" del famoso bufete *Brooks & Sanders* se ha negado a pronunciarse al respecto. Su cara al salir de los juzgados no parecía en absoluto la de un vencedor. ¿Acaso Black tiene una conciencia que le impide disfrutar su éxito?» *The New York Times*

La actualidad en la prensa menos "seria", (o sensacionalista, según algunos malpensados)

Catherine Black, la esposa de la superestrella de Hollywood, Nathaniel Black, de fiesta con su cuñado Robert en Ámsterdam.

«Mientras el chico malo se mataba a trabajar, la chica buena se mataba a bailar en los clubs más *fashion* de Europa. Nathaniel se ha negado a hacer declaraciones sobre este incidente, limitándose a dedicarnos una de sus "elegantes" y mundialmente famosas peinetas, mientras que la *socialité* británica ha especificado en Instagram que ella y el recién coronado *playboy* del Upper East Side, Robert Black, solo estaban teniendo una reunión familiar. «Que hubiese alcohol y música pegadiza no fue más que una desafortunada coincidencia. Además, ¿desde cuándo tiene el *Page Six* jurisdicción en los Países Bajos?». Palabras textuales de la señora Black.

Para su información, el *Page Six* tiene "jurisdicción" en el mundo entero. Donde haya un escándalo, ahí nos desplazamos nosotros para cubrirlo. Y, desde luego, el trío Black ha generado más escándalos que todas las juergas de Madonna juntas». *Page Six*

¿Robert Black tiene un lío con Paris Hilton?

«Uno de los *playboys* más deseados de América fue fotografiado en

compañía de la *socialité* en un club de Manhattan. Black ha desmentido la noticia de inmediato, afirmando que no tiene tiempo para líos amorosos. Fuentes extraoficiales declaran que Paris se ha limitado a suspirar como una quinceañera». *US Weekly*

Parte 1
Chica conoce chico

Capítulo 1

*Pocos ven lo que somos,
pero todos ven lo que aparentamos.*
(Nicolás Maquiavelo)

No hay nada más superficial que una fiesta en el Upper East Side. Cuando era pequeña, para que se me hicieran más amenas las horas que mis padres me obligaban a aguantar estos interminables eventos, me divertía clasificando a las personas de mi mundo en varias categorías. He de confesar que, quince años más tarde, aún me entretengo haciéndolo, porque es el único modo de que esto me resulte medianamente tolerable.

Según mi criterio, la primera y más abundante categoría la forman los modelos emperifolladas que se pasan el rato intentando ligarse a alguno de los acaudalados depredadores nocturnos que, con sus lujosas limusinas y sus trajes carísimos, acuden en busca de nuevos juguetitos de los que presumir delante de sus amigos europeos. Al parecer, tener un yate ha dejado de impresionarlos. Encuentran mucho más glamuroso tener a una modelo calentándoles la cama. O el yate, como sea.

Desde el otro lado de la barricada, (siempre he pecado de comparar el mundo en el que me muevo con el Viejo Oeste) oponen resistencia las señoras de mediana edad cuyo único fin en la vida parece ser exponer sus escandalosamente caras joyas, regaladas por sus maridos cada vez que los dignos señores cometieron la imprudencia de mantener relaciones sexuales ilícitas con alguna de las mujeres (véase categoría uno: *modelos emperifolladas*) que los acompañaron en sus constantes viajecitos a Europa o la Polinesia Francesa, tropiezos de los que, convenientemente, la esposa engañada nunca llegó a enterarse. Porque prefirió hacer la vista gorda. Como debe ser.

Noche tras noche, la sociedad neoyorkina se convierte en testigo de la lucha tribal que hay entre estas dos especies, cada cual más empeñada en aniquilar a la otra. A decir verdad, las fiestas del Upper East son todo un espectáculo. No

entiendo por qué la administración no las incluye en la oferta turística de la ciudad. Visite el Empire State, pasee por Central Park, contemple cómo las mujeres y las amantes de los ricos y famosos luchan por la supremacía de una cuenta bancaria, etc. Creo que a los turistas les encantaría. Esto es *the american dream* en estado puro.

Aparte de las mujeres carroñeras, también están los que vienen y se van, los intrusos, por así llamarlos: personas de fuera que nunca aguantan demasiado tiempo el cinismo de este mundillo. El Upper East es el territorio de los *elegidos*, gente superficial de corazón vacío y cuenta bancaria alarmanamente llena, y no cualquiera reúne todos estos requisitos.

¿De qué sirve poseer cosas si no puedes alardear de ellas? Me figuro que este debe de ser el lema de todos ellos, porque, desde luego, en mi mundo, la gente no hace más que presumir. A mí, personalmente, me resulta cada vez más vomitivo acudir a las fiestas de etiqueta. Siempre escuchas las mismas frases, como si no hubiera más temas de conversación ahí fuera. Hay que admitir que la nuestra es una sociedad de lo más hermética, filosóficamente hablando.

Mientras me abro paso entre el gentío que atasca el vestíbulo, inevitablemente, algunas conversaciones alcanzan mis oídos.

—Tenéis que verlo. Pasa de cero a cien en tres coma dos segundos.

—Mi marido me ha regalado un viaje a Bora Bora. Iré con mi profesor de pilates.

—No entiendo por qué está tan orgullosa de ese collar. Solo son unas cuantas esmeraldas.

—Eres el hombre más atractivo de esta fiesta. Me has deslumbrado.

Invadida por una oleada de repugnancia dirigida a todo cuanto me rodea, cojo de paso una copa de champán de la bandeja de un camarero de guante blanco, me la llevo a los labios y tomo unos cuantos sorbitos más de los que debería.

«Solo serán un par de horas, Adeline Carrington. Recemos para que se pasen cuanto antes».

Mis ojos marrones atraviesan el recinto en un intento por localizar a Josh, mi prometido. Está en el otro extremo, liderando una competición de chupitos con sus amigos de la universidad. Un gesto irónico curva mis labios cuando me doy cuenta de que, dentro de exactamente veinte años, yo seré una de esas señoras de mediana edad, mientras que él se convertirá en un depredador nocturno en busca de nuevas emociones. Como debe ser.

—Podrías pasártelo bien de vez en cuando, ¿sabes? No creo que sea ilegal

divertirse en el estado de Nueva York.

No necesito girar la mirada para saber quién es la que me está hablando. Lily Hamilton es mi amiga desde que tengo uso de razón. Nuestros padres son muy buenos amigos. En los círculos en los que nos movemos Lily, Josh y yo, todo el mundo conoce a todo el mundo y todo el mundo es amigo de todo el mundo. Por supuesto, no se aceptan intrusos. Para estar entre nosotros deben avalarte al menos cien años de reputación intachable y un patrimonio mayor que el de Charles de Inglaterra.

Nosotros formamos la tercera y peor categoría, el núcleo de la alta sociedad: *los intocables*, gente metida en las más elevadas esferas del país. Por norma general, los padres de familia suelen ser o bien políticos, fiscales o jueces de distrito, o bien extravagantes magnates; todos ellos, pesos pesados de la élite estadounidense. Lo que nos diferencia de las demás categorías es precisamente la reputación intachable. Los escándalos apenas nos rozan. Desde que nacemos se nos enseña que la imagen lo es todo. Lo que se traduce en: haz lo que quieras, pero sin que te pillen, algo que se ha convertido en el lema oficial.

Para mantener nuestra imagen intacta, hay ciertas normas que debemos acatar. Todo intocable que se respeta debe acudir a misa cada domingo del año, hacer acto de presencia a todas las cenas de caridad, donar sumas indecentes de dinero para apoyar las guerras en Oriente y, junto con los demás miembros de su familia, pasear al perro todos los fines de semana para que los *paparazzi* puedan fotografiarlos disfrutando de una idílica jornada familiar, lo cual es del todo falso, ya que no existe absolutamente nada idílico dentro de mi mundo.

A los más jóvenes de los intocables se nos obliga a estudiar en las mejores universidades del país; a estar eternamente preocupados por asuntos como el calentamiento global, el impacto causado por las elecciones europeas en la economía mundial, las subidas y bajadas de la bolsa de Wall Street, etc., etc. Somos esa clase de jóvenes que se convierten, sin demasiado esfuerzo y sin habérselo ganado mediante méritos propios, en un modelo a seguir para la comunidad de Nueva York y, en algunos casos, incluso para el país entero. Eso, por supuesto, solo pasa de cara a la opinión pública. De puertas adentro, cada uno de nosotros puede hacer lo que, básicamente, le dé la puta gana. Nuestros padres solo nos exigen satisfacer una norma: evitar el escándalo público. No hay nada más importante que la imagen. Sin más palabras, los intocables somos lo que se dice unas familias "encantadoras".

Asaltada por una nueva oleada de repugnancia, provocada por la hipocresía de mi propio mundo, me vuelvo sobre los talones y compongo una sonrisa cínica.

—En mi vida no hay nada que me divierta, y tú lo sabes.

Lily, envuelta en un vaporoso chal beige que hace juego con su vestido de noche, enarca una ceja por debajo de su oscuro cabello, cortado a lo *garçon* con el único propósito de fastidiar a su conservadora madre. O eso dice ella. Yo la conozco lo bastante como para saber que, en realidad, lo lleva así porque tanto el corte, como el color, le favorecen.

—¿Ni siquiera el buenorro de Josh? —sugiere, con un brillo de picardía iluminando el azul zafiro que rodea la oscuridad de sus pupilas.

Mis ojos, sombreados por rayas negras de casi un dedo de grosor, giran sobre sus órbitas.

—Josh es mi mejor amigo, Lily. Solo eso.

Por enésima vez esta noche, intento subirme el escote de mi provocativo vestido negro de lentejuelas. ¡Qué manía con hacer la ropa tan ajustada! Me sentiría mucho más cómoda llevando una sencilla camiseta y un par de vaqueros holgados, pero si se me ocurriera acudir así vestida a cualquiera de estos eventos, estoy convencida de que a mi madre le saldría una arruga del disgusto. Y el rostro de Giselle Carrington está tan terso que resultaría apocalíptico que un minúsculo surco lo cruzara. De modo que, por el bien de ese cutis que tan celosamente resguarda del sol costero, heme aquí con un estúpido vestido que me hace sentirme como un pez nadando fuera de agua.

—Según el *Post*, os casaréis después de la graduación —comenta Lily, y su mirada se entretiene buscando a Josh a través de la aglomeración—. Hay que admitir que tienes suerte. Josh Walton, el hombre que toda chica quisiera tener en su cama. Y es tuyo. ¡Uau! Deberías, al menos, sentirte orgullosa, ¿no? Sus ojos verdes son motivo de desmayo entre las novatas de Columbia, ¿lo sabías?

—Permíteme que haga oídos sordos de ese dato, si eres tan amable —rezongo.

Lily me quita la copa de las manos, toma un sorbo de champán y luego me la devuelve.

—Tranquila. Él solo tiene ojos para ti.

En mi rostro se forma una expresión sarcástica que nunca llega a materializarse del todo.

—Si tú lo dices —mascullo secamente.

—Vamos, Del, todos sabemos que Josh está enamorado de ti desde

primaria.

Me acabo la copa y la deposito encima de una mesa alta y redonda, antes de agarrar otras dos, una para mí y otra para Lily. No me gusta compartir copa. No me parece higiénico.

—Está enamorado de mí porque no tiene elección, Lily. Nos prometieron al nacer. Josh y yo siempre supimos que acabaríamos juntos.

—Y eso es lo bonito de vuestra vida. Que no hay sorpresas.

—Pues como siga bebiendo con el estómago vacío, las habrá —me burlo, horrorizando a una señora mayor con mi indecoroso sentido del humor.

Después de excusarme por mi falta de elegancia, cojo a Lily del brazo y empiezo a arrastrarla en dirección a la zona de los aperitivos. Toda esta conversación me ha dejado famélica. Lo cierto es que, para desesperación de mi madre, a mí cualquier cosa me deja famélica. Mi talla roza peligrosamente la treinta y ocho, y Giselle está muy preocupada por este asunto. A mí no podría importarme menos.

—Oh, por favor, Adeline. No me vengas con chorradas. Te rebelas a diario en contra de las normas. ¿Por qué aceptarías esta, a no ser que tú también estés enamorada de él? Admítelo de una vez por todas.

Me detengo de mi caminata y le dirijo una mirada ceñuda.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Qué estoy... *enamorada*?

La confusión dibuja una V entre sus cejas.

—No entiendo por qué tanto sarcasmo a la hora de decir *enamorada*. Ni que te hubiese ofendido al insinuarlo.

Suelto una risa vacía. No me lo puedo creer. ¡Enamorada!

—¡Porque el amor no existe, Lily! El amor... no es más... que un estúpido... cuento... de hadas —articulo lentamente, y con cada palabra aumenta la helada expresión de desprecio que fulgura en las profundidades de mis ojos—. Y yo soy algo mayorcita para creer en cuentos.

—Así que te casas con el príncipe azul de Long Island porque no crees en los cuentos de hadas —sentencia de un modo tan sarcástico que me hace replantearme nuestros veinte años de amistad.

—Has dado en el clavo, princesa. Y ahora vayamos a comer algo. El champán me está sentando mal.

Como si no tuviéramos nada más que decirnos, atravesamos el recinto, pasamos por debajo de un arco decorativo y nos detenemos al lado de las mesas del bufé frío, que ofrecen varios tipos de cremas de verduras, *sushi*, caviar, y, al menos, otros veinte tipos de entrantes, colocados con elegancia

encima de sofisticadas bandejas de plata.

—¿Y si, una vez te hayas casado, conoces al hombre de tu vida? —comienza otra vez, mientras yo contemplo las bandejas con aire indeciso—. ¿Qué harás entonces?

Tuerzo la boca en señal de indiferencia.

—No lo sé. No me importa. Nunca he valorado esa posibilidad.

—¿Por qué no?

Resoplo, irritada por su insistencia. Lily es la persona más ilusa que conozco. El amor... el hombre de mi vida... ¿De qué va? ¿Cómo puede alguien creer en esas chorradas? ¿Es que Lily no ha visto nunca las consecuencias del amor? ¿No ha visto las peleas, los cristales rotos, los añicos en lo que se convertía la vajilla del salón cada vez que él perdía los papeles? ¿No se he quedado ahí, rota por dentro, contemplando la destrucción desatada por el estúpido amor? No, supongo que no lo ha hecho. De lo contrario, no osaría hablar de estas cosas.

—Porque, por enésima vez, Lily, no creo en el amor.

—¿Crees que no existe?

Cojo un aperitivo de piña, salmón y queso, me lo llevo a la boca y lo mastico despacio, disfrutando la explosión de sabores.

—Es mucho más que eso. *Estoy convencida* de que no existe —enfático, antes de volver a anegarme en la oscuridad que reina dentro de mi alma. El cuento del amor es la mayor estupidez que he oído jamás. Todos sabemos cómo acaba la historia. Chica conoce chico, chico se enamora de chica, uno de ellos traiciona al otro. Hagas lo que hagas, el amor siempre termina igual: rompiendo tu corazón en pedazos. A mí nunca me pasará eso. No tengo un corazón que ofrecer.

Lily, en claro desacuerdo, exhala un débil suspiro.

—Eres una escéptica, Adeline Carrington. Una escéptica bastante ingenua, además. La vida te demostrará lo contrario cuando menos te lo esperas. Ya lo verás.

Soplando en señal de exasperación, muevo el cuello hacia ella con la evidente intención de dedicarle una mirada seca, pero no llego a encontrarme con sus ojos. Me detengo a mitad de camino, atraída por una mirada azul etéreo que se interpone en mi trayectoria y desprende tanta fuerza sexual que el aire se me queda atascado en algún punto entre los pulmones y la garganta. La sonrisa que pende de los carnosos labios de ese desconocido es ligeramente burlona, y yo no puedo evitar sentir una descarga eléctrica estallando en las

honduras de mi vientre.

—¿Y cómo es que Giselle y Edward no nos acompañan? —escucho vagamente.

Me quedo paralizada por unos segundos; después, me vuelvo de espaldas a él, con las prisas de un conejillo asustado. Madre mía. Ese hombre me ha inspeccionado de un modo completa y absolutamente descortés; ha paseado perezosamente la mirada por todo mi cuerpo y después ha sonreído como si le gustara lo que estaba viendo. La insolencia de su mirada me ha hecho sentir como si estuviera desnuda delante de él. Desnuda en cuerpo y *alma*.

—La Tierra llamando a Adeline.

Mi mente deja de viajar y sacudo la cabeza para despejarme.

—¿Qué? Ah. Están en Washington, en un mitin —explico brevemente—. Regresan esta noche, aunque no creo que les dé tiempo de hacer acto de presencia.

Lily sigue hablando. No sé de qué está quejándose ahora, no puedo prestar atención a su agotadora cháchara. No debería estar haciendo esto, pero la tentación es tan grande que solo tardo unos cuantos segundos en volver a girar el cuello hacia atrás, como si hubiera ahí un gigantesco imán atrayéndome irresistiblemente.

Y de nuevo cruzo una mirada con ese desconocido, moreno, mayor, guapísimo, que en ningún momento ha dejado de observarme. Está apoyado contra el alfeizar de una ventana, con los brazos cruzados en un gesto despreocupado. Va muy bien vestido, con un traje *Armani* de lo más sofisticado, cuya oscura tela se amolda perfectamente a su armonioso cuerpo. Aun así, a pesar de la elegancia de su porte, no encaja en este lugar, ni pretende encajar. Está claro que preferiría hallarse en cualquier otra parte del mundo, lo que me hace sospechar que se trata de un intruso, uno de aquellos que vienen y se van; la mejor de todas las demás categorías. Mirándolo, tengo la impresión de que intenta no mezclarse demasiado con los demás invitados. Quizá le guste mantener a raya a la gente. Parece arrogante y poderoso, muy seguro de sí mismo. Y solo. Horriblemente solo, al igual que yo.

Me recorre un leve estremecimiento cuando hace un gesto con la cabeza, sin que esa tenue sonrisa burlona deje de asomarse en sus labios. Consigo esbozar una sonrisa torpe a modo de saludo, antes de bajar la mirada hacia Lily, que se acaba de sentar en una silla.

—Me matan estos tacones —se queja al tiempo que se masajea los tobillos.

Me dejo caer a su lado con la misma expresión de alguien que acaba de ver

un fantasma.

—¿Quién es? —le susurro, incapaz de recuperarme del impacto.

Una chispa de confusión se enciende en su mirada.

—¿Quién es quién?

—El hombre que me está mirando tan fijamente.

Lily alarga un poco el cuello para mirar por encima de mi peinado griego.

—Adeline, hay al menos cinco tíos mirándote fijamente. No me sorprende. Menudo vestido llevas esta noche. ¿Desde cuándo te gusta a ti pasearte por ahí con la espalda al aire? ¿Y por qué todo lo que te pones encima ha de ser siempre tan odiosamente negro? Hace dos años, eras una niñita adorable. Ahora pareces Morticia Addams. No formarás parte de alguna secta satánica, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco. ¿Por qué la gente siempre piensa que los rockeros somos satánicos? ¿Es que no podemos ser budistas?

—Me refiero al hombre de ojos azules que está apoyado contra la ventana —insisto—. ¿Le conoces?

Lily vuelve a mirar.

—Ah. Olvídate de él.

Mis pupilas se dilatan un poco por la intriga. Lily, sin dar más explicaciones al respecto, retoma su tarea de masajearse los tobillos.

—¿Por qué dices eso? —bajo la voz, como si estuviésemos tratando un asunto de lo más confidencial.

—Él no juega en tu división, Delly —me contesta con indiferencia.

Lo cual hace que el desconocido despierte aún más interés en mí. Siempre me siento atraída por lo que no puedo tener. Debilidades mundanas, me figuro.

—¿A qué te refieres con que no juega en mi división?

Resopla con fastidio y levanta la cabeza para mirarme.

—¿Adeline, es que tú nunca lees la *Page Six*?

Estoy confusa.

—¿Qué tiene eso que ver con nuestro desconocido? —replico, sin entenderlo.

—Pues que si leyese la *Page Six*, sabrías que ese hombre es algo parecido a Satán, y dejarías de interesarte por su persona.

Giro el cuello hacia atrás y otra vez quedo bajo el embrujo de la intensidad de su mirada. Resulta realmente hipnótico mirarle. ¿Cómo podría ser el Diablo si las llamas reflejadas en sus pupilas seducen, en lugar de asustar?

Conforme avanzan las agujas del reloj, inevitablemente, vamos camino de

perdernos en nuestras miradas, hasta que todo lo demás se vuelve nebuloso e insignificante: el ruido de fondo, la voz de Lily, la música, las risas... Todo parece cesar; desaparece sin más. Es como si estuviésemos solos en el mundo entero.

Apenas me doy cuenta de que un hombre trajeado se acerca a él y le susurra algo. El desconocido tarda unos instantes en despegar los ojos de los míos para mirar a su interlocutor. Lo hace con perfecto aplomo y sin ninguna clase de ganas. Contesta brevemente, vuelve a mirarme por última vez, y después me da la espalda y se marcha.

—¿Y sabes qué me dijo? —oigo cuando por fin el mundo en derredor mío retoma su frenética actividad—. Que no pegaban en absoluto juntos.

—¿Quieres dejar de ser tan jodidamente críptica? —espeto, moviendo la mirada hacia ella—. ¿Lo conoces, sí o no?

Lily se pone los zapatos, se endereza y me mira con mala cara.

—¿Seguimos con el temita?

—Sí, hasta que me digas todo cuanto pretendo averiguar.

Mi amiga resopla en señal de rendición.

—¿Y qué es lo que pretendes averiguar, Adeline?

—¿Lo conoces, sí o no? —repito.

—Cielo, lo conoce todo el país.

—¿Y eso por qué? ¿Sale en *Gran Hermano*? ¿Es un Kardashian?

Ella suelta una carcajada.

—Qué graciosa. No, no sale en *Gran Hermano*, ni es un Kardashian. Es mucho peor que eso.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—¿No es evidente? Es rico, guapo, mujeriego y... hermano de Nathaniel Black. Hay quienes dicen que los Black son tal para cual.

—¿Nathaniel Black, la superestrella? —pregunto, de lo más confusa.

Los azules ojos de mi amiga se entornan por enésima vez esta noche.

—El único Nathaniel Black que hay en este país, Adeline —mi ignorancia parece irritarla—. El único relevante, quiero decir.

Se produce un momento de silencio. Así que es famoso. Y mujeriego. Vaya, vaya. Un chico malo. Me intriga. Hay algo en él. ¿Qué es ese algo? Vuelvo a mirar hacia atrás, pero él ya no está ahí. De repente, me siento vacía.

—Cuando dices que los Black son tal para cual...—la insistencia de mi mirada la insta a continuar, por lo que Lily frunce la boca en un gesto de disgusto, claramente contrariada por mi interés en aquel desconocido.

—Antes de que Nathaniel se casara con esa inglesa estirada que pertenece a la aristocracia europea, o eso dice la *TMZ* —puntualiza con los ojos en blanco, como si dudara de las nobles orígenes de la señora Black—, los Black solían ser inseparables. Las revistas del corazón se forraron con estos dos cabroncetes. Sus juegos debieron de llenar miles de páginas. Me sorprende que no lo sepas. Siempre salían en portadas, y siempre rodeados de modelos, bebida y drogas —se inclina sobre mí con aire confidencial, lo cual quiere decir que piensa soltar alguna bomba—. Susurran las malas lenguas que incluso compartieron damisela más de una vez. No está muy claro de si lo hacían por separado o juntos. Desde luego, a Nathaniel le iba mucho el rollo de las orgias. Tengo que admitir que a su hermano nadie le ha relacionado con eso, pero, en fin, no deja de ser un Black. Quién sabe los secretos que ocultan esos adorables hoyuelos suyos.

Abro la boca, completamente escandalizada. «¿*Orgias?*»

—¿Estás de coña?!

Súbita e inexplicablemente, me invaden los celos. ¿Cómo puedo sentir celos de las mujeres que han pasado por la cama de un hombre al que ni siquiera conozco?

—Lamentablemente, no. Su reputación no puede ser peor. Créeme, Adeline, no quieres formar parte de su universo. Como te he dicho, es la estrella de una liga muy superior a la tuya. Ya sabes, uno de esos tipos que viven rápido, follan duro... Pero regresemos al tema de tu compromiso. ¿Para cuándo es la gran boda?

Parpadeo con insistencia para ahuyentar las imágenes de mujeres sin rostro que se reproducen en mi cabeza. ¿Y a mí qué demonios me importa a cuántas se ha tirado ese tipo? ¡Como si son mil! No es asunto mío.

—No hay fecha. Nos lo tomamos con calma. No he decidido aún lo que quiero hacer con mi vida.

Y me tomo toda una copa de champán de golpe, no sé por qué.

—¿En serio? Y yo pensando que tu vida había sido planificada desde antes de que nacieras...

Con las manos un poco trémulas, agarro otra copa de champán. Sentarse cerca de la comida y la bebida ha resultado ser una brillante idea.

—No, y llevas razón. Lo ha sido. —Me quedo pensativa unos segundos, mientras tomo otros tantos sorbos—. Pero quizá me rebele un día de estos —añado para mí misma, antes de acabarme la bebida.

Cuando vuelvo a mirar a Lily, sé que he hablado más de la cuenta. Es mi

mejor amiga, pero no siempre apoya mis ideas. Sigue sin entender por qué odio tanto mi existencia.

—¿De qué diantres estás hablando?

—De nada. ¿Sabes qué? —Mis ojos se mueven inquietos en busca de una salida—. Voy a salir a tomar un poco de aire. Estas fiestas me asfixian, y está claro que he vuelto a beber más de lo que debía.

Me mira con suspicacia, como dudando si creerme o no.

—Eres una chica rara, Adeline.

Fuerzo una sonrisa que parece aplacar su recelo.

—Nadie es perfecto, Lily. No existe la perfección. Y si existe, te rompe en pedazos. Mira a tu alrededor. Es peligroso ser perfecto hoy en día.

—No tienes nada de lo que preocuparte, tú distas mucho de serlo. Toma. Hace frío en la calle. Llévate mi chal.

No quiero llevarme nada, pero lo hago para que me deje marchar de una vez. Tengo que poner orden en esos preocupantes pensamientos que llevan diez minutos asaltando mi mente como la flechas de un cazador.

—Gracias. No tardaré en volver.

Con la prenda alrededor de los hombros, salgo a la terraza más próxima. Me alegra comprobar que no hay nadie más aquí. Necesito unos momentos a solas. Por Dios, ¿a qué hora acaba esta estúpida fiesta? Me quedaré aquí, aislada de todos, hasta que termine. No pienso volver ahí dentro para escuchar las mismas conversaciones vacías de siempre.

Sumergida en mis pensamientos, apoyo las manos en la barandilla y dejo que mi mirada se pierda en el panorama que se extiende ante mis ojos. Las luces titilantes de los rascacielos, que ocultan algunas de las viviendas más caras del mundo, se empequeñecen en el horizonte, y parece que la cúpula del Empire, orgullosamente erguida en medio de todos los demás edificios, está vigilando la ciudad, como uno de aquellos antiguos faros. El Faro de Nueva York.

Se supone que yo pertenezco a esto, que lo que estoy viendo es mi mundo, pero lo cierto es que jamás me he sentido como si formara parte de él. En realidad, creo que yo jamás he formado parte de nada. Es verdaderamente triste sentirse siempre como un intruso y que todo parezca tan grande comparado contigo. La jungla que se alza por encima de mí es, en ocasiones, un lugar peligroso para alguien como yo.

—Resulta tranquilizador, ¿verdad?

Sobresaltada, muevo el cuello hacia el hombre que acaba de detenerse a mi

izquierda. ¡Es él! El desconocido de ojos azules.

—¿A qué te refieres? —me obligo a decir, al cabo de unos instantes de completo silencio.

Sus impactantes ojos se pierden a lo lejos. Se ha deshecho de la chaqueta de su traje y ahora solo viste el pantalón oscuro y la camisa blanca, arremangada por debajo de los codos, de un modo que le hace parecer elegante a la vez que despreocupado.

—Las luces. Me tranquiliza mirarlas. —Con absoluto aplomo, vuelve la mirada hacia mí—. ¿No te pasa a ti lo mismo?

Me quedo mirándolo embobada, sin ser capaz de abrir la boca. El desconocido me dedica una sonrisa amable, supongo que divertido por la mueca de idiota que debe de registrar mi rostro. ¡Mi madre! Cuando sonrío, más que guapo, es arrasador. Tiene un rostro impresionante, de labios carnosos y nariz recta. Antes no me había dado cuenta de ello, pero ahora lo veo con claridad.

Sus rasgos son salvajes y aristados, y reflejan dureza. Aun así, puedo ver cómo a través de ellos consigue asomarse un ápice de afabilidad. Su constitución delgada y su porte erguido le prestan un aire de distinción que le vuelve aún más irresistible a mis ojos. Lleva el oscuro pelo despeinado, como si no hubiera modo alguno de arreglarlo, y hay una arruga de concentración cruzando su entrecejo. Parece alguien severo y autoritario, con una gran predisposición a fruncir el ceño. Un líder, quizá, acostumbrado a que la gente le siga y le obedezca en todo momento.

—Oye, ¿te encuentras bien? —me pregunta con voz cálida, al ver que no me dispongo a abrir la boca.

Sacudo la cabeza para ahuyentar mis pensamientos.

—Supongo que sí. Quiero decir, sí, me resulta tranquilizador mirar. ¡Las luces! —chillo, convencida de que mis palabras podrían adquirir un doble sentido para alguien como él—. Me resulta tranquilizador contemplar *las luces* —apostillo en un susurro.

Una sonrisa pícaro roza la esquina derecha de su boca.

—Por supuesto que las luces. Es de lo que estábamos hablando, ¿no?

Carraspeo, bastante incómoda a causa de mi creciente ansiedad.

—Desde luego —musito, y me sonrojo. Inexplicablemente.

Durante un breve momento, se queda paralizado, contemplando concentrado cada uno de mis rasgos, como si pretendiera absorberlos.

—Estás muy guapa cuando te ruborizas. Deberías hacerlo más a menudo.

Soy Robert, por cierto.

Bajo los ojos hacia la mano que me ofrece y la miro con recelo, como si dudara sobre si tocarla o no. Tengo la molesta sensación de que la arteria del cuello va a estallarme si mi pulso sigue acelerándose de este modo. «*Si tan solo dejara de mirarme tan intensamente...*»

—Adeline —murmuro, al tiempo que me dispongo a estrecharle por fin la mano.

Pego un brinco cuando las puntas de mis dedos rozan su piel. Su contacto abrasa y me provoca una deliciosa sacudida. El hermoso extraño me dedica una sonrisa lenta, llena de misterio, peligrosa, y yo me apresuro a soltarle.

—No te asustes, *Adeline* —formula mi nombre con gran deleite, como si quisiera comprobar cómo suena en sus labios. Desde luego, suena bien. Demasiado bien—. Tan solo eran unas cuantas chispas.

«*Dios mío...*»

—Ya —fuerzo una sonrisa, y él me guiña un ojo y me sonrío.

Me pone nerviosa. Hay algo en él que me atrae, y no sé el qué. En un intento por calmar mis nervios, cada vez más descontrolados, desvío los ojos hacia la noche neoyorkina, con la esperanza de que Robert lleve razón. Quizá resulte tranquilizador mirar las luces.

—¿Puedo invitarte a una copa? —me distrae la suavidad de su voz.

Permanezco inmóvil por unos momentos, y luego muevo el cuello para mirarle. Este hombre tan increíble quiere que tomemos una copa. Juntos, él y yo. Y a mí no se me ocurre una idea mejor. Lo paradójico de todo es que la *idea* de que esto me parezca una buena *idea* es, en sí, una *idea* espantosa.

—Solo si mi novio puede acompañarnos —contesto con fingida gravedad.

Sus labios se curvan en una sonrisa seductora. Muy lenta. Felina. Si yo fuese un poco más delicada, este sería un excelente momento para desmayarse. Pero no lo soy.

—¿Tu novio? —acota con gélido desdén—. ¿Te refieres a ese mocoso que está compitiendo en una guerra de chupitos?

No puedo apartar los ojos de los suyos, y eso me incomoda un poco.

—Veo que te mueres por hacer amistades esta noche, ¿eh? —me burlo.

El desconocido tuerce la boca en un gesto de desprecio.

—¡Amistades! —bufa, y luego me mira, todo seriedad—. Deberías salir con hombres de verdad, Adeline.

No consigo frenar a tiempo la sonrisa que se extiende en mis labios.

—Como... ¿tú? —le propongo, con una ceja alzada.

Se humedece los labios muy despacio. Es un auténtico seductor. Lo delatan sus movimientos, su mirada, su ladeada sonrisa. Estoy ante un *playboy* con clase, no me cabe duda de ello. Quizá Lily llevara razón. Quizá fuera cierto todo lo que dicen sobre él.

—Yo no te dejaría sola en una fiesta para ir a emborracharme con mis amigos.

Es tan arrogante y tan seguro de sí mismo que no puedo dejar de sonreír.

—¿Ah, no? ¿Y qué harías tú?

Durante el tiempo que permanece callado, con las dos manos hundidas despreocupadamente en los bolsillos de su pantalón de sastre, su penetrante mirada se arrastra por todo mi rostro. De pronto, sus ojos se detienen sobre mi boca, y algo en mi interior se incendia ante ese modo de mirarme. A juzgar por cómo se oscurecen sus pupilas, la respuesta involucra algo ilegal, y no estoy demasiado segura de si tengo bastante edad como para conocerla.

Para mi desesperación, esa idea me hace sonrojarme de nuevo. Él repara en el rubor que incendia mis mejillas, y una sonrisa un tanto socarrona se adueña de sus labios. «*¡Ay, mi madre!*»

—Quizá te lo cuente, Adeline, pero este no es un buen lugar. —Me tiende una mano, y es de locos lo mucho que deseo tocarle—. ¿Nos vamos?

La hija prometida de un ultra católico senador de los Estados Unidos le diría que no. ¿Pero quién es esa? ¿Alguien la conoce?

Hechizada por ese infinito azul marino en el que fácilmente podría ahogarme, cojo la mano que me ofrece y me voy con él. Este hombre desata mi locura. Sin duda alguna.

—Y bien, ¿me lo vas a contar ahora? —pregunto, en la acera—. ¿O seguirás haciéndote el misterioso?

Sin que esa inquietante media sonrisa abandone sus labios, ladea un poco la cabeza, agarra mi cintura con ambas manos y me arrastra hacia él hasta que nuestros pechos colisionan, como dos trenes de alta velocidad. Prácticamente soy capaz de vislumbrar las chispas que estallan a nuestro alrededor. Chispas... ¿Qué tendrán las chispas que me fascinan tanto?

Mi pulso empieza a latir enloquecido, y respirar hondo ya no sirve de nada para calmarlo. Él desvía la mirada hacia mi cuello, repara en ese alterado latido, y noto por su modo de torcer los labios que mi nerviosismo le hace una gracia tremenda. No es propio de mí comportarme como una adolescente llena de hormonas, y me irrita descubrir que no puedo evitarlo ni mantenerlo bajo control.

—Nunca viene mal un poco de misterio, señorita —susurra contra mi boca.

Las yemas de sus dedos se arrastran por mi espalda, muy despacio; recorren mi piel desnuda de un extremo al otro y se detienen en la parte baja de mi espina dorsal. Pese a que la piel está ardiéndome, bajo su roce empiezo a temblar, aunque el frío nada tiene que ver con las reacciones de mi cuerpo. Todo esto es causa de ese deseo caliente, irresistible, desconocido e irracional que invade mi vientre. Nunca me he sentido así.

—¿Vas a besarme? —me sorprendo a mí misma murmurando.

Me ruborizo en cuanto esas palabras nacen en mis labios. «¡Mierda! ¿Pero qué diablos pasa conmigo?»

—¿Es eso lo que quieres?, ¿que te bese? —repone, incapaz de reprimir una sonrisa.

Es narcótico el modo en el que sus ardientes ojos enfocan mis labios. Me los muerdo por dentro, muy avergonzada. Ojalá pudiera actuar como lo haría un ser racional. Pero no puedo. Mi capacidad de raciocinio queda anulada por completo en su presencia. Nunca he conocido a nadie tan magnético como él.

—¡Por supuesto que no quiero que me beses! —declaro en un tono jocoso que, sin embargo, no consigue enmascarar mi nerviosismo—. Como te he dicho, estoy saliendo con alguien.

La energía que ruge entre nosotros es innegable. Con la respiración súbitamente pausada, Robert extiende la mano y recorre el contorno de mi boca con la yema de su pulgar. Un gemido muere en alguna parte de mi garganta.

—Mentir está muy mal —musita con aire absorto—. Es evidente que quieres que te bese. ¿Por qué no me haces un favor y lo admites de una vez?

Cuando alza la mirada y esos devastadores ojos azules vuelven a clavarse en los míos, soy incapaz de disimular la hondura de un suspiro. Presa de la exasperación, entorno los ojos, un poco enfadada conmigo misma por permitir que él tenga este efecto en mí.

—Vale, sí. Un poco —confieso sonrojada, tras algunos segundos de reflexión.

—¿Un poco? —lo niega y, con aire divertido, se inclina sobre mí para susurrarme algo al oído—. Realmente detesto decepcionarte, carita de ángel —me dice con esa voz rasgada, que deja bien claro que no lo detesta en absoluto—, pero mucho me temo que yo no sé besar... *un poco*.

—¿Y cómo sabes besar entonces?

Se endereza, enarca una ceja lentamente y su sonrisa se intensifica.

—¿Que cómo sé besar? —su mirada es tan abrasadora que el corazón se me detiene, para luego pegar un violento brinco entre las paredes de mi pecho—. Así —murmura.

Sin demasiados miramientos, me agarra la nuca con una mano y aplasta los labios contra los míos. Antes de que pueda entender lo que está pasando, me abre la boca con la suya, me mete la lengua dentro y me besa. Ya lo creo que me besa. Me besa como nunca, en mis veinte años, he sido besada. La pasión se intercala con la ternura, formando una unión tan inquebrantable y extraordinaria que temo no volver a ser capaz de sentir nunca más. La oscuridad nos envuelve, tan atractiva y deliciosa, y se apodera de mi cuerpo y mi mente como una marea imparable. No hago el más mínimo esfuerzo por oponer resistencia. Todo lo contrario. Me dejo arrastrar hacia un torbellino peligroso, excitante, imposible de controlar; un lugar diferente a todo cuanto jamás he conocido. Este hombre es capaz de llevarme a sitios que nadie más conoce.

Su boca sobre la mía me reclama febril, ansiosamente. Me absorbe. No puedo hacer más que devolverle el beso. No me deja otra alternativa, no tengo elección. Mi lengua se enrosca con la suya y se une a una danza de lo más erótica, mientras mi cuerpo se disuelve en un océano de sensaciones.

Como si estuviera luchando por contenerse, se detiene por un momento, con mi cabeza entre las manos, y respira tan fuerte que se le dilatan las aletas de la nariz. Cuando busco sus ojos, me encuentro con que sus hermosas facciones lucen devastadas, supongo que igual de alteradas que las mías. A nuestro alrededor, algunos transeúntes aminoran la marcha para poder observarnos mejor. Robert me mira los labios hinchados y sacude la cabeza, no sé si arrepentido, asombrado o excitado. Quizá sea una mezcla de las tres cosas.

—Nos están mirando —le susurro, ya que él no reacciona—. Podría haber *paparazzi*...

Está muy cerca de mí, tan cerca que lo siento, lo respiro. Nuestros alientos se mezclan y el deseo que late entre nuestros cuerpos se vuelve inaguantable. Sus ojos están clavados en los míos, y me parecen aún más azules que antes. Me quedo inmóvil, mirándolo, disfrutando de su proximidad.

—¡Al cuerno con todos ellos! —murmura, antes de volver a abalanzarse sobre mí.

Agarrándome por la nuca con ambas manos, me hace retroceder hasta apoyarme contra el muro del local, donde, arropados por las sombras de la noche, vuelve a tomar posesión sobre mi boca, besándome aún más

profundamente.

No me muevo mientras el desconocido se pega a mí, acorralándome bajo la dura presión de sus músculos. Su boca baja por mi cuello, ávida, caliente y húmeda, aferrada a cada centímetro de mi piel. No puedo apartarme de él, ni puedo controlar mi excitación, que aumenta gradualmente a medida que el calor de su cuerpo derrite al mío. Me está rompiendo en pedazos. La sangre de mis venas empieza a bullir, y unas intensas oleadas de deseo fluyen por todo mi ser, recordándome que he perdido todo el control. Ahora mismo dejaría que hiciera conmigo lo que él quisiera.

—Por favor... —musito débilmente, aunque no sé si para que me suelte o para que se apiade de mí. Estoy pidiéndole algo que no sabría definir.

Una brutal descarga eléctrica sacude todo mi interior cuando me aferro a sus brazos y percibo cómo, por debajo de su camisa, sus bíceps se tensan. Su corazón empieza a latir tan acelerado contra mi pecho que tengo claro que esto le afecta tanto como me está afectando a mí.

Levanta la cabeza hacia mis ojos y mueve las manos para agarrarme el rostro.

—Por favor, ¿qué? —murmura.

—Yo... solo quiero...

—Que te bese. ¿Es eso lo que quieres?

—Yo... —No me sale nada inteligente, así que me mantengo callada.

Sin aflojar la presión del cuerpo que me mantiene atrapada contra esa pared, sus labios chocan de nuevo con los míos en un beso devastador. Parece tomarse todo el tiempo del mundo para dedicarse a este momento, y yo me siento embargada por un placer sin remordimientos.

En un singular momento de lucidez, intento apartarme, pero él me besa, y me besa, y me besa, como si no fuera capaz de detenerse, y acabo rindiéndome. Me rindo porque no se puede luchar contra una fuerza así de arrolladora.

—A partir de este momento, eres *solo* mía —me informa cuando, por fin, se despegan nuestros labios.

Gimo mientras su mano recorre la curva de mi trasero y me atrae hacia sus caderas, para que note su deseo. Me siento embriagada de excitación, y eso es abrumador.

Por encima de nuestras cabezas, una ráfaga de viento desprende unas cuantas hojas doradas y las hace flotar en el aire. Apenas reparo en la gracia de su baile. El mundo que nos envuelve se ha vuelto borroso e insignificante; irreal.

Permanezco ausente, intentando estabilizarme a pesar de las frenéticas espirales por las que aún giro. Tengo los labios hinchados y ardiéndome, la respiración alterada y la mente completamente perdida en este momento trascendental. Una parte de mí sabe que después de estos besos, nada, nunca, volverá a ser como antes. No creo que yo vuelva a ser la de antes.

—Tonterías —susurro con aire distraído. Apoyo una mano contra la pared para no perder el equilibrio, pues me tiemblan las rodillas—. Yo no soy de nadie. No te pertenezco ni te perteneceré jamás. No vayas a pensar que después de un beso voy a convertirme en uno de tus numerosos juguetes.

No debería estar aquí con él, y aun así, no soy capaz de apartarme. Hay algo en él. ¿Qué es? Levanto los ojos hacia los suyos y estudio su mirada, pero mi exhausta mente no consigue encontrar la respuesta a esa pregunta. Los llameantes pozos, que me contemplan con el mismo interés, no desvelan nada en absoluto. Lo único que sé es que este desconocido me atrae como nadie lo ha hecho jamás.

Su mano tira de mí y, sin darme cuenta, estoy con la cabeza apoyada contra su hombro, y sus brazos me rodean en un gesto protector. Alguien silba a sus espaldas, no sé si para llamar nuestra atención o por cualquier otra cosa.

—Te equivocas —susurra, más bien para sí mismo, y su abrazo se vuelve aún más fuerte—. Eres mía. Es evidente que tú y yo tenemos algo. Y no pretendo convertirme en uno de mis *numerosos juguetes*. Pretendo convertirme en mi juguete favorito.

Su olor es lo más excitante que he olido jamás. Huele como un bosque durante una fuerte tormenta, a algo terrenal e irresistible; a tentación, supongo.

—Mi novio está esperándome ahí dentro —comento abruptamente, quizá en un torpe intento de recordármelo a mí misma.

Robert baja la mirada hacia la mía. Sonríe, incluso cuando lo único que se refleja en sus ojos es un brillo de feroz excitación. Vuelvo a percibir en él ese *algo* tan perturbador que soy incapaz de señalar. Puede que sea su forma de tocarme lo que impacta tanto. Su palma está apoyada contra la mía, sus delgados dedos están curvados sobre mis nudillos, y yo siento como si un extraño hormigueo fluyera por todas las venas de mi cuerpo. Desde luego, cualquier chica se merece ser tocada y besada de este modo, aunque fuera por una sola vez en la vida.

—¿Tu novio? —repite como si aquello no tuviera importancia alguna para él, mientras su pulgar se entretiene acariciando suavemente al mío—. Mmmm. Tienes que dejarlo, me temo. Lo primero que debes conocer acerca de mí es

que no soporto compartir lo que es mío.

—Yo no soy tuya.

Mis esfuerzos por aferrarme a la negación parecen divertirme.

—Ah, claro que sí. Te acabo de besar. No me habría cogido semejantes libertades contigo de no haber estado plenamente convencido de ello, ¿no te parece?

—A ti se te va la pinza, ¿a que sí?

Su pulgar frota al mío hasta que este termina por devolverle las caricias. Me ha desarmado una vez más.

—Algunas veces. Pero esta noche no es el caso, señorita. Te garantizo que estoy en pleno uso de mis facultades mentales. Y ahora, teniendo en cuenta que ya te he mostrado cómo besamos los hombres —sonríe y se pasa la lengua por los labios, muy despacio, como si estuviera rememorando nuestro beso—, dime, bella Adeline, ¿qué quieres hacer a continuación?

«¿Volver a besarte así por el resto de mis días?»

—Dijiste que ibas a invitarme a una copa. Hazlo.

No sé de qué parte de mi cerebro ha salido eso. Tenía que haberle gritado un *¡suéltame!* y salir corriendo de vuelta a los brazos de Josh. Hay tantas cosas que tenía que haber hecho, y, sin embargo, nunca las hice. Así es el ser humano, supongo. De un modo u otro, siempre acaba rindiéndose ante la tentación.

—Está bien —su cálida boca roza el pulso de mi cuello, y de nuevo puedo notar esa excitación recorriendo mis venas cual devoradoras llamas—. Relájate —susurra, tan cerca de mi oído—. Yo cuidaré de ti. Siempre cuidaré de ti. Vamos.

Cuando me quiero dar cuenta, ya me ha hecho cruzar la acera y ahora está sosteniéndome la puerta de su coche, un Maserati oscuro, masculino, sin duda alguna, veloz. Subo, sin pensármelo demasiado. Es una locura, lo sé. Ni siquiera me ha dicho adónde vamos. ¿Acaso importa? Supongo que no.

Sobrecogida por todo, observo en silencio cómo rodea el coche, se desliza en el asiento del conductor y gira la llave dentro del contacto. El bólido se pone en marcha con un suave ronroneo, sin tardar más de unos pocos segundos en adquirir una velocidad preocupante.

—¿Adónde vamos? —pregunto de pronto, al advertir que llevamos varios minutos en silencio.

Una pequeña, casi imperceptible sonrisa aparece en los extremos de su boca.

—A cualquier parte.

No hay demasiado tráfico, lo que le permite sortear los demás coches y conducir deprisa. Odio que la gente conduzca tan rápido, pero con él, por alguna razón, me siento a salvo. Tengo la sensación de que, estando con este hombre que acabo de conocer, nada malo podría pasarme. Hay algo en su forma de mirarme que me dice que él jamás me lastimaría. Aunque es posible que sus ojos mientan.

Pasan los minutos sin que ninguno de los dos hable. Nueva York vuela a ambos lados, lejana e indiferente, con sus luces titilantes y sus aceras transitadas por cientos de personas. ¿Qué sabe Nueva York sobre nosotros? Nada. El hombre de ojos azules y yo somos uno de los múltiples misterios que se ocultan entre las sombras de esta enorme ciudad.

—¿Qué haces con ese niño de papá? —me sorprende su voz.

Me encojo de hombros.

—Ya te lo dije, es mi novio.

—Lo era —repone con hosquedad.

Nos volvemos a sumir en un profundo silencio. Conforme avanzamos en el tráfico de la noche de domingo, me entretengo examinándolo de reojo. Mis ojos se arrastran por la curva de su mejilla sin afeitado, por las facciones duras, sumidas en penumbra. Intento adivinar su edad. Debe de rodar la treintena. Puede que me saque diez años. Tal vez, unos cuantos más.

—Y tú, misterioso desconocido que todo parece saberlo, ¿por qué estabas en esa fiesta tan aislado de los demás?

Me doy cuenta de que le divierte mi sarcasmo. Las esquinas de su boca se alzan levemente.

—Así que has estado observándome, ¿eh, señorita?

Como no contesto, gira el cuello para lanzarme una mirada insistente, antes de volver a centrar los ojos en la carretera.

—El que me estaba observando eras tú —contesto por fin.

Sacude la cabeza lentamente, decepcionado por mi respuesta.

—Yo diría que, más bien, nos estábamos observando mutuamente, Adeline. ¿No opinas tú lo mismo?

Mis labios se fruncen en un gesto de indiferencia.

—Quizá. ¿A quién le importa?

—A mí. Vamos, sabes que llevo razón. Incluso una chica mala y rebelde como tú ha de admitirlo.

Giro el cuello hacia él y le lanzo una mirada fulgurante. Estoy harta de la

gente que me juzga por mi maquillaje oscuro y la música rock que me acompaña a todas partes, y no por lo que realmente soy.

—¿Chica mala y rebelde? Tú no sabes nada acerca de mí.

—Y, sin embargo, desearía saberlo todo —repone con aplomo, y esas palabras me dejan tan completa y absolutamente descolocada que mi incipiente cólera empieza a disiparse—. ¿Qué te parece este lugar para tomar esa copa que te he prometido?

Desplazo los ojos hacia la ventanilla y veo que estamos aparcando delante del *Bemelmans Bar*. Pese a lo famoso que es este sitio, nunca he estado aquí. Lo único que sé es que es un bar clásico donde sirven los mejores martinis del mundo.

—Supongo que me parece bien —farfullo, empeñada en no abandonar tan pronto mi actitud beligerante.

—Con un suponer me basta.

El atractivo desconocido me sonrío y, de un modo imperceptible, mi rostro pasa de mostrar una expresión enfurruñada a lucir una sonrisa bobalicona. Se apea del coche, me abre la portezuela y me lleva de la mano hasta la puerta del bar. Me invita a entrar, extendiendo cortésmente la palma, y yo obedezco en silencio. Me descoloca todo esto, a la vez que me preocupa el control que parece ejercer sobre mí.

Una vez cruzada la entrada, apoya una mano en la parte baja de mi espalda y me guía hacia la mesa más alejada de todas. Por supuesto, me estremezco cuando sus dedos rozan mi piel, y creo que él lo nota.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —me susurra al oído, y yo sacudo la cabeza a modo de respuesta—. ¿Qué te parece entonces?

—Es espectacular —murmuro distraída, contemplando el pequeño interior, tan cálido y acogedor que arrastra los últimos vestigios de mi malhumor. Una no puede estar de malas pulgas aquí dentro, y mucho menos si va acompañada por alguien como él.

—Espectacular... —repite para sí mismo como si estuviera sopesando la palabra—. No puedo más que coincidir.

Su voz es tan baja que apenas se le escucha a causa de la música y las conversaciones de la gente. Tomamos asiento cara a cara. Las mesas y las sillas son del mismo tono de marrón que los divanes de cuero. Examino impresionada las lámparas que hay encima de cada mesa. Tienen unos dibujos curiosos, muy originales. Sonrío al ver que la nuestra muestra a un conejo con traje, durmiendo de pie.

—¿Sabías que esos dibujos de ahí los hicieron a mano?

Sigo la dirección de sus ojos y observo los grabados de las paredes. Imitan el estilo de las lámparas, de modo que no me cabe duda de que fueran realizados por el mismo artista.

—No tenía ni idea —contesto con voz baja.

El ambiente que nos envuelve es íntimo. Aquí estamos los dos, ajenos a todo cuanto nos rodea. La amarillenta luz de la lámpara se derrama sobre nuestros rostros como oro líquido, y su mirada está clavada en la mía. Este modo de contemplarme hace que la excitación burbujee en mi interior como si en cualquier momento fuera a estallar. Bajo el embrujo de esas profundidades azules, mi mente clasifica el bar de lugar elegante, incluso sensual y, hasta cierto punto, enigmático.

En el piano que hay a tres mesas de distancia de la nuestra, está sentada una mujer muy atractiva interpretando *Burning Desire*. Giro el cuello y durante algunos segundos contemplo distraída aquellos dedos oscuros que se deslizan por la palidez de las teclas.

—Qué adecuado —comento, volviendo los ojos hacia él.

Me observa en silencio, concentrado, a juzgar por la arruga que cruza su ceño. Quizá esté intentando adivinar si me refiero a la letra de la canción o al piano como mero objeto de decoración. Lo cierto es que yo también intento adivinarlo.

—¿Te gusta esta canción? —me susurra.

Tengo la sensación de que está contemplándome como si no existiera nada aparte de mí en el universo entero. Nunca he visto tanta intensidad en una mirada, tanta concentración, tanto interés. Toda chica también se merece ser mirada así, aunque sea una sola vez.

—Me encanta —susurro, un poco intimidada por ese imperturbable azul.

Durante algunos segundos, nos embobamos el uno en el otro. La química de nuestras miradas es impresionante.

—A mí también me suele gustar la música de Lana del Rey. Me parece... decadente. Muy adecuada para algunos momentos *especiales* —me ruborizo al entender de qué momentos está hablando, y él sonríe con picardía, divertido por mi recato—. Mmmm. Interesante. Me va a encantar hacerlo.

Lo miro sin entender.

—¿El qué?

Sacude la cabeza despacio como si no tuviera importancia alguna.

—Nada. Dime, Adeline, ¿vas a tomar otro *Manhattan*?

Frunzo el ceño. Nada más llegar a esa fiesta me tomé un *Manhattan*, pero él no estaba ahí. ¿O sí?

—¿Cómo sabes eso?

Disimula una sonrisa digna de un niño travieso que acaba de hacer alguna maldad que ahora se muere por compartir.

—Estuve observándote desde que entraste por la puerta.

Me vuelvo a sonrojar, sin poder evitarlo, y empiezo a removerme inquieta en mi asiento.

—¿Y eso por qué? —murmuro, intentando escapar de su mirada, que todo parece verlo, incluso los recovecos más profundos de mi alma.

Su sonrisa se intensifica, lo cual me hace sentirme cada vez más agitada.

—El asunto es de una terrible simplicidad. Eras la chica más guapa de toda esa absurda fiesta, y yo no podía apartar mis ojos de ti. —Me estremezco en lo más profundo de mi ser cuando coge mi mano por encima de la mesa, haciendo que mi piel entre en lenta combustión de inmediato—. Parecías un ángel recién caído del Edén.

—Ya —suelto una risita nerviosa—. Un ángel oscuro, quizá. Mírame.

—Curiosamente, es lo que llevo toda la noche haciendo —susurra, con esa rasposa voz que vibra a través de mi cuerpo.

Su pulgar recorre mis nudillos uno a uno. Trago en seco, sorprendida por el contacto de su cálida y suave piel. ¿Cómo puede estar quemando?

—Seré directo contigo, Adeline —dice despacio, con muchísimo aplomo, como si estuviera sopesando cada una de sus palabras—. No me gustan las situaciones complejas, así que desvelaré mis cartas desde el principio. Te diré qué es lo que quiero de ti, para que no haya sorpresas después.

—¿Es que quieres algo de mí? —balbuceo.

Levanto la cabeza para mirarlo a la cara. Sonríe, sin que su dedo deje de acariciarme la mano. Me derrito, pero consigo fingir indiferencia. Se me da muy bien fingir que nada me afecta.

—Evidentemente. De lo contrario, no estaríamos aquí.

—Ya veo.

Sabía que fugarme con él era una malísima idea. Si no me flaquearan tanto las rodillas, me levantaría ahora mismo. Me preocupa lo que vaya a decirme. No, no es eso, en realidad. Lo que me preocupa es que yo vaya a aceptar cualquier cosa que él me proponga.

—¿Te da miedito preguntar qué es lo que quiero de ti? —La sorna que tiñe su voz basta para que mi cerebro active todas mis autodefensas.

—¿*Miedito*? —bufo, con ambas cejas arqueadas y las pupilas, de pronto oscurecidas, taladrando las suyas—. Déjame decirte algo, Robert Black. —Me inclino sobre la mesa, para resultar más intimidante—. Cuando tenía doce años, di un discurso en el Capitolio. Iba sobre la paz mundial, un asunto que siempre me ha preocupado. Ahí delante de todos los pesos pesados de la política americana, expuse todas mis ideas. *De memoria* —subrayo entre dientes—. No me tembló la voz siquiera. Te equivocas si piensas que alguien como tú podría intimidarme.

Se muerde el labio por dentro para frenar una sonrisa.

—Así que, Adeline, eres una chica dura. Mejor aún. Detestaría tener que pasar por todo ese rollo de damisela que se desmaya ante mi declaración de intenciones.

—Tranquilo. No me he desmayado en mi vida. No voy a empezar ahora. ¿Qué es lo que quieres?

—Está bien. Te lo diré. Quiero que seas mía, con todo lo que eso conlleva.

¡Uau! Es un hombre que no se anda con tonterías. ¿Para qué perder el tiempo?

—Y esperas que yo te diga que sí a eso —afirmo, aunque él no se inquieta en absoluto ante la sequedad de mi voz.

—Sin duda, lo harás, tarde o temprano, de un modo u otro. No le demos más vueltas al asunto. Mañana quiero verte en mi despacho para que negociemos detenidamente los términos del acuerdo.

Me quedo mirándolo boquiabierto. ¿Se puede ser más jodidamente arrogante? Retiro la mano de inmediato, lo cual parece sorprenderle. ¿Y qué demonios esperaba? Tiene suerte de que no me haya largado aún.

—¿*El acuerdo*? ¿Eso es lo que supone para ti? ¿Un jodido acuerdo?

Sus ojos brillan impenetrables, aunque juraría haber distinguido una débil chispa de confusión en lo más hondo de sus órbitas.

—¿Es que te disgusta el término?

—¿Realmente me acabas de preguntar si me disgusta el término?

Lo miro totalmente perpleja y él frunce el ceño.

—Entiendo. Vaya. Así que eres de las que leen libros de Nicholas Sparks.

Lo dice como si aquello fuera un poco decepcionante para él.

—No sé quién demonios es Nicholas Sparks.

Mi respuesta le asombra. Lo veo en sus ojos.

—Todo el mundo sabe quién es Nicholas Sparks, Adeline.

—Yo no soy todo el mundo, Black.

Las comisuras de su boca se curvan hacia arriba.

—Llevas razón. No lo eres. Tú eres especial —se queda meditabundo, como si acabara de caer en la cuenta de algo importante—. ¿Sabes qué? Ignora todo lo que te he dicho. Lo siento. Me he precipitado contigo. Empecemos de cero, ¿vale?

¿Es bipolar? Otra explicación no se me ocurre.

—¿Lo sientes y ya está? ¿No vas a darme más explicaciones al respecto?

Deja escapar un suspiro airado.

—¿Más explicaciones? ¿Para qué? ¿No es obvio? Me he equivocado al pensar que estás preparada para llevar nuestra relación al siguiente nivel. Claramente, no lo estás, así que reculo. Haremos las cosas a tu manera. ¿Quieres un héroe romántico? Pues seré el héroe romántico que necesitas, preciosa. Durante un tiempo.

—¿Y por qué harías tamaño *sacrificio*? —escupo, de lo más sarcástica.

—Hay causas que valen la pena. Tú eres una de ellas. Lo que realmente me importa es alcanzar los resultados deseados, de modo que estoy dispuesto a hacer borrón y cuenta nueva.

—¿Borrón y cuenta nueva? —repito con la voz cargada de escepticismo.

—Ya me has oído. Y, cambiando de tema, ¿cuántos años tienes, Adeline?

«*Es bipolar*».

—Cumplí los veinte en abril —rezongo. «¿*Bipolar diagnosticado y medicado, o sin diagnosticar?*» —. ¿Y tú?

Los músculos de su mandíbula se endurecen y su cuerpo se vuelve rígido, como si de repente estuviera incómodo. Se remueve el pelo con los dedos y, en unos pocos segundos, su mirada se torna completamente inexpresiva.

—Muchos más.

Fin de la conversación.

—Eso me había quedado obvio desde que te vi.

—Sí, supongo que es obvio —gruñe malhumorado—. Entonces, ¿un *Manhattan*?

Tiene el ceño fruncido y me observa pasándose la mano por la oscura barba incipiente que cubre su mentón. Por un momento, contemplo la idea de irme. Acto seguido, contemplo la idea de quedarme. No sé exactamente cómo actuar. Es decir, se merece que me vaya. Por el otro lado, irme significa no volver a verle. Es una decisión difícil, sin duda.

—¿Adeline? —la suavidad de su voz interrumpe la sarta de pensamientos que se agolpan dentro de mi mente.

Suelto un interminable suspiro de rendición. Supongo que la decisión era obvia desde el principio.

—De acuerdo. Un *Manhattan*, y me largo.

—Quizá no quieras irte después de tomar una copa conmigo.

¡El colmo de la arrogancia!

—O quizá quiera irme incluso antes de acabarla.

Frunce el ceño de nuevo, como si estuviera sopesando atentamente esa eventualidad.

—Mmmm. No descartemos esa posibilidad. Por si acaso.

Pide mi bebida y un *brandy* para él. Qué convencional. Prefiero a los chicos que beben cerveza de barril. Directamente del barril, quiero decir.

La camarera no tarda demasiado en servirnos las bebidas, y yo, agradecida, cojo la mía y le doy un buen trago. Necesito calmar el hueco que su propuesta me ha provocado en el estómago.

—Seamos amigos, Adeline —propone de pronto, dejando su copa encima de la mesa, después de tomar más de la mitad, así, de golpe.

—¿Quieres ser mi amigo?

—No, realmente, no. Es decir, sí. Para empezar.

—Me confundes.

—Lo siento.

—No pareces arrepentido.

—Pues lo estoy. ¿Siempre llevas las uñas pintadas de negro?

—¿Siempre cambias de tema tan bruscamente?

Sus ojos se clavan en los míos como en un interrogatorio, aunque no consiguen intimidarme.

—No has contestado a mi pregunta, Adeline.

—Ni tú a la mía, Black.

—Dios. —Me lanza una mirada divertida—. Eres dura de pelar, jovencita.

Suelto una carcajada.

—Estoy acostumbrada a los debates.

—¿Y eso por qué?

Bajo la mirada hacia mis dedos, aferrados en torno a la elegante copa.

—No es asunto tuyo. Y mis uñas no están pintadas de negro. Esto es azul marino. Como tus hermosos ojos.

Sonrío cuando me doy cuenta de que se ha ruborizado como un chico tímido.

—Perdona, ¿te ha incomodado mi sinceridad? —me burlo.

—No, claro que no.

Se aclara la voz discretamente, antes de desviar la mirada. No necesito más indicios para saber que quiere cambiar de tema. Considera adecuado observarme fijamente y hacerme propuestas tan directas y escandalosas, pero ser observado no lo gusta tanto. ¡Mira tú por dónde! Esto está poniéndose interesante.

—Y cuéntame, ¿cómo es la vida de una chica de veinte años hoy en día? —inquire al cabo de unos segundos—. ¿Qué haces para divertirte?

—¿Aparte de fingir ser alguien que no soy? —Me muerdo la lengua nada más soltar esa barbarie—. Dios, lo siento. Eso ha sido inapropiado.

—Oye... —Extiende el brazo y me levanta la barbilla para mirarme a los ojos. Sin poder evitarlo, pego un brinco por la suavidad con la que sus dedos me tocan—. No te disculpes nunca por decir lo que piensas. No conmigo. Si los demás no son capaces de valorar tu sinceridad, será que son idiotas.

Se me escapa una carcajada cargada de nerviosismo.

—Desde luego. No obstante, debería sentirme ofendida. Acabas de llamar *idiotas* a mis padres, mis amigos y, prácticamente, a todos los que conozco.

Ríe entre dientes.

—Entiendo a lo que te refieres. Por desgracia, la mayoría de mis conocidos también se incluyen en esa categoría.

Se toma un trago, sin que sus penetrantes ojos se aparten de los míos.

—Increíble. Dos inadaptados socialmente se juntan en un bar —comento con sorna—. Hollywood podría convertir esto en una peli taquillera.

Se mantiene callado y serio mientras recorre mi rostro con una mirada de lo más concentrada.

—Supongo que llevas razón —admite, pasado un tiempo—. Lo nuestro podría ser elevado a la categoría de *bonita tragedia romántica*.

Una expresión de desconcierto ilumina la oscuridad de mis pupilas.

—¿Y por qué iba a ser una tragedia?

Sus ojos me examinan con fascinante interés. Para eludirlos, me distraigo bebiendo un sorbo de mi cóctel.

—Porque lo bueno siempre acaba destruyéndote, Adeline. Nunca juegues con fuego. No me digas que no te han contado eso de pequeña. A toda niña bien se lo debe contar su madre.

Una expresión sardónica curva mi boca.

—*Nunca juegues con fuego*. ¡Guau! ¿Qué es?, ¿alguna especie de advertencia?

Sus ojos brillan diabólica, peligrosamente.

—Un sabio consejo.

—Inquietante consejo, me atrevería de decir. ¿Y qué me dices de ti? —me esfuerzo por preguntar, para acabar con ese escrutinio que empieza a ponerme nerviosa—. ¿Qué hace un hombre de tu edad... sea cuál sea... para divertirse?

Se toma toda la copa de golpe y coloca el vaso, ruidosamente, encima de la mesa.

—Yo no me divierto, Adeline. Nunca.

Finjo una mueca de disgusto con los labios.

—Así que viejo y, encima, aburrido —bromeo.

—¡Oye! ¡No te pases, señorita! —me riñe, simulando sentirse muy ofendido—. Lo de aburrido es un grave insulto.

—¿Y lo de viejo? —con una ceja enarcada, le doy un sorbo a mi copa mientras espero su respuesta.

Sus ojos destellan pura diversión, y unas pequeñas arrugas se forman en sus esquinas. Es arrasador.

—Pensaba que había quedado evidente que eso es cierto.

Estallo en carcajadas.

—Lo siento. —Sin embargo, no consigo dejar de reírme.

—No lo sientas. Me gusta el sonido de tu risa.

Está tan mortalmente serio que dejo de reírme como una idiota y lo evalúo en silencio. Me invade el repentino impulso de preguntar si es cierto lo que dicen sobre él. Abro la boca, pero cambio de opinión en el último instante, de modo que vuelvo a cerrarla. Si él no lo menciona, no pienso preguntárselo. Alguien sabio dijo una vez que nunca viene mal un poco de misterio.

—¿Llevas mucho tiempo con él? —sus palabras salen de un modo abrupto, como si se tratara de un impulso que no ha conseguido reprimir.

Sorprendida por esa pregunta, alzo de nuevo la mirada hacia la suya.

—¿Con Josh? Oh, desde, bueno... siempre. Nos prometieron al nacer.

Puedo leer en su rostro la magnitud de la perplejidad que se apodera de él. Baja la mirada al suelo y se toma unos momentos para asimilar la noticia.

—¿Prometieron...? —levanta los ojos con estudiada lentitud, aún en estado de *shock*—. A ver si me aclaro. ¿Estás diciéndome que ese necio va a ser tu marido?

Por alguna razón, siento la necesidad de defender a Josh. Si hay alguien que pueda insultarle, ese alguien soy yo. A fin de cuentas, Josh es familia. Puede que familia algo agobiante... algunas veces pesada e insufrible, lo admito, pero no deja de ser mi familia, y para mí eso es muy importante.

—¿Por qué demonios le insultas? Ni siquiera le conoces. Tú no sabes una mierda sobre nosotros, ni sobre nuestro mundo. No eres más que un intruso. La gente como tú tiene la posibilidad de irse. Josh y yo, no. Deberías aprovechar y mantenerte al margen de todo esto.

Me dispongo a levantarme, pero él agarra mi muñeca por encima de la mesa, con bastante brusquedad, y me detiene. Pese a la tenue luz del local, puedo ver cómo sus ojos oscurecen, se vuelven peligrosamente oscuros.

—No necesito conocerle. Posee algo que me pertenece.

Alzo ambas cejas, sin dar crédito.

—¿En serio? ¿El qué?

Si bien hago repetidos intentos por liberar mi mano, no me lo permite.

—A ti.

Me quedo sin palabras. Tengo que hablar, tengo que replicar algo caustico, pronunciarme de un modo u otro, y, sin embargo, no me muevo. ¿Por qué demonios no soy capaz de abrir la boca y decir algo inteligente? Me he quedado tan paralizada que las palabras se niegan a brotar. No hago más que contemplar cómo sus ojos se convierten en oscuros y profundos pozos, tan amenazadores y peligrosos como las aguas de un océano durante una tempestad. Tan imposibles de domar...

Solo por un segundo, diviso algo en su mirada.

«*Una chispa de peligro*».

Es la primera que siento estando a su lado. La sensación de seguridad se ha esfumado, y esto es lo único que me inspira en este momento: peligro.

La imagen de la chimenea de nuestra casa acude a mi mente. Recuerdo con qué pasión la madera era engullida por aquellas llamas devoradoras, con qué arte la consumían, sin detenerse hasta reducirla a meras cenizas. Él es como el fuego, ahora lo sé. Es pura pasión, es locura, es peligro, es misterio, es aventura. Pero, por encima de todo eso, es destrucción. Eso era lo que me resultaba tan magnético en él. Como solía hacer con las llamas, podría pasarme interminables horas contemplando sus abrasadores ojos, fascinada e hipnotizada por su persona.

Y eso es malo. Muy malo. Porque si me descuido, acabaré ardiendo en llamas. ¿Acaso no me lo ha advertido él mismo? *Nunca juegues con fuego*. Alguien inteligente le haría caso.

—Suéltame —ordeno entre dientes, con voz baja, aunque potente.

Arrepentido, deja caer los párpados y maldice entre dientes.

—Lo siento. Probablemente estarás pensando que soy un capullo, y me

disculpo por mi comportamiento. Ha sido... —carraspea, esforzándose por encontrar la palabra adecuada— inapropiado. *Muy* inapropiado.

Sus dedos liberan mi muñeca con suavidad y yo retiro la mano de inmediato.

—Lo ha sido. Y sabes sobradamente que todo lo que ha pasado entre nosotros dos esta noche ha sido inapropiado. No estoy acostumbrada a que la gente se tome esta clase de libertades conmigo, por no mencionar lo poco que me ha gustado tu propuesta. —Me pongo en pie, sin que mi mirada desvele nada de lo que está sucediendo en las profundidades de mi alma—. Y ahora, si me disculpas, voy a retirarme. Buenas noches, Black.

Resopla con fastidio, se levanta y me acerca el bolso.

—Te llevaré a casa.

—Gracias, pero ya soy mayorcita.

Aprieta la mandíbula y los puños, con el cuerpo cada vez más tenso y el ceño aún más fruncido. Tiene las aletas de la nariz dilatadas, a causa de lo fuerte que está respirando. Sé que se siente furioso. Y, francamente, yo también.

—Adeline, lo siento. No era mi intención ofenderte, ni nada parecido. No suelo comportarme así.

Me mira como un niño perdido, pero no me dejo impresionar tan fácilmente.

—Me importa una mierda lo que sueles hacer. Buenas noches —digo tajantemente.

—Buenas noches, Adeline —le escucho susurrar al mismo tiempo que me vuelvo de espaldas. Y, por primera vez, me parece vulnerable y, quizá, un poco dolido.

Camino hacia la salida sin volver la mirada atrás. Ya en la calle, me detengo a unos pocos metros de la puerta para buscar el paquete de cigarrillos dentro de mi bolso. No me gusta demasiado fumar, solo es un acto de rebeldía, pero en este momento lo necesito para calmar mis nervios.

Retiro un cigarrillo largo y fino, lo enciendo con dedos torpes y empiezo a dar largas caladas. Resulta agradable su sabor a menta.

—No, no hagas eso. Los angelitos como tú deberían mantenerse alejados de todo veneno.

Me giro hacia él con cara de exasperación. Está en un ángulo alejado de la luz de las farolas. Su rostro se mantiene oculto por esa oscuridad a la que parece pertenecer, y su hombro derecho está insolentemente apoyado contra la pared. Me pregunto qué habrá sido de aquellos modales sureños tan

envidiados por los del norte. ¿Los habrá perdido al mudarse a Nueva York?

—Si los desconocidos como tú no hubiesen sido bordes con los *angelitos*, tal vez no necesitaran un jodido cigarrillo.

Se endereza y camina hacia mí. Si piensa que voy a retroceder, lo lleva claro.

—No digas palabrotas, Adeline.

Una risa de incredulidad brota de mi garganta.

—¡No me lo creo! Me agredes, insultas a mi novio y encima me ordenas cosas, por no hablar de cómo me has tratado sin siquiera conocerme. ¿Quién coño te crees que eres? Y entérate de esto, Matusalén: si quiero decir *jodido*, diré *jodido* todas las *jodidas* veces que me dé la *jodida* GANA. ¡JO-DER!

Se muerde el labio inferior para aguantarse la risa.

—Gran dominio de los tacos, señorita, tengo que admitirlo. Supongo que en la escuela dominical estarán orgullosos de ti.

Doy otra larga calada. Me tiemblan las manos.

—Nunca he ido a la escuela dominical.

Sus ojos brillan con una expresión de lo más socarrona.

—Tu pulsera de la *Liga Cristiana* indica todo lo contrario.

Me muerdo la mejilla por dentro. ¡Putra pulsera! Y, sí, he dicho *puta*.

—Es un regalo —miento.

—¿De tu *cristiano* prometido? —inquiére, con una ceja alzada de forma burlona.

—No es asunto tuyo. Y ahora me gustaría fumar mi jodido cigarrillo en paz, si no te importa.

Le doy la espalda y finjo indiferencia, aunque lo cierto es que tengo todas las moléculas de mi cuerpo centradas en él y en sus movimientos. Durante un tiempo irritantemente largo, no se mueve.

—¿Sabes cuál es tu problema, Adeline?

Escucho sus pasos acercándoseme por detrás. Sé que debería irme, pero me siento completamente paralizada por la expectativa de algo que sé que va a suceder como siga avanzando.

—Apuesto mi cuello a que piensas decírmelo.

Se detiene, demasiado lejos como para que su cuerpo roce el mío, y, aun así, tan cerca que noto su aliento removiendo el oscuro pelo de mi nuca. Vuelvo a sentir escalofríos. Trato de reprimir el impulso de girarme y suplicarle que me bese otra vez. De un modo irónico, lo peligroso resulta demasiado magnético. ¿Cómo se supone que debo mantenerme alejada del

fuego, si sus llamas me cautivan de este modo?

—Sí, señorita Adeline, de apellido desconocido. Voy a decírtelo. —Me agarra por los hombros y me vuelve para mirarme a la cara—. Tu problema es que deberías ser besada más menudo por hombres como yo.

—Qu...

No me permite acabar la frase. Me coge por la nuca, su boca busca a la mía y separa mis labios suavemente. Sin embargo, no me besa. Tan solo me absorbe, me respira; me siente. Coloco las palmas sobre la rigidez de su pecho, pero no encuentro las fuerzas de empujarle hacia atrás cuando noto el latido de su corazón. El calor que desprende su piel empieza a descongelarme, a derretir mi corazón de un modo demasiado peligroso. ¿Cómo consigue desarmarme tan fácilmente?

Aprovechando mi momento de debilidad, sus brazos me rodean la cintura y me acercan delicadamente al cuerpo que arde en llamas por debajo de su camisa, hasta que dejo caer las manos y ya no hay más barreras interponiéndose entre nosotros dos. Y entonces, por fin, me besa. Su lengua se abre camino entre mis labios y penetra mi boca, una y otra vez, acariciando, saboreando lentamente. Para mi sorpresa, su beso no es agresivo. Vista la demostración de violencia del bar, esperaba que fuera implacable y exigente, que intentara someterme de algún modo. Pero no lo hace. Es un acto lento, pasional, lleno de promesas; algo tan demoledor que despierta en mí un desconocido placer que no tarda nada en propagarse a través de cada fibra de mi cuerpo.

No sé el tiempo que dura el beso. De lo que sí soy consciente es de lo profundo que se vuelve conforme pasan los segundos. Nuestras bocas no parecen capaces de despegarse. Sus manos descienden despacio por mis costados, esparciendo una línea de atrayentes llamas, que se expanden por todo mi ser con más y más rapidez, hasta que terminan envolviéndome por completo.

Excitación.

El fuego también es excitación. Es lujuria, uno de los peores pecados capitales; el que desencadena todos los demás.

Cuando me suelta, apenas consigo mantener el equilibrio. Mi cabeza da vueltas, todo lo que me rodea da vueltas. Besarle es como montar en un carrusel que seduce y asusta a partes iguales.

—Ahora que hemos solucionado el problema de tu mal humor, acompáñame.

Sé que me adentraría hasta los confines del Infierno si él me lo pidiera.

—No pienso ir contigo a ninguna parte.

—Pero lo harás, Adeline.

—¿Porque me lo exiges? —pregunto sarcástica.

Su rostro exhibe una expresión tierna. Muy suave. Mueve la cabeza despacio, y en sus ojos hay más vulnerabilidad de la que jamás creí posible en alguien como él.

—No. Porque te lo estoy pidiendo. Amablemente.

Quiero negarme, pero, una vez más, soy incapaz. No es solo que sea el hombre más atractivo que conozco. No. Es más que eso. Mucho más. Él supone la promesa de una vida diferente. No sé aún si es mi Mesías o mi Anticristo, no sé si promete libertad o condena. Cielo o Infierno. Lo que sí sé es que es diferente a todo cuanto conozco, para lo bueno y para lo malo.

—¿Adónde vas a llevarme esta vez?

Una parte rebelde de mí quiere que él diga *a mi casa*. Me horroriza esa parte de mí, e intento reprimirla siempre que me es posible.

—A un sitio especial —susurra.

Se inclina sobre mí y apoya tiernamente los labios contra mi mejilla. Trascurren unos cuantos segundos hasta que se aparta y recupera la compostura.

—¿Me harías el honor de acompañarme? —vuelve a susurrar, cogiendo mi rostro entre las manos para evaluar mi mirada—. ¿Por favor? Prometo comportarme como un caballero esta vez.

—Claro —musito. No sé qué otra cosa podría decir cuando me mira de este modo.

Complacido por mi respuesta, me coge de la mano y se asegura de deshacerse de mi cigarrillo de camino al coche. Apenas puedo reprimir la sonrisa. Es muy tierno su intento por mantenerme alejada de los *venenos*. Ojalá fuera consciente de que el único veneno del que debo mantenerme apartada es él mismo.

La trilogía completa, disponible en [Amazon](#)

-
- [1] Servicio de Rentas Internas (Hacienda estadounidense).
- [2] Variedad de marihuana.
- [3] Trad. inglés: arrendajo malhumorado.
- [4] Theodore Kaczynski: Terrorista estadounidense conocido por su rechazo hacia el desarrollo tecnológico de la sociedad actual.
- [5] Tom Ripley: personaje principal del inquietante thriller psicológico *El Talento de Mr. Ripley*.
- [6] Ref. Novela *El Resplandor*, de Stephen King
- [7] Ref. película *Cuando Harry encontró a Sally*